

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE
LA CHICA
VACILANTE



se

Perry Mason debe defender de oficio a Albert Brogan de un delito de atraco a mano armada. Mason apenas cuenta con el fin de semana para hacer comparecer a un testigo que desapareció misteriosamente cuando tenía que declarar. El asunto se complica cuando el fiscal prepara una un nuevo cargo por asesinato. Si Brogan es condenado por el atraco, difícilmente podrá librarse de la pena capital por cargo de asesinato.



Erle Stanley Gardner

El caso de la chica vacilante

Perry Mason - 41

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The case of the hesitant hostess*

Erle Stanley Gardner, 1953

Traducción: Ramón Margalef Llambrich

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ARCHER, Rodney: Hombre de negocios, viudo, amigo de Martha Lavina.

BROGAN, Albert: Acusado en el caso por atraco.

BROGAN, Mary: Sobrina de Albert Brogan.

CLUBB, Janice: Testigo en el caso de asesinato de Daphne Howell.

DRAKE, Paul: Detective, colaborador habitual de Perry Mason.

FRITCH, Harry: Delegado del fiscal del distrito.

GIBBS, Thomas: Colaborador de Martha Lavina.

HANOVER, Pete: Médico.

HOWELL, Daphne: Modelo de la Aphrodite Model Agency.

KAYLOR, Inez: De la Aphrodite Model Agency y empleada de Martha Lavina.

LAVINA, Martha: Dueña de una cadena de clubs nocturnos.

MASON, Perry: Abogado famoso, defensor de Albert Brogan.

STREET, Della: Secretaria de Perry Mason.

TRAGG: Teniente de la policía.

Prólogo

Hay algo en el aspecto del doctor Milton Helpern que hace pensar insistentemente en el clásico caballero inglés, grande y animoso.

Incluso un buen observador, experto en la tarea de catalogar los caracteres y ocupaciones de los hombres vistos, interpretaría erróneamente la personalidad del doctor Helpern, asociándolo con un dominio situado en cualquier parte, saturado de jardines con flores, grandes extensiones cercadas y pastos.

La verdad es que el hombre en cuestión sabe, dentro de Estados Unidos, acerca del crimen, tanto como el que más. Detrás de su porte natural, de sus fáciles maneras, se oculta un cerebro astuto y despiadado.

El abogado que quiera redactar una lista de autoridades capaces de responder a cualquier pregunta en el campo de la medicina forense, tendrá que encabezar su relación con una referencia a la *Medicina Legal y Toxicología* de Gonzales, Vance y Helpern.

Dos veces por año, el doctor Helpern toma un tren que va desde Nueva York hasta Boston y penetra en la sala de conferencias de la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard, donde el capitán Francés G. Lee dirige uno de sus seminarios sobre la investigación de homicidios. Allí, el doctor Helpern habla durante una hora u hora y media sobre algún importante de dicho tema. Se expresa en términos sencillos, de una manera natural. Sin embargo, en sus disertaciones refiérese a detalles desconocidos por el investigador medio.

En estas ocasiones, los dieciocho agentes cuidadosamente seleccionados, señalados por sus superiores, como merecedores de asistir a uno de los cursillos del capitán Lee, se convierten en participantes de un espectáculo incongruente.

Plantado enfrente de sus oyentes, hablándoles, se encontrará un individuo que antes que un sabueso humano parece un humano mastín. Resulta difícil asociar su figura con el crimen.

Hacia el fondo de la habitación se encuentra el fabuloso capitán Francés G. Lee, a quien he mencionado anteriormente. Se trata de una mujer de más de setenta años, que fue educada en el seno de una familia de Nueva Inglaterra en la atmósfera victoriana, quien, de acuerdo con la tradición hubiera debido vivir una existencia silenciosa, dedicada a los cortes periódicos de cupones.

Sin embargo, hace quince años, el capitán Lee se interesó por la medicina legal, donando una fortuna para que fuese establecida una escuela de Medicina Legal en la Universidad de Harvard. Posteriormente, se interesó por la ciencia policíaca, siendo en la actualidad reconocido como una de las figuras más sobresalientes en dichas materias.

La asistencia a uno de esos seminarios, en lo que un selecto grupo de agentes de este país alterna con hombres enviados por Scotland Yard, por el Canadá y, en ocasiones por la India, supone un raro privilegio. Los funcionarios estadounidenses son escogidos en primer lugar por sus jefes y luego por los gobernadores de los estados en que trabajan.

Todavía es mucho más rigurosa la selección de los conferenciantes. Éstos constituyen la crema de los especialistas. Una invitación de este tipo es por sí sola el reconocimiento de un alto nivel de méritos profesionales.

El doctor Helpert aparece en aquel lugar con regularidad, siempre sonriente, siempre de buen humor, siempre tan preciso y delicado como un instrumento científico de medición.

Una vez pronunciada su conferencia, el doctor Helpert toma su tren, de regreso a Nueva York, donde vuelve a desarrollar sus actividades cotidianas: el examen y estudio de cadáveres, tratando de descubrir las causas determinantes de la muerte en cada caso, formulando deducciones que acreditarían a Sherlock Holmes. Hace esto con absoluta sencillez, sin presunción. No es difícil adivinar en él al observar su comportamiento una de las figuras más relevantes de Estados Unidos en el campo de la medicina legal.

Hablando con el doctor Helpert, pasando por entre las largas hileras de especímenes reunidos en el curso de millares de

autopsias, uno comprende la importancia del trabajo de un especialista como él.

El doctor Helpern se pasea por entre esos embotellados especímenes con el aire del jardinero entusiasta al mostrar a alguien sus flores preferidas. «Aquí tiene usted», dirá a lo mejor, «una colección de excelentes ejemplos de hemorragias espontáneas subaracnoides». El doctor Helpern pasará luego a indicar una serie de cerebros cuidadosamente preparados, muchos de los cuales son pruebas de que algunos hombres inocentes hubieran podido ser declarados culpables de un crimen de no haber mediado un trabajo médico competente.

—Ésas hemorragias espontáneas «subaracnoides» —concretará luego el doctor Helpern—, son más frecuentes de lo que la mayor parte de la gente cree. Muy a menudo, el médico de corta experiencia que haga la autopsia, se inclinará a certificar la muerte como debida a violencias externas. No hay nada de eso, realmente. Pero las peculiares circunstancias en que tales hemorragias se presentan y los confusos síntomas observables pueden conducir a pensar equivocadamente en una muerte violenta, con la consiguiente condena para el inocente.

»La mayor parte de las hemorragias subaracnoides parten de la inesperada ruptura de un pequeño aneurisma, que es una pequeña dilatación, en algunos casos no mayor que la cabeza de una cerilla, de uno de los vasos sanguíneos situados en la base del cerebro. Tales aneurismas de las arterias del cerebro dan lugar en algunos puntos a la fragilidad de la pared del vaso sanguíneo, que se traducirá, inicialmente, en una rotura, ocasionando una hemorragia más o menos rápida, que se extenderá por la superficie inferior del cerebro. La muerte puede producirse a los pocos minutos o ser aplazada. Algunos individuos se recobran de la primera hemorragia, para conocer luego una segunda etapa. Si el aneurisma es contenido por el tejido cerebral, como sucede con frecuencia, la hemorragia es al principio lenta y afecta solamente a una pequeña parte del cerebro, sin ocasionar la pérdida del conocimiento.

»Sucede a menudo que esta hemorragia localizada hace al individuo inquieto y agresivo. Al mismo tiempo, le hace perder el sentido de la orientación y la perspectiva mental.

»Estamos en un teatro. Un acomodador se acerca a uno de los

espectadores, quien, de repente, se comporta de forma ruidosa. El acomodador sugiere que el hombre abandone el local. El espectador alarga un brazo violentamente hacia el otro, murmurando unas palabras ininteligibles, y el acomodador, después de esquivar el golpe, sujeta al individuo por los hombros y lo arrastra hacia la salida del teatro.

»A mitad del camino de la calle, el espectador se derrumba. Es llamada una ambulancia. El hombre fallece antes de llegar al hospital.

»Un médico inexperto al tanto de lo sucedido, habiendo encontrado una hemorragia cerebral, descuidando el pequeño aneurisma que la ha ocasionado, tenderá, probablemente, a formular la conclusión de que el acomodador trató a la víctima con dureza. A veces, incluso, surgirá una persona entre los restantes espectadores que describa el altercado en términos suficientemente vivos para indicar que el acomodador asestó un fuerte golpe al otro, desplomándose éste rápidamente.

»El acomodador se enfrenta con una acusación de homicidio involuntario y el teatro en que presta sus servicios se ve demandado por daños y perjuicios».

Éste fue un caso real en el que intervino el doctor Helpern. La modestia impide a éste referirse a muchos otros en el transcurso de los cuales pudo demostrar que se había producido un crimen cuando todas las apariencias indicaban una muerte natural.

Un hombre que sostenía un altercado con otro recibió un golpe en un lado de la cabeza. La pelea continuó, apuntándose aquél la victoria. El individuo llegó a su casa y al cabo de un rato empezó a sentirse mal. Se acostó, se levantó, fue de un lado para otro, como aturdido. Finalmente, lo enviaron al hospital, donde falleció. No se le veía ninguna herida en la cabeza y nadie sabía cuál había podido ser la causa de su muerte. El doctor Helpern, al llevar a cabo la autopsia de costumbre, pero a conciencia, localizó una hemorragia, producida por un arma blanca, en el cráneo y cerebro. La hoja del arma había penetrado en el primero, afectando ligeramente al segundo.

El doctor Helpern solicitó detalles acerca de aquel suceso, enterándose del episodio del altercado. La policía, por sugerencia suya, realizó algunas investigaciones. Localizado el autor de la riña,

halló en su poder un cortaplumas con la hoja de acero rota.

El doctor Helpern puso el trozo de acero hallado en el cerebro del hombre muerto junto al mellado cortaplumas del acusado. Se ajustaba perfectamente el instrumento.

El doctor Helpern, que en sus primeros años de actividad trabajó con el doctor Charles Norris, el primer médico forense de la ciudad de Nueva York, y que ha estado estrechamente asociado con los doctores Thomas A. Gonzales, B. Morgan Vanee, Harrison S. Martland y Alexander O. Gettler, en la Oficina del Jefe Forense y en el Departamento de Medicina Forense de la Escuela de Medicina para Posgraduados, de la Universidad de Nueva York, figura, con sus distinguidos colegas, entre los pioneros de su especialidad. Ha contribuido al establecimiento de consistentes normas en el campo de la autopsia médico legal. Su innata modestia, su carácter, ha impedido que trascendiera al público una labor eficiente, por la cual todos deben estarle agradecidos. Solamente en el medio profesional del investigador es harto prestigiosa su figura. Y esto es injusto, ya que hubieran debido divulgarse muchos de sus trabajos.

Por consiguiente, yo experimento un gran placer al referirme sucintamente ante mis lectores a sus importantes actividades y al dedicar este libro a mi amigo el

Dr. Milton Helpern

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

A lo largo de los últimos quince minutos se había hecho evidente que Harry Fritch, el ayudante del fiscal, intentaba ganar tiempo. Buscaba algo entre sus papeles, formulaba preguntas repetidas y, de cuando en cuando, lanzaba una furtiva mirada al reloj de la pared de la sala.

De repente se irguió.

—Eso es todo —dijo.

Luego, volviéndose hacia Perry Mason, con una reverencia de oficial cortesía, añadió:

—Puede usted proseguir con el interrogatorio, señor Mason.

Mason no se puso en pie, advirtiendo la trampa a que había sido conducido.

—Con la venia de la sala —dijo afablemente—. Hoy es viernes. Y son ya las cinco menos veinte.

—¿Y qué? —preguntó el juez Egan, más irritado que nunca.

—He dicho eso —añadió el señor Mason, sonriente—, porque no creo que la sala desee ver interrumpido mi interrogatorio por el fin de esta sesión. Creo que me extenderé bastante y, quizá, si se deja todo hasta el lunes por la mañana...

El juez Egan era la cortesía personificada cuando en los casos rutinarios actuaba sin jurado. Pero, en cambio, en presencia de una sala atestada de público y ante aquél, llegaba a veces a ser un hombre rudo. Político astuto, todo el mundo sabía desde hacía mucho tiempo que estaba siempre en su lugar, dominando atinadamente a los abogados. Éstos, generalmente, le odiaban. Sus votantes tenían fe ciega en él.

—La sesión llegará a su fin a la hora de costumbre, señor Mason —respondió el juez—. Esta hora no puede ser fijada a capricho de la defensa. Tiene usted por delante veinte minutos. Los señores

miembros del jurado desean ver terminado cuanto antes este caso, para volver a sus respectivas ocupaciones. Proceda con su interrogatorio.

—Muy bien, señoría —respondió Mason.

Concentrando la atención en los papeles que tenía encima de la mesa, consiguió ganar algunos segundos preciosos para estudiar la táctica a seguir.

La mujer que ocupaba el estrado de los testigos era terriblemente inteligente. Si no podía resquebrajar su testimonio, el veredicto para su defendido sería de culpabilidad. Mason iba a manejar una sorpresa y sólo una. Esperaba que resultase una bomba.

Apenas tenía tiempo para utilizar aquélla y sacar el partido máximo de la misma antes de las cinco. Sin embargo, si dedicaba aquellos veinte minutos a un interrogatorio sin objetivos, el jurado pasaría el fin de semana convencido de que lo que había dicho la mujer debía ser aceptado en todo su valor aparente.

Mason tomó una decisión.

—Señora Lavina —dijo sonriendo cortésmente.

La mujer, de buen ver, bien vestida, que ocupaba el estrado de los testigos sonrió también. Parecía enfrentarse despreocupadamente con aquel interrogatorio.

—Usted ha identificado al acusado de este caso señalando que es el hombre que cometió el atraco.

—Sí, señor Mason.

—¿Cuándo vio por primera vez al acusado? ¿Cuándo lo vio por primera vez en su vida?

—La noche del atraco. El señor Archer había detenido el coche ante un semáforo. El acusado llegó al automóvil desde no sé dónde, abrió la portezuela y apuntó al señor Archer con una pistola, al nivel del rostro. Calmosamente, entonces, lo despojó de su cartera, de su alfiler de corbata, con adornos de diamantes... A mí me quitó el bolso. Todo sucedió con mucha rapidez; con tanta rapidez que apenas me di cuenta de lo que estaba pasando. El hombre, a continuación, saltó a la acera, subiendo a un coche orientado en dirección contraria. Seguidamente, desapareció.

—¿Intentó el señor Archer seguirlo?

—No, por supuesto. El señor Archer no podía incurrir en una

tontería semejante. El hombre iba armado. El señor Archer, no. El señor Archer, llegado a un cruce, paró de nuevo el automóvil, telefoneando a la policía desde un establecimiento.

—¿Y usted qué hizo?

—Esperar en el coche, hasta que comprendí que no podía seguir allí indefinidamente.

—¿Cuánto tiempo estuvo esperando?

—Yo diría que sus buenos cinco minutos. Después, apareció un coche patrulla de la policía.

—¿Qué pasó entonces?

—Mientras el señor Archer hablaba con la policía, una joven conocida mía pasó por allí. Habiéndome reconocido, se situó delante, estacionando su vehículo. Llamé a un curioso y le rogué que dijera al señor Archer que me ponía a disposición de la policía, por si querían que declarara más adelante, pero que yo seguía mi camino, hacia La Villa.

—¿Por qué no siguió esperando para hablar con la policía?

—El señor Archer estaba en condiciones de referir a los agentes todo lo que ellos necesitaban saber. Yo tenía que atender a unos asuntos muy importantes. La policía se sostiene con los impuestos que pagamos los contribuyentes y debe estar al servicio de éstos. Si querían algo de mí era muy fácil localizarme.

—¿Estaba usted con el señor Archer en el momento del atraco?

—Ciertamente, señor Mason. Lo he dicho varias veces.

—¿Ya dónde fue usted después de separarse del señor Archer?

—A La Villa.

—¿Se está usted refiriendo con ese nombre a La Villa Lavina?

—Si desea usted que concrete, señor Mason, le diré que me refería a La Villa Lavina Número Dos.

—¿De la que es usted propietaria?

—Soy propietaria del negocio, no de la finca, que tengo en alquiler.

—¿Se dirigía usted a la villa en compañía del señor Archer cuando el atraco?

—Sí.

—¿Y quién era la que pasó en el automóvil, que posteriormente la recogió? Me refiero a la joven a quien dijo usted conocer...

—La señorita Kaylor.

—¿Es la señorita Kaylor algo más que una simple conocida?

—Es conocida, amiga y empleada.

—¿Trabaja para usted?

—Deduzco de su pregunta que usted desea conocer si trabajaba para mí en el momento de producirse el atraco.

—Exactamente.

—Sí. Trabajaba como señorita acompañante^[1].

—¿Y la recogió a usted en el lugar en que se produjo el atraco?

La señorita Lavina sonrió dulcemente.

—No —respondió.

Mason enarcó las cejas.

—Yo le he entendido decir...

—No sé si está usted intentando sorprenderme en alguna contradicción, señor Mason, pero la verdad es que antes le dije que después del atraco el señor Archer condujo el automóvil hasta un establecimiento. El sitio en que Inez me recogió quedaría a una distancia aproximada de cuarenta a cincuenta metros del escenario del atraco.

La señora Lavina sonrió. Igual que dos o tres miembros del jurado.

—No intento sorprenderle en ninguna contradicción —manifestó Mason—. Estaba hablando del episodio *por encima*.

—Yo no puedo hablar de este asunto por encima —recalcó la señora Lavina—. Tenga en cuenta, señor Mason, que estoy aquí bajo juramento.

Sonó en la sala un claro murmullo de risas.

Con un gesto dramático, Mason se separó de la testigo.

—Señor Paul Drake —dijo.

Paul Drake, jefe de la Agencia de Detectives de su nombre, se puso en pie. Los ojos curiosos del auditorio se volvieron hacia él.

—¿Quiere usted hacer el favor de pasar a la biblioteca e indicar a Inez Kaylor que entre en la sala? —dijo Mason.

Drake asintió, saliendo al pasillo.

—Ahora —siguió diciendo Mason, enfrentándose con la señora Lavina—, quiero la verdad. ¿Está usted segura de que Inez Kaylor pasó junto al coche en que se hallaba, recogiéndola?

La testigo quedó completamente inmóvil, controlando rigurosamente su expresión facial. Sólo por el movimiento de sus

labios o sus parpadeos hubiera podido ser posible entonces leer sus pensamientos.

—Bien —dijo Mason—. ¿Puede usted responder a mi pregunta?

La testigo, lentamente, fijó su mirada en otra parte, frunciendo el ceño, pensativa.

—Estoy completamente segura de que se trataba de Inez Kaylor —contestó—. Desde luego, señor Mason, hace de eso ya algún tiempo y...

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a Inez Kaylor?

—La conozco desde hace ocho meses, aproximadamente.

—La conoció usted con anterioridad al atraco, ¿no?

—La conocía dos meses antes del episodio, sí.

—¿Es usted la propietaria de la cadena de clubs nocturnos conocidos con el nombre de La Villa Lavina?

—No se trata de una cadena, señor Mason. Son tres solamente.

—Perfectamente. ¿Los explota usted?

—Sí.

—¿Utiliza los servicios de algunas chicas o señoritas acompañantes?

—Sí.

—¿Cuántas utiliza usted?

—Dieciocho en total.

—¿Es usted una buena mujer de negocios?

—Intento serlo.

—¿Se halla en contacto con varios clubs nocturnos todos los días?

—Sí.

—¿Va usted de uno a otro?

—Sí.

—¿Vigila a los que trabajan? ¿Se ocupa de los que no hacen nada?

—Procuro darme cuenta de lo que ocurre.

—En el momento de producirse el atraco hacía ya dos meses que conocía usted a Inez Kaylor, ¿no?

—Sí, en efecto.

—¿La vio todas las noches a lo largo de ese período de tiempo?

—No creo que ella trabajara todas las noches.

—¿Casi todas las noches, quizá?

—Sí.

—Nunca vio al acusado alrededor de esas fechas, ¿verdad?

—Nunca.

—¿Jamás, a lo largo de su vida?

—Nunca.

—Sin embargo, habiendo mirado fugazmente al acusado, usted...

—No fue una mirada fugaz. Lo vi frente a frente.

—¿Se produjo la escena del atraco rápidamente?

Ella fue incapaz ahora de disimular su satisfacción, diciendo con aire triunfal:

—Todo fue muy rápido. La escena se produjo con la destreza que sólo puede ser fruto de una larga experiencia, señor Mason.

Medió el juez Egan con voz monótona:

—La testigo ha de abstenerse de formular comentarios. El jurado deberá pasar por alto la declaración de la testigo, es decir, el comentario que ha hecho referente a la destreza o larga experiencia.

Mason apretó las mandíbulas. Lo único que había hecho el juez al hablar, con su recomendación, fue dar más énfasis a las palabras de la testigo, contribuir a que quedaran más fuertemente impresas en las mentes de los miembros del jurado. Si Mason insistía empeoraría las cosas.

—¿Vio usted al hombre durante un período de tiempo relativamente breve? —inquirió Mason, con naturalidad.

—Eso depende de lo que usted considere por período de tiempo relativamente breve...

—¿No más de un minuto?

—Quizá.

—¿Treinta segundos solamente?

—Quizá.

—Hacía dos meses que conocía a la señorita Kaylor. Subió usted a su coche y se dirigió a La Villa Lavina, número dos.

—Una distancia no superior a los ochocientos metros.

—¿Qué tiempo tardaron en cubrirla?

—Unos minutos.

—¿Cuatro veces más tiempo que necesitó el acusado para cometer el atraco?

—Probablemente.

—¿Cinco veces más?

—Quizá.

—¿Seis veces más?

—En realidad, no lo sé, señor Mason.

—Sin embargo, usted quiere hacer creer a este jurado que gracias a un breve vistazo reconoció en el acusado al autor del atraco... En cambio, no está segura de que fuera Inez Kaylor quien la llevara a La Villa Lavina.

De repente, Mason vio brillar en los ojos de ella una mirada de triunfo.

—Yo no dije que no estuviera segura de que fuese Inez Kaylor quien me recogiese. Yo dije que estaba completamente segura de que fue ella. Quiero decir que lo estoy también ahora.

Mason volvió la cabeza, mirando por encima de uno de sus hombros...

Paul Drake estaba solo en la entrada. Habiendo captado la mirada de Mason, movió lentamente la cabeza.

Mason se esforzó por igualar a la testigo en afabilidad. Mirando a Paul Drake, manifestó:

—No importa que no haga acto de presencia en la sala la señorita Inez Kaylor. Si la señorita Lavina está segura, me bastará con su palabra.

—Muchas gracias —repuso la aludida, con toda dulzura, con una expresión burlona de triunfo en los ojos.

Mason miró el reloj.

Ya no disponía de tiempo para intentar averiguar cómo había sido engañado. La situación exigía de él suavidad, calma durante los siguientes trece minutos, trece minutos durante los cuales tenía que habérselas con una mujer inteligente, quien sabía que no se hallaba en condiciones de echar por tierra lo que dijese. Ella tenía todos los triunfos en su mano y lo sabía perfectamente.

—Usted vio al acusado por segunda vez —dijo Mason.

—Sí, señor Mason.

—¿Dónde?

—En la Jefatura de Policía.

—¿Y escogió al acusado de entre varios?

—Sin la menor vacilación.

—¿Y está completamente segura de no haberle visto en cierto

momento posterior al atraco y anterior a su visita a la Jefatura de Policía?

—Así es.

Mason hizo una breve pausa, estudiando a la testigo.

—¿Quien se encontraba con usted en el instante de la identificación en la Jefatura de la Policía, señora Lavina?

—El señor Archer.

—¿Fueron allí juntos?

—Naturalmente.

—¿Por qué dice usted *naturalmente*?

—Porque los dos fuimos víctimas del mismo atraco y lo lógico era pensar que a los dos nos necesitaba la policía a la hora de establecer la identificación.

—¿Y por qué no se les hizo identificar al autor del atraco por separado, para mayor seguridad?

—Eso tendría usted que preguntárselo a la policía, señor Mason.

—¿Especificó la policía alguna razón para juntarles a ustedes allí?

—Sí.

—¿Qué fue?

—Eso, desde luego, son rumores —interrumpió el juez Egan.

—Nada que objetar, nada que objetar, señora —dijo Harry Fritch, sonriendo—. Permítale que siga adelante.

El juez Egan contestó, irritado:

—Este tribunal no permitirá que se recurra a los rumores. Tampoco tolerará los trucos para ganar tiempo ni ciertas irregularidades condenables en los interrogatorios. Y ahora continúe, señor Mason.

—¿Quién identificó al hombre en primer lugar? ¿Usted o el señor Archer? —inquirió Mason.

—Fue una identificación simultánea.

—Nada más verle, señalo usted al hombre, ¿no?

—Sin la menor vacilación, señor Mason.

—¿Y el señor Archer procedió igual que usted, en su presencia?

—Sí, señor Mason.

—¿Cómo lo designó usted?

—Señalándole con el dedo.

—¿Y qué es lo que el señor Archer hizo?

—Lo señaló con el dedo.

—¿Y ustedes extendieron sus brazos y dedos simultáneamente?

—Casi en el mismo tiempo, señor Mason.

—¿Y ustedes no habían vuelto a ver al acusado desde el día del atraco?

—No, señor.

Mason frunció el ceño.

—¿Había visto usted su fotografía? —preguntó.

La mujer vaciló.

—¿La había usted visto? —inquirió Mason, repentinamente alerta.

—Pues... sí.

—¿Y cuándo la vio usted, con referencia al momento de la identificación en la Jefatura de Policía?

—El día anterior.

—¿De veras? ¿Y quién le enseñó a usted la fotografía del acusado?

—El señor Archer.

—¿Y quién estaba con el señor Archer en aquel momento?

—Un agente de policía.

—Así pues, cuando usted identificó al acusado había estado estudiando previamente su fotografía.

—Había visto su fotografía, sí.

—¿Puede usted detallar las circunstancias en que vio la fotografía?

—Yo me encontraba en La Villa Lavina, número tres. El señor Archer, acompañado por un detective vestido de paisano, cuyo nombre no recuerdo, me abordó, diciéndome: «Martha: han detenido al hombre que nos atracó. Han dado con mi cartera y su bolso. No ha sido recobrado el dinero, en cambio, ni el alfiler de corbata. Su bolso ha sido cortado, habiéndole sido arrancado el forro, pero, indudablemente, se trata del que el atracador le sustrajo».

—¿Dijo el detective alguna cosa? —preguntó Mason.

—Dijo que no tenía objeto molestarnos pidiéndonos que participáramos en un acto de identificación, a menos que él estuviera seguro de que había dado el individuo buscado.

—Y entonces él le mostró la fotografía del hombre.

—Sí.

—¿Y había sido tomada esa fotografía por el policía?

—Sí.

—Entonces, ¿había visto el señor Archer la fotografía antes que usted?

—Naturalmente. Debió de verla.

—¿Y usted identificó la fotografía?

—Dije que parecía corresponder a aquel hombre, sí.

—Así pues, le indicaron que debía presentarse al día siguiente en la Jefatura de Policía.

—A las diez, sí.

—¿Fue positiva su identificación al ver la fotografía?

—Bastante positiva.

—¿Ocurrió lo mismo con el señor Archer?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo dijo él.

—¿Y fue él quien le enseñó la fotografía?

—Sí.

—Así pues, el señor Archer le entregó la fotografía, diciéndole: «Martha: he aquí el hombre que nos atracó», u otras palabras por el estilo.

—Bueno, no fue tan rudo...

—¿Le dijo que lo había identificado como el hombre que había cometido el atraco?

—Me dijo que lo había identificado como el hombre que nos atracara y que quería que echase un vistazo a la fotografía para ver qué era lo que yo opinaba.

—En consecuencia —puntualizó Mason—, antes de ir a la Jefatura de Policía usted se había familiarizado con los rasgos faciales del acusado estudiando una fotografía, ¿eh?

—Yo no señalaría eso de este modo, señor Mason.

—Yo lo he señalado de este modo —saltó, secamente, el abogado—. Responda a mi pregunta.

—Yo había visto una fotografía.

—Usted la estudió ¿no?

—Supongo que sí.

—¿Y se familiarizó con los rasgos faciales del hombre mirando

la fotografía?

—Sí.

—Así pues, cuando fue a la Jefatura de Policía para identificar al acusado usted lo había identificado ya.

—No.

—Usted, identificó su fotografía, ¿no?

—La fotografía no era el acusado.

—Pero usted llevó a cabo la identificación.

—Sí.

—No era realmente una identificación parcial, sino total, ¿eh?

—Total.

—¿Estaba segura de lo que afirmaba?

—Estaba segura.

—¿Y dijo a la policía que estaba segura de lo que decía?

—Sí.

—Entonces, si estaba segura sólo con ver la fotografía, ¿por qué tuvo que presentarse al día siguiente en la Jefatura de Policía y llevar a cabo una identificación personal?

—Porque... Creo que me dijeron que era necesario ese trámite para aportar una prueba decisiva a la sala.

—En otras palabras, la única razón de su visita a la Jefatura de Policía era el propósito de fabricar una prueba que pudiera ser utilizada en la sala.

—¡Protesto! —dijo el delegado fiscal del distrito—. Señoría: me opongo al empleo de la palabra «fabricar».

—Se acepta la protesta.

—Usted se presentó en la Jefatura de Policía al día siguiente con el único propósito de identificar al acusado y aportar así una prueba.

—¿No es ése el propósito de toda identificación, señor Mason?

Mason respondió, irritado:

—Soy yo quien pregunta... ¿No fue el único propósito de un desplazamiento a la Jefatura de Policía echar un vistazo al acusado, alineado con otros hombres?

—Yo... Bien. Supongo que sí.

—Y usted sabía que uno de esos hombres que iba a ver era el acusado.

—Sí.

—Y usted había identificado ya a esa persona por la fotografía.

—Sí.

—Al entregarle las fotografías del acusado el señor Archer, ¿no le enseñó las de otros hombres, preguntándole si entre ellos había algún rostro que le resultara familiar?

—Ciertamente que no. Nosotros somos amigos. Me dijo, simplemente: «Martha: la policía ha detenido al hombre que nos atracó. No ha sido recobrado el dinero, pero arrestaron al individuo en cuestión. He aquí su fotografía».

—Primero, le dijo que aquél era el hombre y luego le pidió una confirmación.

—Me preguntó.

—¿Y le preguntó después el detective si usted sería capaz de identificar al acusado entre otros hombres?

—Sí.

—¿Y qué le contestó usted?

—Le contesté afirmativamente.

—¿Tenía la fotografía todavía en sus manos al responder así?

—No. Se la había devuelto.

—¿A quién se la devolvió? ¿Al policía o al señor Archer?

—Al policía.

—Y después de haberle dicho que era preciso que se presentara en la Jefatura de Policía para el acto de identificación, ¿miró la fotografía de nuevo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Quería asegurarme.

—Quería asegurarse... ¿de qué?

—De que era el hombre del atraco.

—Entonces, usted no estaba segura de lo que afirmara al ver por primera vez la fotografía.

—Sí, sí que estaba segura.

—Sin embargo, usted acaba de decir que quiso ver la foto por segunda vez para asegurarse.

—Era para asegurarme de que podría señalarlo entre otros hombres en la Jefatura de Policía. Es lo que he querido decir.

—Entonces, usted iba a identificarlo basándose no en sus recuerdos del episodio del atraco sino en lo que podía sugerirle la

fotografía.

—Bueno, basándome en ambas cosas.

Mason, desesperado, echó un vistazo al reloj.

—¿Por qué quiso usted estudiar la fotografía por segunda vez?

—¡Protesto! Esa pregunta ha sido formulada antes ya —dijo el delegado del fiscal.

—Se acepta la protesta —repuso secamente el juez Egan—. He de apuntar a la defensa que esta fase de su interrogatorio ha sido ya suficientemente analizada. Sugiero la conveniencia de pasar a otro punto.

Mason inquirió ahora:

—Desearía hacerle una o dos preguntas más acerca de lo sucedido en el momento del atraco, señora Lavina. Se dirigían a La Villa Lavina Número Dos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo era su indumentaria?

—Yo llevaba el mismo vestido que ahora.

—Deduzco de eso que llevaba también el mismo bolso que ahora tiene sobre su regazo.

—Sí.

De repente, ella se mordió el labio inferior.

—No. Me he equivocado. Yo llevaba otro bolso en el instante de producirse el atraco. Naturalmente, aquel hombre me lo quitó, señor Mason.

—¿Recuerda las circunstancias del atraco con claridad?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo que es amiga del señor Archer?

—Lo conozco desde hace algún tiempo, sí.

—¿Fuma él?

—Creo que sí.

—¿Estaba fumando en el momento del atraco?

Los ojos de la mujer se apartaron del rostro de Mason. Llevóse una de sus enguantadas manos a la mejilla, diciendo:

—Déjeme pensar... No estoy segura...

—¿No podría ser que cuando el señor Archer detuvo el coche ante un semáforo se llevara un cigarrillo a la boca, inclinándose sobre el mechero previamente encendido del salpicadero, por cuya razón no vieron el rostro del atracador hasta el momento en que

éste abrió la portezuela?

Hubo un prolongado silencio.

El juez Egan miró el reloj de la sala, moviéndose, inquieto.

—Conteste a mi pregunta —dijo Mason.

—¡Oh! Lo siento. Estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué estaba usted pensando?

Ella sonrió.

—Estoy completamente segura de que carece de importancia.

—Conteste entonces a mi pregunta.

—Yo... Lo siento. He olvidado su pregunta. Se me fue el santo al cielo, como suele decirse.

La mujer miró sonriente hacia el jurado y uno o dos miembros del mismo sonrieron a su vez.

Uno de los funcionarios de la sala leyó con voz monótona la pregunta:

—«¿No podría ser que cuando el señor Archer detuvo el coche ante un semáforo se llevara un cigarrillo a la boca, inclinándose sobre el mechero previamente encendido del salpicadero, por cuya razón no vieron el rostro del atracador hasta el momento en que éste abrió la portezuela?».

—No... no estoy segura.

—¿No es un hecho que cuando el señor Archer se incorporó, sujetando el encendedor con la mano derecha, el atracador le apuntó al rostro con el arma y que cuando el señor Archer levantó los brazos el encendedor se le cayó de la mano, produciendo un quemado en la tapicería del vehículo?

»Puede usted examinar esta fotografía del coche del señor Archer, si lo desea, señora Lavina. Verá en ella, en el asiento delantero, el quemado, un orificio redondo.

—Pensando en ello, señor Mason, le diré que creo que fue eso lo sucedido.

—Ciertamente que debió de quedar bien impreso en su mente —manifestó Mason—. Un mechero encendido, produciendo un quemado en la tapicería del coche, tuvo que originar un poco de humo.

—Le sugiero, señor Mason, que haga esa misma pregunta al señor Archer.

—Gracias por su sugerencia, pero la pregunta va dirigida a

usted.

—No creo poder contestarla.

—¿Por qué?

—Por favor, señor Mason. Yo no soy un trozo de madera, ni estoy hecha de piedra. Soy un ser humano, con sus emociones. No esperará que una mujer víctima de un atraco recuerde cada detalle de éste...

—¿Usted recuerda con detalle los rasgos faciales del acusado?

—Todos, no.

—¿Los más sobresalientes?

—En cierto modo.

—¿De qué color son sus ojos? No, no lo mire... Límitese a decirme de qué color son sus ojos.

—Lo ignoro.

—¿De qué color era el traje que llevaba aquella noche? Me refiero a la noche del atraco.

—Era el mismo traje que lleva ahora.

—¿Qué traje era el que vestía cuando lo vio en la Jefatura de Policía entre otros hombres?

—El mismo... Lo siento, no estoy segura.

—Cuando el señor Archer se acercaba al cruce, por los alrededores del cuál tuvo lugar el atraco, ¿qué calle de la calzada era la que seguía? ¿La inmediata a la acera o la más próxima al centro de aquélla?

—La... la más próxima al centro.

—Entonces —dijo Mason—, si el acusado abrió la portezuela del lado izquierdo, tenía que estar situado en...

—No, no. Perdón. Me he equivocado. Lo recuerdo bien ahora. Seguíamos por la calle de la derecha, por la más cercana a la acera.

—Con exactitud: ¿a qué hora tuvo lugar el atraco? —inquirió Mason.

—Pues... el 13 de septiembre...

—¿A qué hora de la noche, quiero decir?

—Fue... ¡Oh! De noche ya...

—¿A las nueve?

—No miré mi reloj, señor Mason.

—¿A las diez?

—Ya le he dicho que no miré mi reloj.

—¿A las once?

—Lo siento, señor Mason. Yo no... Fue antes de las once, ya que las droguerías cierran a esa hora.

El juez Egan se aclaró la garganta antes de hablar.

—Son ya las cinco. Se suspende la vista de la causa hasta el lunes a las diez de la mañana. En este período de tiempo, los jurados habrán de abstenerse de hablar del caso entre ellos. No tolerarán que sean discutidas sus circunstancias tampoco en su presencia, ni dar oídos a ninguna opinión. Esta sesión se da por terminada.

Drake se abrió paso por entre el público, colocándose por fin junto a Mason.

—¿Y bien? —inquirió aquél.

Drake movió la cabeza.

—Se fue.

—Deberías haberlo previsto.

—Te juro, Perry, que yo... Bueno, es que no logro entenderlo. Hubiera jurado que la muchacha quería estar a nuestro lado. Deseaba declarar. Asegura que sólo en una ocasión ha llevado en su coche a la señora Lavina: cierta tarde en que iba de compras al centro de la ciudad.

—¿Qué hay acerca de la noche del atraco, Paul? ¿Dónde se encontraba Inez Kaylor en aquellos momentos?

—No lo sabe. Cree que estaba en la Villa Lavina Número Uno. No acierta a fijar la fecha con exactitud.

—¿Quieres decir que no se acuerda de haber hablado del atraco con la señora Lavina? ¿No le contó ésta que había sido robada y...?

—No —dijo Drake—. La señora Lavina habló del atraco una semana más tarde, aproximadamente. En eso se basa Inez Kaylor para afirmar que no llevó en su coche a la señora Lavina desde los alrededores del escenario del atraco...

—¡Maldita sea! —exclamó Mason.

Después de permanecer unos instantes pensativo, añadió:

—¿Está segura?

—Totalmente segura.

—Pues tenemos que localizarla, Paul. Es muy importante.

—Lo intentaremos —repuso Drake—. Yo le dije que esperara hasta que fuese por ella. Nos ha engañado, pero la verdad es que

supuse que podía ser capaz de proceder así. Me pareció sincera. Vino conmigo desde Las Vegas sin formular la menor objeción.

—Bueno, pues ya tenemos una nueva pista a seguir, Paul. Guarda las formas. Procura dar la impresión por si nos están observando algunos miembros del jurado, de que no abrigamos la menor duda en lo tocante al resultado de este asunto.

Mason, con aire de hombre satisfecho, pasó un brazo por los hombros de Paul Drake.

—¡Espléndido, Paul! ¡Muy bien hecho!

Algunos de los jurados, en efecto, dirigieron unas miradas de curiosidad a Mason.

Pasó junto a él Martha Lavina, una mujer esbelta, de treinta y tantos años de edad. No supo resistirse a la tentación de adoptar una pose triunfal, tampoco, ante los jurados.

—Buenas tardes, señor Mason —dijo con rebuscada amabilidad.

—Buenas tardes, señora Lavina —repuso Mason en el mismo tono cortés, añadiendo a continuación, insinuante—: Nos veremos de nuevo el lunes por la mañana.

La señora Lavina dedicó al abogado una mirada especial, de cuidadosa estimación, la mirada válida para medir a un peligroso antagonista. Luego, tras un brevísimo instante de vacilación, ella prosiguió avanzando.

—La cobra hembra —murmuró Drake.

El gesto de Mason era de preocupación.

Los dos amigos se abrieron paso entre los últimos espectadores. Mason guió a Paul hasta las escaleras.

—Dejemos que esto se aclare un poco, Paul —dijo el primero—. No me seduce la idea de verme en el interior de un ascensor atestado de gente, con algún miembro del jurado en él. Supón que me reconoce alguien y que me hace alguna pregunta sobre el caso...

—¿Por qué no mantienen el jurado en un aislamiento total?

—En los casos por asesinato suele procederse así —comentó Mason—. Eso, en cambio, no ocurre en este tipo de asuntos. Nos enfrentamos con un acusado sin medios de fortuna y yo he sido designado abogado de oficio. Si se atrevieran a encerrar en alguna parte a los jurados, éstos protestarían. Un juez...

Una pesada mano cayó con fuerza sobre el hombro de Mason.

—¡Señor Mason! —tronó alguien.

Mason se volvió para enfrentarse con un individuo de anchas espaldas y pobladas cejas, que le observaba con un gesto de mal disimulado enojo.

—Muy buenas, señor Archer. ¿Cómo está usted? —preguntó Mason.

—Estoy enfadado —contestó el señor Archer, sonriendo, no obstante.

—¿De veras?

—¿A qué viene eso de tenerme encerrado en una habitación? ¡Santo Dios! ¡Creí volverme loco!

—Es la sala quien no permite que los testigos escuchen las declaraciones formuladas por los demás individuos que participan en la vista de la causa con idéntico título. Se ven, pues, excluidos de la sala. Por este procedimiento, se nos ofrece la oportunidad de contar con testimonios independientes, no influenciados por las opiniones o aportaciones ajenas.

—¡Bah! ¡Tonterías! —exclamó Archer—. Yo soy un hombre de acción. ¡Santo Dios! Tengo mis negocios abandonados... Hay gente que desea verme... Me veo obligado a darlo todo de lado para meterme aquí. Lo pasaría más distraído en la sala, oyendo lo que dicen unos y otros. Lo de tenerme en esa estancia de los testigos supone una imposición intolerable.

—Eso durará poco —dijo Mason, tranquilizador.

—Está durando demasiado ya. He hablado con el delegado del fiscal, quien me ha informado que ese trámite es cosa de usted. Ya presté declaración en su momento. Expliqué lo que había sucedido. ¿Por qué no he de poder tomar asiento en la sala?

—Es posible que sea llamado de nuevo al estrado de los testigos.

—Es lo que me explicó el delegado del fiscal, pero añadiendo que la cuestión había de dilucidarla usted. Señaló que el juez se limitaría a refrendar lo que usted sostuviera.

Mason replicó, sonriendo:

—En efecto. Pero es que yo no quiero dar ese paso que tanto le interesa.

—¿Y por qué?

—Porque me esfuerzo por representar lo mejor posible al acusado. Y pienso que la mejor manera de salvaguardar sus intereses está contenida en la idea de reforzar los procedimientos de

costumbre.

—Bueno, mire... —contestó Archer—. Usted representa aquí al acusado, un pobre hombre, un don nadie, un granuja, un atracador... Yo soy en esta comunidad un importante hombre de negocios. Tengo mucha influencia. Puedo hacerle mucho bien a un abogado y puedo hacerle mucho mal, a mi antojo. No me gusta esto, Mason. No me gusta nada la forma en que está usted llevando este asunto.

—Lo siento, señor Archer.

—Bien. Voy a ver si lo siente de verdad.

—¿Eso es una amenaza?

—No. No es una amenaza... Bueno, pues sí, ¡sí que lo es! Opino que se comporta usted de una manera irrazonable. Ya he perdido cuatro o cinco mil dólares que me sacaron de la cartera. Y un alfiler de diamantes que vale unos mil doscientos. Tuve que presentarme en la Jefatura de Policía para denunciar al autor del atraco. Finalmente, he tenido que venir aquí a declarar. El tiempo que llevo perdido vale más que el dinero mencionado. Empiezo a pensar que lo mejor hubiera sido silenciar el desdichado episodio del atraco...

—Lo siento —repitió Mason—. Desde luego, estas cosas son terriblemente enojosas cuando el tiempo de un hombre vale tanto como el suyo.

—Lo del tiempo perdido podría pasarlo de una forma u otra —declaró Archer, más ablandado—. Lo que verdaderamente me irrita es verme encerrado en esa habitación de los testigos. Quiero que me saque de ahí; deseo ver qué es lo que está ocurriendo en la sala. Necesito tener la mente ocupada en algo.

—Ya le he dicho que lo siento. Podría usted llevarse allí un buen libro y dedicarse a la lectura.

—¡Un libro! —saltó Archer, desdeñoso—. Me sería imposible dedicarme a leer allí dentro. La habitación cuenta con unas sillas incomodísimas... Me siento cansado nada más que de usarlas. Al final, acabo por levantarme a dar vueltas por la estancia, asomándome de cuando en cuando a la ventana. Naturalmente, termino sentándome de nuevo. Eso es lo malo.

Mason sonrió.

—Yo, compréndalo, tengo que hacer aquello que mejor pueda beneficiar los intereses de mi defendido.

—Y a todo esto no va a ganar ni un centavo con su actuación en el presente caso.

—Es cierto.

Archer movió la cabeza.

—No logro entenderlo. Usted es uno de los abogados más prestigiosos de esta región... Y está defendiendo a un hombre a cambio de nada. Por otra parte, a mí me tiene inutilizado en una habitación, esperando que me llame alguien. Bueno, Mason, supongamos que sobreseyáramos el caso...

Mason esbozó una sonrisa.

—El fiscal tiene la palabra. Sospecho que no acogería la idea con mucho entusiasmo si usted le decía que no podía perder su precioso tiempo en más investigaciones. Y estoy completamente seguro de que encajaría con repugnancia su propuesta si le decía que había estado hablando conmigo sobre el particular.

Los ojos de Archer centellearon.

—Claro. Todos ustedes, los abogados de altos vuelos, tienen sus métodos. No es de extrañar que a los buenos ciudadanos les horrorice tanto hacer acto de presencia en una sala de justicia. Bueno, Mason, espero que el lunes, por la mañana me permitirá asistir a la vista del proceso, si es que he de venir por aquí...

Mason movió la cabeza, denegando, al tiempo que se apartaba de su interlocutor.

—Vamos, Paul. Ahora ya podemos tomar un ascensor.

Archer se quedó mirando a los hombres con el ceño fruncido. Estaba irritado, pero muy a su pesar aquel abogado le inspiraba no poco respeto.

Capítulo 2

Mason, que se hallaba acompañado por Paul Drake, abrió la puerta de su despacho.

Della Street, la secretaria de Mason, apartó la vista del correo, que en aquellos momentos estaba clasificando, preguntando con interés.

—¿Cómo saliste de allí?

—Por la puerta principal —respondió Mason, burlón.

—¿Cuánto tiempo va a durar ese caso?

—Tenemos que volver el lunes por la mañana.

—¿Qué tal se portó Inez Kaylor?

—No muy bien.

—¿Pues qué pasó?

—Desapareció.

—¿Qué? —inquirió Della Street, incrédula.

Mason se acercó al busto de Blackstone, dejando caer su sombrero sobre el mármol. Quedó formando un plano muy inclinado. Observó el efecto que producía la escultura y luego dio unos pasos adelante y varios atrás, efectuando correcciones en la posición del sombrero.

—Ya está —comentó.

—Por favor: decíme algo acerca de Kaylor —imploró Della Street.

—Esa debe tener lo suyo —comentó Mason.

—No he sorprendido en ella nada de particular —declaró Drake—. Me acomodé en la butaca contigua a la suya en el avión, en Las Vegas. Me pareció una buena muchacha. Desde luego, no es la persona indicada para regentar una escuela dominical. Se ha movido bastante de un lado para otro, pero la chica no intentó ocultarme ese hecho. Se me antojó que se comportaba con toda

naturalidad.

—¿Hablaste con ella, jefe? —preguntó Della Street a Perry Mason.

—No. El avión aterrizó después de haberse iniciado la sesión. Le dije a Paul lo que tenía que hacer: llevarla a la biblioteca. Cuando Paul me hizo entender que todo estaba en orden pensé que se me ofrecía una buena carta a jugar... Luego, resultó que me fallaron el as.

—Nunca hubiera podido anticiparme a lo que hizo, Perry —manifestó Paul Drake.

—¿Qué tal actuación tuvo el jefe en la sesión de hoy? —preguntó a aquél Della Street.

—Fue perfecta, Della. Hizo aclarar toda clase de cosas a la testigo.

—¿Por ejemplo?

—Explíqueselo, Perry.

Mason dijo con una sonrisa:

—En la tapicería del coche de Archer, en un asiento, hay un quemado. Yo le hice pensar que éste había sido causado por Archer al dejar caer un mechero encendido durante el atraco.

Della Street observó a Mason mientras su jefe se acomodaba ante la mesa. Paul Drake se dejó caer en su postura favorita sobre el gran sillón de cuero, con las piernas colgando por uno de los redondos brazos, mientras que el otro le servía para apoyar la espalda.

—No acierto a comprender qué es lo que puede haberle ocurrido a Kaylor —dijo Drake.

—No quiero pensar en eso —declaró Della Street—. Lo primero es que os expliquéis para que tenga una idea de lo que ha pasado. Después podéis formular todos los comentarios que os apetezcan.

Habló Mason:

—Bueno, Della... Lo cierto es que todo se desarrolló de acuerdo con nuestras previsiones. Sólo que cuando fui a sacarme de la manga mi as, para echarlo sobre el tapete, enfrentando a la señorita Lavina con Inez Kaylor, ésta había desaparecido.

—Ahí está lo que no entiendo —manifestó Paul—. Cuando tú me pediste que localizara a la muchacha, Perry, me costó algún trabajo dar con ella. Habiendo hablado con la chica, se mostró francamente

interesada en hacer lo que convenía. ¡Dios mío! No necesitaba haber venido aquí para eso. Hubiera podido seguir en Nevada, en Las Vegas. No obstante, vino voluntariamente y estaba ansiosa por hacer lo que fuese para poner las cosas en claro.

—Y se marchó, sin más, ¿no? —inquirió Della.

—Exactamente. Yo la instalé en la biblioteca con toda intención, abriendo para ella dos o tres libros, al azar. De esa manera de haberse asomado alguien por allí la habría tomado por una doctora en leyes del Palacio de Justicia, que estaba consultando algunas materias de su profesión. Insistí en que Perry la llamaría probablemente en el transcurso de la última hora de la sesión de la tarde.

—¿Y no se encontraba allí cuando fuiste por ella? —preguntó Della Street.

—Se había esfumado.

—¿Qué crees que pudo ocurrir?

—No lo sé.

—¿En qué aspecto va a influir eso en el caso?

Paul Drake se encogió de hombros.

—Eso es cosa de Perry.

—Bueno —dijo Mason—. He de confesar que estuve poniéndome verde a mí mismo desde el instante en que abandoné la sala.

—¿Por qué?

—Porque tomé como punto de partida un interrogatorio de tipo elemental; bueno, básico, ordenado y presidido por el sentido común.

—¡Ni hablar! —exclamó Paul Drake—. ¡Si conseguiste confundir a la testigo valiéndote sólo de los elementos de rutina! ¿Qué diablos supones que hay detrás de todo eso, Perry?

—Toda declaración resulta prematura, pero a mí no me sorprendería mucho descubrir que la señora Lavina no se encontraba en el coche del señor Archer en el momento de producirse el atraco, Paul.

Drake deslizó sus piernas hacia la parte delantera del sillón, para quedarse sentado como era debido.

—¿Qué no estaba en el coche del señor Archer? Que no estuvo, quizás, en el automóvil de Inez Kaylor, habrás querido decir.

—Lo que yo supongo es que no estuvo en el coche de Archer.

—No es posible, Perry. A mí me parece que estás hinchando la historia.

Mason adoptó una actitud reflexiva.

—Puede ser que Rodney Archer se hallara acompañado en aquellos instantes por otra mujer. Supongamos que se trata de una persona especial... Cabe la posibilidad de que no quisiese, por los motivos que sean, que se divulgara el hecho. Antes que llamar a la policía se puso en comunicación con La Villa Lavina Número Dos. Conocía muy bien a Martha Lavina. Le dijo que se encontraba en un apuro y le pidió que respaldara su declaración afirmando que le acompañaba en el coche. Le anunció que más tarde le facilitaría los detalles necesarios. Después telefoneó a la policía, disponiendo entretanto lo necesario para deshacerse de la mujer que realmente estuvo en el automóvil.

—Parece ser que te has formulado algunos reproches con respecto al interrogatorio de Martha Lavina. ¿En qué crees que fallaste? —preguntó Della Street a Mason.

—¡Hombre, sí! Yo también siento curiosidad por saberlo —dijo Paul Drake.

El abogado echó hacia atrás su sillón, contemplando en silencio, durante unos momentos, los rostros de sus amigos.

—Existe un principio muy sencillo en la técnica del interrogatorio... No interroguéis nunca, nunca, nunca, a un testigo siguiendo la trama o línea de preguntas que él espera. Esta mujer estaba preparada en todo momento para alcanzarme siempre que descubría la más leve brecha. Es una persona de rápidos reflejos, diabólicamente inteligente y atractiva. Pretendía darle la vuelta a cada una de mis preguntas con la sana intención de poner más en evidencia a mi cliente.

—¿Por qué había de manifestarse tan mal intencionada con respecto a nuestro cliente? —preguntó Della Street.

—Ahí está la cosa —respondió Mason—. No se mostró así...

—Yo creo haberte oído afirmar lo contrario.

—Contra mi cliente, no —explicó Mason—. Intentaba dejarme malparado a cada paso para obligarme a emprender la retirada, renunciando a mi interrogatorio.

—¿Por qué?

—Porque se sentía vulnerable.

—¿En qué aspecto?

—Esa es la cuestión. Se sentía vulnerable y no encuentro a ello más explicación que la de suponer que no estuvo allí...

—Pero, ¿por qué diablos...?

—Se esfuerza por mantener fuera de este asunto a la mujer que realmente se hallaba en el coche.

—¿Y conseguiste sorprenderla?

—Creo que la asusté —admitió Mason—. El primer principio básico del interrogatorio es comenzar el mismo con naturalidad, de una manera afable y cordial, tocando algunos puntos menores en los que el testigo no haya pensado mucho, sobre los cuales no espera oír ninguna alusión. Mientras uno sea afable y cordial, si se consiguen respuestas adversas el perjuicio es prácticamente nulo. Pero si se descubre un punto débil existe la posibilidad de concentrarse en él rápidamente, sacando partido de la ventaja.

»De esta forma, uno puede interrogar a un testigo con todas las probabilidades de ganarse la partida y sin exponerse a perder nada.

»La memoria humana es algo sumamente engañoso. Cuando una persona es víctima de un atraco, o presencia un crimen, o ve algo por el estilo, recuerda lo más notable del suceso a razón de mil veces por hora, quizá. Siempre que piensa en el episodio, no presta atención a las circunstancias accesorias. Los detalles normales están minimizados en su mente por lo espectacular.

»Por ejemplo, si una persona ha visto a alguien disparar, ve después insistentemente al agresor levantando el arma y apretando el gatillo. Ve también a la víctima vacilar y caer un millar de veces. Ahora bien, recordará muchas menos veces el sitio en que estaba estacionado el coche, si brillaba el sol o hacía un día nublado. También puede ser que no haya caído en esos detalles en absoluto. En suma, se produce un desequilibrio en lo tocante al funcionamiento de la memoria. Cuando una persona sube al estrado de los testigos e intenta conectar todos los acontecimientos que alberga su mente, es posible que racionalice ciertas cosas que ella piensa que *deben* haber sucedido. Tales cosas pueden no haber ocurrido, en absoluto.

—Pero éste no era el caso de la señora Lavina.

—No —repuso Mason—, pero si yo hubiese seguido durante el

interrogatorio una norma más hábil, mi descubrimiento se habría producido antes.

—¿Sabe ella de tus sospechas?

—Yo creo que sí —declaró Mason—. Es una mujer inteligente.

—Bueno, de todas maneras, ¿por qué tenía que encargarse Perry de ese individuo? —preguntó Drake, irritado, a Della.

—Perry se encontraba casualmente en la sala cuando empezó todo. El hombre acababa de declarar que carecía de dinero para contratar los servicios de un abogado, alegando al mismo tiempo que era inocente. En consecuencia, el juez optó por designar a Perry para que se encargara de su caso.

—¿Se ha visto en otros apuros anteriormente el hombre en cuestión?

—No —replicó Mason—. Carece de antecedentes criminales. Sus antecedentes son buenos. Está retirado y vive en un parque para «roulottes». Disfruta para atender a sus necesidades de una pequeña pensión.

—¿Qué edad tiene?

—Cincuenta o cincuenta y dos años.

—¿Qué era en la vida activa?

—Agente comercial. Sufrió un quebranto de salud, de tipo nervioso, a consecuencia de un accidente automovilístico. Nunca pudo recuperarse del todo. Había estado trabajando con exceso y el accidente le afectó más de la cuenta.

—¿Cómo se vio complicado en el caso, Perry?

—Por lo visto, el hombre que cuida de la limpieza del parque de los remolques, al retirar los cubos de la basura descubrió en uno de ellos una cartera de hombre y un bolso femenino. Se apresuró a hacer entrega de ambas cosas a la policía. Tratábase de la cartera de Archer y la señora Lavina identificó el bolso. La policía visitó el parque, habló con el hombre y lo detuvo.

—Y tú me enviaste luego a Las Vegas para que entrara en contacto con Inez Kaylor... esto actuando tú como abogado de oficio, en un caso del cual no vas a sacar un centavo —señaló Drake.

—Cuando yo represento a un hombre, sean cuales sean sus circunstancias particulares, intento defender sus intereses.

—¿Aunque te veas obligado a poner dinero de tu bolsillo?

Los labios de Mason se distendieron en una sonrisa.

—Un buen abogado, un abogado consciente, no debe permitir que sea el dinero el único motor impulsor de sus habilidades profesionales... Bueno, Drake. Yo lo que quiero ahora es que des con Inez Kaylor. La muchacha abandonó aquella biblioteca en el transcurso de estas últimas dos horas. No te lleva mucha ventaja. Sabes cuál es su aspecto físico. Posees fotografías de ella. Contrata los servicios de los hombres que necesites. Ponte en movimiento cuanto antes.

—La cosa puede resultar bastante cara —objetó Drake.

—Yo no te he preguntado qué es lo que te puede costar eso —repuso Mason—. Quiero que localices a Inez Kaylor. Deseo verla ante mí de aquí al lunes por la mañana. He empezado este «match» y pienso llegar a su final en la forma debida.

Capítulo 3

A las nueve y cuarenta y cinco minutos de aquella noche, Perry Mason se presentó en las oficinas de la agencia de Paul Drake.

—Sí, señor Mason. Ha estado intentando ponerse en comunicación con usted.

—Le dije que vendría.

—Lo sé, pero quiso anticiparle una información antes de esta hora.

—Pasaré a verle.

La encargada de la centralita telefónica habló con Drake.

—El señor Mason se dirige en estos instantes a su despacho.

Mason se deslizó por un pasillo. Al final del mismo había una puerta marcada con dos palabras: «Señor Drake». Mason la abrió en el momento en que su amigo dejaba el teléfono.

—¡Diablos, Perry! ¡He intentado hablar contigo!

—¿Qué ha pasado?

—Hemos localizado a Inez Kaylor.

—¿Qué me dices? ¿Qué le pasó? ¿Por qué desapareció?

—Siéntate, Perry. Las cosas no se presentan tan bien como puedes creer.

—¿Por qué?

—Me temo que se ha vendido a ellos.

Mason consideró aquella declaración pensativamente durante unos segundos.

—Si se ha vendido a esa gente, Paul, nada podemos hacer ya.

—Podríamos invitarla a reflexionar.

—Si es una persona verdaderamente capaz de hacer eso su testimonio no puede traernos nada bueno. ¿Dónde se encuentra, Paul?

—En la Villa Lavina.

—¿Número Dos?

—No. Número Tres.

—¿Y qué hace allí?

—Actúa de señorita acompañante.

—¿Cómo diste con ella?

—Simple rutina. Sabíamos que se movía en ese ambiente. Poseíamos una buena fotografía y una detallada descripción. Puse a unos cuantos hombres al trabajo, quienes hablaron con ciertas chicas y con clientes de esos locales, así como gentes del mundo del espectáculo...

—Y alguien informó en el sentido de que estaba la chica en la Villa Lavina Número Tres, ¿no?

—No. Eso es lo más chocante del caso. Uno de mis hombres se presentó en la Villa Lavina Número Tres para hablar con algunas muchachas de allí, para preguntarles si conocían a Inez... Resultó que ella estaba trabajando allí.

—¿Estás seguro?

—El la vio —explicó Drake—. Su apellido es Kaylor. La fotografía y la descripción coincidían con el original. Este hombre me dio todo género de seguridades. Desde luego, las chicas que trabajan en esos locales usan *nombres de guerra*. Esta muchacha utiliza como nombre de pila el de Petty. ¿Quién va a pensar en su apellido? Pero se trata de Inez Kaylor, efectivamente. Mi ayudante me telefoneó hace media hora. Intenté hablar contigo desde entonces.

—Cené con Della —manifestó Mason—. Te dije que me presentaría aquí alrededor de las nueve.

Drake consultó su reloj con un gesto expresivo.

Mason sonrió.

—De acuerdo, Paul. Fue una cena estupenda y el día resultó bastante duro. Creo que hablaré con esa chica. ¿Dónde para la señora Lavina?

—En uno de los otros locales, probablemente. No, no se encuentra en el Número Tres. Bueno, no estaba allí cuando hablé con mi ayudante, la última vez que telefoneó.

—Tú posees otra fotografía de la muchacha. Ésta me servirá para saber quién es.

—Sí. Mi colaborador sigue allí.

—Pues dile que no abandone su trabajo. Lo mejor será que no intente entrar en contacto conmigo cuando me vea llegar. ¿Quién es él? ¿Le conozco?

—Me parece que no. Este colaborador es relativamente nuevo. Sin embargo, adopté una precaución: los hombres que trabajan en el caso llevan un clavel rojo en la solapa de su americana. Pensé en eso por si quería agrupar las fuerzas para emprender una labor de seguimiento. Por ese procedimiento, nuestros ayudantes pueden conocerse entre sí.

—Una buena idea —consideró Mason—. ¿Cuándo te pondrás en contacto de nuevo con ese ayudante tuyo?

—Me telefona cada media hora.

—Dile que me dirijo al local. Indícale que ha de evitar todo contacto conmigo. Y si ella saliera, que no la pierda de vista.

—Para tal tarea, deberíamos fijar dos hombres —sugirió Drake.

—De acuerdo. Desplaza otro hacia allí. Todo seguirá igual hasta que yo diga. ¿Me conocerá Inez Kaylor?

—De nombre, por supuesto. Y, probablemente, habrá visto alguna fotografía tuya.

—Pero, ¿no me vio en el Palacio de Justicia?

—No. La traje aquí desde Las Vegas, llevándola a continuación a la biblioteca del Palacio. Después, penetré en la sala, para esperar a que me hicieras la señal convenida. La chica me dijo que no te había visto nunca.

—Al enterarme de que todo estaba en orden y saber que la muchacha se hallaba a nuestra disposición tuve la seguridad de que se nos ponían las cosas bien. Por eso puedes juzgar lo fácil que resulta ilusionarse. Bien, Paul. Descríbeme a Inez Kaylor. Voy a salir para charlar con ella.

—¿Y yo he de dedicarme a seguirla cuando salga de allí?

—Sí. Designa a dos hombres para que se ocupen de esa tarea. Emplea tres, de ser necesario. Mantenla bajo vigilancia hasta que yo te diga basta.

—¿Te importa que ella se entere de que la siguen a todas partes?

—Inez Kaylor no ha de darse cuenta de nada. Es muy importante.

—Es todo lo que quería saber. Siempre cuesta más de esta forma.

—Y todo marcha mejor así —repuso Mason—. Nos veremos más adelante, Paul.

—¿Cómo piensas abordarla, Perry? —inquirió Drake—. ¿Le vas a exponer las circunstancias del asunto que nos ocupa, sin más rodeos?

—De momento, no —señaló Mason—. Voy a presentarme ante ella como un tipo corriente que dispone de algún dinero para gastárselo alegremente. Cenaremos juntos, quizás. Esto se acomoda perfectamente a mi disposición física. Tras un día de trabajo en la sala de Justicia siento un hambre insaciable.

—No querrás que la vigilemos después de haber establecido tú contacto con ella, ¿eh?

—No puedo decirte que sí ni que no. Deja trabajar a tus hombres hasta que yo indique lo contrario. Si la muchacha y yo salimos juntos, que nos sigan a los dos.

Mason abandonó el despacho de Drake. Una vez en la calle, subió a un coche, desplazándose rápidamente por entre los numerosos vehículos que ocupaban las calzadas a aquella hora, en dirección al norte. Poco a poco, luego, pisando el acelerador hasta rebasar la velocidad permitida por aquella zona de la ciudad.

Los congestionados sectores de la población quedaban ya a alguna distancia de él cuando avistó un rótulo en neón rojo, el de «Villa Lavina Número Tres».

Uno de los porteros aparcó el coche de Mason, entregando a éste un cartoncillo. Mason penetró en el local, dejando su sombrero y su abrigo en el guardarropa. Luego, puso en las manos del camarero jefe cinco dólares, solicitándole una mesa que estuviera bien situada.

En aquel instante eran las diez y veintiún minutos en el reloj de pulsera del abogado.

El camarero jefe trató a Mason con esa deferencia que constituye el universal reconocimiento de la generosidad.

—¿Viene usted solo? —inquirió respetuosamente.

Mason asintió.

El camarero hizo una mueca.

—Se trata de algo que puede ser remediado.

—Le haré a usted una señal si necesito algo más —dijo Mason.

—No tiene usted más que hacerme una leve indicación para que

le atiende inmediatamente —prometió el camarero.

A continuación, escoltó al abogado hasta una mesa que se hallaba junto a la pista de baile. A pocos metros de allí había un pequeño estrado que servía, seguramente, de escenario.

Todo lo que se veía dentro de aquel club nocturno revelaba la extraordinaria habilidad de Martha Lavina para crear esa cosa intangible que se llama «ambiente». Hay locales de esa clase que gastan millares de dólares en trabajos de decoración, espectáculos y anuncios. Sin embargo, carecen a veces de la nota distintiva que ejerce atracción sobre determinados públicos. La gente, simplemente, no acude a ellos.

Otros establecimientos del mismo tipo gastan menos dinero en todos los aspectos y no obstante cuentan con un ambiente cautivador, que atrae a la clientela. Aparecen caras célebres en el local, personas famosas, que gustan de pasar parte de sus noches en el mismo, pidiendo a los camareros servicio tras servicio, permitiendo así obtener a sus regentes claros beneficios.

No existe una fórmula para conseguir este ansiado ambiente. Hay quien afirma que éste es el resultado de un progresivo crecimiento o desarrollo, tan difícil de planear como el desenvolvimiento de la personalidad humana. Existen, por el contrario, individualidades que afirman que la consecución de esas especiales «atmósferas» se basa en una cuidadosa planificación.

Martha Lavina se las había arreglado para lograr tan conveniente ambiente, para sus intereses, en las tres Villas Lavinas. En la que ostentaba el Número Uno se congregaba la gente relacionada de un modo u otro con el mundo de las carreras de caballos. En el Número Dos se veían rostros muy conocidos de la esfera literaria y del cine. La Número Tres era de los artistas más o menos bohemios y de la gente del periodismo. Habíase corrido el rumor de que los artistas y escritores disfrutaban de un descuento sustancial en las consumiciones y que se les toleraba más tiempo del debido en las mesas especialmente reservadas. En justa correspondencia, esas personas, los artistas, contribuían a la formación de la ansiada «atmósfera» con trabajos propios, algunos de los cuales se veían diseminados por las paredes.

Los tres clubs nocturnos eran fieles a sus respectivas características. El turista, el curioso y otros tipos parecidos se

aventuraban tímidamente por los tres locales, observando a las «celebridades» desde sus rincones. Eran objeto de un trato cortés, respetuoso, pero se veían controlados en todo momento por quienes regentaban los destinos del local de turno. No se toleraba la promiscuidad. Se mantenía un principio de severa segregación.

La gente de paso tenía ocasiones sobradas para admirar a las figuras conocidas. Los camareros se encargaban de susurrarles al oído los nombres de aquellas celebridades, proceder que agradaba tanto al visitante como a los famosos que se notaban en todo momento seguidos por los ojos de la clientela que componía la «masa».

Eran ya varios los artistas que debían su reputación a la insistente publicidad que les hacían, siempre en voz baja, los camareros de La Villa Lavina Número Tres. Siempre que uno de aquellos hombres dejaba una huella de su personalidad en las paredes del club, por ejemplo, los camareros mostraban el artista al público normal, integrado por seres sencillos, arrastrados hasta allí por la curiosidad y por el afán de catar aquel «ambiente».

Ante todo, sin embargo, Martha Lavina debía sus éxitos a la forma en que creaba una directa impresión de algo pícaro sin que eso último se le fuese de las manos, controlándolo siempre.

En otros locales semejantes se presentaban al público figuras del «striptease» que luego se mezclaban con aquél. Las chicas se esforzaban por incorporarse a algún grupo de «lobos» o bien se dedicaban a incrementar las consumiciones, a base de un tanto por ciento.

Martha Lavina no permitía tales cosas en sus establecimientos. Las que actuaban en el escenario eran auténticas artistas. Sus «señoritas acompañantes» constituían ejemplos de naturalidad, ofreciéndose a los ojos de los demás siempre seductoras de figuras y elegantemente vestidas.

Afirmábase que Martha Lavina había declarado en una ocasión: «Tres son las cosas que debe reunir una buena señorita acompañante: una cara inocente, un cuerpo “perverso” y... nada bajo el seductor vestido que no sean curvas».

Martha operaba dentro de los límites de los suburbios ciudadanos, en emplazamientos cuidadosamente elegidos.

Sentado a su mesa, dentro de La Villa Lavina Número Tres,

Mason se dedicaba a calibrar cuidadosamente al público que llenaba el comedor.

Una veintena de clientes acomodados en torno a una larga mesa se habían enzarzado en una violenta discusión avivada por las continuas libaciones. Aquella gente, evidentemente, había acabado de cenar y saboreaba ahora unas tazas de café, con sus respectivos licores. Los camareros dejaban a aquellos comensales solos, apareciendo por los alrededores de la mesa únicamente cuando alguno les hacía una seña, en demanda de algo.

El contraste entre el trato dispensado a aquellas personas y la forma en que los camareros, cortésmente, hacían ver a los demás parroquianos el alto valor del espacio que ocupaban, llevaba a pensar que el grupo de la mesa pertenecía al equipo forjador de «ambiente», tan cuidado por Martha Lavina por sus provechosos resultados.

Casi todas las mesas se veían ocupadas. Mason estaba seguro de que al filo de la medianoche no quedaría ninguna libre.

Era difícil localizar a las señoritas acompañantes. Se confundían generalmente con las restantes mujeres, no abordando francamente a los clientes.

Cuando la orquesta empezó a tocar, Mason, observando distraídamente a las parejas que se movían por la pista, vio a dos hombres que se hallaban acompañados por un par de jóvenes y atractivas chicas. Las cuatro personas se sentaron alrededor de una mesa. Ellas eran cordiales, atractivas, discretas. Apenas se distinguían de otras bellas mujeres que también se encontraban en el salón, en distintas circunstancias.

Mason miró fijamente al camarero jefe. El hombre advirtió su mirada, acercándose inmediatamente.

—¿Se encuentra Petty esta noche aquí? —preguntó el abogado. Su interlocutor enarcó las cejas.

—¿Conoce usted a Petty?

—Tengo relación con una persona que conoce a Petty.

—No está por aquí ahora, pero quizá dé con ella si la busco —replicó el camarero, con los ojos obstinadamente fijos en el mantel de la mesa.

—Me agradecería invitarla a beber cualquier cosa si ella no tiene inconveniente en sentarse a mi mesa —declaró Mason, dejando en

manos del camarero otros cinco dólares—. Los primeros fueron por la mesa. Éstos son para que localice a Petty.

—Daré un vistazo por ahí para ver qué hace en estos momentos, señor —prometió el camarero—. Puede ser que necesite unos minutos para eso.

Mason seleccionó cuidadosamente unos platos del menú, dando a entender que deseaba que le fuese servido lo mejor, sin importarle gran cosa el precio.

El abogado hizo los honores debidos a la cena, sin prisas, mientras observaba distraídamente a las parejas que se desplazaban por la pista de baile, a los acordes de la orquesta. Presenció un espectáculo decididamente superior a los que se mostraban de ordinario en la mayor parte de los clubs nocturnos.

Mason distinguió entre el público a una mujer de seductora figura y ojos muy oscuros que parecía estar contemplándole con una leve insinuación de sonrisa. Al darse cuenta de que Mason habíale visto, la chica echó a andar hacia la mesa, caminando lentamente. Las líneas de su esbelto cuerpo eran perfectamente perceptibles debajo del ceñido vestido.

Mason echó hacia atrás su silla.

—¿Petty? —inquirió.

La joven sonrió abiertamente ahora tendiéndole la mano.

—¿Cómo está usted? —dijo—. Es para mí un placer verle. ¿Nos conocemos de antes?

Mason la ayudó a sentarse. Casi inmediatamente, se presentó un camarero. Petty pidió un whisky con soda. Señaló una marca de whisky con doce años de solera.

Mason tornó a sentarse. Jugueteó unos segundos con el platillo de la taza, dándose cuenta de que la joven lo estudiaba atentamente.

—Me alegro de que se haya compadecido de mí —declaró Mason—. La verdad es que me encuentro muy solo esta noche. No resulta agradable cenar en estas condiciones.

La muchacha sonrió cordialmente.

—Bueno, ya no es usted un hombre solitario.

—Tengo suerte —convino Mason—. La de ahora me compensa de las aburridas horas que he pasado durante la primera parte de esta noche.

—Ha preguntado usted por mí dando mi nombre.

—Sí.

—¿Cómo ha sido eso?

—Había oído hablar de usted. ¿Andaba ocupada en algo?

Ella movió la cabeza rápidamente, denegando. Tras unos instantes, dijo:

—No. No estaba aquí. Estaba... Me había ido a casa.

Mason no formuló ningún comentario.

—Sola —añadió la joven.

Mason se esforzó por lograr que su cara no revelase ninguna expresión.

La chica agregó:

—¿Cómo supo de mí?

—Uno de mis amigos la conoce.

—No llevo mucho tiempo aquí como para que suceda eso.

—Es lo que me dio a entender.

El camarero le sirvió un whisky. Petty era alta, con unos ojos sombreados por largas pestañas. A sus cabellos, de un tono castaño muy oscuro, arrancaban las luces del local rojos reflejos. Tenía los labios muy pintados y éstos tenían una movilidad que hacía la sonrisa fácil, natural, nada forzada.

El espectáculo había llegado a su fin. La orquesta comenzó a tocar.

Mason enarcó las cejas, en un gesto de muda interrogación.

El de ella, de asentimiento, fue apenas perceptible.

Mason echó hacia atrás su silla y a los pocos momentos la muchacha estaba en sus brazos, desplazándose por la pista de baile.

Bailaron en silencio durante unos instantes. La joven comentó luego:

—Es usted un buen danzarín, desde luego.

—Estaba pensando que bailar con un ser tan ingrátido como usted es algo que resulta sumamente fácil.

Ella se echó a reír, acercándose un poco más a Mason. Éste notaba perfectamente hasta los más mínimos detalles de su espléndido cuerpo. Era evidente la extrema sencillez de su atuendo.

—¿Le gusta bailar? —inquirió Mason.

—Me gusta, sí... Pero sólo con determinadas personas... No, no me agrada bailar con cualquier hombre.

Una vez más, Petty guardó silencio. Su atención se hallaba concentrada en la música.

De vuelta a la mesa, sus ojos, pensativos, estudiaron atentamente a Mason.

—¿Y bien? —preguntó aquél.

—Usted es diferente a los demás —repuso ella.

Mason se echó a reír.

—¿No es eso lo que habitualmente le dicen los hombres a usted?

Ella hizo un leve gesto de impaciencia.

—Usted es distinto. Usted es fuerte, rudo, viril. Y sin embargo, no puede ser considerado un «lobo».

—¿Debe ser considerado eso como un halago?

—No es otra mi intención.

—Siga hablando —dijo Mason.

Pero la chica guardó silencio ahora.

Mason miró al camarero y le hizo una seña para que trajera otro servicio.

—No es necesario —señaló ella—. Aquí las chicas no trabajan a comisión.

El camarero se inclinó sobre Petty.

—¿Lo mismo? —inquirió.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Que no sea muy cargado, Charlie.

El camarero se volvió hacia Mason. Éste pidió un doble de coñac con un cuarto de siglo de antigüedad.

—Nosotras, aquí no forzamos el consumo de bebidas. No nos va nada en ello.

—Muy interesante —repuso Mason—. ¿Cuál es su trabajo en suma?

—No trabajamos en la forma que la mayor parte de la gente supone —dijo Petty, ambigua.

Mason se quedó silencioso.

—Como habrá notado, aquí hay un ambiente especial. Nosotras nos conducimos de acuerdo con él. Cumplimos realmente una misión que en otras partes se mixtifica o desvirtúa.

—¿Cuántas son ustedes?

—Eso depende... La mayor parte de las muchachas atienden a los clientes previo aviso. Ocurre a veces, sin embargo, que llegan

personas solas. En este caso, si esas personas son atentas, pueden disponer de una chica con la que bailar o hablar. La señora Lavina piensa que un hombre solitario es un espectáculo desalentador en cualquier circunstancia y que este local únicamente debe albergar espectáculos optimistas. Ella quiere que la gente se conduzca con entera naturalidad. De otro lado, le disgustan las personas escandalosas. La señora Lavina sabe muy bien cómo ha *de ser* llevado esto... ¡Oh! Esa mujer es genial...

—Siga, siga —invitó Mason.

La faz de Petty pareció iluminarse al empezar a hablar de ella.

—Los habitantes del local están siempre pendientes de la señora Lavina. Saben que no dudará en intervenir si en cualquier momento se pasan de la raya... Naturalmente, esto no es tampoco un colegio de Ursulinas —se apresuró a aclarar Petty—. Martha Lavina es una creadora de ambientes, sabe dar a sus locales la atmósfera que más conviene. Por ellos circulan todas las noches rostros sumamente conocidos, muy populares. La gente de paso puede admirarlos.

»La gente que se sienta alrededor de esa mesa larga de allí es muy interesante. El hombre de los cabellos negros y de los lentes que se halla acomodado a la cabecera, que habla ahora, que mueve mucho las manos, es un brillante artista. Es el autor de la pintura de la chica frente a la valla de alambre de espino. La joven que se encuentra a su lado es una modelo muy atractiva y popular. Se dice que vive con...

—No es necesario que pase delante de mí todas las hojas del catálogo —advirtió Mason—. No me interesa lo más mínimo la atmósfera del local.

—¿Y qué es lo que le interesa a usted exactamente?

—De momento, usted.

Ella movió la cabeza, respondiendo:

—Yo no estoy disponible.

—No me refería a eso —contestó Mason—. Tal como están las cosas ahora me siento satisfecho.

Ella estudió el rostro del abogado una vez más, comentando:

—Usted es diferente, sí... Y muy amable.

Bailaron de nuevo. Ahora, la actitud de Petty era más cordial, denotadora de una mayor confianza. Había perdido buena parte de su rigidez inicial.

—Pues sí —dijo cuando terminaron de bailar—. Voy a aficionarme a usted. Me agrada usted.

—Supongo que para variar. Sin presunción por mi parte, claro.

Ella miró a Mason muy seria, contestando:

—Para variar, en efecto. Yo no me desenvuelvo muy bien en este trabajo. Jamás me dedico a una persona sin antes haberla estudiado bien, a fondo.

—¿Me estuvo observando antes de acercarse a mí? —quiso saber Mason.

—Naturalmente.

—Me siento halagado otra vez.

—¿Cómo he de llamarle?

—Puede llamarme Perry.

En la frente de la joven se dibujó una arruga.

—Se trata de un nombre poco corriente.

Mason buscó sus ojos.

—Sucede, sin embargo, que es mi nombre real. Por añadidura, no estoy casado. Me gusta conocer caras nuevas. No quiero que me tome por un tipo cualquiera animado por el ansia de echar una cana al aire.

—¿Le interesa la gente?

—Me interesa usted, de momento.

—A mí me agrada bailar con usted.

—Y usted, no es un cumplido, ¿eh?, baila divinamente —señaló Mason—. He descubierto en su manera de bailar un toque especial que...

—Soy una profesional de la danza.

—¿Le satisface eso?

—Me agrada bailar. Lo de la profesionalidad no me causa, en cambio, ningún contento.

—¿Por qué?

—Lleva aparejadas muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—¿Es necesario que se las detalle?

El abogado sonrió.

—Bueno, es evidente que usted tiene que vivir de algo y me inclino que debe percibir algún porcentaje a modo de compensación.

Levantó una mano para atraer la atención del camarero.

—No pida más bebida.

—¿Por qué no he de hacerlo?

—No me apetece.

—¿Qué le apetece concretamente?

—Quiero bailar otra vez.

Salieron a la pista dos veces más. Ella se abandonó a sus brazos confiadamente, apoyando en ocasiones su frente en la barbilla de Mason. Durante el último baile, la joven se mostró muy pensativa.

Mason la escoltó hasta la mesa, diciéndole:

—Me remuerde un poco la conciencia. Temo que haya estado perdiendo el tiempo conmigo.

—Me divierto, simplemente.

—Insisto en que usted debe hallarse aquí en virtud de algún acuerdo con la dirección del local, que le permite ser compensada por...

—¿Desea que vayamos a algún sitio? —inquirió la chica.

—¿A dónde podríamos ir?

—Donde encontrar más movimiento y distracción.

Mason escrutó el rostro de su interlocutora.

—Me parece que le ha costado algún trabajo llegar a esa conclusión, ¿no es así, Petty?

Ella no rehuyó su mirada.

—Sí.

—¿Suele mostrarse usted siempre tan vacilante?

—En efecto. Pero cuando tomo alguna decisión sigo ya hasta el fin.

—En marcha, entonces.

Mason hizo otra seña al camarero y pagó la cuenta. Recogió su abrigo y el sombrero en el guardarropa y escoltó a Petty hasta la salida. Cuando el abogado requería la presencia del vigilante del apartamento, la joven se adelantó a sus deseos.

—No necesita para nada su coche. Iremos en el mío.

Mason enarcó las cejas.

—De acuerdo, ¿eh? ¡Eddie! El coche, por favor.

El vigilante asintió. Una enorme y negra limosina se deslizó junto a la entrada del local. Del vehículo se apeó un chófer uniformado, que abrió la portezuela de atrás.

Petty le dio las gracias con una sonrisa. Mason la ayudó a subir al coche, siguiéndola. La portezuela se cerró.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó el abogado.

—Visitaremos algunos lugares.

Mason consultó su reloj de pulsera.

—Me imagino que en este histórico momento usted sabe ya quién soy yo y que se puede hablar de una recepción especial que...

—No. Me tiene sin cuidado su identidad. Usted, simplemente, es una persona agradable.

Ella tiró de un negro cordón de seda. Unas oscuras cortinillas se deslizaron por las ventanillas del vehículo, aislándolos del resto del mundo. El cristal que separaba el compartimiento del conductor del de viajeros era opaco. La ventanilla de atrás contaba también con su correspondiente cortina. No era posible ver nada de los alrededores.

—¿Por qué hace esto, Petty? —inquirió Mason.

Ella se acercó un poco más a él.

—¿No le gusta verse así, aislado, libre de la curiosidad de los demás?

Mason sonrió, pasándole un brazo por los hombros. Luego al cabo de unos segundos, deslizó el otro en torno a su cintura.

Dismuladamente, corrió una mano por la lisa superficie del vestido, para comprobar si alguna arma pequeña podía haber sido escondida en algún pliegue de aquél.

No existía la posibilidad de lograr tal cosa.

El automóvil rodaba lentamente.

—¿A dónde vamos, Petty?

—A algunos sitios. ¿Es que no le gusto?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué se detuvo?

Mason se echó a reír.

—Buscaba encima de usted un arma de fuego o una navaja, por lo menos.

—Ha estado buscando por un lado. Pruebe ahora suerte por el otro.

Petty cambió de posición.

—Siga, siga buscando por aquí —le invitó.

—No hace falta —respondió Mason—. La única arma de que dispone usted se la dio la madre Naturaleza.

Petty apoyó la cabeza en su hombro.

—He oído afirmar que era usted una buena chica.

—¿Quién le dijo eso?

—Un amigo.

—No soy tan expresiva con la mayor parte de las personas. Habitualmente, bailo y nada más.

—¿Le gusta su trabajo?

—No mucho.

—¿Y Martha Lavina? ¿Le agrada?

—Es estupenda. La encuentro maravillosamente comprensiva y considerada. Sólo por ella, vale la pena trabajar en esto.

—¿Conoce usted a mucha gente?

—Conozco a algunas personas.

Hubo una larga pausa.

Petty se agitó en el asiento.

—Usted es diferente...

Mason se limitó a reír.

—Usted es diferente.

—¿A donde nos encaminamos, Petty?

—A algunos sitios.

—¿Qué clase de sitios?

—Ya lo verá.

Mason corrigió ligeramente su posición. Ella guardó silencio, preguntando por fin:

—¿Es esto todo?

—Sí —respondió el abogado.

Ella irguió el cuerpo por un instante. Después, se dejó caer abandonadamente contra el respaldo, permaneciendo tan inmóvil que Mason llegó a pensar que se había dormido.

Bruscamente, el automóvil empezó a deslizarse más lentamente. Luego, tomó una curva. Por último, se detuvo, retrocediendo unos cuantos metros. Avanzó un poco de nuevo y se quedó parado.

La chica tiró del cordón de seda, descorriendo las cortinillas. Mason vio que se hallaban en un espacio destinado al estacionamiento de coches, en la parte posterior de un edificio. Se notaba cierto olor a humedad y a cebollas fritas. El lugar aparecía pésimamente iluminado.

Mason consultó su reloj de pulsera. El viaje había durado

veintidós minutos.

El chófer abrió la portezuela, manteniéndose en posición de firmes. El abogado abandonó el coche, ayudando a Petty a apearse.

—¿Y ahora qué?

—Deje su sombrero y su abrigo en el coche —le dijo ella.

Subieron por tres peldaños a un porche sin luz. Petty sacó una llave, abriendo inmediatamente una puerta. Una pequeña bombilla, de amarillenta luz, les permitió descubrir una escalera.

Petty indicó a Mason con un gesto que cerrara la puerta y colocó una de sus manos sobre la barandilla. Entonces, empezó a subir las escaleras.

Mason avanzaba a su espalda.

—¿Vive usted aquí? —le preguntó.

Ella no le contestó, limitándose a proseguir su ascenso.

Se enfrentaron con otra puerta al final de la escalera. Petty la abrió empujándola, entrando los dos en un largo corredor. Después, la chica abrió una puerta que quedaba a su derecha, invitando a Mason a pasar con una sonrisa.

El abogado obedeció.

Tratábase de una estancia de regulares dimensiones, equipada con los más sencillos muebles. A lo largo de una pared había un mostrador, delante del cual se veían unos taburetes móviles. Por la habitación habían sido distribuidas unas cuantas sillas plegables. Un hombre mezclaba bebidas detrás del mostrador y varias personas ocupaban los taburetes.

Se abrió una puerta que llevaba a una habitación más interior, asomando por ella un individuo que vestía de «smoking». La puerta se cerró a su espalda.

Por un momento, Mason oyó el clásico sonido de la bolita de marfil de una ruleta, saltando por encima de las casillas con números, hasta detenerse en uno.

El hombre se dirigió a ellos, sonriendo afablemente. Era alto, moreno, esbelto y estaría entre los treinta y los cuarenta años de edad. Sus grisáceos ojos, sin embargo, resultaban fríos más bien.

—Buenas noches, Petty —dijo—. ¿Sabes quién es la persona que te acompaña?

La chica esbozó una sonrisa.

—Se presentará él mismo.

—No es necesario que lo haga —manifestó el hombre—. Se trata de Perry Mason, el abogado.

Petty hizo un gesto de asombro.

—¡Oh! —exclamó consternada.

—Supongo, señor Mason, que no habrá llegado hasta aquí impulsado por motivos de índole profesional —dijo el individuo del «smoking».

—¿Y si no fuese así? —inquirió Mason.

—Todo sería igual, señor Mason. A menos que sus motivos personales nos afectaran de un modo u otro.

—Me limitaré a subrayar que no trabajo para el fiscal del distrito —declaró el abogado, sonriente.

—¿Quiere usted entrar?

—Creo que me han traído aquí con ese fin.

El otro sonrió.

—Supondría una lamentable pérdida de tiempo por nuestra parte tratarle como tratamos a casi todos nuestros visitantes. Si desea probar su suerte, nosotros nos sentiremos muy satisfechos recibiendo algún dinero suyo.

—¿Y Petty?

—Percibe una cantidad por haberle traído aquí y una pequeña comisión sobre el importe de sus pérdidas.

—Supongamos que gano.

—Siempre existe tal posibilidad —concedió el hombre de los ojos grises—. En tal caso, las chicas han de saber cuidar de sus personales intereses. Es una situación que no siempre deploran.

—Pues entraremos —contestó Mason.

—Es por aquí...

—¡Perry Mason, el abogado! —exclamó Petty—. Debiera habérmelo figurado cuando me dijo que se llamaba Perry. Ya advertí que había algo en usted, algo que... ¡Tenía que ser yo quien diera con usted!

—Buscaremos una fórmula para que usted se sienta compensada por todos conceptos, tanto si pierdo como si gano.

El hombre abrió la puerta. Mason entró en una habitación que contaba, por todo mobiliario, con unas cuantas sillas plegables, dos ruletas y dos mesas en las que se jugaba a la veintiuna.

El individuo del «smoking» se excusaba:

—Lamento mucho, señor Mason, no poder ofrecerle una instalación más lujosa. Puedo garantizarle, en cambio, una seriedad absoluta en todo lo tocante a los juegos que aquí se practican.

»Desgraciadamente, debido a la intransigente actitud de las autoridades nos vemos obligados a cambiar de emplazamiento de cuando en cuando, buscando constantemente nuevos escenarios donde desarrollar nuestras actividades.

—¿Y ponen luego el hecho en conocimiento de las muchachas?

—No. Avisamos a los conductores de coches.

—Ya. Eso les proporciona cierta seguridad.

—Alguna, sí —admitió el hombre—. Haremos con mucho gusto efectivo su cheque, señor Mason, por el importe que guste.

—No será necesario —replicó el abogado, sacando de uno de sus bolsillos un rollo de billetes de banco, del cual apartó dos de cien dólares.

—Tenga la bondad de entregar el dinero al cajero, señor Mason. Puede disponer de fichas, de un dólar, de cinco o de veinte dólares, si prefiere estas últimas.

—Comenzaré con las de cinco dólares —declaró Mason—. Y me imagino que también Petty querrá poner a prueba su suerte.

Mason recibió por su dinero cuarenta fichas, de las cuales puso diez en manos de Petty.

—¿Qué juego prefiere usted, Petty?

—La ruleta.

Se acercaron a una de las mesas. Mason llevó a cabo algunas intenciones... Empezó defendiéndose, alternando las ganancias con las pérdidas. Después, decididamente, comenzó a perder. Habiendo colocado su última ficha sobre el número 7, quedóse sorprendido al ver que la bolita se detenía en aquel compartimiento.

El «croupier», con un rostro que no revelaba la menor emoción, le pagó. Mason cogió sus ganancias, distribuyéndolas entre el siete, el treinta y el cinco.

La bolita se detuvo en el nueve.

Disponiendo todavía, precavidamente, de unas fichas más, Mason cubrió de nuevo los mismos números, saliendo el cinco.

Una vez más recogió sus ganancias.

Petty, a su lado, no había empezado a jugar todavía.

—¿Y bien? —le preguntó Mason.

Ella cubrió con una ficha en cada uno el siete, el treinta y el cinco.

La bolita se detuvo en el veinticuatro.

Lanzando una exclamación de disgusto, Petty colocó diez dólares en el rojo. Salió el negro. Puso cinco dólares en el rojo. Tornó a salir el negro. Colocó sus restantes fichas en el rojo y la bolita se detuvo en el 0.

—Muy bien —dijo—. Ya me han desplumado.

Mason contó diez fichas más de cinco dólares.

—Pruebe ahora con éstas.

El abogado se apartó de la muchacha, jugando varias veces con resultados adversos. Notó que Petty estaba siendo afortunada en aquellos instantes. Su rostro estaba muy sonrosado; brillaban sus ojos, excitados, al recoger las fichas. Mason estuvo ganando durante unos minutos, empezando a perder luego. Cuando se quedó en los doscientos dólares, su capital inicial, se dirigió al cajero, cambiando sus fichas.

El hombre le miró, sonriente.

—¿No ha aventajado nada, señor Mason?

—He quedado en paz —replicó el abogado.

Éste se acercó a la mesa en que se encontraba Petty.

—¿Qué tal se le da?

—Bien, hasta hace unos momentos. Ahora ya no veo manera alguna de ganar una vez.

—Cambie sus fichas —le dijo Mason—. Quiero irme.

—¿Ya?

—Ya.

—¡Pero si acabamos de llegar!

Mason se encogió de hombros.

—Me noto con suerte esta noche. Me siento como si fuera capaz de hacer saltar a la banca.

—No creo que pueda conseguir tal cosa —declaró Mason.

Petty jugó un par de veces más. Finalmente, se volvió hacia Mason, haciendo una mueca.

—Ha acabado usted con mi buena racha.

—Pues cambie sus fichas.

—De acuerdo —respondió ella, de pronto—. Voy a hacerlo.

Mason le ayudó a transportar sus fichas hasta la ventanilla del

cajero. La joven se hizo cargo de seiscientos veinte dólares.

—¿Tanto? —inquirió—. ¡Dios mío! No me figuré que las fichas ascendieran a tanto...

—Siento llevarme sus beneficios —dijo Mason al cajero.

—¡Oh! Es igual. Ese dinero volverá aquí —repuso el hombre, siempre sonriente.

Mason salió de la estancia detrás de Petty. Se detuvieron en el mostrador para beber algo. El individuo del «smoking» se dirigió al abogado.

—Espero verle por aquí de nuevo, señor Mason.

—Gracias —contestó aquél, cortésmente.

Bajaron las escaleras y en virtud de alguna orden convenida previamente la limosina los esperaba delante de la puerta.

Una vez dentro del coche, la joven tiró del cordón de seda. Al quedarse los dos aislados del exterior, ella se acurrucó contra Mason.

—Creo que es usted maravilloso —dijo—, y me alegro de que me haya hecho abandonar. Cuando empiezo a jugar no paro hasta el momento en que me quedo sin un centavo. El final es siempre el mismo ahí arriba, antes o después...

—Hoy no se le ha dado la cosa mal.

—Nunca había ganado tanto dinero de una vez... ¡Dios mío! Si supiera abstenerme de jugar hasta que se me depare la ocasión de dar un buen empleo a mi dinero...

—¿Permite esa gente siempre que se vayan así con sus ganancias?

—Cuando hay alguien que nos regala las fichas, sí.

—Pues no vuelva por ese tugurio hasta que se haya gastado ese dinero —recomendó Mason—. Aléjese de las mesas de juego. ¿En qué piensa emplear esa suma?

—¡Dios mío, señor Mason! ¡Si usted supiese lo que representan estos dólares para mí! Dígame: ¿por qué se presentó en La Villa Lavina preguntando por mí?

—¿No lo sabe?

—No.

—Usted se me escapó a primera hora de la tarde de hoy.

—¿Yo?

—Usted, sí.

—Nunca lo había visto antes de esta noche...

—¿Qué me dice de Paul Drake?

—¿Quién es Paul Drake?

—Trabaja para mí en algunas ocasiones.

—Yo...

Petty guardó silencio de pronto.

—¿Y bien? —inquirió Mason.

—No me moleste ahora. Estoy poniéndome el dinero en la media.

Petty tornó a acurrucarse contra Mason. Dentro del coche hacía calor, casi.

—¿Le gusto? —preguntó ella.

—¿Qué me dice de Paul Drake? —insistió Mason.

—No estoy hablando de Paul Drake. Estoy hablando de nosotros. ¿Le gusto?

Ella deslizó una mano por la parte posterior del respaldo. Sus dedos entraron en contacto con un oculto interruptor. Se encendió una luz situada encima del cenicero, muy suave.

El brazo derecho de la chica corrió por los hombros de Mason. Sus dedos le levantaron el cuello del abrigo, acariciando brevemente el vello de la nuca.

—Tranquilícese —dijo, riendo—. No pienso morderle.

Mason contempló su rostro.

Petty se asomaba a sus ojos, muy seria. Sus rojos labios se habían separado. Por entre ellos brillaban sus blancos dientes.

—Me gusta usted.

Los dedos de la chica tornaron a acariciar la nuca de Mason.

—¿Le gusto, señor Mason?

—Por supuesto.

—No le veo muy entusiasmado.

—¿Desea verme *muy* entusiasmado?

—Puede empezar por sentirse entusiasmado, simplemente, para que eso constituya nuestro punto de partida.

Ahora, la mano izquierda de Petty se desplazó por la solapa del abrigo y asiéndose con firmeza a ésta inició un insinuante tirón...

En este momento, Mason le preguntó:

—¿Se acuerda usted, Petty, de la noche en que Rodney Archer fue atracado?

Ella se quedó, de repente, rígida, inmóvil.

—¿Qué ocurre con eso? —inquirió la chica con voz fría y cautelosa.

—¿Vio usted a Martha Lavina aquella noche?

Bruscamente, Petty se apartó de él, diciéndole:

—Bien. Adelante. Pórtese solo y exclusivamente como un abogado. Usted me agrada. Pero a usted lo único que le interesa es formularme unas cuantas preguntas. Soy un ser humano, pero eso no sabrá descubrirlo jamás, por sí mismo. Usted ve en mí exclusivamente a una testigo.

—Lo único que le he preguntado es si vio aquella noche a Martha Lavina —replicó Mason.

Inesperadamente, los dedos de la joven oprimieron el interruptor del respaldo del asiento, haciéndose la oscuridad en el recinto.

Mason guardó silencio durante unos segundos.

—¿Va usted a contestar a mi pregunta? —quiso saber al cabo de un momento.

No hubo respuesta alguna. Seguidamente, Mason percibió una serie de débiles sonidos muy característicos. Aquella mujer sollozaba.

El abogado la buscó en la oscuridad.

—¡Aléjese de mí! ¡No me toque! —dijo ella cuando los dedos de Mason entraron en contacto con sus hombros.

—Creo que exagera, Petty. En fin de cuentas, yo sólo le he preguntado.

Un convulsivo sollozo sacudió a la joven.

Casi inmediatamente, el automóvil se detuvo.

—¿Qué es esto? —preguntó Mason.

Ella no contestó.

La puerta del coche se abrió. El chófer deslizó la cortinilla a lo largo de la fina vara metálica de que colgaba.

—Villa Lavina —dijo.

Mason echó un vistazo a su reloj de pulsera. El viaje de regreso había durado exactamente seis minutos y medio.

Mason se apeó del vehículo. Petty seguía sentada dentro, dándole la espalda. Habíase llevado un pañuelo a los ojos.

—¿Viene usted? —preguntó el abogado.

—No. —Repuso ella, con voz apagada.

El chófer cerró la portezuela, obsequiando a Mason con una mirada acusadora.

—¿Hay que pagar algo? —quiso saber el segundo.

—Nada, señor.

Mason se aproximó al porche de La Villa Lavina.

—¿Desea su coche ahora? —le preguntó el vigilante del aparcamiento.

—Dentro de unos momentos.

Entró en el club nocturno, dejando en el guardarropa otra vez su sombrero y su abrigo. El camarero que anteriormente le había atendido con tanta amabilidad parecía hacerse el remolón ahora.

—Me parece que no disponemos de mesa libre —manifestó.

Mason trató de localizar en el establecimiento a los hombres de Paul Drake, buscando solapas con claveles rojos. No vio ni uno.

—Creo que no hay ninguna mesa desocupada —insistió el camarero de antes, con una absoluta falta de cordialidad ahora.

—Voy a los lavabos de caballeros —le contestó Mason.

Se dirigió a la parte posterior del restaurante, echando vistazos a un lado y a otro. Por allí no había ningún hombre que adornara la solapa de su americana con un clavel rojo.

Mason se deslizó por una puerta que daba a un pasillo. Al final del corredor tropezó con otra puerta. Mason la abrió, viendo un pequeño porche en el que habían sido colocados varios depósitos llenos de desperdicios.

Más allá del iluminado porche de servicio había una zona sumida en la oscuridad. A la izquierda se veía un espacio ocupado por los coches de los clientes de Villa Lavina, dispuestos ordenadamente. A la derecha quedaba una alta valla de tablas.

Flotaba en el aire un fuerte olor a cebollas fritas.

Mason volvió sobre sus pasos. Entró de nuevo en Villa Lavina. Desplazándose por el corredor, descubrió una puerta a la derecha, que abrió.

La puerta daba a una escalera.

Cuidadosamente, el abogado cerró aquélla a su espalda y después de salvar unos peldaños entró en un segundo pasillo. Una última puerta le permitió entrar en la habitación en que estuviera minutos antes, la habitación del mostrador, de los taburetes

portátiles, de las sillas plegables.

El mismo hombre del «smoking» avanzó hacia él sonriente. Luego la sonrisa se heló en su faz. Sus ojos eran fríos, más fríos que nunca.

—¿Olvidó algo aquí, señor Mason?

—Pensé que podía probar suerte de nuevo —respondió el abogado, muy afable.

—¿Puedo preguntarle cómo llegó hasta aquí?

—Subí por la escalera.

—¿Qué escalera?

—La del pasillo de La Villa Lavina.

El hombre del «smoking» dijo:

—No debiera haber hecho eso, señor Mason.

—¿Por qué? —preguntó aquél, ingenuamente.

—Esto no tiene nada que ver con La Villa Lavina.

—Yo no he afirmado lo contrario. Dije que llegué hasta aquí por la escalera de La Villa Lavina. Usted me preguntó y yo le contesté.

Otro hombre que hasta aquel momento había estado en un extremo del mostrador, un tipo de grueso cuello, con todo el aspecto de un luchador, avanzó hacia Mason, colocándose entre el abogado y la puerta. Finalmente, a metro y medio del visitante, se paró para encender un cigarrillo.

El individuo del «smoking» dijo:

—Usted es un hombre conocido, señor Mason, que pesa lo suyo en nuestra ciudad. Pero hay cosas que no debiera hacer, ya que suponen una gran imprudencia.

—¿Por ejemplo?

—Yo no estoy aquí para contestar a sus preguntas.

—¿Para qué está usted aquí?

—Para mantener el orden.

—Yo no pretendo alterarlo, ¿verdad?

El hombre del «smoking» pareció haber adoptado una decisión.

—Desde luego, señor Mason. ¿Quiere pasar de nuevo a la otra habitación?

Mason vaciló un segundo. Después, penetró en la estancia en que se encontraban las mesas de juego.

Acercóse a la ventanilla del cajero, sacando de su cartera doscientos dólares.

El cajero le miró, perplejo.

—¿Cambió de opinión, señor Mason?

—Sí.

El hombre titubeó.

—Esta vez viene solo.

Mason hizo un gesto exagerado de sobresalto, mirando primeramente a su derecha y luego a la izquierda.

—¡Pues es verdad! —exclamó, burlonamente.

El cajero miró por encima de uno de los hombros de Mason, captando una seña de alguien que estaba situado a espaldas del abogado. Silenciosamente eficiente, entregó a éste cuarenta fichas de a cinco dólares.

Mason se acercó a una de las ruletas.

Durante diez o quince minutos, el abogado estuvo jugando distraídamente, observando los rostros de quienes le rodeaban, perdiendo en casi todas las ocasiones. Finalmente, Mason, con un encogimiento de hombros, recogió sus fichas, haciendo una última intentona sobre el número veintisiete. La bolita se detuvo en el tres.

Una voz de mujer comentó detrás de él:

—Mala suerte, señor Mason, pero es imposible ganar siempre.

Mason se volvió, encontrándose con la cara de Martha Lavina.

—Buenas noches —dijo.

—No esperaba verle por aquí —respondió ella.

Mason sonrió cortésmente.

—¿Cómo dio con este lugar? —quiso saber la señora Lavina.

—Esta es la segunda vez que me formulan tal pregunta en los últimos veinte minutos.

—Creo que necesito hablar con usted, señor Mason.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Como usted sabe, indudablemente, mi Villa Lavina Número Tres se encuentra abajo, en el edificio contiguo. Dispongo de un despacho en el que podremos charlar sin que nadie nos moleste.

El abogado hizo una leve reverencia.

—Estoy a su disposición.

Siguió a Martha Lavina escaleras abajo, pasando luego al corredor de La Villa Lavina. Cogió del brazo a su acompañante cuando cruzaban el club nocturno. Después de dejar atrás una pequeña estancia, un recibidor, se adentraron en un despacho.

La decoración de éste revelaba una clara influencia femenina. Había allí varios cómodos sillones tapizados en cuero rojo, muy lujosos. La iluminación era indirecta, resultando sumamente grata.

Martha Lavina invitó a Mason a tomar asiento, sentándose ella misma, no detrás de la mesa sino en otro de los sillones. Cruzóse de piernas, ajustándose la falda cuidadosamente. Tenía las piernas perfectamente formadas e iba bien calzada.

Abrió su bolso, del que sacó una pitillera de plata y un encendedor. Cuando hubo prendido fuego a su cigarrillo, aspiró una bocanada de humo y se quedó inmóvil, observando con atención al abogado por entre las azules espirales de humo.

Con toda naturalidad, Mason se llevó a los labios uno de sus cigarrillos, lo encendió y adoptó idéntica actitud que ella.

—¿Y bien? —preguntó la señora Lavina finalmente.

Mason se encogió de hombros, sonriente, sin pronunciar una sola palabra.

—¿Qué deseaba usted? —inquirió ella.

—Nada, de momento.

—Mucho me temo que usted pueda ser una persona bastante difícil, señor Mason.

—Estoy seguro de serlo.

—¿Por qué ha de ser difícil conmigo?

—Represento a un cliente.

—¡Bah! —exclamó la señora Lavina—. ¡Un pobre diablo!

—Un cliente, no obstante.

—Ese hombre está bien donde se encuentra ahora. No sea tonto: ese individuo es un desecho de la sociedad.

—Es mi cliente.

—Ha cometido un delito.

—Es algo que todavía tenemos que ver.

—Muy bien. ¿Qué quiere usted? ¿Cuál es su precio? ¿Qué es lo que pretende?

—Yo no tengo precio.

—Usted parece interesarse mucho por mi vida.

—Me siento muy interesado por su testimonio.

—¿Qué es lo que no bien ve en mi testimonio?

Mason la miró a los ojos.

—Usted no se encontraba con Rodney Archer cuando fue

atracado.

—¿Quién dice que no estaba con él?

—Creo que lo dirá el jurado antes de que hayamos llegado al final del asunto.

—¿Y eso tendrá alguna significación para usted?

—Pudiera serle de utilidad a mi cliente.

—No sé en qué forma.

—De momento, actuó sobre el supuesto de que la verdad será beneficiosa para mi cliente.

—¿Cuál es su precio?

—No tengo ningún precio que ofrecerle.

—Muy bien. Lo diré de otro modo: ¿cuál es el precio fijado por su cliente?

—No creo que haya fijado ninguno.

—No sea ingenuo, señor Mason. Todo el mundo tiene un precio que ofrecer. Todas las cosas de este mundo lo tienen, sí. Usted es abogado. Cuanto tiene se halla a la venta.

—¿Y usted? —preguntó Mason.

—Todo lo que yo poseo, también está a la venta... A cierto precio.

—¿Es ésa una filosofía consoladora?

—Es una filosofía muy práctica. Todo el mundo vende lo que tiene que vender. Hay mujeres que desean una cantidad en efectivo. Hay otras que quieren seguridad. Y recurren al matrimonio para conseguirla. Toda mujer en posesión de un espejo sabe valorarse una docena de veces al día.

»No nos andemos con más rodeos, señor Mason. Usted es un hombre práctico. Yo soy una mujer práctica. Estoy dispuesta a respetar, a tener en cuenta su integridad personal y profesional. Usted representa a un cliente. Personalmente, no sé por qué razón ha de mostrarse tan rígido en lo tocante a sus cosas. Ese individuo es un pobre hombre, culpable, quizá, de otra docena de atracos. Ni siquiera va a obtener un centavo en beneficio por su defensa.

—Fui designado como abogado de oficio. Ese hombre es mi cliente.

—Está bien. No vuelva a repetírmelo. Sé muy bien que es su cliente... No ha cesado de proclamarlo: «¡Es mi cliente! ¡Es mi cliente! ¡Es mi cliente!». ¡Santo Dios! ¡Ya lo sé! Perfectamente.

¿Usted qué desea concretamente?

—Que se haga justicia.

—¿Qué entiende usted por eso?

—La libre absolución de mi defendido.

—Eso es pedir demasiado.

—¿Cuál es su sugerencia?

—Supongamos que el fiscal lo estima culpable de algún delito menor: hurto, vagabundeo, etc.

—Mi cliente aspira a la libre absolución.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—Porque entonces quedaría en muy mal lugar el delegado del fiscal que se ocupa del caso. Sería una nota pésima en la actuación de éste y la policía quedaría en muy mal lugar.

—¿Y cómo está usted tan segura al calibrar los sentimientos de esas partes?

—¿Qué está usted pensando?

—Me preguntaba si les consultó.

—No sea inocente...

—La libre absolución de mi defendido acabará con todo.

—No podrá conseguirla... Ahora, no.

—¿Quién va a impedirselo?

—Yo, para empezar.

—Puede ser que esté equivocada.

—No, no me equivoco.

Mason alegó:

—Usted juró que se hallaba presente en el instante de producirse el atraco.

—Estaba presente, sí. Puedo decirle, concreta, definitivamente, que me encontraba en compañía de Rodney Archer en el momento de producirse el atraco; puedo decirle que su cliente fue el autor del mismo.

—Ése es un extremo que tendrá que decidir el jurado, desde luego. No sé por qué razón hemos de ponernos a discutirlo ahora.

—¿Cuándo va a sacarlo a colación de nuevo?

—El lunes por la mañana, cuando vuelva usted al estrado de los testigos, para un nuevo interrogatorio.

Bruscamente, ella preguntó:

—¿Qué se proponía al merodear por aquí?

—Quería hablar con la señorita Kaylor. Oí decir que estaba aquí.

—La señorita Kaylor respaldará mi testimonio.

—No es lo que yo entendí hace unos días.

—Pregúntele ahora.

—Ella le dijo a Paul Drake...

—¿Quién es Paul Drake?

—Un detective privado que trabaja en ocasiones para mí.

—Bien. ¿Qué es lo que ella le dijo?

—Que la noche del atraco no la recogió a usted.

—No estaba bajo juramento entonces. Llévela al estrado de los testigos y se encontrará bajo juramento. Y será su testigo, señor Mason.

—¿Sí? —inquirió el abogado.

—Será su testigo —repitió Martha Lavina, sonriendo fríamente—. Y sucede que estoy informada de que un abogado no puede acusar a su propio testigo. Póngala en el estrado y ella jurará que sí estaba allí...

—Lo pasaría mal si atestiguara que no es verdad.

—Será verdad lo que diga.

—No es eso lo que le dijo a Paul Drake.

—¿Tendré que volver a decirle, señor Mason, que no se hallaba bajo juramento cuando hablaba con su señor Drake?

—Bien —contestó Mason, poniéndose en pie—. ¿A dónde nos lleva esta cuestión?

—Síntese. No tenga tanta prisa. Nos lleva aquí... ¿Por qué volvió a la casa de juego?

—Porque me sentí interesado...

—¿Por qué?

—Por ver como funciona todo.

—¿Quería hacerme víctima de un chantaje?

—No. Simple curiosidad.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que excitó su curiosidad?

Mason respondió:

—Fueron necesarios veintidós minutos de viaje para ir desde la puerta principal de La Villa Lavina hasta la de la casa de juego. Y seis minutos y medio para regresar.

—¿Y qué?

—Eso no dejó de impresionarme. Nos deslizamos siempre a la misma velocidad, más o menos. Noté cierto olor a cebolla frita a la entrada de la casa de juego y a mi regreso aquí me acerqué a la cocina para efectuar una comprobación. Sentí mis deducciones confirmadas cuando volví a percibir idéntico olor.

—Efectuaré una comprobación similar —repuso ella, frunciendo el ceño.

—Y luego, por supuesto, me fijé en la discrepancia entre los dos tiempos citados.

—Si usted se hubiera comportado normalmente no se habría producido tal discrepancia.

—¿Qué quiere decir con eso de que si me hubiese comportado normalmente...?

—Si usted hubiese sido *biológicamente* normal no se habría dedicado a interrogar a la chica.

—Ya. Debe de haber un sistema de señales entre las muchachas y el chófer...

—No hay señales de ninguna clase. Existe en el coche, eso sí, un micrófono que permite al chófer estar al corriente de lo que ocurre a su espalda. Se trata de un hombre discreto y se espera de él que lo sea en cualquier momento.

—Las posibilidades... He ahí lo más interesante.

—Ni siquiera conoce usted la mitad de las que pueden ofrecerse.

—Me hago cargo. Cuando el cliente ha perdido y dispone de escasos fondos, el viaje de regreso es corto. En ese caso, la muchacha encuentra su compensación completa en el porcentaje sobre las pérdidas del incauto. Si, por otro lado, el hombre ha ganado y se muestra generoso, el viaje se alarga hasta que la chica se las arregla para lograr que su generosidad encuentre un medio tangible de expresión.

—Ha expresado eso con mucha delicadeza, señor Mason.

—Y con bastante precisión, espero.

—Sí quiere llevar a cabo averiguaciones en ese terreno tendrá que ampliar su campo de observación. No discuto estos asuntos con los chóferes y, créalo o no, señor Mason, nada tengo que ver con la explotación de la casa de juego. La Villa Lavina es un negocio completamente aparte. El único punto de conexión radica en la oportunidad que se facilita a las chicas de obtener un poco más de

dinero adicional sin dejar de ser respetables.

Mason repuso secamente:

—Me figuro que ellas insisten en lo tocante a la respetabilidad.

—Puede que le sorprenda, pero la verdad es que sí, con referencia a algunas.

El abogado dijo ahora:

—Bueno. Me voy.

—Todavía no me ha dado una respuesta —señaló la señora Lavina.

—¿Acerca de qué?

—¿Qué es lo que va a ocurrir el lunes por la mañana en relación con el caso?

—El lunes por la mañana se iniciará una nueva sesión. Usted tornará a subir al estrado de los testigos y yo proseguiré mi interrogatorio.

Ella buscó sus ojos, desafiante.

—Señor Mason: hablemos con claridad. Si usted persiste en su interrogatorio, sufrirá una aplastante derrota. Admitiré que esta tarde me cogió un poco por sorpresa. Cuando me vea en el estrado de nuevo, pregúnteme todos los detalles que desee acerca de lo sucedido. Contestaré a sus preguntas de tal manera que su cliente saldrá extraordinariamente malparado.

—En consecuencia, ¿qué sugiere usted?

—No tengo ninguna sugerencia que formular —replicó ella, incorporándose y alisándose la falda.

—Muy bien. Buenas noches.

—Buenas noches.

La mujer se le acercó para ofrecerle la mano. Por un momento, escrutó los ojos de él. Había curiosidad y alguna admiración en ellos. Y no descubrió el menor indicio de temor.

—Vuelva por aquí —dijo la señora Lavina—. Cuando guste.

Capítulo 4

A las once y quince minutos de la mañana siguiente, sonó el timbre del teléfono de Mason, el de su apartamento, no relacionado en la guía.

El abogado, que en aquel momento se hallaba leyendo, atendió la llamada.

—Diga...

—No te irrites, jefe —dijo Della Street—, pero aquí hay alguien con quien debieras hablar.

—¿Quién es?

—Mary Brogan.

—¿Brogan? ¿Brogan? —inquirió Mason—. ¿No es éste el apellido de...? ¡Oh, sí! Ese es el apellido de nuestro cliente del atraco.

—Cierto.

—¿Y quién es Mary?

—Una sobrina suya de St. Louis. Cuando se enteró de que él se hallaba en un apuro, cogió el primer autobús y no ha parado hasta plantarse aquí esta mañana. Estimo que debieras verla.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Lo antes posible... Ahí o en la oficina.

—En la oficina, dentro de una hora —dijo Mason.

—¿No podría ser dentro de media hora?

—¿Tan importante es?

—Yo creo que es importante, sí. ¿Has estado hoy en comunicación con Paul Drake?

—No.

—Tiene algo que decirte, pero no ha querido molestarte.

—De acuerdo, pues —dijo Mason—. En la oficina, dentro de media hora.

Mason se vistió, saliendo a la calle y dirigiéndose hacia allí. Della Street se hallaba acompañada por una joven rubia de ojos azules, quien se adelantó para estrechar con firmeza la mano del abogado.

—Aquí tiene usted a Perry Mason, Mary —dijo Della Street—. Mary Brogan se ha pasado la noche metida en un autobús. Ha llegado aquí esta mañana y fue a ver a su tío, cosa que consiguió gracias a un permiso especial.

—Y llevo encima algún dinero —añadió Mary Brogan.

—¿Cuánto? —inquirió Mason con curiosidad.

—Trescientos ochenta y cinco dólares. Al principio pensé en enviar a tío Albert ese dinero. Luego, me dije que era mejor venir aquí a ver qué era lo que ocurría.

Mason asintió.

—¿No quiere sentarse?

La joven tomó asiento en la silla destinada normalmente a los clientes. Mason ocupó su sitio de costumbre ante su mesa de trabajo. Della se instaló frente a la suya, mirando a Mason de una manera rápida y significativa.

—El dinero de que dispongo es en efectivo —prosiguió diciendo Mary Brogan—. Tomé un billete de ida y vuelta en el autobús y...

—¿A qué se dedica usted? —inquirió Mason, intrigado—. Porque usted trabaja, naturalmente.

—Soy mecanógrafa. Y durante muchas horas al día, créame.

—Cuénteme algo acerca de su tío... Hábleme también de usted y de su trabajo.

—Por lo que al trabajo respecta, nada hay que decir, señor Mason. Llego a mi oficina a las ocho y media de la mañana, abro el correo, lo pongo en la mesa del jefe, tomo cartas en taquigrafía, las paso a máquina, salgo a comer, vuelvo, me dictan más cartas, me instalo de nuevo ante la máquina... Siempre a la máxima velocidad para que el jefe tenga tiempo de firmarlas. Pongo las cartas en sus sobres, las mando al correo, archivo las copias, cierro la oficina y me traslado al apartamento que comparto con otra chica. Ceno cualquier cosa, me lavo las medias y otras cosas mías y me acuesto con objeto de hallarme preparada para la tarea del día siguiente.

—¿Y ha podido ahorrar así algún dinero? —preguntó Mason, más que nada por hacer un comentario.

—Sí. Siempre he intentado tomarme unas vacaciones en regla. Vigilo mis gastos, los recorto, para disfrutar de unas semanas de vacaciones donde sea, cuando pueda ser.

Mason sonrió.

—Ya me imagino que su venida aquí con el deseo de ofrecerme unos honorarios le supone un gran sacrificio, señorita Brogan. Deduzco de ello que debe de sentir un gran afecto por su tío.

—Me inspira un gran afecto, sí. Mis padres fallecieron y tío Albert me ayudó en mis estudios. Era agente comercial e intentaba ir adelante trabajando durante el día y conduciendo por la noche. Sufrió un accidente por culpa de un conductor que había bebido más de la cuenta y cuando se repuso de aquél ya no era el mismo hombre de antes.

—¿Y usted le ayudó?

—Un poco. Financié en parte su «roulotte», después de insistir en que lo que debía hacer en lo sucesivo era vivir lo mejor posible con lo que le había quedado.

—¿Y ahora que se ve en un apuro ha solicitado su ayuda?

—Nada de eso. Ni siquiera me escribió contándome lo que le ha pasado. Ciertamente que le puse verde por ello.

—¿Por qué no le escribió?

—Me dijo que sabía que en seguida me habría presentado aquí, intentando contratar para él los servicios de un buen abogado. Me notificó que había tenido suerte, ya que había sido designado abogado de oficio para defenderle el mejor profesional del estado. Y tenía razón... Hice unas averiguaciones y descubrí que usted era el Perry Mason del que tanto se ha hablado.

—¿Usted sabe que cuando se designa un abogado de oficio porque el acusado carece de medios económicos aquél está obligado a cumplir de la mejor manera posible su cometido, pese a no percibir un solo centavo de su defendido?

—Eso es lo que tío Albert me dijo también...

—Y no obstante, se ha apresurado a hacerme saber que dispone de dinero.

—Claro. ¿Por qué no? Los acusados sólo dejan de pagar a sus abogados cuando no poseen un centavo... Éste no es el caso de tío Albert ahora. Naturalmente, lo que yo puedo ofrecerle no está a la altura de sus honorarios, señor Mason, pero puesto que se ha hecho

ya cargo del asunto, supondrá una compensación parcial.

—Pero es que yo ya estaba actuando. No tenía por qué ofrecerme nada.

Los ojos de la joven se dilataron.

—Mi juego, entonces, no sería limpio, señor Mason. Mire usted: yo procuro portarme siempre bien con quien me favorece. Y que conste que sé por tío Albert que se está usted portando como si hubiera de presentarle una minuta por un millón de dólares.

—¿Va usted a emprender el viaje de regreso ahora que ya ha visto a su tío?

—No. Me quedaré aquí hasta que termine todo. Le dije a mi jefe que pensaba tomarme ahora las vacaciones y él ha buscado una sustituta temporal.

—¿Llegó esta mañana?

—Sí. No pude encontrar a nadie primeramente, pero el encargado del ascensor me mandó a la Agencia Drake. El señor Drake me puso en comunicación con Della Street y aquí me tiene.

Ella abrió el bolso.

Mason rechazó su gesto con un movimiento de la mano.

—No discutamos con motivo de la cuestión monetaria, de momento. Sé que usted tiene algo importante que decirme. De lo contrario, Della no me hubiese llamado. ¿De qué se trata?

La joven respondió:

—Antes de venir aquí fui a ver a mi tío Albert. Me permitieron pasar, sin más. Luego, un detective me llevó aparte, diciéndome que si yo me decidía a obrar prudentemente las cosas podrían quedar arregladas.

—¿En qué forma?

—La acusación contra tío Albert quedaría reducida a algo menor, sin importancia.

—¿Quién era ese hombre?

—Simplemente, un joven que parecía estar al tanto de las teclas que convenía tocar... Creo que era alguien bien situado. Se movía por allí con desenvoltura y me dijo que usted era un buen abogado, pero que hacía demasiadas preguntas y que si se obstinaba en seguir el mismo plan había por en medio mucha gente influyente que podía perjudicar mucho a tío Albert, echando sobre él todo el peso de la ley.

—¿Y usted qué le contestó?

—Le contesté que acababa de llegar de St. Louis, que no sabía nada acerca del caso, pero que ciertamente le estaba agradecida por su interés. Le pregunté por qué no había hablado antes con el tío Albert, antes de que contra él fuese formulada la acusación de atraco en primer grado...

—¿Y qué respondió el hombre a eso?

—Me pareció que andaba con rodeos, alegando que la policía se había visto obligada a enfocar el asunto de aquella manera a consecuencia de la presión ejercida por la prensa. Señaló que las pruebas contra tío Albert no eran muy consistentes y que él mismo pensaba en que podía haberse producido un error. Añadió que tío Albert era suficientemente despejado para caer en la cuenta de tirar la cartera vacía y el bolso en otro depósito cualquiera del parque. El hecho de que se hallasen en el de su remolque le hacía pensar en la posibilidad de un plan...

—¿Manifestó algo acerca de la identificación?

—No. No habló sobre el caso en sí. El hombre, muy afable y simpático, me sugirió la idea de que hablara con tío Albert para que éste reconsiderase el asunto.

—¿Y qué hizo usted?

—Nada. Me presenté aquí.

—¿Por qué?

—No sé mucho acerca de leyes, señor Mason, pero he de decirle que cuando dos chicas de St. Louis viven en un mismo apartamento, tratando de llevar una existencia honesta, acaban por saber bastante acerca de los hombres. El hombre que se acerca a una sin más, hablándole en cierto tono, no es raro que se lleve algo premeditado entre manos. ¿Honrado? ¿Falso? Todo puede ser. De ahí mi desconfianza.

Mason se echó a reír.

La joven prosiguió diciendo:

—En el mundo se encuentran diferentes tipos de azúcar. Lo hay de sabor extraordinariamente dulce, que puede ser utilizado para que una se trague una píldora muy amarga, una píldora que de otro modo se resistiría a tomar.

Mason reflexionó.

—Aquí ha pasado algo —declaró después—. Esa gente está

asustada. No quieren abandonar el caso; no quieren ver a su tío libremente absuelto. Lo quieren ver culpable de algo...

—¿Por qué?

—De este modo, él no podrá formular ninguna demanda por falso arresto.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

Mason replicó:

—Primeramente, nos proveeremos de una orden de comparecencia para una joven llamada Inez Kaylor. Esto no podía hacerse antes, por el hecho de encontrarse ella en otro estado... Ahora, sí. Si la chica no se presentara en la sala el lunes, llevaríamos a cabo las gestiones necesarias para obligarle a comparecer, ineludiblemente. Tenemos que hacerle pensar, por lo menos, que vamos a hacerla subir al estrado de los testigos. Martha Lavina ha de estar también convencida de lo mismo... Idéntico proceder seguiremos con Rodney Archer, el hombre que fue atracado... Que crea que vamos a llevarlo al estrado para interrogarle sobre lo sucedido con su encendedor.

—Pero entretanto ellos disponen de todo el fin de semana para inventar una historia.

—Es verdad.

—¿Son inteligentes esas personas?

—Muy inteligentes.

—La cosa no parece muy alentadora. ¡Inventarán algo!

—Los pondremos en evidencia.

—¿Puedo hacer yo alguna cosa? —inquirió la joven.

Mason asintió.

—¿Qué?

—Los detectives de Drake siguen a Inez Kaylor. Yo creo que en este momento sabrán dónde para. Usted podría establecer contacto con esa mujer.

—¿Y qué haré cuando me ponga en contacto con ella?

—Intente convencerla para que diga la verdad.

—¿No alegarán que he intentado influir en una testigo?

—Será ordenada su comparecencia por la defensa.

—¿La hará usted subir al estrado?

—No hasta que yo sepa qué es lo que va a decir bajo juramento —declaró Mason—. No me atrevo. Desgraciadamente, no puedo

acusar a mi propio testigo. Técnicamente, yo puedo mostrar sorpresa y formular declaraciones contradictorias, pero prácticamente no me atrevo a subirla al estrado, hasta que sepa que su testimonio va a sernos favorable.

—¿Y usted no cree que ese testimonio le sería favorable si la hiciese declarar ahora?

—Estoy casi seguro de lo contrario —declaró Mason—. Hay algo que pesa fuertemente sobre ella...

—¿Y usted desea que yo participe en la batalla?

—Esa es mi idea.

—Déme las señas de esa mujer...

—Es lo que me tiene que facilitar mi agencia de detectives...
Vamos a ver qué es lo que Paul Drake sabe de ella.

Capítulo 5

Paul Drake se encontraba en su despacho cuando entró Mason en él.

—¿Qué sabemos acerca de la Kaylor? —preguntó el abogado.

—Sabemos dónde vive —respondió Drake—. Estaba seguro de tus indicaciones. ¿Qué tal te fue anoche con ella?

—Nos anduvimos con algunos rodeos al principio. Luego hablamos del caso. Posteriormente, cerró el pico, fingiéndose molesta porque no le hice mucho caso. No podría decirte nada exacto acerca de su actitud, quizá motivada por el temor.

—¿Averiguaste algo, concretamente?

—Esas muchachas llevan su tejemaneje. Encima de La Villa Lavina Número Tres hay una casa de juego. Al parecer, se mantiene allí permanentemente, pero a la clientela se le da la impresión de ser uno de esos garitos que cambian de emplazamiento periódicamente.

—Por ese procedimiento no dispondrán de muchos clientes regulares —señaló Drake.

—Es que los clientes regulares no les interesan —respondió Mason—. Se muestran rigurosos en lo tocante a la admisión. Y me parece que no juegan nada limpio. Perdí doscientos dólares en definitiva. No había manera de ganar. Es un buen procedimiento para desembarazarse de uno.

—¿Estimas que ese garito es fijo?

—Me inclino a pensar que sí.

—¿Y por qué ese empeño en dar al negocio un carácter migratorio? —preguntó Drake, frunciendo el ceño.

Mason sonrió.

—Así se ahorran los gastos que supone la colocación de alfombras orientales por el suelo, cuadros en las paredes y todo lo

demás. Por añadidura, si se ven localizados siempre es una ventaja disponer de un equipo portable.

—Es una idea —admitió Drake.

—¿Te has fijado en los estratégicos desplazamientos de las Villas Lavina, Paul? —inquirió Mason, reflexivo—. Hay tres y cada una de ellas está situada en una pequeña ciudad suburbana.

—No había caído en eso.

—Probablemente, Martha Lavina ha concedido a este extremo una gran atención.

Drake asintió, guardando silencio.

—Me gustaría saber qué es lo que tus hombres descubrieron anoche, Paul.

—Hicisteis un desplazamiento muy curioso.

—Me lo imagino. ¿Cómo fue?

—Subisteis por una calle y bajasteis por otra; cruzasteis una vía, rodeasteis una manzana; volvisteis a una de las calles anteriores y fuisteis a parar a la entrada posterior de La Villa Lavina. Subisteis, tú y tu acompañante, por una escalera. Cuando bajasteis, hicisteis un largo rodeo. Finalmente, de pronto, el coche enfiló un camino recto, que os condujo a la entrada principal de La Villa Lavina. ¿Qué negocio se llevan entre manos las chicas?

—Les pagan por llevar clientes a la casa de juego, concediéndoles un porcentaje sobre las pérdidas del tonto de turno.

—Supongamos que el cliente gana en lugar de perder.

—No creo que eso suceda nunca. Se deja a las muchachas que ganen, pero me inclino a pensar que no les cambian nunca las fichas por dinero. Si el cliente ganara, la muchacha que le acompañara se encontraría en una envidiable posición. Puede prolongar entonces el viaje de regreso. Su acompañante se mostraría optimista, dispuesto a gastar. El dinero que se gana con facilidad, fácilmente se va. La muchacha se encuentra en condiciones de controlar la situación, tal como se plantee, en cualquier instante. Cuando ella juzga que el desplazamiento ha durado bastante, recurre a una clave a la que obedece el chófer. Cuando el cliente vuelve en sí se halla de nuevo ante la entrada principal de La Villa Lavina.

—No está mal pensado —comentó Drake.

—Está muy bien pensado —corrigió Mason.

—El hecho de que poseas tal información habrá provocado cierta inquietud en algunos medios —señaló Paul.

—Indudablemente. Y eso me preocupa.

—¿Quiénes estimas tú que andarán inquietos a estas horas?

—He pensado en Martha Lavina, así como en Rodney Archer. Y luego, está Inez Kaylor... Hay que pensar, asimismo, en los agentes que perciben alguna recompensa por permitir que el garito funcione. Y las personas cuyo trabajo depende de que la casa de juego siga marchando...

Drake frunció el ceño.

—No me gusta nada este asunto, Perry. Te vas a enfrentar con muchos enemigos a la vez.

—Prefiero enfrentarme siempre con gente verdaderamente temible. ¿Qué diversión saca uno de disparar sobre unos patos inmóviles?

—¿Qué quieres que haga ahora? —preguntó Drake.

—Cursarás una orden de comparecencia a nombre de Inez Kaylor, para que se presente en la sala como testigo de la defensa. Quiero que hagas también algunas averiguaciones sobre Rodney Archer. Tenemos que enterarnos de si hay alguna mujer en su vida. Es posible que estuviera en su coche en el momento de producirse el atraco y que él no quiere que se sepa...

—Bueno, Perry —dijo Paul Drake—. Ahora vas a permitirme que te de un paternal consejo.

Mason hizo un movimiento denegatorio con la cabeza.

—Sé cuál va a ser tu consejo, Paul. No es necesario que me lo des.

—Yo opino, contrariamente, que lo necesitas. Este hombre de cuya defensa te has encargado no merece que armes tanto barullo. Ya sabes lo que suele pasar cuando agitas un enjambre de abejas. Te expones a que te piquen, Perry.

—Gracias por tu consejo, Paul.

—¿Vas a tenerlo en cuenta?

—No.

—Es lo que me imaginé. No me gusta este asunto, Perry. Cuando uno se mete con cierta clase de gente, lo natural es que le sucedan cosas raras. Estas personas se muestran rudas, a veces.

—Lo sé.

—No. Tú no lo sabes muy bien. Yo he visto ya muchas cosas extrañas en este terreno, Perry. Inexplicablemente, en ocasiones, un coche va a parar a la cuneta de una carretera, o vuelca. Otras veces, un hombre recibe una paliza tal que no vuelve a ser nunca el que era. Hay accidentes casuales que la víctima no tiene por tales. Hasta la policía pone cara de asco a la hora de emprender ciertas averiguaciones.

—Sé de agentes que saben mantenerse en su sitio.

—Los hay, desde luego, pero da la casualidad de que son precisamente aquellos que tropiezan con más inconvenientes para desarrollar su labor.

—Correré el riesgo, entonces, de recibir una buena paliza, por ejemplo.

—Existe algo más que me preocupa, Perry.

—¿Qué?

—Inez Kaylor.

—¿Qué tienes que decirme sobre ella?

—La localicé en Las Vegas —explicó Drake—. Según me informaron, llevaba allí tres o cuatro meses. Luego, ella me lo confirmó.

—¿Vivía sola?

Drake hizo una mueca.

—Tenía un bonito apartamento. No le pregunté de dónde había salido el dinero para ocuparlo, ni cuántas llaves tenía su puerta.

—¿Y qué?

—Según las averiguaciones que hicimos anoche, resulta que aquí dispone también de un pequeño apartamento. Cuando se perdió de vista fue a parar a La Villa Lavina. Inez Kaylor mantiene unas señas dobles. Por una razón u otra, lleva una doble vida. Martha Lavina parece hallarse al tanto de todo y puede manejarla a su antojo, por lo visto.

Mason contestó:

—Cursa la orden de comparecencia y nos enteraremos de lo que está pasando. ¿Dónde vive la chica, Paul?

—En los Apartamentos Windmore Arms. El suyo lleva el número 321.

—Bien. Adelante. Tan pronto haya sido cursada la orden de

comparecencia, quiero saberlo. ¿Tienes a alguno de tus hombres vigilando el lugar, Paul?

—Hay tres. Dos de ellos se encuentran en sus coches. Desde luego, es difícil saber quién sube al apartamento de la Kaylor, ya que hay treinta y un apartamentos más en el edificio. Afortunadamente, pudimos alquilar una de las habitaciones del Hotel Keynote, situado enfrente, al otro lado de la calzada. Mi tercer hombre, provisto de unos poderosos prismáticos montados sobre un trípode, se encuentra en esa habitación vigilando el acceso a los Apartamentos Windmore Arms. Habitualmente cuando un visitante oprime un botón del panel de la entrada, nuestro vigilante está en condiciones de decirnos de quién se trata.

—Buen trabajo —comentó Mason—. Es posible que me dé una vuelta por allí, cuando esa chica reciba la orden de comparecencia. Probablemente, llamará a alguien. Es posible que ese alguien la visite. Tú procura tener a mano suficientes hombres, por si hay que adoptar nuevas medidas y hemos de actuar con urgencia.

—¿Qué he de hacer para ponerme en contacto con el hombre de los prismáticos, Paul?

—Como te he dicho, el Hotel Keynote se encuentra situado al otro lado de la calle, frente a los apartamentos. Ocupamos la habitación 102. El hombre que se halla apostado allí te conoce. Ve cuando quieras. Se alegrará de verte. Llama una vez y espera tres segundos, luego, llama dos veces y vuelves a esperar tres segundos, finalmente, llama tres veces. Te abrirá la puerta.

—Echaré un vistazo —dijo Mason—. Entretanto, Paul, hazte de la mayor cantidad de datos posibles acerca de Rodney Archer.

—Archer —contestó Drake—, es un hombre viudo, un inversionista y un excelente operador en los círculos financieros. Rezuma respetabilidad por todas partes.

—Busca sus probables puntos flacos —recomendó Mason—. Después de todo, se relaciona con Martha Lavina.

—Naturalmente que está relacionado con ella. Le vendió los arriendos correspondientes a dos de sus negocios.

—¡Diablos! ¿Quién se hizo con ellos?

—Él consiguió las opciones.

—Entonces es muy probable que se haya puesto al habla con esos agentes o funcionarios a que nos referíamos antes, Paul, a los

que se atienen a razones.

—En tal caso, el hombre se mueve sabiendo el terreno que pisa.

—En efecto —replicó Mason—. Haz averiguaciones sobre su persona, Paul. Lo más minuciosas que puedas. Hazte de su historial personal. Adéntrate en su pasado.

—Todas esas gestiones van a costar mucho dinero, Perry.

—Nunca esperé que las llevaras a cabo por nada.

—Tú sí que estás trabajando por nada.

—Yo trabajo para que triunfe la justicia.

Paul Drake inquirió:

—¿No se te ha ocurrido pensar que aunque se desarrolle toda una historia paralelamente a tus empeños iniciales ese cliente tuyo, en definitiva, puede ser realmente culpable de lo que se le acusa?

Mason hizo una mueca, respondiendo:

—¡Diablos! Pues no.

Y salió del despacho.

Capítulo 6

Perry Mason echó a andar por el lóbrego pasillo del Hotel Keynote, localizando la puerta de la habitación 102. Llamó una vez, esperó tres segundos, llamó dos veces más, aguardó otros tres segundos y luego dio tres golpes seguidos.

Hubo un momento de silencio. Después, Mason oyó el rumor de unos pasos. Una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió ligeramente. La puerta contaba con una pequeña cadena, quedando ligeramente entreabierta.

Un par de acerados ojos escrutaron a Mason. Después, la cadena de seguridad quedó suelta y la puerta se abrió.

El detective de Drake hizo un gesto de asentimiento, pero se abstuvo de decir nada, saludando a Mason sólo cuando éste se encontró dentro de la habitación. La puerta ya había quedado cerrada de nuevo entonces, siendo colocada otra vez en su sitio la cadena.

—¿Cómo está usted, señor Mason? No sabía que pensaba usted venir por aquí.

—Quise echar un vistazo. ¿Qué tal marchan las cosas?

—Bastante bien. Los prismáticos permiten una buena observación.

Mason se acercó a los grandes prismáticos, instalados sobre un trípode y dirigidos hacia la entrada de la casa por apartamentos, al otro lado de la calle.

El abogado miró por ellos.

—Tendrá usted que modificar la posición del elemento de la derecha, quizá —dijo el detective—. Los tengo ajustados para mi vista y...

—No es preciso —replicó Mason—. Sólo quería comprobar el campo de visión... Tal como están veo perfectamente. Tal vez

podría afinar algo más la imagen, pero es igual.

Veíase muy bien la entrada de la casa y la triple lista de nombres, impresas en tarjetas. Pudo distinguir incluso la que más le interesaba: «Señorita Kaylor, 21». Debajo de este nombre había un botón.

—La tarjeta que no perdemos de vista se halla en muy buena posición —explicó el detective—: en la parte superior derecha. Las otras, en su mayoría podrían quedar ocultas por una persona que fuera a llamar, cosa que no sucede... Aquí llega alguien. ¿Quiere usted mirar o me encargo yo...?

Mason se plantó ante los prismáticos. Con ayuda del pulgar y del índice varió ligeramente la posición del elemento de la derecha.

—Yo me ocuparé de eso.

Vio que una mujer joven y bien vestida penetraba en el portal, deteniéndose unos segundos, como si hubiera buscado en las tarjetas el nombre que a ella le interesaba. Seguidamente, apretó un botón con un enguantado dedo.

Mason volvió la cabeza hacia el detective.

—Está llamando al apartamento 409... No puedo distinguir el nombre.

—Sé el nombre correspondiente —respondió el detective—: James Darwin. Debiéramos ocuparnos de ese individuo, señor Mason. No sé de qué cebo se vale, pero a su apartamento han subido ya algunas mujeres muy guapas y elegantes. Suelen estar en aquél media hora y luego se van. Se ha producido todo un desfile. Ésa es la que hace cinco hoy.

—¿Es en el cuarto piso? —preguntó Mason.

—Sí.

La joven empujó la puerta, que se abrió ahora seguidamente, y se perdió en el oscuro interior de la casa.

Mason dijo:

—Uno de nuestros hombres vendrá para entregar a la señorita Kaylor una orden de comparecencia. Tan pronto como se marche, aparecerá una joven rubia... Se trata de la sobrina del hombre que está siendo juzgado. Es una muchacha de carácter decidido. Puede ser que consiga que Inez Kaylor hable por fin, explicando qué es lo que realmente pasó.

—De acuerdo. Comprendido. ¿Algo más?

—Sí —contestó Mason—. Cuando la rubia se marche redoblabamos nuestra vigilancia... A propósito, la joven se llama Mary Brogan. Ésta se pondrá en contacto con Paul Drake, quien la llamará.

—¿Sabe él que está usted aquí?

—En efecto. Le dije que me acercaría por este hotel para ver cómo marchaba todo.

—Bien. Supongamos que a Mary Brogan no le salen las cosas a su gusto.

—En ese caso, probablemente, sucederá una de estas dos: la Kaylor se echará a la calle con el fin de hablar con alguien y requerir instrucciones, o bien telefoneará y ese alguien visitará su apartamento para decirle lo que tiene que hacer.

—¿No cree usted que pueda arreglarse todo mediante el uso del teléfono por parte de esa gente?

—Siempre cabe la posibilidad, pero yo me inclino a desestimarla. Sin duda, para lo que se llevan entre manos preferirán el contacto personal. Tendrán que considerar muchos detalles, seguramente.

—Ello implica una labor de seguimiento...

—Una doble labor en tal sentido —aclaró Mason—. Paul se ocupará de Mary Brogan en cuanto salga. Si ella no va a ninguna parte, designará más hombres para ese trabajo...

—Aquí aparece el hombre esperado ahora —dijo el detective.

—Conforme. ¿Lleva usted algún registro de visitantes, con las horas respectivas de llegada y partida?

—Desde luego.

—Perfectamente. Ya puede incluir a este hombre.

Mason se apartó de los prismáticos, echando un vistazo a su alrededor.

—Esto deja bastante que desear —señaló.

—No es un hotel de categoría, por supuesto. Y nos encontramos en una de las mejores habitaciones. Esa silla que hay ahí, junto a la cama no está mal. Es más cómoda de lo que parece. Habitualmente, ocurre lo contrario.

Mason se dejó caer sobre un sillón tapizado de plástico imitando cuero. Sacó su pitillera y seleccionó un cigarrillo.

—¿Ha pensado usted en que la muchacha podría sincerarse con

el hombre que acaba de llegar? —preguntó el detective.

—Ha recibido instrucciones para que no haga ninguna intentona en ese sentido. Su misión consiste exclusivamente en entregarle la orden de comparecencia, tras lo cual se irá. Tan pronto como se marche se presentará Mary Brogan, quien fingirá no saber nada acerca de lo anterior. Dirá a Inez Kaylor que su tío es inocente, que ella misma es una chica que se ve obligada a trabajar para vivir e insistirá en que lo mejor que puede hacer aquélla es revelar concretamente lo sucedido.

—El hombre de la orden de comparecencia entró ya en el edificio —notificó el detective.

Mason aspiró una bocanada de humo.

—Ella se encuentra en el tercer piso, ¿no?

—Sí. En el apartamento 321.

—Le concederemos cinco minutos —dijo Mason—. Con ese tiempo le bastará. Mary Brogan entrará en escena tan pronto parta él.

—¿Viste chaqueta y falda, con una blusa azul? —inquirió el detective.

—Sí.

—¿Es rubia de buen ver?

—En efecto.

—Se encuentra ahora en la esquina, esperando.

—Me imagino que a usted no podrán verle desde la calle, ¿eh? —preguntó ahora Mason.

—Es difícil que me vean desde la calle. Desde la acera, esto se ve algo oscuro. Ocurre que estos prismáticos tienen un poder de captación de luz enorme. Se ven tan bien las caras observadas que a uno le entran ganas de ocultarse cuando la persona espiada mira en esta dirección. Dan la impresión de estar situadas a dos o tres metros de aquí. La verdad es que no distinguen nada en absoluto. Lo único que podemos temer es que de una de las ventanas del edificio de enfrente aparezca alguien con unos prismáticos semejantes. Hay pocas probabilidades de que se dé eso. Ya se habrá dado cuenta de que he descornado las cortinas lo estrictamente justo para ver la entrada de la casa.

Mason dejó caer la ceniza de su cigarrillo en una pequeña bandeja.

—Hay que desplegar mucho tacto en estas situaciones... Si no se muestra uno insistente no se va a ninguna parte. Y si exagera en lo tocante a la presión los pájaros acaban remontando el vuelo.

—Esa orden de comparecencia puede decidirlo todo o no producir el efecto apetecido —consideró el detective.

Al cabo de un minuto, añadió:

—Nuestro hombre sale ya. Aquí tenemos a Mary Brogan oprimiendo el botón. Sí. Ya entra.

Mason chafó lo que quedaba de su cigarrillo en el cenicero, desplazándose ligeramente para adoptar una cómoda postura.

—Bien. Si permanece dentro por espacio de diez minutos, lo más seguro será que no ha logrado nada. Un buen indicio sería, en cambio, que su visita durara como una media hora.

—Da la impresión de ser una chica en la que se pueda confiar —declaró el detective.

—Reúne buenas condiciones —convino Mason—. ¡Pobre chica! Ha estado ahorrando con vistas a sus vacaciones e insistió en que deseaba quedarse con cincuenta dólares para atender a sus gastos, entregándome a mí el resto de su dinero.

—Usted fue designado abogado de oficio en este caso, ¿no? —preguntó el detective.

—Efectivamente.

—Es lo que leí en la prensa. ¿Le abonarán algún dinero?

—No me darán un centavo —repuso Mason—. Y en cambio, yo he aportado todo: tiempo, dinero, energía, todo...

—¿Se ve usted con frecuencia en estas situaciones?

—No. Lo corriente es que estos casos los pongan en manos de los abogados jóvenes, que necesitan acumular experiencia y que, normalmente, disponen de tiempo libre.

—Bueno, a lo mejor soluciona usted este asunto antes de lo que cree —aventuró el detective—. Ya hemos cronometrado a Mary Brogan. Vamos a ver cuánto tiempo está ahí dentro. ¿Usted cree que Inez Kaylor tiene algo que contar?

—Es lo más seguro. Paul Drake la localizó en Las Vegas, Nevada. Posee un apartamento allí. Se la trajo para acá. Por lo visto dispone de otro apartamento aquí, con todos los detalles a pedir de boca.

—¿Es que lleva una doble vida?

—Lo ignoramos.

—En el apartamento 321 sólo vive ella. No lo comparte con nadie.

—El de Las Vegas era para ella sola también. Tengo entendido que estaba muy bien. Esa casa por apartamentos de ahí delante no parece ninguna cosa del otro mundo.

—Es un edificio de tipo medio, dentro de lo que ahora hay.

Mason consultó su reloj de pulsera.

—Podíamos haber cruzado una apuesta, ¿no le parece? Es un buen motivo.

—¿El de su probable estancia?

—Sí.

El detective sonrió:

—¿Qué hará usted si esa muchacha se hace con la historia buscada?

—Cruzaré la calle y me presentaré en el apartamento. Le necesitaré como testigo. Ésa es la razón de que yo me encuentre aquí. Abajo, en mi coche, tengo un magnetófono. Lo dejaremos todo arreglado. Con esto y la orden de comparecencia, ya no habrá peligro de que las cosas marchen mal.

—¿Mary Brogan no sabe que usted se encuentra aquí?

—No. Pensé que podía delatarme involuntariamente con un gesto si la informaba sobre este particular. Estoy jugando mis cartas con mucha premura de tiempo. Llamaré a Paul Drake tan pronto como obtenga una respuesta. Drake sabe ya lo que ha de hacer. Me llamará aquí si todo marcha bien. De otro modo, concentrará su atención en Inez Kaylor si sale, o en quienquiera que la visite.

—No conozco a Inez Kaylor —declaró el detective—. Uno de nuestros colaboradores de esta zona sí sabe quién es. Había dos de nuestros hombres en el club anoche... Trabaja allí de señorita acompañante, como suele decirse. Me han dicho que tiene clase...

—Sí, es una buena firma —confirmó Mason, pensativo.

—También me han dicho que esas chicas de La Villa Lavina llevan vestidos que se adaptan a sus cuerpos como una piel de salchicha a la carne.

—Y no le han engañado. El lugar se las trae. ¿No había oído usted afirmar nada sobre esas villas antes?

—¿En qué aspecto?

—En lo tocante a negocios, al juego o algo por el estilo.

—No, nada.

—Se trata de clubs nocturnos, con ciertas derivaciones. Las mismas chicas no trabajan como en otros sitios...

—Un momento, un momento... Aquí está ella —dijo el detective —. Me imagino que no logró nada positivo.

Mason abandonó su sillón.

—Sale de la casa... Parece hallarse bastante excitada.

Mason se desplazó hacia la ventana.

Mary Brogan miró a un lado y a otro de la calle. Seguidamente, entró en un pequeño restaurante contiguo a la casa por apartamentos. Una vez en la cabina telefónica, marcó un número apresuradamente. Luego, la vio colgar el micro y salir del establecimiento, avanzando calle abajo a buen paso.

Mason arrugó el entrecejo.

—Es curioso. Yo quería que se quedara por este sector, manteniéndose en contacto con los colaboradores de Drake, para que pudiese...

Sonó el timbre del teléfono en la habitación.

—Ése será Paul —dijo el detective.

Mason atendió la llamada cautelosamente.

—Diga.

Drake, excitado, le preguntó:

—¿Eres tú, Perry?

—Sí, sí.

—Acabo de tener noticias de Mary Brogan. Probablemente, la viste salir de la casa.

—Desde luego. ¿Qué ha ocurrido?

—La Kaylor le hizo toda una escena. Acababan de entregarle la orden de comparecencia cuando entró en el apartamento Mary. Escuchó unas cuantas palabras de lo que Mary quería decirle y se metió en el cuarto de baño, del que salió con un frasco de pastillas somníferas. Se llevó a la boca un puñado y comenzó a masticarlas. Luego, llenó un vaso de agua y se las tragó. Mary dice que ha debido de ingerir como un par de docenas de pastillas.

—¡Válgame Dios! —exclamó Mason.

—Así que... ¿qué hacemos? —preguntó Drake.

—Avisa a la policía —contestó Mason.

—Ésa es una solución que...

—Adelante, Paul. Notifica el hecho a la policía. No podemos hacer otra cosa. La llevarán al hospital, le harán un lavado de estómago y le salvarán la vida.

—¿Y lo nuestro, que? —objetó Drake—. Yo me he dicho, Perry, que en estas circunstancias podrías solicitar los servicios de un médico y...

Mason repuso:

—Pudiéramos llegar tarde. Supongamos que ella se niega a que la atiendan. Tendríamos que esperar a que estuviera inconsciente y entonces... No, Paul. Llama a la policía. Cuéntaselo todo.

—¿Qué es lo que he de contar?

—Todo. Mejor dicho, explica a la policía que estás trabajando en un caso, pero no especifiques cuál. Diles que uno de tus hombres entregó a la chica una orden de comparecencia y que ella ingirió un puñado de pastillas, intentando suicidarse.

—¿Voy a darles a entender que mi hombre fue la única persona que le vio hacer eso?

—Exactamente. No tienes por qué facilitar detalles del episodio. Actúa a toda prisa. Límitate a señalar que le fue entregada la orden de comparecencia y que ella cogió el frasco de las pastillas.

—Conforme. Voy a ocuparme de eso inmediatamente.

Mason colgó, dirigiéndose al detective:

—Supongo que se habrá dado cuenta de lo que pasa por lo que he hablado por teléfono.

—¿Ha intentado suicidarse la muchacha?

—En efecto.

—¿Para no verse obligada a prestar declaraciones?

—Eso parece.

—Todo se complica —comentó el detective.

—Sí. Paul va a telefonear a la policía.

Esperaron nerviosamente durante unos minutos... Mason encendió otro cigarrillo.

De repente, llegó a sus oídos el rumor de una sirena débilmente al principio, fuertemente luego, apremiante, urgente.

—Vaya, Paul ha pasado rápidamente a la acción por lo que observo. Debe de tratarse de un vehículo provisto de equipo emisor-receptor de radio.

El detective se había apostado junto a la ventana, desde donde

podía ver claramente lo que sucedía en la calle.

—No. Es una ambulancia, con su luz roja en marcha y todo lo demás.

La ambulancia se detuvo frente a los apartamentos. Entraron en el edificio dos hombres vestidos de blanco.

—No me imaginé que pudiera ocurrir eso —declaró Mason—. Pensé que la policía sabría antes que nadie lo que ha pasado y que los agentes telefonarían solicitando la ambulancia.

—Se habrán guiado por las manifestaciones de Drake, pensando que la joven ha de ser llevada al hospital inmediatamente.

—Puede que la chica se niegue de no estar presente la policía y que...

—También existe la posibilidad de que se halle inconsciente.

—No creo que las pastillas actúen con tanta cautela. La chica saldrá de la casa por sus propios pies. Fíjese bien en su cara y así la reconocerá cuando la vea de nuevo.

Mason se desplazó hacia la ventana. El detective se colocó detrás de los prismáticos. Unos momentos más tarde aparecieron los dos enfermeros. Entre ellos, apoyándose en ambos, avanzaba una joven. La cabeza de ésta colgaba, vacilante, sobre su pecho.

El detective lanzó una exclamación de enfado.

—¿Qué es? —quiso saber Mason.

—No puedo verle la cara porque le cuelga la cabeza... Ahora están acomodándola en la ambulancia.

—No importa. Usted tiene una fotografía suya, ¿no?

—Sí. Drake me la entregó... Pero a mí me gusta más ver siempre el modelo, en la realidad. La identificación mediante fotografía es siempre difícil y propensa a errores.

—Lo sé —convino Mason—. Está amodorrada y tienen que sostenerla. Sus cuerpos se han interpuesto entre la joven y nosotros, impidiéndonos ver... Ya se van.

La ambulancia se puso en marcha, avanzando cada vez con mayor rapidez. La sirena aullaba, pidiendo paso.

Mason cogió su sombrero, encaminándose a la puerta.

El detective advirtió:

—Otra sirena que se acerca, señor Mason.

Mason volvió a situarse junto a la ventana, al lado del detective, en el momento en que un coche patrulla de la policía bajaba por la

calle, deteniéndose después junto a los apartamentos. Dos agentes se apearon del automóvil. Uno de ellos oprimió el botón del timbre correspondiente al piso de la señorita Kaylor. El otro se puso a hablar con un grupo de curiosos que nadie sabía, probablemente, de dónde habían salido.

Al cabo de unos instantes, los agentes regresaron al vehículo, que poco después se ponía en marcha.

—Aquí se ha acabado todo, supongo —dijo el detective.

—¡Maldita sea! —exclamó Mason—. Esto no tiene sentido. ¿Cómo se las arregló esa ambulancia para llegar aquí con tanta rapidez?

—Lo más seguro es que fuera despachada por radio —sugirió el detective.

—Es la única explicación posible —contestó Mason—. Con todo, el coche patrulla no debería de andar muy lejos. También recibiría la llamada por radio... Sin embargo, la ambulancia se le adelantó.

—No se preocupe —dijo el detective—. Estas cosas suelen ocurrir a menudo. Seguro que de haberse cortado ella las muñecas con algún cuchillo la ambulancia hubiera tardado una hora en presentarse aquí. Sencillamente: habría una ambulancia disponible y la pusieron en camino a toda prisa.

Mason admitió:

—Sí. Quizá.

—De todas maneras —manifestó el detective—, ella se encontrará bien a estas horas o estará en vías de recobrase. Con un lavado de estómago a tiempo, las pastillas no pueden haberle producido mucho efecto.

Mason se volvió hacia la puerta.

—Bien. Regreso a mi despacho. Si telefona Paul, dígame que puede localizarme allí dentro de diez o quince minutos.

El detective preguntó:

—¿Es necesario que continúe vigilando ese apartamento?

Mason vaciló. Luego, contestó:

—Quédese aquí un rato. Tal vez le llame por teléfono Paul... Hágase con la descripción de cualquier persona que pulse el botón del apartamento. Tome nota de las matrículas de los coches que se detengan ante el edificio.

—Menos mal que la orden de comparecencia le fue entregada

antes de que a ella se le ocurriera ingerir las píldoras.

—Probablemente, usted no estará aquí ya mucho tiempo. Ahora, mi plan ya no me sirve de nada. Tendré que confiar en esa orden de comparecencia y hacer alguna jugada durante la vista de la causa, el lunes por la mañana.

—Usted no quería que las cosas discurrieran por ese camino, ¿eh?

—¡Diablos! No.

—Sin embargo, usted ha logrado que le entreguen la orden de comparecencia, para que a su debido tiempo ella se presente ante el juez.

—Así era como estaba preparado todo... Y ahora nos encontramos, por decirlo de este modo, con que alguien ha roto el cristal del escaparate, llevándose la mercancía.

Capítulo 7

Mason entró en el despacho de Paul Drake, diciendo:

—He estado reflexionando, Paul.

Drake levantó la vista y, sonriendo, contestó:

—Yo también.

—En ese caso hay algo raro.

—¿Qué me dices? —inquirió Drake, burlón.

—Yo creo que la Kaylor ha estado llevando una doble vida. Tenía su apartamento en Las Vegas. También aquí tiene un piso, trabajando en La Villa Lavina Número Tres.

Drake asintió.

—¿Por qué había de hacer eso? Y, ¿cómo podía hacerlo?

—¿Estabas allí cuando llegó la ambulancia? —inquirió Paul.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Había apostado en aquel lugar a un hombre muy efectivo —explicó Drake—. Intentó seguir a la ambulancia, pero, por supuesto, le resultó imposible. Aquel vehículo, con su sirena, se abrió paso entre el tráfico rápidamente, pero mi colaborador no podía desplazarse a la misma velocidad. Hubiera podido pegarse a la ambulancia. Sin embargo, entonces, sus ocupantes se habrían dado cuenta de que eran seguidos. Intentó sacar el máximo partido de la situación, pero después de hacer caso omiso de una luz roja, un agente le obligó a detenerse. Naturalmente, mi ayudante se inventó una historia sobre la marcha, diciendo al policía que la persona que era trasladada en la ambulancia era su esposa y que el chófer le había dicho que los siguiera... Finalmente, el agente le autorizó para que continuara su viaje. Lo malo es que en aquellos instantes ya era tarde para intentar alcanzar al vehículo.

—Bueno, Paul, no estaba pensando en eso... Hay otra cosa que me preocupa.

—Espera a oír el resto de la historia y tendrás un nuevo calentamiento de cabeza —señaló Drake.

—¿Qué hay más?

—Ya te he dicho que mi colaborador en aquel punto es un individuo muy competente. Precavidamente, anotó el número de matrícula de la ambulancia, aprovechando el tiempo que estuvo detenida. Luego, empezamos a movernos para averiguar a qué hospital había sido llevada la Kaylor. Bien. Aquí tienes la respuesta: no fue llevada a ningún hospital.

—¿A dónde la llevaron?

—Esa es la cuestión.

—Pero... tu colaborador se hizo con el número de matrícula de la ambulancia, ¿no? Localicemos este vehículo y...

—El número de matrícula de la ambulancia no va a servirte de nada, Perry.

—¿Por qué?

—La tenemos, sí, pero no figura en las relaciones oficiales.

—¿Qué no figura...? ¿Qué quieres decir?

Drake respondió:

—Todos los Estados se reservan unos cuantos números de matrículas que no aparecen en las relaciones oficiales de las mismas. Esos números se dan a coches utilizados en trabajos de investigación confidencial. De esa forma, es imposible espiar sus movimientos.

—Pero, bueno, Paul, esas matrículas no se asignan a las ambulancias, ¿verdad?

—Alguien aplicó una a ésta de ahora —repitió Drake.

—¿No se equivocaría tu colaborador al anotar el número?

—No es probable.

—¿De dónde salió ese número, Paul?

—Pudo haber sido robada la placa...

—Y a todo esto hay que considerar que la ambulancia en cuestión se presentó con sospechosa rapidez —manifestó Mason—. Comenté el hecho con tu detective del hotel...

—Me lo dijo. Después de irte tú comenzó a pensar en lo que tú le habías indicado. Como cada vez le parecía más rara aquella circunstancia, me llamó y entonces inicié una investigación. Primeramente, me puse en contacto con el hospital principal de la

ciudad y como allí no sabían nada llamé a las clínicas particulares.

Mason echó un vistazo a su reloj.

—Bueno, Paul, sólo ha transcurrido media hora. Esa gente pudo...

—Hubiera tenido que saberse de ellos antes de ese tiempo —opinó Drake.

Mason frunció el ceño.

—Abrigo una sospecha, Paul...

—¿Cuál?

—¿Cómo sabemos nosotros que ésta es la muchacha que necesitamos?

—¿La Kaylor? —inquirió Drake—. ¡Claro que es ella! Trabaja en La Villa Lavina; tenemos su nombre, la fotografía...

—No se puede llevar a cabo una identificación positiva a base de una foto.

—En este caso, ellos la identificaron bastante bien. Como para encontrarla.

—¿Cómo sabes que la encontraron?

—Porque sí. La joven trabaja en La Villa Lavina; el nombre es el mismo; los detalles de la descripción concuerdan... ¡Demonios! Tú la viste. ¿No es igual que la joven de la fotografía?

—Igual a los rasgos de la foto. En cambio, la personalidad...

—Probablemente, todo fue una comedia. Martha Lavina le apretaría las clavijas y la Kaylor decidió portarse bien.

Mason declaró:

—Yo no estoy tan seguro de que no haya dos Kaylor, dos muchachas de este apellido, dos hermanas con una extraordinaria semejanza física.

»Paul: quiero que mandes a uno de tus hombres al apartamento de la Kaylor. Necesito que estudie el lugar, que se haga con huellas digitales. Ha de procurarse las de la mujer que vivía allí. Eso no es un imposible. Las hallarás en los muebles, en los respaldos de las sillas...

—No es necesario que me digas lo que he de hacer para procurarme unas huellas dactilares. Ahora bien, responde a eso: ¿cómo vamos a entrar allí?

—He oído hablar de la existencia de las ganzúas, Paul.

—Yo también. Asimismo, he oído hablar, por mi parte, de

allanamiento de morada.

—A mí me parece que vale la pena correr ciertos riesgos.

—Yo pienso lo contrario. Y es que pongo en juego mi licencia de detective privado.

—No seas tan conservador. Y ten en cuenta, además, que quiero que otro hombre situado en Las Vegas haga lo mismo con el apartamento de allí. Tan pronto como tenga las huellas digitales habrá de saltar a un avión y regresar. Después, compararemos los dos juegos y sabremos si son iguales.

Drake movió la cabeza.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Ese trabajo requeriría el concurso de una mujer. No conozco ninguna suficientemente buena para encomendárselo.

—¿Por qué una mujer?

—Un hombre se ve siempre demasiado. Necesitaría tiempo. La mujer puede fingir fácilmente ser de la familia... Con el hombre, esto no vale, casi.

—Busca una mujer, entonces.

—Ya te he dicho que no la tengo... de las condiciones necesarias. Tengo que poner en tu conocimiento, por otro lado, que he sufrido algunas pequeñas molestias con lo de mi licencia. Alguien se ha ido de la lengua, señalando que mis métodos suelen ser irregulares.

—Tonterías. Tú sigue adelante. Nadie va a despojarte de tu licencia con tal pretexto. Además, tú no vas a llevarte nada de los apartamentos. Como máximo, echarás un poco de polvo en algunos muebles...

—Ya te he dicho que no dispongo de ninguna muchacha que pueda desarrollar tal labor. Por añadidura, no me atrevo a correr riesgos basándome exclusivamente en una corazonada.

—No es una corazonada solamente. Es algo que tiene sentido. Imaginémonos que hay dos chicas.

—¿Qué se parecen?

—Que son hermanas.

Drake respondió:

—Claro que yo no he visto a esa muchacha en La Villa Lavina, personalmente. Mi colaborador tenía una fotografía. Pensó que la

reconocería a base de la foto, preguntó por su apellido y resultó que era Kaylor... Hasta allí llegó. Más tarde, me facilitó el informe que te pasé a ti.

—Exactamente. Fui allí basándome en la identificación de tu hombre. Muy bien pudieran existir dos hermanas Kaylor, dos hermanas gemelas.

—Si eso fuese verdad —comentó Drake—, es posible que nos enfrentemos con algo más gordo de lo que a simple vista parece.

Mason se mostró de acuerdo.

—Voy a acercarme a la prisión para charlar un rato con mi cliente.

—¿Qué quieres que haga yo entretanto?

—Suelta a tus sabuesos —le indicó Mason—. A todos. Quiero saber cosas acerca de Archer. Todo puede serme útil. Haz que tus colaboradores trabajen con la eficacia de una jauría que ha venteado un buen rastro.

»Y recuerda esto, Paul: si mi corazonada es correcta, hemos perdido dos mujeres. Han desaparecido. Una de ellas estaba de parte nuestra.

»Esto siempre basándonos en la suposición de que hay dos Kaylor, ambas trabajando de camareras.

—Cierto, quizá, Petty por un lado e Inez por otro. Inez esperaba en la biblioteca del Palacio de Justicia a que tú la llamaras. Se comportaba en plan amistoso. Aparentemente, se conducía de una manera recta. Nada inducía a pensar que nos diese un esquinazo. Y sin embargo, se ha desvanecido.

—Petty era de otra manera. No acierto a imaginármela bien. Constituía un enigma. Recibió una orden de comparecencia y engulló un puñado de píldoras somníferas. Tan pronto se intentó llamar a la policía, entró en escena una ambulancia, que se la llevó a algún sitio. ¿Dónde?

—Evidentemente, la llevarían a un sitio donde pudieran someterla a tratamiento inmediato...

—O donde no pudieran someterla a ninguno.

—¿Qué quieres significar con eso?

—Petty Kaylor se había llevado a la boca todas las píldoras que necesitaba para suicidarse. Supongamos que quienes se la llevaron en la ambulancia deseaban trasladarla a donde no pudiera ser

objeto de atenciones médicas...

—¿No sería esto un crimen?

—Lo sería si pudiéramos probarlo —repuso Mason—. Fíjate ahora con lo que nos enfrentamos.

—¿Qué?

—Una muchacha ingiere voluntariamente una dosis excesiva de píldoras somníferas. Una testigo que es merecedora de toda confianza la ve tomar aquéllas. Se trata de un acto libre, voluntario. Nadie la forzó a proceder de ese modo. Llega una ambulancia para recogerla. Se hace un diagnóstico erróneo...

Drake se quedó pensativo.

—Pudiera ser —dijo—. Por supuesto, todo eso es pura suposición. La policía tomaría a risa tu hipótesis.

Mason convino que era así.

—¿Vas a ir a ver a tu cliente? —preguntó Drake.

—Voy a ir a ver a Albert Brogan, sí —contestó Mason—. Luego, regresaré a mi despacho. Si Mary Brogan se deja ver, dile que espere. Indicaré a Della Street que se mantenga pendiente del caso... No me gusta nada el giro que están tomando las cosas, Paul. Ocúpate a fondo de Rodney Archer. Procura hacer averiguaciones sobre Martha Lavina. Estaré de vuelta dentro de una hora.

»He aquí algo más, Paul: si Martha Lavina miente, si no fue la mujer que realmente acompañaba a Rodney Archer la noche del atraco, su bolso no fue robado. El bolso robado pertenecía a otra mujer, aquella que presencié de veras el atraco.

Drake hizo un gesto típico, denotando que había comprendido.

—En consecuencia —le dijo Mason a continuación—, ponte a trabajar basándote también en ese bolso, Paul. Ha sido presentado como prueba. Hoy es sábado, de manera que tendrás que recurrir a algún funcionario para poder ir a la oficina correspondiente y que te abran la puerta. Me parece que la cuestión quedará zanjada con un poco de dinero.

»Búscate luego a algún especialista en novedades y artículos de piel, particularmente entendido en bolsos de señoras. Procura descubrir quién fabricó el bolso que a nosotros nos interesa, dónde fue vendido... Reúne, en fin, la mayor cantidad de datos posibles sobre ese punto. No se puede aventurar nada... Podríamos llegar a saber, incluso, la identidad de la persona que compró el bolso en

cuestión.

—Podríamos llegar a saberlo, sí... Pero hay mil probabilidades de que no logremos nada positivo.

—Las dificultades nunca me han arredrado —declaró Perry Mason.

—Que me aspen si eso no es verdad —contestó Drake, lúgubrementemente.

Capítulo 8

En la habitación de las visitas, dentro de la prisión, los azules ojos de Albert Brogan se fijaron ansiosamente en el rostro de Perry Mason, al otro lado de la tupida malla metálica.

Se parecía ligeramente a su sobrina, pero faltaba en la mirada del detenido el centelleo alegre y casi descarado que se sorprendía fácilmente en los ojos de la chica. Los del detenido expresaban una gran preocupación.

Albert Brogan era un individuo rechoncho, parcialmente calvo. De la nariz a las comisuras de los labios partían dos profundas arrugas. Su rostro reflejaba el quebrantamiento nervioso de que fuera víctima a consecuencia del trabajo excesivo y de las heridas sufridas en el accidente automovilístico.

—¿Cómo marcha todo? —le preguntó Mason afablemente.

—Bien.

—¿Ha venido a verle alguien hoy?

—¡Oh, sí! Vino a verme mi sobrina, que vive en St. Louis.

—Lo sé. Hablé con ella.

Brogan se sintió de pronto inquieto.

—Creo... creo que no he jugado limpio con usted, señor Mason. Yo sabía que mi sobrina tenía algún dinero ahorrado y que se lo enviaría de pedirle yo que procediese así.

»Supongo que de haber dicho al juez que podía hacerme con dinero si cursaba un telegrama, no hubiera sido usted designado mi abogado defensor.

—No se preocupe por eso —replicó Mason, sonriendo.

—Mary ha acudido siempre en mi ayuda, cuando ha sido preciso. Lo del accidente de automóvil fue un serio tropiezo para mí. Me quedé postrado, con los nervios deshechos.

»Yo sólo sabía ganarme la vida vendiendo cosas a los demás. A

raíz del accidente perdí mi empleo. Al reincorporarme a la labor cotidiana lo hice ocupándome de un nuevo producto. Pero carecía de moral. Tenía la impresión de que me sería imposible volver a vender nada a la gente.

»Primeramente, creí que esto era debido a que trabajaba con artículos que no había tocado antes. No acertaba a salir del atolladero. Mary me elijo entonces que no tenía por qué estar preocupado, que debía abandonar todo trabajo, dedicándome, sencillamente, a descansar.

—¡Bah! No piense usted más en eso, que ya quedó definitivamente atrás.

—Sé muy bien los sacrificios que ha tenido que hacer Mary. Aportó su dinero, sin dar importancia a su gesto. Y ahora aparece aquí dispuesta de nuevo a ayudarme. Sé que otra vez se quedará sin un centavo y...

—No se quedará sin dinero —aclaró Mason—. Ya le he dicho que yo no necesito su dinero...

—Pero usted tiene que cobrar... Obré mal al declarar que carecía de medios económicos...

—Olvidemos eso, amigo mío. Lo que a mí me interesa saber es con quién habló hoy, aparte de Mary.

—Después de irse Mary vino a verme un detective llamado Smith.

—¿Qué quería de usted?

—Me dijo que usted era un buen abogado, pero que no se avenía a razones fácilmente y que podíamos cerrar un trato de quererlo yo, reduciéndolo todo a un delito menor, a un simple hurto, por ejemplo.

—¿Y qué más?

—Luego, pasó algo. Uno de los presos del establecimiento, un individuo de mucha experiencia, según tengo entendido, se deslizó por delante de mi celda, diciéndome disimuladamente, sin llegar siquiera a volver la cabeza: «Cuidado, Brogan. Esa gente te prepara alguna cosa».

»Pocos minutos más tarde, me sacaron de la celda, llevándome al patio. Había un automóvil allí. Era un «Chevrolet» de color oscuro, que tenía el guardabarro delantero de la derecha abollado. Me preguntaron si yo había visto alguna vez el coche en cuestión y

respondí que no y que me negaba a hacer declaraciones mientras no se me deparara la oportunidad de hablar con usted.

»Seguidamente, me hicieron subir al automóvil, acomodándome tras el volante.

—Continúe.

—Varias personas pasaron por allí. Finalmente, se presentaron dos agentes de paisano y una joven. La joven abrió la portezuela del coche y fue a acomodarse a mi lado, pero uno de los policías gritó: «No, no. Ése no es el automóvil». Ella se apeó y me miró sonriendo, al tiempo que me decía: «Perdóneme».

»Estuve allí dos o tres minutos. Después, me devolvieron a la celda y aquellos hombres parecieron cambiar de actitud. Me habían tratado con corrección antes, pero luego se tornaron bruscos.

»Se presentó el detective Smith, que parecía andar muy atareado. Yo le pregunté cómo podíamos cerrar el trato de que me hablara anteriormente. Él inquirió: «¿Qué trato?», y yo le respondí: «Ése de que me habló usted». El hombre movió la cabeza, respondiendo: «Usted está loco. Yo no le hablé de ningún trato. Está siendo juzgado por un atraco a mano armada y va a ser declarado culpable, hijo de perra». Después de expresarse así, se fue.

Mason echó su silla hacia atrás.

—¿Era la primera vez que veía a la joven?

—Sí.

—¿Qué edad le supone?

—Veintisiete o veintiocho años.

—¿Era la primera vez que veía el «Chevrolet»?

—Sí, sí.

—¿Sabe de dónde lo sacaron?

—No.

Mason reflexionó, diciendo luego:

—Eso no me gusta nada, Brogan. Esa gente se ha hecho de algún nuevo testigo que va a colocarle en el escenario de ese crimen. Tengo que irme.

Mason echó a andar hacia la puerta, consciente de la expresión de desaliento que había aparecido en el rostro de Albert Brogan.

En el momento de abandonar la sala de las visitas, vio que el sargento Holcomb, de la Brigada de Investigación Criminal, asía a Brogan por un brazo.

Mason se apresuró a entrar en una cabina telefónica marcando el número de Paul Drake. Inmediatamente, dijo a la telefonista de la centralilla de la agencia:

—Póngame en seguida con Paul. Es urgente... Paul: estoy en la prisión. A Albert Brogan le han obligado a subirse a un «Chevrolet» oscuro que tiene un guardabarros abollado, el de la derecha, delante. Se le acercó después una joven que lo estudió con detenimiento, haciéndole hablar.

»Poco antes, le habían hablado de un plan para montar una acusación menor. Ahora, esa gente actúa como si tuviese en las manos todos los ases. Hace unos segundos, he visto al sargento Holcomb, de la Brigada, llevarse a nuestro preso. ¿Tú tienes alguna idea de lo que...?

—¡Santo Dios! —le interrumpió Drake—. ¿Supones que se trata del caso por asesinato de Daphne Howell?

—¿Qué es lo que te ha hecho pensar en él, Paul?

—Acaba de circular el rumor de que la policía ha detenido al asesino de Daphne Howell.

Mason frunció el ceño, replicando:

—Ponte en comunicación con tus amigos de la prensa, Paul. Entérate de todos los detalles. Voy para allá.

Cuando el detective llegó al despacho de Drake, éste se encontraba hablando por teléfono. Hizo una indicación al abogado para que guardara silencio mientras él seguía con la comunicación.

—¿Qué...? ¿Es él...? ¿Están seguros...? Bien. Eso, desde luego, es un hallazgo para la policía. No pensarás que lo han planeado así, ¿eh?

Drake estuvo escuchando en silencio lo que decía su comunicante. Luego, dijo:

—Perfectamente. Muchísimas gracias, Jim.

El rostro del detective no podía ser más lúgubre en el momento de levantar la vista hacia el abogado.

—No me había equivocado, Perry. Le achacan a tu hombre el asesinato de Daphne Howell.

—¿Quién lo identificó?

—Una joven llamada Janice Clubb. Regresaba a su casa después de haber visitado a una amiga. Se apeó del interurbano y echó a andar hacia su domicilio. Por su vecindad se habían dado algunos

casos desagradables, chicas que habían sido molestadas por desconocidos, y la joven avanzaba con los ojos bien abiertos, pendiente de todo lo que veía a su alrededor. Tenía que recorrer a pie una distancia equivalente a tres manzanas.

»Apenas había dejado atrás una de ellas, vio un automóvil oscuro que pasó a su lado, a mucha velocidad. Como estaba nerviosa, se fijó detenidamente en el vehículo, advirtiéndole que tenía uno de sus guardabarros abollado. También se dio cuenta de que era un «Chevrolet» porque el chico con quien sale actualmente posee un automóvil del mismo modelo, si bien negro.

»El coche giró hacia la derecha, subiendo a la acera para entrar en un solar despejado, situado media manzana adelante. No dio mucha importancia al hecho a causa de que aquello era lo que hacían muchos conductores para estacionar sus vehículos siempre que no hay sitio en la calle.

—Adelante. ¿A dónde nos lleva todo eso?

—El cuerpo de Daphne Howell se encontraba en el portaequipajes de aquel «Chevrolet».

—¿Cómo lo sabes?

—A eso voy ahora...

—Sigue.

—El conductor, una vez en el solar, se apeó. Disponíase a abrir el portaequipajes cuando oyó los pasos de Janice Clubb, en la acera. Se detuvo en la operación, abatiendo el capó. Luego, saltó al automóvil, quedándose inmóvil dentro, con el motor en marcha y las luces encendidas.

»Janice Clubb se acordó de los incidentes de que había sido escenario la calle por que transitaba, y empezó a correr. No paró ya hasta llegar a su apartamento.

»A la mañana siguiente, fue descubierto el cadáver de Daphne Howell en el solar. La habían estrangulado. La policía se figuró que el crimen se había cometido en otra parte, utilizando el asesino aquel lugar para abandonar el cuerpo.

—¿Un crimen de tipo sexual? —inquirió Mason.

—No. No habían abusado de la víctima. Limitáronse a estranglarla con un alambre. Fue un diestro profesional quien acabó con ella.

—¿Y esa Janice Clubb contó a la policía lo que había visto?

—Claro. El cadáver fue hallado en el solar a la mañana siguiente y los periódicos dieron cuenta del suceso. Entonces, la joven se presentó a la policía.

—¿Cuándo ocurrió esto, Paul?

—El trece de septiembre, poco antes de la medianoche.

—Continúa.

—Bueno, ya sabes lo que ocurre con estas cosas... La Brigada de Investigación Criminal lleva estos asuntos a su manera y nadie pensó en Brogan hasta ser oído el testimonio de ayer, cuando se habló de que el hombre del atraco conducía un «Chevrolet» oscuro, que tenía un guardabarros abollado. El sargento Holcomb leyó el relato en el periódico de la mañana... Fue en busca de Janice Clubb. Brogan recibió la orden de subir al «Chevrolet» oscuro y ella lo identificó.

—¿Dónde se hicieron con el vehículo? —quiso saber Perry Mason.

—El «Chevrolet» oscuro fue robado la noche del crimen. Había sido denunciado el robo, pero no fue recobrado hasta casi dos meses más tarde. Alguien lo dejó en el garaje de un edificio no habitado, cerrando la puerta del mismo. El propietario del automóvil, un joven estudiante, que lo utiliza para sus desplazamientos, ha hecho saber a la policía que se lo quitaron un par de horas antes de que fuese cometido el asesinato. Había estado en un club juvenil, dejándolo estacionado frente a la entrada, de donde desapareció. La policía pensó que sería obra de uno de sus camaradas, animado por el deseo de dar unas vueltas, sin prestar mucha atención al incidente, al principio. Tras el asesinato de Daphne Howell y al conocerse la descripción del «Chevrolet» oscuro, con el guardabarros abollado, los agentes organizaron una búsqueda en regla para dar con él.

—El trece de septiembre —repitió Mason—. Se trata de la fecha del atraco.

Drake manifestó:

—La policía se imagina que tu hombre perpetró el atraco durante la primera parte de la noche. Posteriormente, recogió a Daphne Howell, estrangulándola.

—Pero, ¿por qué?

—El móvil fue el robo —respondió Drake—. No encontraron su

bolso. Se supone que llevaba en éste unos setecientos dólares. La joven había estado trabajando como modelo de cierta categoría.

—¿Qué se ha averiguado sobre la personalidad de la víctima, Paul?

—Ahí está la cosa, Perry. No mucho. Poseía un pequeño apartamento... Nadie sabe una palabra acerca de ella. Vivía sola y trabajaba como modelo. No trató con intimididad a ninguna persona conocida. Llevaba aquí tres meses, aproximadamente.

—¿De dónde procedía?

—De Kansas. Tenía unos cuantos amigos allí, quienes no sabían tampoco mucho acerca de su vida. Había sido casada, pero su matrimonio se deshizo. No escribía a nadie. Nadie había vuelto a saber de la joven tras su salida de Kansas... Bueno, una amiga suya recibió una tarjeta postal enviada desde Guatemala, la cual contenía unas breves palabras de puño y letra de Daphne Howell, al parecer.

Mason hundió las manos en los bolsillos de su americana.

—¡Qué trabajo me cuesta enfrentarme ahora con Mary Brogan, Paul!

—Bueno, tú sólo tienes que atenerte a su defensa en lo tocante al asunto del atraco. No creo que esa gente vaya a extender ahora una oferta de compromiso.

—¡Una oferta de compromiso! —dijo Mason—. Esa gente removerá cielo y tierra para conseguir que mi hombre sea declarado culpable. Luego, lo juzgarán por el crimen. Si no echo por tierra la identificación practicada por Janice Clubb, está perdido. Si ocurre lo contrario, ellos esperarán a que suba al estrado. El fiscal del distrito, en su interrogatorio, le preguntará burlonamente si ha sido declarado culpable o no de un delito. Tendrá que admitir que sí, que un jurado lo declaró culpable en un caso por atraco cometido durante la misma noche del asesinato. Luego, le harán preguntas sobre el atraco. El defensor protestará. El fiscal alegará que pretende establecer cierta relación, inquirendo si el atraco fue cometido o no valiéndose del mismo «Chevrolet» oscuro del guardabarros abollado utilizado cuando el asesinato de Daphne Howell.

—Todo lo cual hará su suerte poco envidiable...

—Exactamente. Por entonces, probablemente, Martha Lavina y Rodney Archer habrán echado un vistazo al «Chevrolet», que

identificarán como el «Chevrolet» empleado por Brogan la noche del atraco.

Drake dijo lentamente:

—Salta de esto, Perry.

—No puedo —objetó Mason—. Ése hombre es mi cliente. Soy su representante ante la ley.

—Salta de esto, Perry —repitió Drake—. Te encuentras ante un caso insoluble. Y lo que es más: este asunto saltará a las primeras páginas de los periódicos.

—Lo sé —repuso Mason—. Desde luego se supone que los jurados no leen la prensa, pero puede apostarse cualquier cosa a que de los doce hombres justos nueve se habrán enterado de la historia de Daphne Howell y del hecho de que el individuo que cometió ese asesinato ha sido procesado por el juez Egan por otro delito.

Drake contestó:

—Por lo que más quieras, Perry, deja de golpearte la cabeza contra la pared. Tu defendido es culpable.

—El jurado no se ha pronunciado todavía en ese sentido.

—Se pronunciará.

—Mientras tanto, me encuentro con un cliente a quien represento legalmente. La ley garantiza que el hombre será juzgado imparcialmente. Si los defensores arrojaran la esponja sólo porque todas las circunstancias se presentan desfavorables para su cliente, éste ya no tendría que comparecer siquiera ante unos jueces.

—Hay una combinación de hechos irrefutable —señaló Drake—. Este hombre es culpable, será declarado culpable.

—No lo parece —repuso Mason—. Fíjate bien en él y verás la cara de un hombre «quemado». Llevó sobre sus espaldas una carga excesiva, trabajando día y noche para lograr el triunfo. Luego, ha tenido este tropiezo y es fácil ver en sus ojos su temor a sufrir otro derrumbamiento.

—Ahora será otra cosa lo que tema, Perry —dijo Drake, bruscamente—. Tu cliente ha sacado un billete de ida, sin posible regreso, para la cámara de gas. No podrás salvarle, Perry.

—Eso tiene que decírmelo el jurado. Todavía está por ver cuál es su veredicto.

Drake se encogió de hombros.

—Personalmente, opino que has puesto demasiada fe en un aire de buena persona, un par de ojos azules y una nariz respingona.

—Hay que poner fe en lo que sea —replicó Mason, saliendo del despacho.

Capítulo 9

Nada más entrar Mason en su despacho, Della Street, instantáneamente, descubrió que algo marchaba mal.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó, inquieta.

Mason hundió las manos en sus bolsillos y dio unos pasos por la habitación, deteniéndose junto a la ventana, con la vista fija en la lejanía.

Ella se colocó a su lado, cogiéndose a su brazo izquierdo con ambas manos, ofreciéndole en silencio su apoyo y simpatía.

Mason sacó la mano izquierda de su bolsillo de la americana, dejándola caer afectuosamente sobre uno de sus hombros.

—¿Malas noticias? —inquirió ella.

—Malas, sí.

—¿No quieres decirme de qué se trata?

Mason se apartó ahora de la ventana, sonrió al ver el gesto de preocupación de Della y reanudó sus paseos por el cuarto.

—¿Más testigos? —inquirió la joven.

—Más testigos, en efecto —corroboró Mason—. Y terribles, además.

—Bueno, jefe. Después de todo, tú no puedes forjar a tu gusto los hechos que concurren en un caso. Lo único que puedes hacer en determinadas ocasiones es procurar que tu cliente de turno sea juzgado con equidad, cuando es necesario preocuparse por eso.

—Lo sé.

—¿Qué ha ocurrido ahora exactamente?

—En poder de la policía se encuentra el automóvil que creen utilizó Brogan cuando el atraco. Era un coche robado. Había sido robado un par de horas antes del hecho.

—¿Es eso todo?

—Ese coche robado fue también utilizado para transportar el

cadáver de Daphne Howell al solar en que el mismo fue hallado. Y si se piensa en el asesinato de Daphne Howell nos encontraremos con que si bien el cuerpo fue encontrado en la mañana del 14 de septiembre, el crimen se cometió la noche anterior, como prueba la autopsia. La policía dispone ahora de un testigo que puede identificar el automóvil y que, probablemente, ha identificado al conductor.

—¿Qué ha identificado al conductor?

—Albert Brogan.

—¡Santo Dios! —exclamó Della, dejándose caer sobre un sillón, como si sus piernas de pronto se hubiesen negado a sostenerla.

—Eso es lo que hay —dijo Mason.

—Y Mary Brogan se encuentra en estos momentos ahí fuera, en la oficina. Quiere contarle lo que ocurrió cuando visitó a Petty Kaylor —manifestó Della Street—. ¡Pobre muchacha! ¡Oh, Perry! Me cuesta mucho trabajo enfrentarme con ella después de haber sabido esto.

—Tendremos que contarle algo de lo sucedido —declaró Mason—. Lo han recogido los periódicos de la tarde.

Della Street exclamó, dolida:

—¡Parece tan buena chica!

Hubo un silencio.

—¿Hasta qué punto es malo todo eso? —preguntó Della.

Mason, sin dejar de pasear, respondió:

—Todo radica en la identificación. Desde luego, ante la policía, Rodney Archer y Martha Lavina identificarán el «Chevrolet». Tendrán que hacerlo. De esta manera la policía cierra el caso por asesinato.

—¿Supones tú que realmente se trataba del mismo coche?

—No lo sé. Será, sin embargo, el mismo cuando hablen esos dos. En fin de cuentas, Della, los automóviles, más o menos, se parecen entre sí. Martha Lavina se mostró vaga en tal aspecto, pero Rodney Archer se comportó con seguridad, diciendo que era un «Chevrolet» oscuro, figurándose que el guardabarros delantero estaba abollado. En mi interrogatorio, no insistí sobre ese punto, pero lo haré ahora. Dada su posición, no es posible que pudiera ver la abolladura en aquella parte del automóvil.

—Pero la cosa es que él atestiguó que ese guardabarros

delantero estaba abollado, *antes* de que su atención fuese dirigida sobre ese «Chevrolet» oscuro del caso Daphne Howell...

Mason bajó la cabeza.

—¡Oh, jefe! —exclamó Della—. ¡Eso es terrible! ¿Supone usted realmente que él...? ¡Santo Dios!

—Todo se presenta bastante negro, Della, pero el deber del abogado defensor consiste en resistir y luchar hasta el último momento.

—¿Por un hombre culpable?

—Por un hombre, culpable, no —repuso Mason—, sino por la causa de la justicia.

Della Street contestó:

—Siento lo mismo que si alguien me hubiese descargado un martillazo en la cabeza. Me noto terriblemente embotada. Esto es como si una intentara salir de un mal sueño, descubriéndose después inmersa en una horrible pesadilla.

—Bien. Analicemos la situación... Archer y Martha Lavina han identificado al acusado como el hombre del atraco, pero su identificación del automóvil, en mi opinión, dista mucho de resultar convincente.

—Sí. Supongo que tienes razón.

—Pero en el momento en que los testigos declaren que el asesino de Daphne Howell conducía el mismo tipo de automóvil, la situación cambia.

—Hay que tener en cuenta que la testigo también identificó a Albert Brogan como el conductor del coche.

—Tal vez me sea posible aclarar la situación exponiéndola de esta forma —manifestó Mason—: Archer y Martha Lavina identificaron al acusado personal y positivamente. La identificación del coche fue incidental. Janice Clubb identifica el automóvil positivamente, siendo la identificación del conductor incidental. O, para exponerlo de otro modo: si la identificación del automóvil por Martha Lavina y Rodney Archer es errónea (y existen muchas probabilidades de que lo sea), la identificación de Albert Brogan como el conductor del coche del asesinato por Janice Clubb, es muy probablemente, equivocada. Ella se halla influenciada por el hecho de que Archer y Lavina lo identificaron como el conductor.

—Lo expliques de una forma u otra, la combinación es

desastrosa —estimó Della Street.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Eso significa que es absolutamente necesario que averigüemos qué es lo que Martha Lavina intenta ocultar. Simplemente: debemos descubrir por qué causa Inez Kaylor abandonó ayer la biblioteca, con lo cual invertiríamos su posición en el caso.

—¿Tú crees que hay dos hermanas en el asunto?

—Yo no sé lo que pensar, Della. Si sé que es necesario explorar todas las posibilidades. Si Albert Brogan es declarado culpable en este caso no dispondrá ni de una sola oportunidad de salir bien parado del otro. Más claro: se halla su vida en juego.

—¿Qué vamos a decirle a Mary Brogan?

—Saldremos del paso como podamos y antes de facilitarle demasiados detalles haremos algunas averiguaciones. Hazle pasar.

—Quiere contarle lo ocurrido cuando subió al apartamento de la Kaylor.

—De acuerdo.

Della Street avisó a Gertie, en el otro cuarto.

Mary Brogan, absorta en su reciente experiencia, no percibió la atmósfera de tensión imperante en el despacho.

—Adelante —le dijo Mason—. Cuéntenos lo sucedido.

—Bien. La mujer entreabrió la puerta después de llamar yo. La puerta estaba retenida por una cadena de seguridad. Le dije que quería entrar para hablar con ella. Añadí que yo sólo deseaba conocer la verdad, que veía en ella a un ser humano que...

—Prescinda de lo que usted le dijo —la interrumpió Mason—. Hábleme de lo que la joven le manifestó, de lo que hizo.

—Me dijo que estaba cansada de verse acosada, añadiendo que no tenía más que quedarme donde estaba para ver a dónde la estábamos llevando. Se retiró unos instantes, regresando con un frasquito oscuro, que volcó sobre su mano izquierda. Vi en ella dos o tres docenas de píldoras. Se las llevó a la boca y empezó a masticarlas. Nunca olvidaré su mirada de desesperación, sus hinchadas mejillas; escupía de cuando en cuando un polvillo blanco... Luego, se perdió de vista de nuevo, regresando con un vaso de agua, que apuró de un trago. Me dijo entonces: «Vea usted lo que ha logrado», o algo por el estilo. Es que no percibí claramente sus palabras, porque todavía tenía la boca llena.

—Y después, bajó usted a toda prisa, llamando a Paul Drake, ¿no?

—Sí. No se me ocurrió otra cosa. Estaba muy nerviosa. Drake me contestó que quedaba enterado que se ocuparía de aquello, que lo mejor que podía hacer era regresar y reunirme con la señorita Street. Señaló que no era conveniente dar la impresión de que yo había llevado a la joven a aquel intento de suicidio, que cualquier publicidad sobre el episodio podía servir únicamente para empeorar la situación de tío Albert.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Y ahora tengo entendido que se presentó allí una ambulancia y que la chica ha desaparecido.

—Todavía no sabemos a qué hospital fue trasladada —le aclaró Mason.

—Bueno, ¿y qué significa eso que he leído en un periódico de la tarde, sobre la acusación de asesinato contra tío Albert?

—Circula por ahí una nueva historia, sí —admitió sencillamente Mason.

—Se refiere a tío Albert, sin nombrarlo. Se afirma que un testigo ha llevado a cabo una identificación positiva en el caso por el asesinato de Daphne Howell y que el hombre identificado está siendo procesado por atraco a mano armada, en la sala del juez Egan, que la vista de la causa se reanudará el lunes y que las autoridades han decidido esperar a que finalice la misma antes de establecer la otra acusación contra él.

Mason asintió.

Mary Brogan añadió:

—No soy de las personas que se limitan a llorar cuando se enfrentan con alguna adversidad. Soy de las que luchan...

—Yo también reacciono así —dijo Mason.

—Sé muy bien que tío Albert no importunó nunca a nadie a lo largo de su vida. Me consta que jamás pensó en matar a nadie. ¡Pero si no se atrevería siquiera a matar una mosca! Nunca me he enfrentado con nada más repugnante, con nada más nauseabundo que esto.

—Siga, siga. Desahogúese, señorita Brogan.

—Esta expansión no me va a proporcionar ninguna ventaja. Pienso en la carga que lleva usted sobre sus hombros, señor

Mason... Creo que es ahora cuando me doy cuenta de la importancia que tienen los abogados. ¡Maldita sea! ¡Voy a llorar!

Mary Brogan se llevó un pañuelo a los ojos.

—Me resisto a ello, sin embargo. Lo que sí quiero es luchar.

—En eso radica todo, señorita Brogan.

—En luchar, sí, pero, ¿con qué? No disponemos de munición. Los jurados leerán las noticias aportadas por la prensa y tendrán a tío Albert por un criminal desesperado... ¿Por qué no encerró el juez a los miembros del jurado en el Palacio de Justicia? Leyendo los periódicos, ellos...

—Se supone que no los leen, especialmente tratándose de informaciones referentes a crímenes.

—¡Bah! —exclamó la joven—. Yo sé lo que haría de formar parte de un jurado y haber visto en un periódico algo referente a un caso en litigio. Me parece que no surgiría una persona que se condujese como yo.

—El lunes por la mañana me ocuparé debidamente de toda esa publicidad, en la sala.

—¿Y qué logrará con eso?

—Tratándose del juez Egan, nada, probablemente. Se limitará a vapulear al fiscal por haber permitido que se filtren ciertas noticias, añadiendo que los miembros del jurado recibieron instrucciones en el sentido de que no deberían leer informaciones sobre asuntos de tipo criminal, ni nada acerca del caso sobre el cual han de pronunciarse... Todo quedará en eso.

—Disponemos de poco más de un día. ¿No podríamos hacer algo?

Mason respondió:

—Empiezo a sospechar que hay dos Kaylor, dos hermanas, quizá. No creo que la Kaylor con quien hablé anoche sea la que desapareció de la biblioteca. Dudo mucho de que fuera la que vivía en Las Vegas. Evidentemente, existe un fuerte parecido familiar, el suficiente para hacer que un detective se confunda al intentar localizar a una de ellas mediante una fotografía. Sí. Dudo de que se trate de una y la misma...

—¿Habría alguna manera de saber a qué atenernos, una forma de descubrirlo?

—A Paul Drake le sugerí un procedimiento —explicó Mason—,

pero alega que es demasiado arriesgado. Necesitaríamos el concurso de una detective. Un hombre que se dejara ver por los alrededores del apartamento atraería en seguida la atención de los vecinos. Una mujer detective hábil, inteligente, podría hacerse pasar por una prima de Petty Kaylor o por una enfermera. Diría, por ejemplo, que Petty se encontraba en el hospital y que la había mandado para que recogiera unas cuantas prendas suyas, unos efectos personales. Luego, se le depararía la ocasión de hacerse con algunas huellas dactilares de la chica y...

—¿Por qué no he de poder hacer yo eso? —inquirió Mary Brogan.

Mason escrutó el rostro de la joven Brogan antes de responder:

—No creo que haya ningún inconveniente.

—Pues entonces, ¿a qué esperar? Actuemos inmediatamente.

Mason descolgó el teléfono, marcando el número de Paul Drake.

—¿Podrías acercarte por mi despacho, Paul? —le preguntó—. Tráete contigo un equipo de toma de huellas digitales.

—¿Qué te propones? —quiso saber Drake.

—Te sentirás mejor si lo ignoras —repuso Mason—. Supongo que accederás a enseñar a la persona en quien estoy pensando cómo se maneja uno de esos equipos.

—Desde luego.

—Pues aquí te espero.

Mason colgó, diciendo:

—Su idea es buena en principio, Mary, pero quisiera pensármelo mejor. Lamentaría verla en un apuro...

—Eso es cosa hecha —manifestó ella, optimista—. Me haré pasar por una empleada del hospital y explicaré al conserje de la casa, si se me pone delante, que Petty se recuperara bien, añadiendo que guardará cama durante dos o tres días y que me ha encargado que le lleve algunas ropas suyas. Entraré en el apartamento y me procuraré las huellas dactilares ansiadas, llevándome en mi maletín lo que pueda considerar de interés.

Mason, preocupado, abandonó su sillón para apostarse junto a la ventana, con las manos introducidas en los bolsillos de los pantalones.

—No —dijo—. Usted no va a tocar nada de ese apartamento. Sólo sacará de allí las huellas dactilares. Esa misión de por sí ya

encierra algún riesgo.

—El riesgo se encuentra en todo lo que emprendemos. La vida misma es puro riesgo.

Alguien llamó a la puerta del despacho, que abrió Della Street. Entró Paul Drake.

El detective abrió la cartera de que era portador.

—Aquí empieza la clase —dijo—. Espero, Perry, que no seas tú quien ha de utilizar esto. Tienes en juego bastantes cosas más que yo y...

—Da igual que sea uno u otro quien vaya a emplearlo. Tú explícanos lo que hay que hacer para tomar unas huellas digitales.

Drake respondió:

—Perfectamente. Aquí tienes dos tipos distintos de polvos. Ellos te revelarán las huellas digitales con que tropieces, sean de la clase que sean. Todo lo que tienes que hacer es determinar el color. Necesitas de un color para que se dé el contraste. El polvo se deposita sobre la superficie elegida con este pincel de pelo de camello.

Drake se acercó a la puerta, introduciendo el pincel en uno de los frascos de polvo. Después, pasó aquél por el marco.

—Verás que aquí empleo un polvo plateado porque me da el contraste que preciso... ¡Ah! Aquí tienes una huella...

—Es un grupo de curvas concéntricas —comentó Della Street.

—Todas las huellas dactilares son así —le contestó Drake—. Pero no hay nada como ellas a la hora de identificar a una persona.

—¿A base tan sólo de ese pequeño número de líneas?

—Sí. Fíjense ahora... Ya he localizado las huellas. Pues cojo este trozo de cinta adhesiva y lo coloco sobre la misma. La aliso con los dedos... Así. Finalmente, tomo el borde de la cinta y la despego...

—¡Y ya se ha hecho con la huella vista! —exclamó Della Street.

—Exactamente. A eso se llama «levantar» una huella digital. La huella ha quedado pegada a la cinta. Tomo ahora esta cartulina negra (la uso negra porque el polvo era plateado) y pongo mi trozo de cinta en la parte superior. Fijo los extremos de la misma y ya tengo la huella digital en condiciones, para poder estudiarla cuando a mí me plazca, ya que se conservará casi indefinidamente.

—¿Y eso es todo lo que hay que hacer para conseguir unas huellas dactilares? —preguntó Mary Brogan.

—Basta con localizar los sitios donde es más seguro encontrarlas. Levantada una huella, se anota en la parte posterior de la cartulina donde se encontró. Hay que detallar. Por ejemplo, ahora he escrito: «Puerta del despacho de Perry Mason. Huella tomada a un metro y quince centímetros del suelo y a diez milímetros del borde de la puerta». Guardo esto tranquilamente en mi cartera y puedo moverme de un lado para otro tomando todas las huellas que sean necesarias.

—Eso ha de llevarse poco tiempo —dijo Mary Brogan, mirando a Perry Mason.

—No se lleva mucho tiempo cuando hay suerte y se sabe dónde están las huellas, probablemente.

Mary Brogan cogió los frascos de polvos coloreados, el pincel y la cinta adhesiva, acomodándolos de nuevo en la cartera en que los había llevado hasta allí Drake.

—Bueno, hasta la vista, amigos —dijo despreocupadamente.

—Tómeselo con calma —la previno Mason—. No se exponga.

—Descuide. Sabré arreglármelas bien.

La joven estrechó la mano de Della, sonriendo a Mason y Drake. Un momento después oyeron el clic-clac de sus tacones por el pasillo, progresivamente decreciente. Por último, se hizo el silencio en torno a ellos.

—He ahí una mujer decidida —comentó Drake—. Seguro que sabrá desenvolverse bien, ¿no creéis?

Della Street dijo:

—No sé por qué, esto me preocupa.

Mason contestó:

—No podemos dejar que las cosas rueden solas. Paul: llama por teléfono a los hombres que vigilan el apartamento y diles que Mary Brogan se dirige hacia allí. Ordena a tu colaborador del Hotel Keynote que lleve a cabo una detenida comprobación. Si ve algo raro, habrá que impedir que Mary entre en el edificio.

—De acuerdo. Lamento que esto se haya presentado así. No disponía ni dispongo de una persona adecuada para cumplir con ese cometido. Conozco a dos muchachas que son muy hábiles a la hora de reunir información, pero que pecan de cautelosas. Me juego mucho en una cosa como la presente. Me expongo a que me retiren la licencia si...

—Me hago cargo —declaró el abogado—. Tú no tienes la culpa. Sé lo que piensas. Pero lo cierto es que necesito poseer esos datos antes del lunes por la mañana.

—Esa gente se va a lanzar el lunes contra tu hombre, ¿no?

—Se emplearán a fondo, sí. Lucharán con todas sus armas para que sea declarado culpable. Albert Brogan está perdido si el veredicto es de culpabilidad. No se atreve a subir al estrado de los testigos para rechazar los cargos que serán formulados contra él en el caso por asesinato. Si lo hace se hablará de su culpabilidad en lo del atraco presentándolo como un criminal desesperado.

—Haga lo que haga, entonces...

—Lo peor, Paul. Yo ando empeñado, de momento, en que mi defendido salga bien parado del caso por atraco. De lo que suceda este fin de semana depende la vida de ese hombre.

—Bueno, Perry, me voy. He de ponerme a trabajar. Si quieres algo más, házmelo saber.

Cuando la puerta del despacho se hubo cerrado a espaldas del detective, Mason y Della guardaron silencio durante un buen rato. Se les veía a los dos pensativos.

Della Street comentó por fin:

—No parece hallarse muy entusiasmado Paul Drake.

—En efecto —convino Mason.

—Bueno, no puede uno echárselo en cara. De no ser por Mary, mi moral andaría por los suelos en esta ocasión. No sé por qué, una no se imagina a una chica como ésa con un pariente en la familia capaz de cometer un atraco a mano armada y menos un asesinato.

Mason contestó:

—Tengo que dar con un medio de ponerla en el estrado de los testigos. Estoy seguro de que los miembros del jurado experimentarán idéntica impresión que tú, Della.

Hubo una nueva pausa.

Mason y Della Street, absortos en sus pensamientos, se esforzaban por no intercambiar una sola mirada.

Mason reanudó sus paseos por la habitación. Se quedó inmóvil al oír, de pronto, unos golpes dados apresuradamente en la puerta de la oficina, y luego miró inquisitivo a Della Street.

—Mira a ver quién es, Della. No abras la puerta del todo.

La joven procedió tal como le acababa de indicar su jefe. Luego,

retrocedió repentinamente, diciendo:

—¡Dios mío, Mary! ¿Qué ha pasado?

Mary Brogan entró en el despacho, dejando la cartera de que era portadora sobre la mesa situada junto a la puerta. Seguidamente, se despojó de su sombrero y su abrigo.

—Bueno. Creo que he llegado hasta aquí para quedarme...

—¿Qué ha ocurrido?

—Abajo, en el vestíbulo, hay un tipo de aspecto inofensivo, quien se interesó por mi persona más de la cuenta. Parecía decidido a seguirme. Intentó mostrarse disimulado, pero lo sorprendí en un rápido movimiento y... Bueno, me di cuenta de que estaba ya siguiéndome.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Entré en el establecimiento de la esquina y compré unas pastillas de chicle y un tubo de pasta dentífrica, que acomodé en la cartera, para dar la impresión de que para eso exclusivamente la necesitaba. Después, volví sobre mis pasos, sin dar a entender al hombre de que me había dado cuenta de que estaba siendo seguida.

—¡Diablos! —exclamó Mason—. Me pregunto cómo han llegado a reparar en usted.

—Recuerde que esta mañana fui a la prisión, a ver a tío Albert.

—Lo recuerdo perfectamente. Allí la habrán conocido. Ahora bien, ¿por qué han decidido seguirla? No me lo explico.

—A mí me parece que esa gente ha tomado la decisión de no perder de vista a ninguna de las personas relacionadas de una forma u otra con el caso. Quieren que tío Albert sea condenado a toda costa.

—Por supuesto.

—¿Para «aclarar» así el caso por asesinato?

—Por varias razones —dijo Mason—. Pretenden presentar a su tío como un hombre perverso. Me alegro de que haya regresado. Hubiéramos dado un mal paso si llega a marchar algo mal y la sorprenden en el apartamento. Su nombre habría aparecido en los periódicos, cosa que a nadie puede favorecer.

—Es lo que pensé. He vuelto para que me dé instrucciones.

—Voy a anular las que di a Paul. Le señalé que debía telefonar a sus hombres, indicándoles que usted se encaminaba al apartamento de Petty Kaylor. Tendré que decirles ahora que hemos

cambiado nuestros planes.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió Della Street.

—Saldréis las dos de aquí. Mary será la primera en echarse a la calle. Fíjese en si ese hombre la sigue y procure desembarazarse de él. Cuando lo haya conseguido, trasládese al apartamento de Della. Tú te encaminarás directamente a tu casa. Yo me quedaré aquí hasta que sepa algo acerca del paradero de la Kaylor.

—Esta tarde no tengo nada que hacer —arguyó Della—. Podría esperar y...

—¿Para qué? Nada puede hacerse de momento. Hay que hacerse con nuevas pistas. Pretendo averiguar algo acerca de la vida amorosa de Archer, intento hacerme con la historia de la Kaylor (de las hermanas Kaylor, podría decir, con más exactitud, quizá) y también siento curiosidad por saber cosas de Martha Lavina. El plan de campaña se establece siempre cuando se conoce la disposición de las fuerzas enemigas. Decididamente, vosotras os vais... Tengo que hablar con Paul Drake.

Capítulo 10

Cuando Mason regresó a su despacho encontró sobre su mesa de trabajo una nota que decía lo siguiente:

Mary y yo nos marchamos. Llama a mi apartamento si quieres algo. Della.

Mason estrujó aquel papel, arrojándolo al cesto. Luego, se sentó. Permaneció inmóvil casi durante una media hora. A continuación, se puso en pie, comenzando a dar paseos por la habitación, con los ojos fijos en la alfombra, dando vueltas y más vueltas a todos los factores del caso, estudiando los elementos de aquel rompecabezas uno por uno.

De pronto, sonó el timbre del teléfono.

Oyó la voz de Della Street, que le hablaba, muy excitada.

—Estoy en un apuro, jefe.

—¿Qué clase de apuro?

—No creo ganar mucho diciéndolo por teléfono.

—¿Dónde te encuentras?

—Estoy en el apartamento de que se habló...

—¿Quieres decir que...?

—Sí. El de las huellas digitales que necesitabas.

Mason comprendió de súbito lo que había pasado. Miró hacia la mesa en que Mary Brogan dejara el equipo para toma de huellas dactilares y descubrió que no se encontraba allí...

—¿Te acompaña Mary? —inquirió.

—No. Aquel hombre la seguía. Le indiqué que hiciera lo posible para desembarazarse de él y que luego se trasladara a mi apartamento, donde debía esperarme.

—¿Y qué ha pasado?

—Creo que es mejor que vengas.

—Me pongo en camino ahora mismo —dijo Mason. Al ir a colgar, añadió de repente—: ¿No estarás en peligro, verdad?

—No es eso precisamente, pero...

—Voy para allá —prometió Mason.

El abogado echó a correr hacia el ascensor. Corriendo también, llegó a la zona de estacionamiento de coches. Segundos después, se deslizaba por la calzada, aprovechando todas las oportunidades para adelantar a los otros vehículos.

Un cuarto de hora más tarde, llegaba al Hotel Keynote. Habiendo hallado un sitio donde dejar el coche, cruzó la calle, deteniéndose en la entrada de la casa por apartamentos. Seguidamente, oprimió el botón del timbre correspondiente a la «señorita Kaylor».

Casi instantáneamente, oyó un zumbido. La puerta se abrió.

Deslizóse por un pasillo escasamente alumbrado, entrando en el ascensor, que le llevó al tercer piso.

Della Street lo esperaba detrás de la puerta del apartamento. Tan pronto como Mason se detuvo ante ella, la joven la abrió. Colocóse un dedo sobre los labios, requiriendo silencio. Después, cerró la puerta de nuevo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Mason.

—Yo sabía que esas huellas digitales te interesaban muchísimo. Mary sabía lo que me proponía hacer. Ella se dedicó a su seguidor, encaminándose luego a mi apartamento. Yo cogí el equipo y me presenté aquí.

Mason dio unos golpecitos afectuosos a su colaboradora en un hombro.

—Buen trabajo, Della, pero no debieras haberlo emprendido. Podías...

Della no le dejó terminar.

—Pensé en hacerme con las huellas para que luego Paul las hiciese llegar a tus manos sin que te enteraras de su verdadera procedencia. Ahora estoy en un apuro y...

—¿Qué ha pasado?

—Echa un vistazo a esto —respondió Della Street, llevándolo hasta el dormitorio.

Una figura inmóvil, cubierta con una sábana, yacía inconsciente

sobre la cama.

—¡Diablos! —exclamó Mason.

—Estaba en el piso del armario cuando llegué aquí. Estuve yendo de un lado para otro, recogiendo huellas digitales, antes de advertir su presencia. Abrí la puerta del armario y como esta joven se hallaba sentada en el suelo, con la cabeza y los hombros apoyados en aquélla, se me vino encima, casi. Pasé un mal rato para llegar a acostarla.

—¿Lleva sus ropas encima? —preguntó Mason.

—Está vestida por completo. Y hasta calzada, ¿quién es ella?

—Acerca una, luz, Della. Es lo que quiero averiguar precisamente.

Mason retiró la sábana, escrutó el rostro y el pulso de la joven, escuchando, asimismo, su respiración.

Della Street tiró del cordón de una lámpara de pie. Los pálidos rasgos faciales de la joven quedaron bañados de luz.

—Claro, no es lo mismo ver a esta chica así que en condiciones normales, animada, vivaz, particularmente de noche, cuando se unta el rostro con sus pinturas de guerra... Sin embargo, no acierto a decidir si fue la Petty Kaylor con quien yo salí. Yo creo que no. ¿Nos dicen algo sus ropas?

—No he mirado todavía... Te telefoneé y a continuación la instalé en este lecho con grandes esfuerzos, viéndome obligada a arrastrarla por el suelo... La cogí por los hombros y las caderas ayudándome con el taburete del tocador...

—¿Llevaba algún bolso, Della?

—No vi ninguno... Y exploré el piso del armario.

Mason registró los bolsillos de la chaqueta que vestía la joven, encontrando en uno de ellos un llavero de piel que sólo contenía una llave.

Mason fue al cuarto de estar, abrió la puerta del corredor, probó la llave...

Luego, regresó al dormitorio.

—¿Sirve? —preguntó Della Street.

Mason movió la cabeza, denegando.

—Mientras estabas ahí fuera, probando la llave —explicó Della—, busqué las posibles etiquetas de las prendas. La chaqueta lleva una, que corresponde a un almacén de Las Vegas, Nevada.

Mason comentó:

—Tendremos que hacer más averiguaciones con relación a esta llave. Puede que sea una pista.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Perry? ¿Llamamos a un médico? ¿Llamamos a la policía? ¿Al médico y a los policías, quizás, a la vez?

—Yo me inclino por llamar a un médico.

—¿Y luego qué?

—Me parece que es mejor que salgamos los dos cuanto antes de aquí.

Ella miró la cabeza.

—Mira... Tuve que pasar lo mío para llegar hasta aquí. Me abrió la puerta un conserje sueco. Le conté que la señorita Kaylor, que se encontraba en el hospital, me había pedido que me acercara por su casa, para coger algunas de sus ropas, ya que las necesitaba. Me presenté como enfermera. Sacó su llave y me abrió la puerta.

—¿Se mostró desconfiado? —inquirió Mason.

—No. Pero me estudió con detenimiento.

—¿Viejo o joven?

—De unos cincuenta años de edad. Un acento extranjero muy fuerte. Si la policía empieza a hacer averiguaciones, él me recordará, por supuesto, será capaz de describirme... Eso podría resultar desagradable. A mí se me antoja mejor dar la cara, con todo lo que ello implique.

Mason se acercó al teléfono.

—Busca en la guía el número de teléfono del doctor Hanover, Della.

—¿Podemos confiar en él?

—Vamos a hacerlo porque creo que sí podemos... Lo sacamos con bien de su aventura con el chantajista. ¿No te acuerdas? ¿Qué número tiene?

Della lo localizó por fin.

Una voz femenina contestó a la llamada y Mason dijo entonces:

—Soy Perry Mason, el abogado. Necesito al doctor Hanover... Es cosa de suma urgencia... De acuerdo. Espero.

Unos segundos después, Mason hablaba con el propio doctor al que facilitó las señas del apartamento.

—¿Me ha entendido bien?

—Sí.

—Tenemos aquí una joven —explicó el abogado—, que ha ingerido una dosis grande de píldoras somníferas. Tiene el pulso débil, mal color, está completamente inconsciente. Lo mejor sería que se presentase aquí cuanto antes.

—Estaré ahí inmediatamente —prometió el doctor.

—Y es conveniente que nadie se entere de lo que pasa, doctor.

—Puede confiar en mi discreción. Usted lo sabe.

Mason colgó volviéndose hacia Della Street.

—¿Te explicas todo esto, jefe? —preguntó ella.

—Pues no, de momento.

—A esta chica se la llevaron en una ambulancia. Ella...

—¿Cómo sabes que era ella?

—La ambulancia se detuvo frente a este edificio, para recogerla, llevándosela, en efecto. Desde luego, no sabemos a dónde se dirigió el vehículo.

—Sigue.

—No. ¿Para qué? No acierto a pensar en nada que tenga sentido.

—Adelante. A ti se te ha ocurrido algo.

—No parece razonable...

—¿Por qué?

—Pues porque... ¿Cuál era la idea? No sé qué podemos ganar esbozándola.

—Adelante, he dicho. ¿Qué es lo que has pensado?

—Bien. Al parecer, los hombres de la ambulancia subieron aquí, encontrando a la señorita Kaylor, que comenzaba a sentir los efectos de las píldoras. Podía dar todavía unos pasos... La metieron en la ambulancia y se la llevaron. Naturalmente, cualquiera podía suponer que la trasladaban a un hospital.

—Sigue.

—Pero lo que verdaderamente hicieron, quizás, fue traerla de nuevo aquí, para que aquí muriera.

—¿Cómo la metieron otra vez aquí?

—Por la entrada posterior del edificio, seguramente.

Mason se acercó a la cama, estudiando el rostro de la chica pensativamente.

—Lo único que no alcanzo a comprender es el motivo —manifestó Della Street—. ¿Por qué se la llevaron si pensaban

regresar con ella?

—El crimen resultaría así más artístico, ¿no, Della?

—¿Qué quieres decir?

—La señorita Kaylor ingirió voluntariamente las pastillas. Mary Brogan puede atestiguarlo. Mary Brogan dio cuenta del hecho a Paul Drake y éste se puso en contacto con la policía.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Aparece luego una ambulancia con una matrícula no identificada. Bajan del vehículo dos hombres, que entran en el edificio. Ambos salen llevando entre ellos a una mujer que apenas puede tenerse en pie. Nadie echa un vistazo a su rostro. La colocan en la ambulancia y ésta parte...

—¿Quieres decir que no se la llevaron ni trajeron? ¿Quieres decir que se trataba de otra mujer?

—¿Podemos nosotros afirmar que entraron siquiera en el apartamento? Es posible que ya dentro de la casa tropezaran con alguien en el corredor que les dijera: «He tomado una dosis mortal de pastillas somníferas». Entonces, lógicamente, los hombres suponen que es el caso que les han denunciado. Luego, llega la policía, que ni siquiera se molesta en entrar en el edificio. Encuentran a un grupo de personas ante la entrada, gente que ha salido del restaurante vecino y del establecimiento de perfumería existente al otro lado de la calzada. Son los curiosos de siempre, que aparecen en esos sitios, allí donde ocurre algo, lo que sea, como llovidos del cielo. Uno de los curiosos declara a la policía que llegan tarde, que la ambulancia ha salido de allí unos minutos atrás. Los agentes piensan, naturalmente, que el caso ha sido debidamente atendido, redactan su informe y siguen su camino. Entretanto, la señorita Kaylor estaba aquí, sin moverse del apartamento...

—En el armario —aclaró Della Street.

—Exactamente —admitió Mason—. Pero eso da igual. Probablemente, decidió salir. Se acercó al armario para coger un abrigo y un sombrero. Sentíase muy aturdida ya. Fue derrumbándose poco a poco, quedándose dormida, cayéndose materialmente dentro. Su sueño se convirtió en coma y al cabo de poco tiempo habría sobrevenido la muerte.

—Pero eso es un crimen —señaló Della Street.

—Demuéstralo —respondió Mason—. Ingirió las píldoras

voluntariamente. Todo lo restante pudo ser una serie de coincidencias.

—No obstante, en primer lugar, ¿qué es lo que la llevó a tomar las píldoras?

—Tal vez fue una doble la que las ingirió, Della.

Los ojos de ésta se dilataron al advertir lo que Mason quería significar.

—Pero... pero..., ¿cómo sabes tú que hay una doble?

—No lo sé, aún. Se trata de una hipótesis que cada vez me parece más interesante.

—¡Santo Dios, jefe! Habría sido un crimen cometido a sangre fría..., ¡que nunca hubiera podido ser probado!

—Ya nos ocuparemos de eso más adelante. Ahora, Della, vamos a la cocina. Pon en el fuego una olla de agua y hazla hervir.

—Yo me ocuparé de ello, jefe.

—No pongas mucha agua —la avisó Mason—. Cosa de dos o tres tazas bien llenas. Es posible que el doctor necesite parte de ella si pone a la chica alguna inyección. ¿Y si hicieras café, Della?

—¿Café?

—Estoy pensando en la cafeína. Es un estimulante. Haz un gran cazo de café. Procura que salga espeso, bien cargado.

Mason entró detrás de Della Street en la cocina, dedicándose a observar sus preparativos. Pronto se hizo con todos los elementos indispensables.

—Nada de refinamientos. Límitate a hervir el agua, agregando a la misma una buena cantidad de café. Ya te lo he dicho: que salga bien fuerte y cargado.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará el doctor en llegar?

—No mucho. Se habrá dado cuenta de que he recurrido a él por tratarse de un asunto serio.

Permanecieron en silencio unos momentos, contemplando pensativos el fuego.

Mason se fue luego al dormitorio. Tomó el pulso a la joven, que continuaba inconsciente. Después, regresó junto a Della.

—¿Qué tal se encuentra?

—Igual, al parecer —repuso Mason—. El pulso y la respiración son los mismos.

—¿Crees que se repondrá?

—Pues no lo sé. Debe de haber ingerido una gran cantidad de píldoras.

—¿Habrá comenzado ya a incorporarse a su torrente circulatorio la droga?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Entonces, los minutos son preciosos.

—En efecto. Espero que ya no tarde en llegar el doctor. Si cuando el café esté listo no ha aparecido nuestro hombre, intentaré hacerle beber algo...

—Supongamos que ella... ¿Y si antes de que se presente el doctor...? ¿Me entiendes?

—He estado pensando en eso también.

Hubo otra pausa, que rompió luego Mason.

—No creo que llegue a suceder eso, Della. La droga que contienen las píldoras somníferas tarda bastante tiempo en ocasionar la muerte. Es lo que yo recuerdo, al menos.

—Pero es peligroso.

—Indudablemente.

El agua del primer recipiente empezó a hervir.

Della Street redujo el fuego, manteniendo una ebullición continua y moderada.

—¿Crees que es la misma chica que acompañó a Paul Drake desde Las Vegas y que desapareció posteriormente de la biblioteca?

—Lo ignoro —replicó Mason—. He estado calibrando la posibilidad de la existencia de dos hermanas... Pudiera tratarse también de dos jóvenes no unidas por lazos familiares, pero de aspecto físico semejante.

—¿Pensaste en ello por la cuestión de los dos apartamentos?

—En parte, sí.

—¿Con qué idea?

—No sé —admitió Mason.

—Desde luego, esta muchacha pudo estar yendo y viniendo de Las Vegas por una razón u otra.

—Es posible.

—Bien. ¿Qué puede haber de erróneo en esa conjetura?

—Nada —contestó Mason—. He hecho hincapié en la hipótesis de las dos personas porque no creo que la joven con quien estuve últimamente sea la misma que acompañó a Paul Drake desde Las

Vegas.

—Pero llevaba el mismo apellido, tenía idénticas relaciones, el mismo...

—Lo sé —objetó Mason—. Noto, sin embargo, cierta diferencia en cuanto al carácter, cierta diferencia en cuanto a las reacciones mentales.

—Y, naturalmente, está la cuestión de los dos apartamentos —manifestó Della Street, arrugando el entrecejo.

El café empezó a hervir. Della Street no llegó a tiempo de reducir la llama, derramándose aquél un poco.

Sonó el zumbador.

Della Street apartó el café del fuego, comentando:

—Hubiera debido prever que esto iba a hervir en el preciso instante en que llamaran.

—¿Dónde está el botón del «portero» electrónico? —inquirió Mason.

—Junto al teléfono.

Mason oprimió el botón indicado, que abría, mediante un dispositivo eléctrico, la puerta de la entrada del edificio. Luego, se apostó en el corredor del apartamento mientras Della Street secaba el hornillo. Después, la joven encendió otro fuego y redujo la llama hasta el límite mínimo.

Mason oyó el rumor de la puerta del ascensor al abrirse y cerrarse. Momentos después entraba en el apartamento el doctor Hanover.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —preguntó.

Mason respondió:

—Probablemente, una dosis exagerada de barbitúricos... Eche usted un vistazo.

El doctor Hanover se quitó el sombrero, que dejó sobre la alfombra, con su pequeño maletín. Luego, tomó el pulso a la chica. Seguidamente, entreabrió su blusa y estuvo unos instantes auscultándola.

—¿Hay agua caliente? —preguntó.

—La tenemos.

—¿Hervida?

—Está hirviendo en estos momentos.

—Una cuchara grande... —dijo el doctor—. Mantenga la

cuchara sobre el fuego hasta que se caliente. Llénela luego con agua hirviendo y tráigala.

Della Street se precipitó hacia la cocina para cumplimentar estas instrucciones.

—Vamos a quitarle la chaqueta, desnudándole un brazo —dijo el doctor Hanover a Mason.

—¿Qué tal se encuentra?

—Creo que saldrá de ésta... ¿Quién es? ¿Cuánto tiempo hace que ingirió las píldoras?

Mason movió la cabeza, denegando.

—La encontramos así.

—¿Qué hacían ustedes en este apartamento?

—Buscábamos unas pruebas.

—¿Cómo entraron?

Mason sonrió.

—¿Cambiará el tratamiento si se entera de todos los detalles?

—Puede cambiar mi disposición de ánimo si alguien me pide que firme un certificado de defunción.

—¿Cree en la posibilidad de que muera? —inquirió Mason, señalando a la joven.

—Todavía no puedo pronunciarlo.

Della Street apareció con su cuchara de agua caliente. El doctor Hanover abrió un frasquito, arrojando una tableta a aquélla. Esperó pacientemente a que se disolviera. A continuación, sacó de su maletín una jeringuilla hipodérmica, absorbiendo el líquido.

—Bien —dijo a Della Street—. Mantenga su brazo en esta posición...

Empapó de alcohol un trozo de algodón, que pasó por el brazo, en el punto elegido. Hundió la aguja de la jeringuilla en la carne y a los pocos segundos la retiró.

—Como medida de seguridad, esta chica debiera ser trasladada a un hospital —dijo el doctor.

—Llévesela usted —respondió Mason.

—¿Y qué explicaciones doy si me hacen preguntas?

—Sobre la marcha sabrá usted qué contestar.

—¿Cómo?

—Escuchando una conversación telefónica.

—¿Cuál?

—Esta que voy a tener yo ahora.

Mason se acercó al teléfono. Marcó un número y luego dijo con un fuerte acento sueco en sus palabras:

—Hace ya mucho tiempo les llamé para que se ocuparan de un caso de suicidio. La policía vino aquí y se marchó en seguida. Creo que esta muchacha va a morir.

—¿Quién es usted? ¿Desde dónde llama? —preguntó un hombre.

—Soy el portero de Windmore Arms. La chica está en el apartamento 321.

—¿Qué está usted diciendo? La joven fue sacada de ahí a la una y media... Acudió la policía... Y también una ambulancia...

—La chica está acostada en su cama —repuso Mason—. He tenido que llamar a un médico. El doctor afirma que morirá si no se la llevan a un hospital... Los agentes se comportaron de una manera extraña: se detuvieron frente a la entrada del edificio, no llegando a subir...

Mason cortó de pronto la comunicación.

El doctor Hanover, que no le había perdido de vista un momento, escuchando atentamente sus palabras, le preguntó:

—Bueno, ¿qué es lo que tengo que hacer ahora?

—A usted lo llamó un portero sueco. Al presentarse aquí, éste fue el cuadro que encontró.

—Un momento, un momento —protestó el médico—. El portero en cuestión alegará que no me ha visto jamás, que ni siquiera conocía mi existencia.

—Exactamente —contestó Mason—. Pero la muchacha irá a parar al hospital.

—¿Y qué le diré a la policía cuando el portero declare que no se puso en contacto conmigo?

Mason sonrió, respondiendo:

—Lo mismo que la policía diga cuando el portero afirme que nunca estuvo en comunicación con ella.

—Comprendido —replicó el doctor Hanover, risueño—. Ustedes pónganse en marcha... Llevábamos varias semanas sin vernos, ¿eh, Mason?

Capítulo 11

Della Street se acomodó en el coche de Mason mirando a éste con expresión de temor.

—La policía se va a enfadar.

—Por supuesto —confirmó Mason.

—¿Qué haremos entonces?

—A esa gente le va a resultar difícil demostrar su enojo...

—¿Nos vamos a quitar de en medio?

—Es lo que he querido decir. Tomaremos unos polvos milagrosos. Desapareceremos, nos esfumaremos... Todos nos buscarán en nuestras guaridas de costumbre y no nos hallarán.

—Pero... no podemos proceder así.

—¿Por qué no?

—Tienes que presentarte en la Sala de Justicia el lunes por la mañana.

—El lunes por la mañana habrá llovido ya mucho sobre mojado.

—Recuerdo que el eminente abogado Perry Mason me enseñó que la prueba de haber huido puede ser utilizada para proclamar la culpabilidad de una persona.

Mason puso en marcha el motor del coche.

—Se ha expresado usted con absoluta corrección, señorita Street. Indudablemente, terminará su curso con buenas notas.

—Puesto que es casi seguro que la policía formulará algún cargo contra ti, ¿por qué agravar las cosas con una huida en regla?

El automóvil se separó lentamente de la acera.

—Te diré, en primer lugar, que no se trata de una huida. Y luego, que no vamos a caer en manos de la policía.

—¿No has dicho que íbamos a tomar unos polvos milagrosos, que íbamos a esfumarnos...?

—Lo que vamos a hacer, en realidad, es investigar, buscar unas

pruebas que necesitamos.

—Bueno, ¿quieres concretar de una vez?

Mason sonrió.

—Ocupamos actualmente una posición muy vulnerable, Della. En el juego en que participamos contamos con unas cartas nada convincentes. El lunes por la mañana me encontraré de nuevo en una sala del Palacio de Justicia y supondría para mí una extraordinaria ventaja estar al tanto de ciertos datos. Hay que hacer algo decisivo.

—Eso se me antoja muy razonable. ¿Puedes revelarme tus planes?

—Usaremos nuestras cabezas, recurriendo a la lógica.

—De acuerdo. ¿A dónde quieres encaminarte ahora?

—A Las Vegas.

—¿Será eso provechoso?

—Juzga tú misma... Todavía ando sopesando las hipótesis de que hay dos muchachas de gran semejanza física. Primeramente, pensé que podían ser hermanas, hermanas gemelas, quizás. Ahora, lo pongo en duda... Es probable que esas dos personas ni siquiera se conozcan mutuamente. No excluyo lo del parecido, ¿eh?

—¿Y bien?

—Una de ellas salió de Las Vegas, Nevada, por vía aérea. La otra vive aquí. Deseamos establecer que hay dos chicas. En consecuencia, hacemos dos cosas... Primero, pedimos a Paul Drake que vaya al hospital con objeto de echar un vistazo a la joven que ingirió las píldoras somníferas; en segundo lugar, nos trasladamos a Las Vegas e investigamos el historial de la chica que vive allí. ¿Hay un proceder más lógico que ése?

—Explicada así la cosa, me parece racional. ¿Vamos a ir por vía aérea?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—Nada de aprovechar un vuelo regular. En el aeropuerto puede haber policías que hagan preguntas con el ánimo de obtener las correspondientes respuestas.

—¿Entonces?

—Nos procuraremos un avión para nosotros solos.

—¿Un vuelo «charter»?

—Buscaremos una pequeña avioneta, un vehículo que pase inadvertido fácilmente...

—¿Qué más?

—Las leyes californianas, con sus rígidas exigencias en lo tocante a análisis de sangre y demás, a la hora del matrimonio, llevan a docenas de parejas a Nevada y Arizona cada fin de semana. Fingiremos que nos hallamos profundamente enamorados.

Ella miró a Mason pensativa.

—¿Cuándo regresaremos?

—Mañana.

—¿Y el equipaje?

—Tendrás que comprarte lo que necesites. No me atrevo a llevarte a tu apartamento para que cojas lo más indispensable. Acuérdate de que Mary Brogan está allí y de que hay un hombre que sigue a Mary Brogan.

Mason hizo un alto junto a una cabina telefónica y llamó a Paul Drake.

—Paul: en Windmore Arms hay una muchacha que ingirió un puñado de pastillas o píldoras somníferas. Acércate al hospital y...

—¡Pero, hombre, Perry! —exclamó el detective, irritado—. Te dije que la muchacha no fue llevada a ningún hospital...

—Irá a parar al hospital —insistió el abogado—. Se ha hecho cargo de ella el doctor Pete Hanover.

Mason colgó antes de que Drake tuviese tiempo de contestarle.

En la sección del aeropuerto correspondiente a los vuelos «charter», Mason contrató los servicios de una avioneta. Cuarenta minutos después de haber salido de Windmore Arms abandonaban la pista de despegue.

Mason pasó uno de sus brazos por encima de los hombros de Della Street, quien apoyó dócilmente la cabeza en su pecho.

El piloto los observó disimuladamente durante unos segundos y después concentró su atención en lo que tenía entre manos.

El vuelo resultó incómodo durante los primeros diez o quince minutos. Luego, la avioneta empezó a moverse menos. Veían a sus pies la carretera, llena de automóviles que avanzaban en las dos direcciones. Las vías del ferrocarril parecían dos finos trazos, hechos en el paisaje, de estampa, con unos lápices. A lo lejos, un largo convoy enfilaba una curva, doblándose como un monstruoso

gusano. A su izquierda quedaba un accidentado mar de montañas. Unos picos cubiertos de nieve custodiaban la entrada de Imperial Valley. El Mar de Salton parecía una mancha azul.

El canturreo del único motor de la avioneta no podía ser más monótono. Las manos de Della Street descansaban en la izquierda de Mason. El brazo derecho de él seguía reteniéndola.

De cuando en cuando, el piloto les mostraba algún rasgo peculiar del paisaje. Luego, cuando el hombre se dio cuenta de que no le hacían gran caso, se desentendió por completo de ellos.

No se hallaba ya muy lejos la puesta del sol. Las sombras de las elevaciones se alargaban progresivamente. Por entonces divisaron los edificios de Las Vegas.

—Yo emprenderé el regreso mañana —dijo el piloto—. Si desean volver conmigo, les haré precio de viaje de ida y vuelta. Llámenme al aeropuerto. Allí sabrán dónde encontrarme. He aquí una de mis tarjetas.

—Ya le avisaríamos. Es que pensamos quedarnos aquí unos cuantos días —repuso Mason, con toda naturalidad.

—Está bien. Ya les he dicho que si piensan regresar mañana les haré un buen precio.

—Muchas gracias.

La avioneta inició el descenso. Los edificios de Las Vegas fueron tomando forma ante ellos. Moteles, sitios de esparcimiento, espaciosos terrenos, luego los sectores residenciales, congestionados... Finalmente, sobrevolaron la calle principal de Las Vegas. Los millares de anuncios luminosos les hicieron olvidarse de la inminencia de la puesta de sol.

Pasaron por encima, después de una faja de terreno desértico. Por último, el aeropuerto. Unos momentos más tarde tomaban tierra.

El piloto estrechó las manos de sus pasajeros.

—Les deseo toda la felicidad del mundo —dijo—. Hágamelo saber si quieren regresar mañana.

Un taxi los llevó al centro de la población.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Della Street.

Mason enarcó las cejas.

—¿Te refieres a la vuelta?

—Sí.

—Utilizaremos el tren para regresar. Nadie se fijará en nosotros de esa manera, seguramente. Ahora visitaremos uno de los casinos de la población para jugarnos unos dólares. Seguidamente, nos trasladamos al apartamento de Inez Kaylor.

—Y luego, ¿qué?

—Luego, veremos qué tal suerte tenemos.

—Supón que nos sorprenden allí.

—Sería un mal paso, en efecto...

—Supón que haya alguien dentro.

—Tomaremos la precaución de tocar el timbre antes de utilizar la llave.

—¿Y si la llave no le fuera bien a la cerradura del apartamento?

—Ya daríamos con otro medio para entrar en él —dijo Mason—. Hemos llegado hasta aquí y de aquí tenemos que salir con la prueba que necesitamos.

—¿La prueba? ¿A qué te refieres, concretamente?

—Necesitamos probar de una manera que no deje lugar a dudas que hay dos jóvenes apellidadas Kaylor; que la que reside en Las Vegas y que formó parte del equipo femenino de La Villa Lavina, no es la Petty Kaylor que en la actualidad ocupa el apartamento de Los Ángeles.

En el juego, la suerte les sonrió. Mason y Della Street, en los casinos que visitaron, ganaron una y otra vez. Una hora más tarde, en el último de los locales visitados, cambiaban las fichas por efectivo.

—¿Tomamos un taxi? —preguntó Della Street, ya en la calle.

—No. Iremos andando. Está a sólo cuatro o cinco manzanas de aquí.

—¿Sabes dónde es?

—Sí. Esta ciudad me la conozco bien.

Echaron a andar. Por encima de la cascada de luz de la vía principal, brillaban unas estrellas.

Mason repasó las señas que Paul Drake le había dado, deteniéndose por fin ante una pequeña casa por apartamentos, de dos pisos.

—Aquí es.

Oprimió el botón correspondiente al nombre de Inez Kaylor. Esperaron varios segundos y llamó de nuevo. Como no contestara

nadie, tornó a pulsar el botón.

—Muy bien, Della —dijo Mason—. Aquí es donde el factor suerte comienza a entrar en juego.

La puerta de la entrada estaba cerrada. Mason hizo una prueba con la llave que le había quitado a la chica inconsciente. La puerta se abrió...

—Dios mío, jefe. Nos estamos conduciendo como unos vulgares rateros. Tengo el presentimiento de que aquí va a ocurrir algo gordo.

—Llevas el equipo para la toma de huellas dactilares, ¿no?

—Sí, en la cartera.

—En marcha, pues.

Prescindieron del ascensor, utilizando las escaleras.

En uno de los apartamentos de la planta baja, hacia la parte posterior, estaban dando una fiesta, al parecer. Llegaron rumores de fuertes risas a sus oídos. No se oían otros ruidos en la casa.

Hallaron el apartamento que buscaban. Mason tomó la precaución de llamar suavemente a la puerta. No habiéndole contestado nadie, introdujo la llave en la cerradura.

La puerta se abrió fácilmente...

Mason entró en el apartamento, encendiendo las luces.

—¡Santo Dios! —exclamó Della Street con voz ahogada.

Mason tiró de ella, cerrando la puerta de un puntapié.

Reinaba allí un completo desorden. No solamente habían sido descolgados los cuadros y fotografías de las paredes; se hallaban también destrozados los marcos. Alguien, mediante una herramienta muy afilada, había cortado la tapicería en sillas y sillones. En el dormitorio, el colchón había sido materialmente *apuñalado*, lo mismo que las almohadas. En el centro de la cocina, derramado, vieron un frasco de harina. Había sido vaciado también un azucarero y estuvieron pisando los diminutos cristales esparcidos por el linóleo, produciendo crujidos característicos mientras inspeccionaban el apartamento.

—Bien. Alguien necesitaba algo con urgencia —declaró Mason —, puesto que no se detuvo con remilgos. No quería perder su tiempo. Necesitaba inspeccionar el piso, a fondo y en pocos minutos.

—¡Dios mío, qué destrozo! —exclamó Della Street—. Fíjate en el

armario. Han sido sacadas las ropas y después destrozadas...

—Exactamente —repuso Mason—. Ello nos proporciona una pista.

—¿Qué clase de pista?

—Sobre el tipo de cosa que andaban buscando aquí.

—¿Qué quieres decir?

Mason contestó:

—Era algo pequeño, plano y de valor. Nosotros vamos a hacer aquí lo que nos proponíamos. Luego, nos iremos. Dame un frasco de polvos, Della.

Della Street abrió la cartera. Mason localizó unas huellas dactilares, procediendo en consecuencia, tal como les enseñara Paul Drake.

—Bueno, Perry, aquí habrá huellas dactilares de la joven que ocupa el apartamento y también de la persona o personas que cometieron este desaguizado... ¿Cómo vas a distinguir unas de otras? ¿Cómo vas a saber a quién corresponde cada una de ellas?

—No lo sé —contestó Mason—. De momento, yo estoy formando una colección de huellas digitales. Posteriormente, procuraré clasificarlas. Esas huellas de la superficie superior del cajón deben de pertenecer a la persona que lo cerró. La persona o personas que andaban buscando algo por aquí no podían pensar en ese detalle. Ellas se limitaban a abrirlos, para derramar su contenido.

—Es verdad —admitió Della Street.

Mason procedió a examinar el escritorio.

—De aquí se han llevado, al parecer, toda la correspondencia —consideró—. Veo tres cartas que a juzgar por su contenido carecen de importancia. Una de ellas trata de la suscripción de una revista; otra es la Aphrodite Model Agency; y la tercera...

Mason guardó silencio de pronto. Había oído en la cocina un zumbido.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Della Street—. ¿Crees que habrá alguien en la puerta trasera?

—Más seguro es que haya sido en la principal.

—¿Qué hacemos? Estamos atrapados, Perry. Nosotros...

Mason movió la cabeza.

—No hay peligro —dijo en voz baja—. La chica que habita aquí se encuentra a quinientos kilómetros de distancia. Todo lo que

hemos de hacer es guardar silencio.

No volvió a oírse el zumbido. Al cabo de unos momentos, sonó un golpe en la puerta.

Mason hizo una seña a Della Street para que no se moviera ni pronunciase una sola palabra.

Esperando durante unos segundos interminables. Finalmente, percibieron un tintineo metálico. Una llave estaba siendo introducida en la cerradura. La puerta se abrió, entrando un hombre en la habitación. El recién llegado dio un paso atrás y se quedó rígido a causa de la sorpresa al descubrir a un hombre y una mujer en la iluminada estancia.

—Perfectamente —dijo Mason—. Ya está usted dentro.

El desconocido vaciló. Estaba muy pálido. Finalmente, preguntó con voz alterada, pese a sus esfuerzos por dominarse:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

Mason replicó, calmoso:

—Yo creo que es usted quien tiene que justificar su presencia en este apartamento. Cierre la puerta, por favor. Los demás no tienen por qué enterarse de lo que ocurre aquí. Bueno, ¿qué sabe usted de todo esto? —inquirió Mason, señalando elocuentemente el desorden imperante a su alrededor.

El hombre contaría alrededor de los cincuenta años, más o menos. El pelo había empezado a aclararse por las cercanías de la frente. Sus ojos eran azules y fríos. Apretaba los labios y el gesto era agrio. De momento, se encontraba terriblemente desconcertado, sin saber qué hacer.

—¿Qué sabe usted de todo esto? —repitió Mason.

—Nada... no sé nada —contestó el desconocido.

—¿Conoce usted a Inez Kaylor?

—Conozco... a su hermana.

—¿No conoce usted a Inez? —insistió Mason, mirando expresivamente a Della Street.

—Sólo a su hermana.

Una de las cejas de Della Street se levantó casi imperceptiblemente.

Mason bajó la cabeza.

—¿Tendría usted la amabilidad de decirme —inquirió Della, muy irritada— por qué se introduce así en *mi* apartamento, sin más,

valiéndose de no sé qué llave? ¿Se cree autorizado a proceder de esta manera por el solo hecho de conocer a mi hermana?

—Dios mío, señorita Kaylor... Lo siento. No sabía que estaba usted aquí. Pensé... La suponía fuera. Por eso entré.

—Lo mejor será que se siente usted —medió Mason—, y nos explique bien toda esta historia. De paso, nos dirá también qué es lo que sabe sobre este destrozo.

—Yo... ¡Dios mío!... ¿Qué está usted haciendo? ¿Tomando huellas digitales?

—En efecto —corroboró Mason—. Tengo que ayudar a la señorita Kaylor en la tarea de descubrir al culpable de este asalto.

—¡Santo Dios! ¡Un detective! —exclamó el hombre—. Bueno, mire, quisiera que fuese usted razonable. Tengo que evitar a toda costa que mi nombre figure en este asunto... Soy casado y una cosa así supondría mi ruina. Si mi esposa se enterara tan sólo de que yo conocía... ¡Oh, Dios mío!

Bruscamente, se desplomó sobre una silla.

—Siga hablando —dijo Mason—. Explíquenoslo todo. Y de prisa.

—Si usted puede mantener mi nombre fuera de esto sabré compensarle debidamente. No le exagero: en lo tocante a este punto siento una gran preocupación. No puedo...

—Siga hablando —indicó Mason—. ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? ¿De dónde ha salido?

—¿No podríamos prescindir de mi nombre, oficial?

—Antes de que salga usted de aquí tendrá que decirme su nombre. Además, me aseguraré de que es el suyo el que me diga. Quiero ver su permiso de conducir. Quiero una identificación completa; deseo saber cómo fue el entrar aquí con una llave y qué es lo que buscaba en el apartamento.

—¡Dios mío! —gimió el hombre.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Mason.

—En fin de cuentas, ¿es eso necesario?

—¿Cómo se llama?

—Gibbs.

—Su nombre de pila, ahora.

—Thomas.

—¿Dónde vive?

—En Los Ángeles.

—Déjeme ver su permiso de conducir.

El hombre sacó un pañuelo, secándose la frente. Luego, de una cartera, extrajo un permiso de conducir, que entregó a Mason.

Éste comprobó el nombre, residencia y descripción.

—Aquí figura como residencia San Diego.

—Sí. Es donde habito. Tengo negocios en Los Ángeles, ¿sabe?

—Bueno, ¿cómo ha sido esto de llegar usted hasta este apartamento?

—Ayer, no sabiendo qué hacer..., entré en una de Las Villas Lavina. No buscaba nada de particular. Me encontraba solo y... Había oído hablar de que allí había chicas y que... Realmente, me dejé llevar de la curiosidad... Una cosa conduce a otra. Bailé con una joven... La muchacha y yo dimos un paseo en coche.

—¿A dónde fueron ustedes?

—Fuimos a una casa de juego que ella conocía.

—¿Fueron allí en su coche?

—No. En una limosina, una limosina lujosa, con sus cortinillas en las ventanas...

—¿Cuánto dinero perdió?

—Más del que hubiera querido.

—¿Mucho?

—Unos doscientos dólares.

—¿Y luego qué?

—¡Oh! La chica se mostró muy amable. Había ganado un centenar de dólares e insistió en repartirse sus ganancias conmigo. Bueno, es que yo le había dado algunas fichas cuando entramos y... El caso es que la joven se portó bien. Mencione que me dirigía a Salt Lake... Bien. Es que habíamos estado hablando de ello...

—Y usted le preguntó si tenía algún inconveniente en acompañarle, ¿eh?

—Sí —respondió Gibbs, avergonzado.

—¿Y qué pasó?

—Me contestó que no podía acompañarme, que estaba allí trabajando. Añadió que le habría gustado. Dijo que... que yo le gustaba... también.

—Ya. Le dijo que usted era un hombre diferente de los demás.

El hombre dio un salto.

—¿Cómo sabe lo que me dijo?

—No importa... Usted siga refiriendo lo que pasó. Tenga presente, sin embargo, que dispongo de medios de comprobar la veracidad de sus palabras.

Gibbs respondió:

—La señorita Kaylor... Lo siento... No había ninguna razón para...

—Siga usted hablando —dijo Della Street.

—Me hizo saber que su hermana se había trasladado a Los Ángeles, que quería hacerse con algunas cosas que se hallaban en su apartamento de aquí, de Las Vegas. Me preguntó si tenía inconveniente en coger esos efectos, hacer un paquete y enviárselos.

—¿Qué quería concretamente? —preguntó Mason.

—Una maleta que llevaba pegada una etiqueta de un hotel de la capital mejicana, varias prendas del armario, un vestido a cuadros, un abrigo largo con cuello de pieles y las cosas que se encontraban en el cajón del escritorio situado a mano derecha, en la parte superior.

—¿Algo más?

—Eso es todo.

—¿Qué tenía que hacer con esas cosas?

—Yo tenía que guardarlas en la maleta, cerrando luego el apartamento, cuyo llave introduciría en aquélla. El envío había de ser a La Villa Lavina.

—¿A la señorita Kaylor?

—No. A nombre de Martha Lavina, la propietaria.

Mason estudió la descripción que figuraba en el permiso de conducir.

—Fíjese —dijo Gibbs—. Voy a demostrarle mi identidad. En este permiso de conducir figura una de mis huellas dactilares: la correspondiente al pulgar de mi mano derecha. Voy a reproducirla para usted.

El hombre cogió un trozo de papel secante del escritorio, al que dio cuatro dobleces; vertió en él un poco de tinta y luego oprimió su pulgar contra el improvisado tamponcillo. Finalmente, cogió una de las cartas que había en la mesa, estampando varias veces su pulgar en la parte posterior.

—Aquí tiene —dijo, entregando el papel a Mason—. Algunas de estas impresiones le servirán para efectuar comparaciones.

Mientras Mason estudiaba las huellas, comparándolas con las del permiso de conducir, Gibbs cogió una de las otras cartas, arrugándola antes de secarse bien el dedo con ella. Seguidamente, miró a su alrededor, en busca de un cesto y no habiendo descubierto ninguno se guardó el papel en el bolsillo.

—Verá que se trata de la misma huella dactilar, oficial.

Mason asintió. Devolvió a Gibbs el permiso de conducir, plegó el papel por aquél utilizado y se lo guardó en un bolsillo.

—¿Dónde se hospeda usted aquí? —inquirió Mason.

—En el hotel Arrapahoe.

—¿Figura allí con su verdadero nombre?

—Sí, desde luego.

—Perfectamente. Puede que le necesitemos de nuevo. Ahora entregue su llave a la señorita Kaylor y váyase.

Gibbs obedeció.

—Haré lo que quiera con tal de que mi nombre no figure en este asunto. Yo...

—Nos hacemos cargo —repuso Mason.

—Puede localizarme cuando quiera en esas señas de San Diego. Pero le ruego que sea prudente. No escriba; hable conmigo, personalmente, por teléfono. Disimule... Diga que se trata de una multa por infracción de las leyes del tráfico. Algo así... Si mi esposa sospechara lo más mínimo...

—Está bien. Váyase.

Gibbs se lanzó sobre la puerta como un animal escapado de pronto de una trampa.

—¡Uf! —resopló Della Street cuando el hombre hubo desaparecido. Desde luego, acertaste al obligarle a ponerse a la defensiva nada más entrar aquí. A mí se me doblaron las piernas de miedo, en cuanto lo vi. Me faltó poco para caerme al suelo, desmayada. ¿Qué hacemos ahora?

—Salir de este apartamento cuanto antes.

Della Street enarcó las cejas.

—¿Y eso por qué?

—Porque en el tal Gibbs hay algo que me inspira recelos. No me extrañaría que en estos instantes estuviera telefoneando a la policía.

—¿Sí? —preguntó la joven, sorprendida—. No es posible que pienses eso de él. Estaba muerto de miedo. Lo más seguro es que se

haya metido en el bar más próximo, donde habrá pedido un coñac doble. La mano con que sostenga la copa le temblará escandalosamente... Ese individuo fue presa del pánico, jefe, y todavía debe durarle el susto.

—Pues ahí está la cosa: que estaba demasiado asustado.

—¿Qué quieres dar a entender?

—No es natural que un hombre de ojos tan fríos y rostro de expresión decidida, firme, esté tan espantado.

Della Street se echó a reír.

—El hombre ha querido echar una cana al aire y teme verse cogido. Para poder calibrar su miedo, tendríamos que conocer a su esposa. Ella podría explicarlo todo...

—Con todo, Della, lo mejor es que nos vayamos.

Capítulo 12

Mason y Della Street dedicaron unos minutos a saborear un par de cócteles en uno de los establecimientos más tranquilos de la ciudad.

—Bien. ¿Cuáles son tus planes ahora? —inquirió la joven.

Mason respondió:

—El *Ciudad de Los Ángeles*, de la Unión Pacific, llega aquí poco después de las dos de la madrugada. Veremos la manera de conseguir un par de compartimientos. Llega a Los Ángeles alrededor de las nueve de la mañana...

—¡Vaya un final de luna de miel! —exclamó Della Street.

El abogado sonrió.

—El piloto de nuestra avioneta se quedaría extraordinariamente sorprendido si pudiera observarnos ahora.

Hubo una pausa en la conversación. En este momento, la radio del establecimiento, que tenían cerca, terminó la emisión musical. Oyóse la voz del locutor:

—Esta estación de radio facilita noticias periódicas acerca de los personajes de relieve que visitan Las Vegas, así como un boletín meteorológico, entre otros informes.

»Patrocina esta emisión el *Silver Streak Cocktail Lounge*, Bar, Casino y Café, locales acomodados a las exigencias de los turistas más elegantes, con una cocina comparable a la de los mejores restaurantes de las ciudades más grandes.

Mason hizo un gesto expresivo, como desentendiéndose de aquella voz, echando una distraída mirada a su alrededor...

Pero al cabo de unos segundos, Della Street le asió por una muñeca, diciéndole:

—Presta atención, jefe.

El locutor dijo:

—... De acuerdo con las manifestaciones de una célebre comentarista, Perry Mason, el conocido abogado de Los Ángeles, y su secretaria Della Street, llegaron esta noche a Las Vegas para rematar un idilio que, según declaraciones de algunos amigos, comenzó hace varios años. El señor Mason y su bella secretaria fueron identificados a su llegada al aeropuerto de Las Vegas, a última hora de la tarde. Una charla con el piloto de la avioneta en que efectuaron su desplazamiento ha confirmado la sospecha de que la pareja deseaba sacar partido de las liberales leyes que sobre el matrimonio existen en Nevada.

»He aquí el boletín meteorológico para Las Vegas y regiones inmediatas...

A esto siguieron unas notificaciones de interés general. Vino luego una serie de anuncios y después un programa musical.

Della Street levantó el vaso que tenía delante.

—Bien, señor Mason. Le deseo todo género de felicidades.

Mason hizo lo mismo sonriendo.

—No querrás presentar a los ojos de los demás a Louella Parsons como una embustera, ¿eh, Della?

Sus vasos entraron en contacto. Bebieron.

—Puede haber sido Hedda Hopper —declaró ella.

—Perfectamente. Esto lo sabe ya todo el mundo y ahora ya no puedes negarte a colaborar. Cabría la posibilidad de demandar a la comentarista por difamación y... ¡Santo Dios!

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Della Street.

—¡Gibbs!

—¿Qué ocurre con Gibbs?

—Me lo figuré demasiado complaciente al ofrecerme de una manera espontánea su huella dactilar.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—¡Y todo lo hizo ante nuestras narices!

—¿Quieres decirme, jefe, qué...?

Apareció el camarero, Mason le pagó.

—Quédese con la vuelta. Nos vamos. En marcha, Della.

Salieron a toda prisa a la calle.

—¿Qué ha pasado?

—Gibbs... Visitó el apartamento porque buscaba algo..., algo que se llevó.

—No, jefe. Él no se llevó nada del apartamento. No lo perdí de vista un momento. Lo estuve vigilando.

—Repasa de nuevo la escena, Della.

—No. No tocó nada. Sólo...

—Continúa.

—Cogió aquella carta circular para secarse los dedos...

Mason aclaró:

—Quería sacar algo de la mesa y al sugerir que yo examinara su huella dactilar vio la oportunidad de conseguirlo que quería.

—Pero, Dios mío, jefe... Se trataba de una carta circular... No iba a molestarse por...

—Tendremos que efectuar una comprobación.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Della Street.

—Charlaremos con el señor Gibbs, francamente, sin rodeos.

—A esta hora habrá descubierto ya que no eres ningún detective.

—No obstante, efectuaremos una pequeña comprobación con el señor Gibbs.

Siguieron avanzando por aquella calle, entre un despliegue de locales públicos atestados de gente.

—La calle principal de Las Vegas me hace pensar en el aspecto que presentan la mayor parte de las poblaciones grandes durante las fiestas de Navidad —comentó Della Street.

—Es que nos hallamos en la ciudad más activa del mundo —respondió Mason.

—¿Siempre hay tanta gente aquí?

—Yo siempre la he visto igual, cada vez que he venido.

—¿Cuándo se para todo esto?

—Nunca. Hacia la mañana, quizá, todo lo más, la animación disminuye, levemente, pero una hora después la población ha recobrado ya su ritmo normal y la fiebre sigue... Ya hemos llegado, Della.

Entraron en el Hotel Arrapahoe.

—Quisiera hablar con Thomas Gibbs, de Los Ángeles —dijo Mason a un empleado.

—El señor Gibbs abandonó el hotel hace quince minutos.

—¿Dejó alguna dirección?

—No.

—Gracias.

Mason comentó con Della Street aquel hecho.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la joven.

Mason estuvo reflexionando unos instantes. A continuación, se acercó a la ventanilla de «caja» del establecimiento.

—Buenas noches —le dijo la mujer que estaba allí.

—Buenas noches —replicó Mason, frío y formal—. Soy amigo de Thomas Gibbs, que abandonó este hotel hace unos quince minutos. El señor Gibbs llevaba prisa y no se detuvo a comprobar su cuenta antes de abonarla. Cuando nos vimos había advertido ya una irregularidad en el detalle de los importes correspondientes a conferencias telefónicas con otras poblaciones.

La empleada movió la cabeza.

—Es corriente que en las conferencias telefónicas la gente se explaye más de lo que pensaba.

—No se trata de eso —la interrumpió Mason—. Sucede, realmente, que figuran en su cuenta números de teléfonos a los que no llamó.

—¿En conferencias de larga distancia?

—Cierto. Números de Los Ángeles.

La joven abrió un cajón, del que sacó una copia al papel carbón de una factura en la que había sido estampado el sello de *pagada*. Colocó la factura delante de Mason y dijo con frialdad:

—Hay tres llamadas a Los Ángeles... Las tres al mismo número. Estoy absolutamente segura de que el señor Gibbs pidió esas tres conferencias.

Mason estudió la factura, declarando:

—El señor Gibbs está completamente seguro de que solamente habló dos veces.

La cajera replicó irritada:

—Pues fueron tres. No obstante, repasaré mis notas, para asegurarme más.

—Gracias —contestó Mason.

La mujer se apartó de la ventanilla, abriendo otro cajón y comenzando a pasar las fichas.

Mason tomó nota de las tres conferencias telefónicas, advirtiéndole también que Gibbs había estado en el hotel solamente cuatro horas. Volvió la empleada:

—La cuenta es correcta. Hubo tres conferencias telefónicas, efectivamente. Una de ellas tuvo lugar poco después de haber llegado el señor Gibbs al hotel, a las cinco de la tarde; la segunda, fue a las seis, y la tercera tuvo lugar unos minutos antes de salir de aquí. Precisamente, el señor Gibbs aludió a esta última por si se había omitido en la cuenta, por producirse unos minutos antes de su salida.

—Sí —repuso Mason—. Esa llamada y la primera son correctas. A mi parecer, la equivocación se ha producido con la de en medio.

—No ha habido ninguna equivocación —dijo la cajera.

Mason sonrió.

—Bueno, en todo caso, yo ya le he dicho lo que había. Prometí a mi amigo que se lo diría.

—Buenas noches —respondió la empleada, intentando dominar su cólera.

—Buenas noches —dijo Mason, fríamente.

Mason y Della Street cruzaron el vestíbulo del Hotel Arrapahoe, en dirección a la calle.

—¿Te has hecho con el número? —inquirió él.

—Sí, además consulté la guía mientras tú hablabas con esa mujer.

—Es imposible buscar un número que...

—Miré en los de La Villa Lavina —explicó Della Street—. Ese hombre llamó a La Villa Lavina, Número Tres.

—¡Buen trabajo! —exclamó Mason—. Reflexionemos ahora... Telefoneó alrededor de las seis y luego llamó poco antes de irse. ¿Qué deduces tú de eso?

Della Street contestó:

—Veamos... Indudablemente, la última llamada fue para dar cuenta de que había tropezado con una chica que decía ser Inez Kaylor y con un hombre a quien suponía un detective...

—No te muestres tan segura...

—Entonces, ¿para qué fue esa llamada?

—La última llamada, probablemente, fue para decir que Della Street, la encantadora secretaria de Perry Mason, se encontraba en el apartamento haciéndose pasar por Inez Kaylor, y que Perry Mason estaba también allí, tomando huellas dactilares.

—Pero, jefe, no puede ser... No vi en él nada que indujera a

pensar que nos había reconocido... Se quedó completamente desconcertado al abrir la puerta y...

—Se desconcertó, sí —corroboró Mason—. No había esperado hallar a nadie allí y luego, al vernos a nosotros, su desconcierto fue todavía mayor. Pienso, no obstante, que se portó hábilmente. Y a mí me parece que hice lo que procedía, al dar lugar a que tú te hicieses pasar por Inez Kaylor, presentándome yo como detective... Durante unos momentos, ese individuo procuró ganar tiempo, ideando la forma de hacerse con lo que había ido a buscar allí.

—¿No pensó en él?

—Con respecto a su persona no había problema. Hubiera podido dar la vuelta, simplemente, marchándose. Lo sabía... De haber intentado nosotros retenerlo, habría telefoneado a la policía. Los agentes nos hubieran preguntado entonces qué era lo que hacíamos allí. No, Della. Ese individuo quería algo y se hizo con ello. Luego, telefoneó a Martha Lavina, comunicándole la buena nueva...

—Tuvo que ser aquella carta circular. Yo no sé qué aplicación puede darse, especial, a una carta circular acerca de una suscripción que...

—Tendremos que echar un vistazo —dijo Mason—. Sea lo que fuere aquello que introdujo en su bolsillo, se trataba de lo que había ido a buscar allí.

—¿No habrá llamado ese sujeto a la policía para hablar de nosotros, sin revelar su identidad?

—Es posible.

—Y sin embargo, estás pensando en volver por allí e inspeccionar el apartamento.

—Exacto. Tenemos que hacerlo. Vamos.

—Es peligroso, jefe.

—Tomaremos todas las precauciones imaginables antes de entrar —manifestó Mason—. Nuestra estancia en el interior será muy corta. Pero es preciso que averigüe qué ha ocurrido. ¡Tres llamadas a Martha Lavina!

—No acierto a imaginarme el motivo de cada una de ellas...

—Vamos a ver si doy con la explicación, Della. Gibbs llega aquí, a Las Vegas. Telefona para asegurarse de que las cosas están como deben estar y le dan la señal de que siga adelante.

»Se dirige al apartamento de la Kaylor y lo destroza todo, en

busca de lo que necesita encontrar. Sale y telefona de nuevo a Martha Lavina, comunicándole que ha registrado a fondo el piso, sin resultado...

»O, quizás, el hombre le dice que ha hecho lo que le indicara. Entonces, ella le pregunta si ha visto algunas cartas. Él le habla de las tres cartas circulares vistas en el escritorio, descubriéndoselas. «¡Estúpido!», le contesta ella. «Una de esas cartas no puede quedarse allí. Regresa al apartamento y cógela».

»Vuelve al apartamento y nos encuentra en el mismo. Monta una pequeña escena de comedia. Regresa al hotel y telefona a Martha notificándole que nos ha visto allí. Con aire triunfal, le informa que se ha hecho con la carta que le interesaba sustrayéndola ante nuestras narices. Finalmente, abandona el hotel.

—Es posible —respondió la joven, dudosa—, pero me parece raro dar tanta importancia a una carta rutinaria...

—Ya veremos lo que hay —manifestó Mason—. Había allí tres cartas. La de la suscripción y la revista la tengo en mi bolsillo, con su huella dactilar. Las otras dos eran de una agencia en modelos y de una firma sobre propiedades...

»Ya hemos llegado, Della... Será mejor que tú te mantengas aparte ahora de este asunto.

—No, no, jefe. Si tú subes al apartamento, yo te acompaño.

—Vamos a hacer otra cosa. Tú vas a situarte al otro lado de la calle. Si me pasa algo y salgo del apartamento escoltado por la policía, tú podrás echarme una mano presentando una fianza. Si saliera escoltado por alguien que nada tuviese que ver con la policía, toma nota de la matrícula del automóvil, fíjate en mi acompañante o acompañantes y *recurre a la policía inmediatamente*.

—¡Dios mío! No me gusta pensar que vas a estar solo ahí...

—Es que de esta forma me podrás ayudar mejor.

—De acuerdo.

Mason miró a un lado y otro de la calle. Esta vez no se entretuvo oprimiendo el botón del timbre correspondiente al apartamento. Simplemente, utilizó la llave para abrir la puerta y echó a correr escaleras arriba. No tardó en penetrar en el piso de Inez Kaylor.

Nada había cambiado en el mismo.

Mason se aproximó al escritorio, fijándose en la carta que había allí. Era de la compañía inmobiliaria... La de la agencia de modelos

no se encontraba por ninguna parte.

El abogado no se molestó siquiera en apagar las luces. Salió al pasillo, cerró la puerta a su espalda, bajó corriendo las escaleras y puso los pies en la acera de la calle.

Della Street, con una expresión de alivio en el rostro, se le acercó.

—¡Dios mío, jefe! Estaba asustada... ¿No oyes?

Percibíase el aullido de una sirena. Un coche de la policía dobló la esquina de la calle, deteniéndose enfrente de la casa por apartamentos.

Dos hombres se apearon del vehículo, dirigiéndose a la entrada, donde uno de ellos pulsó un timbre.

Mason y Della Street se alejaron de aquel lugar.

—He dispuesto solamente de muy poco tiempo —comentó el abogado.

—¿Ha sido cosa de Gibbs?

—Una llamada anónima. Gibbs abandonó el hotel y cuando se vio a salvo telefoneó a la policía diciendo que unos extraños habían entrado en el apartamento de la Kaylor.

Doblaron la esquina.

—¿Qué se llevó el hombre? —inquirió Della Street.

—La carta circular de la agencia de modelos. ¿Te acuerdas del nombre?

—¡Dios mío! No, jefe. Era algo así como... Aphrodite Models. No sé más.

—Creo que podremos localizarla —declaró Mason—. Iremos al Hotel Apache. Hazte de una guía telefónica y busca en ella ese nombre: «Aphrodite». Entretanto, llamaré a Paul Drake.

No tardaron en llegar al hotel.

Desde una cabina telefónica, Mason llamó a su amigo y colaborador.

—¡Hombre! —exclamó Drake—. Mi felicitación más cordial, Perry. Así que, finalmente, ha sucedido eso... No sabes cuánto me alegro.

—No te precipites —le advirtió Mason—. Della y yo estamos aquí trabajando.

—Pues aquí no se habla de otra cosa. Lo mejor que podéis hacer ya es contraer matrimonio.

—No seas tonto, Paul. ¿Hablamos de otra cosa?

—Tengo que darte malas noticias...

—¿En qué aspecto?

—Sigues una pista errónea.

—¿Qué quieres decir?

—Tu cliente es culpable. En cualquier caso, el plan que tenías para defenderle se ha venido abajo.

—¿Cómo?

—El bolso...

—¿Qué pasa con el bolso?

—Es el de Martha Lavina.

—¿Qué?

—Es cierto.

—¡No puede ser, Paul!

—Es así. Me he puesto al habla con un comprador de estas cosas... Esos bolsos se hacen en Pasadena. Hay allí un artesano que trabaja sobre pedido. En estos trabajos se tiende a suprimir la mayor cantidad posible de intermediarios.

»Para efectuar mis comprobaciones, estuve hablando con el fabricante. Se me enfadó un poco porque le obligué a cenar más tarde... Bueno, al parecer es un hombre honesto, formal. Reconoció las fotografías. El bolso fue adquirido por Martha Lavina. Compra sus bolsos allí. Nuestro artesano no fue demasiado explícito, pero nos aclaró la cuestión.

—¿Y conoce a Martha Lavina? ¿No habrá habido ninguna confusión?

—Nada de confusiones —respondió Paul Drake—. Le enseñé una foto de Martha Lavina. Me dijo que siempre le pagaba las mercancías que adquiría con un cheque. Su nombre le es familiar. Hace tiempo que le vende cosas.

—¡Maldita sea! —exclamó Mason—. Habría apostado cualquier cosa a que esa mujer no estaba en el coche con él... ¿Qué has podido averiguar acerca de Archer?

—Poca cosa. Es viudo. Se cuida mucho. Si la noche del atraco le acompañaba en el coche una mujer desconocida para nosotros, ¿porqué no había de admitirlo? Disfruta de una libertad absoluta. No tiene que dar cuenta de sus actos a nadie. Es un viudo rico, sin hijos.

—Todo cambia, Paul, si piensas en una mujer casada. El esposo de ésta, entonces...

—Ya que ves la cuestión así, te diré que en ese caso hubiera tenido que ser una mujer casada que llevara el bolso de Martha. Insisto, Perry, en que avanzas por un camino equivocado. A mí me parece que el nerviosismo de Martha Lavina y sus fallos a la hora de facilitar detalles del atraco fueron debidos a un factor que todavía no conocemos...

—Muy bien —respondió Mason, cansado—. Sigue trabajando ese punto, Paul.

—Bien, Perry. Voy a darte un consejo. Abandona este asunto. Se están acumulando muchos gastos innecesariamente. Estamos dando vueltas y más vueltas sin ningún fruto...

—Sigue actuando un día más, hombre. El lunes por la mañana me presentaré en la sala con...

—Acepta mi consejo, Perry, y déjate de más historias. En este caso se da algún elemento cuya revelación no se desea, pero que nada tiene que ver con el atraco. Tu cliente, Albert Brogan, fue autor del mismo. Y además, asesinó a Daphne Howell.

—Es mi cliente —repuso Mason.

—Tú mandas —dijo Drake—. Pero me inclino a pensar que debíamos desentendemos de este asunto. No es un cliente normal tuyo ese hombre. Te fue impuesto.

—Sigue siendo mi cliente, con todo.

Mason colgó.

Della Street miró fijamente a Mason cuando éste salió de la cabina telefónica.

El abogado movió la cabeza, denegando.

—¿Qué ocurre?

—La tierra parece haberse desplazado bajo mis pies, Della.

—¿Qué ha pasado, jefe?

Mason le explicó lo que había.

Della Street guardó silencio, pensativa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó por fin.

—¿Qué hay sobre la *Aphrodite Model Agency*?

—No figura en la guía.

—¿No hay ninguna entidad con ese nombre?

—No.

—Estoy seguro de que el membrete era ése... Era una agencia de modelos y figuraba el nombre de Aphrodite en ella. No acierto a recordar el nombre completo, pero figuraba en él, sí, la palabra Aphrodite...

—Estoy de acuerdo, pero no se encuentra en la guía.
Mason frunció el ceño.

—Cojamos un periódico de Los Ángeles —dijo—. Empecemos por echar un vistazo a la sección de anuncios, en el apartamento de «Ofertas de trabajo». Hasta que llegue el tren disponemos de tiempo de sobra. Hay por aquí un quiosco donde venden toda clase de periódicos... elegiremos el *Examiner* y el *Times* del domingo. Estudiaremos la sección a que acabo de aludir, a ver si damos con algo interesante.

Localizaron el quiosco mencionado por Mason, donde vendían prensa de otras regiones. Mason adquirió varios diarios y él y Della Street se encaminaron al vestíbulo del Hotel Sal Sagev, en las inmediaciones de la estación de ferrocarril, donde tomaron asiento, para leer cómodamente sus periódicos.

—¿Qué es lo que debemos mirar primero? —inquirió la secretaria de Mason.

—Lo que más me interesa son los ofrecimientos de trabajo, las demandas de personal femenino, oportunidades de negocios, asuntos personales y cualquier otra cosa en que a ti se te ocurre pensar. Tú te harás cargo del *Times* y yo revisaré el *Examiner*.

No habían transcurrido diez minutos siquiera cuando Della Street dijo:

—Aquí tenemos algo...

A continuación, abrió su bolso, del que sacó unas pequeñas tijeras de manicura. Cuidadosamente, procedió a recortar un anuncio.

—¿De qué se trata? —inquirió Mason.

La muchacha procedió a leerle el texto:

A mujeres jóvenes, de edades comprendidas entre los 21 y 29 años, libres para poder viajar, con gusto personal por la aventura, se ofrece empleo de modelos en buques de propiedad extranjera, líneas aéreas y entidades que desean modelos fotográficas auténticamente americanas. Las aspirantes han de ser atractivas físicamente. Cultura y formación media. No han de ser muy gruesas,

ni demasiado delgadas; no han de ser excesivamente altas, ni tampoco muy bajas. Los rasgos faciales no han de ser muy distintivos; tienen que responder al tipo medio de la mujer americana de buen ver. Aphrodite Model Agency. Apartado 6791X.

—¿Nos puede llevar esto a alguna parte? —preguntó Della Street.

—No lo sé —replicó Mason—. Pero me inclino a pensar que algo vamos a sacar de aquí. —El abogado repasó atentamente su periódico, añadiendo—: En este *Examiner* se puede leer un anuncio similar.

—Evidentemente, ella contestaría al anuncio y recibiría una carta por respuesta.

—La carta en cuestión debía de tener su importancia. La suficiente para que Martha Lavina obligase a Thomas Gibbs a ir al apartamento, a fin de recogerla.

—¿Tú crees?

—Estoy casi seguro de que todo fue así. Y la verdad es que quisiera saber por qué...

Capítulo 13

Perry Mason, muy serio, sostuvo con sus colaboradores más inmediatos una conferencia. Esto ocurría poco después de su llegada, el domingo, en su despacho.

Paul Drake dijo:

—Lo siento, Perry. Yo creo que estás siguiendo una pista errónea. Estoy firmemente convencido de que Martha Lavina se encontraba en compañía de Rodney Archer en el momento de producirse el atraco. Piensa en lo de su bolso... Es una cuestión indiscutible.

—¿Qué me dices acerca de Thomas Gibbs?

—No he podido averiguar nada en concreto sobre el particular. Su dirección de San Diego, la que tú me diste por teléfono, hallada en su permiso de conducir, no existe. Indudablemente, el hombre disponía de un documento a propósito, con vistas a ciertas situaciones. Probablemente, tiene otro permiso a su nombre, el verdadero, que utiliza en otras ocasiones.

—Necesito localizar a ese individuo.

Drake contestó, irritado:

—Lo tuviste en tus manos. De haberme avisado inmediatamente por teléfono, yo me habría puesto en contacto con mi corresponsal en Las Vegas, quien hubiera seguido a Gibbs a partir del instante en que dejó el hotel.

—No habrías podido actuar con tanta rapidez. Y que conste que no te echo nada en cara, Paul. Se trata de determinadas circunstancias, que están contra mí. ¿Qué has descubierto en lo tocante al apartado del *Examiner*?

—Nada de particular. De cuando en cuando se presenta allí un hombre, quien se lleva la correspondencia. Es el que paga el anuncio, además. En su momento, ese individuo fue capaz de

convencer al jefe del departamento de publicidad de que lo suyo era un ofrecimiento con todas las garantías de seriedad, dirigido a muchachas de vida clara y ordenada.

»Llegó a dar nombres de dos chicas que trabajaron para una compañía de aviación mejicana y para un par de hoteles de lujo de Acapulco. También mencionó los nombres de otras jóvenes que habían estado en Cuba. Suelen rechazar a muchas aspirantes, pero las admitidas se colocaban bien. El trabajo no dura mucho. Sin embargo, viajan con todos los gastos pagados, obteniendo, además, un salario. El empleo es ideal para las chicas de carácter inquieto, que desean hacerse de buenas relaciones. Añadiré que en los periódicos de hoy aparece el anuncio a que nos estamos refiriendo.

—He pensado una cosa —replicó Mason—. Della Street va a solicitar una de esas colocaciones... Y Mary Brogan también. Me parece que a Mary se le va a deparar esta vez una oportunidad mejor. Mary: importa mucho que nadie la vea por la sala de justicia mañana.

—¿Por qué?

—Porque la verían, porque la reconocerían en seguida después. Los periodistas se lanzarían sobre la sobrina de Albert Brogan, dispuesta generosamente a ayudar a su tío. Inmediatamente, vendrían las fotografías. No quiero que sepa nadie quién es usted en realidad. Si llega a establecer contacto con la Aphrodite Model Agency, quiero que siga la cosa hasta el final. Necesito saber si hay algo detrás de tal organización.

—No disponemos ya de mucho tiempo para realizar una investigación a fondo —señaló Drake.

—A mí qué me vas a decir —gimió Mason—. Paul: hazte con una pareja de detectives femeninos, con objeto de que contesten a los anuncios de la Aphrodite. Quiero triunfar con una candidata, al menos.

—Conozco a dos jóvenes que reúnen las condiciones requeridas por los anunciantes. Y ahora, ¿cuáles son tus planes para mañana? ¿Qué más necesitas de mí?

—No lo sé —dijo Mason, pensativo—. Yo voy a tirar la pelota, a ver cómo rueda... Pienso sacar ventaja de todas las oportunidades legales que descubra sobre la marcha, de cada tecnicismo legal... En fin de cuentas, eso es lo que hacemos todos los abogados.

Simplemente, uno ha de asistir al desarrollo del caso estudiándolo todo con mucha atención para ver si descubre algún frágil eslabón en la cadena de las pruebas.

Drake miró a Mary Brogan antes de hablar.

—Desde luego, Perry, todo eso está muy bien si el hombre es inocente. Pero ten en cuenta que todas las pruebas halladas apuntan de una manera decisiva a su culpabilidad.

—Sé muy bien lo que pasa ahora, en estos momentos —repuso Mason—. Pero lo que a mí me interesa considerar es qué va a suceder mañana.

Drake le advirtió:

—Sabes perfectamente que te enfrentas con un juez hostil, bien conocido por su oposición al empleo en la sala de determinadas tácticas. Él desea verlo todo reducido a pruebas... Ese juez no quiere saber nada de suposiciones o conjeturas. Dentro de su sala aspira a que la máquina de la administración de la justicia marche como un reloj.

—Lo sé, desde luego.

—¿Qué puedes hacer entonces? —inquirió Drake.

—Recurrir a todas las artimañas permitidas por la ley.

—Ya te he dicho que el juez Egan no te dejará.

—Ya lo veremos. Iré adelante a su pesar. Me mantendré con todo cuidado dentro de los límites marcados por la ley... Y todavía existen posibilidades de que surja la sorpresa.

—¿Cómo? —preguntó Drake.

—Piensa en la Kaylor.

—Una vez más, pisas terreno poco consistente, Perry —repuso el detective—. Fui al hospital para echarle un vistazo. Es Inez Kaylor, la muchacha que vino conmigo desde Las Vegas.

—¿Qué tal se encuentra?

—Bien. Recobró el conocimiento y progresa. Me parece que está bien ahora. Se presentó allí su esposo con el médico de cabecera. Naturalmente, prescindieron de los servicios del doctor Hanover.

—Su... ¿qué? —preguntó Mason.

—Su esposo. Y el hombre despidió al doctor Hanover.

—¿Cómo pudieron hacer eso?

—Bueno, Perry, no se produjo ninguna situación violenta. Su esposo había recibido unas cartas de ella. Intentaba una

reconciliación. Él trajo a su médico, un amigo, un hombre apellidado Doyle. Se presentó la madre de la chica y hubo sus lágrimas...

—¿Dónde se encuentra ella actualmente?

—En el *Restway*, un sanatorio privado. El doctor Hanover se ocupó del tratamiento de emergencia y luego aparecieron el esposo y la madre. Desde luego, el doctor Hanover se hallaba en situación muy vulnerable, por el hecho de ni haber sido llamado por la paciente ni ningún miembro de su familia. El hombre explicó que había sido llamado por el portero sueco. El portero en cuestión lo negaba. Cuando aparecieron aquellos familiares, Hanover estaba con un pie fuera y otro dentro. No tuvo más remedio que retirarse. Intentó ponerse en contacto contigo, pero nadie sabía tu paradero. Hubieras debido decirme dónde podía localizarte.

»Luego, llegaron esas noticias por la radio, sobre tú y Della, y vuestro precipitado viaje a Las Vegas. Llamé a todos los hoteles, probé suerte en todos los moteles de importancia... Nada. Fue inútil. No aparecáis registrados en ningún sitio.

—¿Cómo están planteadas las cosas en estos instantes?

—El doctor Doyle no permite ninguna visita. Creo que la chica no se encontrará en condiciones de comparecer ante el juez mañana. Está todavía demasiado nerviosa.

Mason se quedó muy pensativo.

—No me gusta nada esto, Paul. Si a esa chica le ocurriera algo...

—Olvidalo, Perry —manifestó Drake—. El doctor Doyle es un médico de excelente reputación, de una moralidad intachable. Acompañan a la chica su madre y su esposo.

—¿Tienes pruebas de que son su madre y su esposo?

—Perry, Perry... Despreocúpate de ella. Es un caso como tantos otros. La chica ingirió un puñado de píldoras somníferas. Mary Brogan vio cómo se las llevaba a la boca.

—Entonces, ¿quién era la chica que fue transportada en la ambulancia?

—Reconozco que no puedo contestarte a esa pregunta con precisión, ni mucho menos —admitió Drake—. Es probable que se tratara de una persona que anduviera por el vestíbulo medio bebida. He averiguado que los hombres de la ambulancia no fueron más allá del tercer piso. La chica que ellos recogieron se hallaba en

el ascensor.

—¿Y qué ha sido de ella?

Drake se encogió de hombros.

—Sé paciente, Perry. Ten en cuenta que emprendí ese trabajo ayer solamente. Probablemente, cuando los de la ambulancia advirtieron que habían dado con una chica bajo los efectos del alcohol, se desentendieron definitivamente de ella. ¡Diablos! No sé... La policía tampoco está informada... Ni parece tener mucho interés...

»Vigilan de lejos a la paciente del doctor Doyle... Es todo lo que pude averiguar.

—¿Dónde me has dicho que estaba, Paul?

—En el *Restway Sanatorium*. Se trata de un establecimiento de gran lujo.

—¿Y se halla en su conocimiento?

—¡Oh, sí! Verás: estoy al tanto de lo que sucede allí. Una de las enfermeras es amiga de una de las chicas que tengo en la oficina. La muchacha se recobra bien, pero se muestra muy nerviosa. Por una razón u otra, no quiere declarar como testigo.

»Por eso intentó desaparecer. Pero no se puede dudar en cuanto a ella, Perry. Te digo que la vi. Es Inez Kaylor.

—Todavía sigo pensando, Paul, que hay dos muchachas.

—Es posible —repuso Drake—. Pero la que se está recobrando de lo de las píldoras es la auténtica Inez. La identificaron sus parientes. La identifiqué yo. Y es la muchacha a quien mi hombre entregó la orden de comparecencia. No tienes que estar preocupado en lo tocante a eso. Sin embargo, no puedes hacerla subir al estrado... como testigo de la defensa.

Mason dijo:

—Paul: vas a apostar uno de tus hombres en el *Restway Sanatorium*. Asegúrate bien de que la chica esté vigilada si sale de allí. Haz averiguaciones completas sobre el doctor Doyle.

El gesto de Drake demostraba bien a las claras que no se hallaba de acuerdo con su amigo.

—Puesto que tú lo quieres así, Perry... Al fin y al cabo se trata de tu caso. Y de tu dinero...

Capítulo 14

Nada más iniciarse la sesión el lunes por la mañana a las diez, pudo observarse que los acontecimientos de aquel fin de semana había producido algunos efectos sobre los presentes.

Bien se veía por la severa expresión de los rostros de los jurados que muchos de ellos estaban al tanto de las informaciones publicadas por los periódicos sobre la información de Albert Brogan como asesino de Daphne Howell. Nada tenía de particular que los enterados hubiesen puesto a los otros al tanto de los hechos, a su vez.

No se podía pensar en una actitud tolerante o dispuesta a la comprensión. Aquellos jurados habían cambiado de faz. Sus caras correspondían más bien a unos ejecutores.

Mason se puso en pie. La atención de la sala se concentró en su persona.

—Quiero declarar algo, señoría, hallándose ausente el jurado.

El juez Egan frunció el ceño, vacilando claramente.

—Muy bien. A los jurados se les invita a permanecer ausentes de la sala mientras la defensa formula su moción. Esta moción se enfocará sobre una cuestión legal que nada tiene que ver con la deliberación del jurado. Los miembros de éste serán llamados en su momento por el ujier. Se les recuerda de nuevo la prohibición de hablar entre ellos del caso. No podrán permitir tampoco que otra persona se ocupe del mismo en su presencia.

El juez Egan hizo un gesto de asentimiento. Los jurados desfilaron, saliendo de la sala.

Cuando hubo desaparecido el último, Mason dijo:

—Con la venia de la sala...

—La sala se hallaba completamente impuesta de aquello en que usted piensa, señor Mason —declaró el juez Egan—. Presente su

moción con la mayor brevedad posible.

—He de llamar la atención de su señoría —manifestó Mason—, sobre las informaciones aparecidas en la prensa local, especificando que el acusado de este caso ha sido identificado como el asesino de Daphne Howell.

—¿Y qué tiene usted que decir acerca de ello? —preguntó el juez Egan, fríamente.

—Con esos artículos se tiende a predisponer a los miembros del jurado en contra del acusado de este caso.

—¿Y cómo puede usted saber eso?

—El razonamiento es lógico, señoría.

—Lo sería si usted pudiera probar que los jurados han leído esos artículos.

—Es algo que no se puede hacer sin preguntarles. Y preguntándoles se atraería su atención sobre esas informaciones, realizándose su importancia... Ello no conviene, desde luego, en modo alguno a mi defendido.

—Perfectamente. ¿Qué es lo que propone?

—Propongo que este jurado sea disuelto, nombrándose otro para que se pronuncie sobre el acusado. Este jurado, dadas las circunstancias, tendría que permanecer completamente aislado durante la vista de la causa.

Harry Fritch, el delegado del fiscal del distrito, se puso en pie de un salto.

—¡Un momento, señoría!

El juez Egan le hizo una seña para que guardara silencio, preguntando a Mason:

—¿Usted tiene alguna prueba de que haya habido miembros del jurado que leyeron esas informaciones a que se ha referido?

—No dispongo de pruebas, señoría, pero lo cierto es que los artículos a que he aludido han tenido una gran difusión. Tengo la impresión de que si los miembros del jurado fuesen interrogados sobre el particular, nueve de ellos, por lo menos, responderían que los conocían. No queremos tal interrogatorio, pero aventuro muy convencido esa afirmación.

—A los jurados se les advirtió que no deberían leer noticias que guardaran relación con el presente caso —subrayó el juez Egan.

—Y, naturalmente, no pudiendo adivinar las cosas, tendrían que

leer los artículos para decidir luego si tenían o no que ver con el caso.

—No, necesariamente —repuso el juez Egan—. No puedo actuar sobre la suposición de que los jurados no prestaron atención a la advertencia.

—¿Se me permite hablar? —inquirió Harry Fritch.

—Ahora, no —contestó el juez Egan—. Queda desestimada la moción. Bueno, ¿quería usted decir algo, señor delegado del fiscal del distrito?

Fritch respondió, sonriendo:

—En estas circunstancias, ya no.

—Muy bien —replicó el juez Egan—. Ahora, esta sala tiene que decirle algo a usted, señor delegado del fiscal del distrito. No sé cómo estas informaciones de que hemos hablado han ido a parar a las columnas de los periódicos, pero estoy convencido de que no hubiese ocurrido nada de eso de haber tomado su oficina las precauciones debidas. Opino que se ha dado esta publicidad prematuramente. Se ha procedido imprudentemente. No pienso que haya sido deliberado. Se da ahora una circunstancia en este caso que quizá sea objeto de estudio por parte del Tribunal de Apelación. Nada justifica la no retención de esa historia hasta que el caso hubiese llegado a su fin.

—Pero, señoría —protestó Harry Fritch—. Nosotros no podemos controlar las noticias. Los reporteros tienen sus procedimientos propios para hacerse de ellas...

—Sí. A base de las confidencias, en su mayoría, de los agentes —le interrumpió el juez Egan—. Bien. Queda denegada la moción. Que entre el jurado.

El juez Egan miró con ojos centelleantes a Fritch y a Mason, alternativamente.

Después, abatió su mazo, dando a entender que aquella cuestión quedaba saldada.

Los miembros del jurado volvieron a ocupar sus asientos respectivos.

—El abogado defensor tiene la palabra —dijo el juez, secamente. Mason se puso en pie.

—Con la venia de la sala... La defensa desea estar absolutamente segura de que los testigos saben que se hallan

sometidos a las normas legales y que no se permite la presencia en este lugar de ninguna persona que haya de actuar como tal.

Fritch inquirió afablemente:

—¿Qué hay sobre los testigos que ya han declarado, señor Mason?

—Si está usted totalmente seguro de que esos testigos no subirán de nuevo al estrado, en ninguna circunstancia, nada tengo que objetar. Pero si los testigos permanecen en la sala no quiero que sean llamados de nuevo...

Fritch se encogió de hombros.

—Habitualmente, se estipula que después de prestar declaración el testigo puede quedarse.

—No se ha estipulado nada semejante en esta ocasión —repuso Mason—. Deseo que los testigos se sometan a la norma legal.

—Muy bien —dijo el juez Egan—. Todas las personas que han de actuar como testigos han de abandonar la sala. La señora Lavina ocupaba el estrado al final de la sesión del viernes.

—Con la venia de la sala —medió Harry Fritch—. Durante el interrogatorio de la señora Lavina surgió un punto que a mi juicio puede resultar confuso para el jurado, e incluso para la defensa. Quisiera aclarar el mismo antes de seguir adelante.

»Pido permiso por tanto para hacer subir de nuevo al estrado de los testigos a Rodney Archer. Me propongo hacerle unas preguntas, simplemente, con el fin citado. Y solicito la indulgencia de la defensa. Estimo que esta cuestión facilitará la solución del caso y supondrá una considerable ayuda para el jurado.

Fritch hizo una pequeña reverencia dirigida a los miembros de aquél.

El juez Egan miró a Perry Mason.

—Creo que consideradas ciertas circunstancias he de guiarme por la actitud del señor Mason en este asunto.

—La defensa no tiene ningún reparo que formular. Nosotros deseamos también que los hechos sean aclarados de la manera más rápida y efectiva posible.

—Muy bien —determinó el juez Egan—. El señor Archer volverá al estrado de los testigos y usted, señora Lavina, habrá de tener presente que se halla afectada como testigo por la norma legal. No podrá oír el testimonio del señor Archer. Tendrá que retirarse a la

habitación de los testigos hasta que se la llame.

—Desde luego, señoría —contestó Martha Lavina.

Salió de la sala consciente de que se habían concentrado en ella todas las miradas masculinas.

Unos momentos después entraba allí Rodney Archer, disimulando a duras penas su irritación.

Fritch le dijo, una vez estuvo sentado en el estrado de los testigos:

—Señor Archer: voy a hacerle unas preguntas en relación con las circunstancias en que se produjo el atraco.

—Bien, señor.

—¿Puede usted explicar con exactitud, para los jurados, qué estaba haciendo en el momento de ser abierta la portezuela de su automóvil, cuando el hombre le apuntó con su arma?

—Sí, señor.

—Haga usted el favor de explicar a la sala y al jurado qué estaba usted haciendo en aquellos instantes.

—Acababa de encender un cigarrillo —repuso Archer—. Mejor dicho, procedía a encender mi cigarrillo. Acababa de oprimir el encendedor eléctrico del salpicadero y tan pronto lo cogí levanté el mismo hasta el cigarrillo. Fue en este momento cuando el acusado abrió la portezuela, ordenándome: «¡Arriba las manos!». Las levanté y el encendedor se me cayó.

—¿Qué fue entonces de él?

—No sé. Presumo que dio contra el asiento y que hizo un orificio en la tapicería, el cual es visible en la fotografía del coche.

—Se está usted refiriendo ahora a la «prueba número 5» —dijo Fritch, mostrando una fotografía que entregó al testigo.

—Sí, señor.

—¿Pudo luego dar con el encendedor para ponerlo de nuevo en su sitio, en el salpicadero?

—Sí, señor. Localicé el encendedor sobre el piso del coche poco antes de que se presentara la policía. Lo cogí, colocándolo en su sitio, en el salpicadero.

—Gracias —Fritch se dirigió a continuación al juez Egan—: Quería puntualizar ese detalle para evitar cualquier falsa interpretación.

—Usted se reservará en lo sucesivo sus comentarios sobre el

testimonio del declarante, hasta que llegue el momento de discutir el caso —repuso el juez Egan, francamente enfadado ante la maniobra que había servido para rescatar a Martha Lavina de la situación en la que colocara el interrogatorio de Mason en la tarde del viernes.

Archer se puso en pie para abandonar el estrado.

—Un momento —elijo Mason—. Deseo hacerle unas preguntas.

—Por supuesto —repuso Fritch, como si se hubiese mostrado afablemente dispuesto para todo género de concesiones.

Mason contestó sarcásticamente:

—Muchas gracias por permitirme que interrogué a un testigo.

Fritch se sonrojó ante la respuesta, y el juez Egan medió en el diálogo.

—La defensa habrá de abstenerse de formular comentarios de índole personal.

Pero a juzgar por el tono de sus palabras, pensaba que Fritch se había merecido la repulsa.

Mason se enfrentó a Archer.

—¿Habló usted con alguien del caso durante el fin de semana? —inquirió el abogado.

Viose a las claras que aquella pregunta había sido prevista, siendo ensayada cuidadosamente la respuesta.

—El señor Fritch me pidió que le refiriera todo lo que había ocurrido durante el atraco y yo accedí a sus deseos.

—¿Cómo fue que usted no nos hablara de esto cuando subió al estrado de los testigos en la mañana del viernes? —inquirió Mason.

—Nadie me preguntó.

—Tal vez pueda refrescarle la memoria. ¿No es cierto que el señor Fritch le pidió que describiera lo sucedido cuando detuvo su coche en el cruce?

—Sí, señor.

—¿Y no procedió usted luego a describir...?

—Un momento, señoría —dijo Fritch, poniéndose de un salto de pie—. Me opongo a cualquier intento de acusar al testigo mediante este tipo de interrogatorio. Si el señor Mason desea acusar al testigo atrayendo su atención sobre los textos que han quedado registrados oficialmente, él debe mostrar los mismos, aportando un testimonio concreto, facilitando al testigo la oportunidad de explicarlo.

Fritch siguió de pie, cortésmente, aguardando la decisión del juez. Mason sonrió afablemente antes de decir:

—Y sólo para demostrar que he previsto esta situación, revelaré que tengo en uno de mis bolsillos la pregunta y la respuesta transcrita oficialmente...

—Señoría: me opongo a la insinuación de la defensa en lo tocante a que él previo que esta situación se produciría —dijo Fritch.

—La acusación habrá de abstener de formular comentarios hasta el momento en que el caso sea discutido ante el jurado —contestó el juez Egan—. Formule su pregunta, señor Mason.

—En la mañana del viernes, señor Archer, le pidieron que describiera cuanto hizo al aproximarse al cruce. El interrogatorio se desarrolló así:

Respuesta: Aminoré la velocidad pensando en el cruce y me detuve. Estaba hablando con mi acompañante, sentada a mi derecha. Por un momento, dejé de ver la portezuela de la izquierda. Había fijado la vista en la luz roja del semáforo, esperando que se encendiese la verde. En aquel instante, la portezuela de la izquierda se abrió violentamente. Volví la cabeza para ver qué había ocurrido y me encontré con un arma a la altura de mi rostro, que sostenía el acusado. Éste me ordenó que levantara las manos y yo obedecí inmediatamente. Él sin pérdida de tiempo introdujo una mano en uno de los bolsillos interiores de mi americana, sacando mi cartera; me arrancó el alfiler de corbata y alargó un brazo para apoderarse del bolso de mi acompañante, a mi derecha. Después, retrocedió, cerrando la portezuela del automóvil de una patada. Procedió con tal rapidez que yo apenas pude darme cuenta sobre la marcha de lo que ocurría.

Pregunta: ¿Qué pasó luego?

Respuesta: Vi que el acusado corría al cruzar la calzada, dirigiéndose hacia un coche que se hallaba aparcado junto a la acera. Ese coche apuntaba en una dirección opuesta; tenía las luces encendidas; al parecer, había sido dejado el motor en marcha puesto que el acusado se instaló tras el volante, cerró la portezuela y casi inmediatamente salió disparado, a

gran velocidad.

Pregunta: ¿Tuvo usted ocasión de apreciar alguna peculiaridad del automóvil utilizado por el acusado?

Respuesta: Sí, era un «Chevrolet» de los últimos modelos más bien, de un tono claro, quizá. Presentaba un abollado en el guardabarros delantero de la derecha.

Mason apartó la vista del papel.

—¿Es cierto que le hicieron esas preguntas? ¿Fueron esas sus respuestas? —inquirió.

—Sí.

—¿Por qué no nos habló usted entonces de la operación del encendido del cigarrillo?

—Me limitaré a repetir que nadie me lo pidió.

—¿No le pidieron que explicase todo lo que ocurrió al acercarse usted al cruce?

—Sí, señor.

—¿Y entendió usted la pregunta?

—Entendí la pregunta en el sentido de que se deseaba una declaración mía sobre lo sucedido en relación con el atraco. No pensé que fuese necesario declarar lo que había hecho con mis manos, describir cada uno de mis movimientos, todo lo que hice. Por ejemplo, cuando detuve el coche, coloqué mi pie en el freno y lo mantuve allí, esperando el momento en que cambiara la luz del semáforo. Mi coche tiene un automatismo que me libera de la tarea del cambio de velocidades. Dejé de mencionar que había colocado mi pie sobre el freno. Supuse que ése era un detalle sin importancia, exactamente igual que me imaginé que lo del cigarrillo carecía de importancia.

Archer se expresaba con tanto aplomo, con tanta seguridad, que se veía bien a las claras que había estado ensayando cuidadosamente su actuación en aquel instante.

—Ahora —dijo Mason—, voy a referirme a la «Prueba número 5», la fotografía que usted ha identificado.

—Sí, señor.

—Se advierte un orificio en la tapicería.

—Sí, señor.

—¿Sabe usted cuándo fue tomada esa fotografía?

—No lo sé, señor. Fue tomada por la policía, pero no sé cuándo.

—¿Entregó usted el automóvil a la policía, lo puso a su disposición?

—Sí, señor. Indicaron la posibilidad de hallar las huellas dactilares del atracador en el vehículo, en la portezuela, naturalmente.

—¿Cuándo entregó usted el coche a la policía?

—En la mañana del día siguiente al del atraco.

—¿Cuándo se lo devolvieron?

—A la noche siguiente.

—¿Y está usted seguro de que el quemado de la tapicería existía ya cuando entregó el automóvil a la policía?

—Sí, señor.

—¿Usted sabe en qué momento se produjo el quemado en la tapicería del coche?

—En el momento del atraco.

—¿Y no antes?

—Ciertamente que no.

—¿Está usted seguro de eso?

—Completamente seguro.

—Cuando sacó su pitillera, ¿se la ofreció a su acompañante?

—¿Se refiere a la señora Lavina?

—Me refiero a su acompañante.

—Era la señora Lavina.

—¿Le ofreció usted un cigarrillo?

—No... no me acuerdo.

—Hubiera sido lo natural, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Fuma ella?

—¡Oh, sí!

—Así pues, usted se acuerda de haberle ofrecido un cigarrillo, ¿eh?

—Sí.

—¿Y ella lo aceptó?

—Sí.

—Pues entonces —dijo Mason, extendiendo un dedo acusador—, usted está equivocado en lo tocante al encendedor. Lo habría acercado al cigarrillo de ella en primer lugar.

—No... Sí... Pensándolo bien, me he equivocado. No le ofrecí ningún cigarrillo. Había hecho eso antes esa misma noche, rechazándomelo. Yo fumo siempre «Chesterfield». Ella prefiere el «Lucky». La señora Lavina llevaba su pitillera. Fumó de sus cigarrillos.

—Pero usted siempre le dio lumbre...

—No. Su pitillera llevaba incorporado un encendedor. Es la pitillera que usa siempre.

—¿Advirtió usted la existencia de esa pitillera o le habían hablado de ella?

—La advertí yo.

—¿Aquella noche?

—Sí.

—¿Cuántas veces la vio?

—Varias veces.

—¿Media docena?

—Por lo menos, sí.

—¿Una docena de veces?

—Probablemente, no conté los cigarrillos que encendió. En aquellos momentos, yo no pensaba que me hiciera caer en la cuenta de las veces que sacó su pitillera para extraer de la misma un cigarrillo.

—¿Media docena de veces, por lo menos?

—Así lo creo, sí.

—Usted ha declarado que notó todos los detalles del rostro del acusado.

—Sí.

—¿Todos los detalles?

—Ciertamente. Tenía la vista fija en su cara.

—¿En la cara exclusivamente?

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante todo el tiempo que duró la escena del atraco, señor Mason.

—El cual, según su declaración, fue algo muy rápido.

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo duró la escena del atraco?

—Fue cuestión de segundos.

—¿Treinta segundos?

—No, no tanto tiempo.

—¿Veinte segundos?

—No, muy pocos segundos.

—¿Cuántos?

—Yo diría que cinco o diez segundos.

—¿No más de diez segundos?

—No.

—¿Y estuvo durante todo ese tiempo con la vista fija en el rostro del acusado?

—Sí, señor. Por esa razón no me di cuenta de lo que pasó con el encendedor, no me di cuenta de que había causado un quemado en la tapicería del coche.

—¿Es cierto que el acusado extendió una mano, sacando de uno de los bolsillos interiores de su americana la cartera?

—Sí, señor.

—¿Y se guardó aquélla en su bolsillo?

—Sí, señor.

—¿Le arrancó luego el alfiler de corbata?

—Sí, señor.

—¿Se apoderó después del bolso de su acompañante?

—Del bolso de la señora Lavina, sí.

—Exactamente. Veamos ahora... ¿Llevaba usted su cartera en el bolsillo interior derecho de su americana?

—Sí, señor.

—¿Llevaba la americana abierta?

—No, señor: abotonada. Habitualmente, la llevo siempre así.

—En consecuencia, para llegar a la cartera, el acusado tuvo que introducir la mano por la abertura superior, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Y con objeto de llevar a cabo tal operación, el acusado tuvo que echarse hacia adelante, de manera que su cabeza quedó a la altura de sus mandíbulas.

—Efectivamente, señor. Es lo que hizo.

—¿Cuál de sus manos sostenía el arma? ¿La mano izquierda?, ¿la derecha?

—Yo... Déjeme pensar... La derecha.

—En consecuencia, mientras el cañón del arma era apoyado en

el costado izquierdo de usted, su mano, también izquierda, se desplazó por el interior de la americana, en busca de la cartera.

—Sí, señor.

—¿Y en qué momento realizó esa acción de apoderarse de la cartera?

—Tan pronto abrió la portezuela del automóvil.

—¿Antes de decir: «¡Arriba las manos!»?

—No. En el momento en que dijo eso.

—¿Levantó usted las manos inmediatamente, nada más dar él la orden?

—Sí.

—¿Y el acusado buscó su cartera tan pronto usted levantó las manos?

—Yo creo que antes, incluso.

—¿Levantó usted las manos con rapidez?

—Sí, señor.

—¿Con qué rapidez?

—Inmediatamente.

—¿Puede usted mostrar al jurado la rapidez con que es capaz de levantar las manos?

El testigo levantó las manos con considerable presteza.

—Bien —dijo Mason—. Mientras el acusado sacaba la cartera de su bolsillo, hemos quedado que valiéndose de su mano izquierda, todo lo que pudo ver de él fue la parte superior de su cabeza. Sus cabellos rozaban su mentón... Tenía que adoptar esa posición para hacer lo que usted sostiene que hizo.

—Pues... Yo... Sí, señor, es cierto.

—Y al quitarle el alfiler de corbata, ¿seguía con el arma en la mano derecha?

—Sí, señor.

—¿Y cogió ese alfiler con la izquierda?

—Sí, señor. Dio un terrible tirón, desgarrando levemente el tejido de la corbata, una corbata de veinticinco dólares pintada a mano, una verdadera creación.

—Y mientras se extendía para llegar al bolso de la mujer, situada a su derecha...

—La señora Lavina —interrumpió el testigo.

—Exactamente —repuso Mason, secamente—. Mientras él se

extendía para alcanzar el bolso de la señora Lavina, todo lo que usted pudo ver fue la parte posterior de su cabeza. Se había estirado por encima de sus piernas, ¿no?

—Sí, señor.

—Sí.

—¡Oh! No creo que tardara más de dos segundos...

—¿Está seguro de eso?

—Bueno... Tres segundos, quizá. Consideremos cuatro segundos. De dos a cuatro segundos, señor Mason.

—Bueno, su alfiler se hallaría sujeto a la corbata por algún dispositivo, para evitar su pérdida, ¿no?

—Sí, señor.

—Y el acusado no hizo más que cogerlo y tirar de él, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Se desprendió fácilmente?

—Tenía que ser así por su forma de cogerlo. Dio un fuerte tirón.

—¿Qué tiempo se llevó eso?

—Diría que el mismo... De dos a cuatro segundos.

—Perfectamente. El acusado inicia el movimiento que había de permitirle hacerse con la cartera... ¿Qué tiempo se llevó aquél?

—Yo diría que el mismo... De dos a cuatro segundos.

—Luego, el acusado retrocedió, cerrando la portezuela de un fuerte golpe.

—Sí, señor.

—¿Empuñando todavía el arma?

—Sí, señor.

—¿Con la derecha?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo tardó la portezuela en cerrarse?

—No más de dos segundos. Diré que de uno a dos segundos.

—Entonces, usted no se pasó todo el tiempo que duró el atraco con la vista fija en la cara del acusado, ¿verdad?

—Pues... Bueno, pues no, no estuve siempre mirándolo.

—Usted sólo podía ver la cara posterior de la cabeza al estirarse por encima de sus piernas para hacerse con el bolso. Solamente pudo ver la parte superior de su cabeza al coger su cartera. Esto es también lo que ocurrió cuando se apoderó del alfiler de la corbata... Y usted no pudo ver su rostro cuando retrocedió para cerrar de un

fuerte golpe la portezuela, valiéndose de su mano izquierda. Tampoco pudo contemplar su rostro después de haberle oído ordenar: «¡Arriba las manos!», porque usted declaró estar mirando entonces la lámpara del semáforo.

El testigo se agitó en su asiento, molesto.

—Así que vio brevísimamente el rostro del acusado... Yo diría que fue cosa de un segundo. Es lo más probable.

—Yo no he dicho eso.

—Calcule usted el tiempo por sí mismo —dijo Mason—. Necesité de dos a cuatro segundos para cada una de las operaciones que ha descrito. Usted ha declarado que toda la escena del atraco no duró, quizá, más de diez segundos, que pudo haber sido completada en cinco, que ni siquiera hubo tiempo para que la señal del semáforo cambiara mientras se desarrollaba. Ahora, señor Archer, vuélvase hacia el jurado y explique a sus miembros qué tiempo, en términos de segundos, estuvo estudiando cada detalle del rostro del acusado.

—Bueno, yo...

Hubo una pausa.

—Siga —dijo Mason.

—No puedo contestar a esa pregunta.

—No mucho más de un segundo, ¿eh?

—Bueno, yo... Sucedió todo con tanta rapidez, señor Mason, que es difícil de determinar.

—Exactamente —corroboró Mason—. Usted tuvo una visión fugitiva y borrosa de la faz del hombre que le apuntaba con su arma. Después se convenció a sí mismo de que el atacante fue el acusado.

—Eso no es verdad, en absoluto. Yo reconocí al acusado.

—Bien. Volvamos ahora a la noche del suceso. Usted tenía en la mano el encendedor...

—Sí, señor.

—¿Lo acercó al cigarrillo?

—Sí, señor.

—¿Estaba vigilando la señal de tráfico y guiando al mismo tiempo el encendedor hacia la punta del cigarrillo?

—Sí, creo que sí.

—Perfectamente. Entonces, ¿dónde se había fijado su vista? ¿En

la luz roja de la señal? ¿En el encendedor?

—En ambas cosas... Principalmente, en la señal de tráfico.

—¿Era una luz roja brillante?

—Sí, señor.

—¿Y usted miraba también el encendedor que tenía en la mano?

—Sí, señor.

—Y, directamente, bajo la señal de tráfico, había un anuncio luminoso de neón, correspondiente al establecimiento del otro lado de la calle, ¿no?

—Creo que... sí, señor.

—En consecuencia, sus ojos se hallaban habituados a una luz bastante brillante.

—Supongo que es así.

—¿Y se hallaba el acusado plantado en la calle, donde había una relativa oscuridad?

—Pues... sí, señor.

—Y usted lo vio durante no más de un segundo. ¿Es el único momento en que contempló su faz?

—Yo... Bien, sí.

—Usted vio su rostro durante un fugitivo segundo —dijo Mason, subrayando sus palabras con repetidos movimientos de sus dedos índice—, hallándose esa faz en la oscuridad y después de que sus ojos se hallasen un tanto deslumbrados por el brillante rótulo de neón, la luz roja de una señal de tráfico y la del encendedor.

Archer se encogió de hombros.

—Supongo que fue así, tal como usted dice.

—No suponga nada y no me haga testificar por usted —dijo Mason—. ¿Es eso un hecho o no lo es?

—Muy bien. Es un hecho.

—¿Afirma usted que el coche del acusado presentaba un abollado en el guardabarros derecho?

—Sí, señor.

—¿Estaba usted orientado hacia el sur?

—Sí, señor.

—¿Y estaba el coche del acusado orientado hacia el norte?

—Sí, señor.

—¿Estaba estacionado al otro lado de la calle?

—Sí, señor.

—¿En la acera opuesta?

—Sí, señor.

—¿Y pudo usted ver el guardabarros abollado de la derecha a pesar del capó del coche?

—No, señor. Vi ese guardabarros cuando el acusado saltó a su coche, alejándose de la acera. Al volver su automóvil, giró claramente hacia la izquierda. Yo intentaba localizar alguna señal distintiva en el vehículo y vi el guardabarros abollado. Fue un momento, pero bastó. Lo vi, sí.

—¿Ha vuelto a ver el coche después?

—Sí, señor. Lo vi en la jefatura de policía, ayer.

—¿Y lo identificó?

—Sí, señor. Era el mismo automóvil.

—Sin embargo, usted no reveló a la policía la existencia de ese guardabarros abollado la noche del atraco.

—No, señor, aquella noche, no. Me encontraba muy nervioso. Creo que lo mencioné al día siguiente, sin embargo.

—Eso es todo —dijo Mason.

Harry Fritch declaró lentamente:

—He de hacerle una sola pregunta, señor Archer. Con independencia de los segundos que durara eso, según deduzco de su testimonio, usted vio al acusado el tiempo suficiente para reconocerle. ¿Es así?

—Un momento —meditó Mason—. Me opongo a esa pregunta, señoría. Lleva en sí una determinada intención, es sugerente.

—Se admite la protesta.

Fritch sonrió.

—¿Quién era el hombre que les atracó?

—El acusado.

—Eso es todo —dijo Fritch.

El juez Egan frunció el ceño, mirando a Fritch.

—La intención, en una pregunta de tipo sugerente —advirtió—, se evidencia al ser formulada la misma. Creo que el señor delegado del fiscal del distrito habrá comprendido eso tan bien como yo.

—Le ruego a su señoría que me perdone —contestó Fritch—. Intentaba tan sólo abreviar.

—¿Algunas preguntas más que formular? —preguntó el juez Egan a Mason.

—Ninguna, señoría.

Archer abandonó el estrado.

—Bien. La señora Lavina estaba siendo interrogada el viernes —manifestó el juez Egan—. Se requiere la presencia de la señora Lavina en la sala, con objeto de que suba al estrado de los testigos, para que prosiga su interrogatorio.

Martha Lavina tornó a entrar en la sala, encaminándose al estrado. Al sentarse, obsequió con una sonrisa muy leve al juez, a los miembros del jurado y al público, si bien al repasar al auditorio su gesto se había reducido a una larga mirada.

Mason se puso en pie después de echar su silla lentamente hacia atrás. Seguidamente, se enfrentó con la testigo.

—Puesto que es usted la última persona en subir al estrado —dijo—, ¿habló con Rodney Archer?

—No he hablado con el señor Archer —repuso ella, sonriendo—. Me consta que a los testigos no les está permitido discutir los términos de su testimonio y me he adherido rigurosamente al espíritu y a la letra de la advertencia de la sala.

—Se habrá ocupado del caso, no obstante, con el señor Harry Fritch, ¿verdad?

—El señor Harry Fritch y yo nos ocupamos de ciertos aspectos de mis declaraciones.

—¿Le preguntó qué era lo que pensaba declarar?

—Me hizo varias preguntas, a las cuales contesté.

—¿Se refería a su testimonio?

—Estaban relacionadas con los acontecimientos del caso.

—Señoría —manifestó Harry Fritch con natural afabilidad—: He de admitir que hablé con la testigo. No puedo leer en la mente de nadie. Es forzoso que me entere de las declaraciones que va a hacer un testigo para preparar mi labor.

—El señor Mason está interrogando a la testigo —respondió el juez Egan—. ¿Desea usted obtener algo?

—Ciertamente que no.

—Pues siéntese.

Fritch, lentamente, hizo lo que acababan de indicarle.

Habló Mason:

—Ahora me gustaría conocer unos cuantos detalles acerca del atraco, señora Lavina.

—Sí, señor Mason.

—¿Cuánto tiempo llevaba usted con el señor Archer aquella noche?

—Hora y media, aproximadamente. Cené con el señor Archer.

—¿Dónde?

—En *The Golden Lion*.

—¿Qué cenaron ustedes? ¿Lo recuerda?

—Ha transcurrido ya algún tiempo desde entonces, señor Mason, pero sí que lo recuerdo. Yo había elegido unos camarones fritos a la francesa. Recuerdo que el señor Archer y yo hablamos de este plato.

—Y después de abandonar el restaurante recorrieron un determinado trayecto, hasta el lugar en que tuvo efecto el atraco. ¿Se acuerda del itinerario seguido?

—Naturalmente. Bajamos por el bulevar Harvey hasta Murray Road, desde donde pasamos al bulevar Crestwell y al punto que fue escenario del atraco.

—¿Podría usted describirme de nuevo el atraco?

—Señoría —medió Fritch—: las preguntas relativas a ese hecho fueron formuladas ya, contándose con las correspondientes respuestas. Los interrogatorios no han de ser forzosamente interminables.

—Se desestima la protesta.

Martha Lavina sonrió:

—Nos detuvimos ante una señal de tráfico. La luz roja se encendió cuando nos acercábamos al cruce. El señor Archer inició la operación de encender un cigarrillo. De repente, se abrió la portezuela del lado izquierdo del coche. Vi entonces al acusado allí, empuñando un arma. Ordenó al señor Archer que levantara las manos.

—¿Estaba a punto de encender su cigarrillo el señor Archer en aquel momento? —preguntó Mason.

—En cuanto a eso, no estoy segura del todo, señor Mason. Me inclino a pensar que sí. He de admitir que me sentía muy nerviosa.

—¿Qué hizo el acusado?

—Adelantó una mano, apoderándose de la cartera que el señor Archer llevaba en uno de los bolsillos interiores de su americana. Se apoderó de su alfiler de corbata y de mi bolso. Luego, cerró la portezuela y echó a correr hacia su coche, desapareciendo.

—¿Pudo usted ver bien el coche en cuestión?

—Sí, bastante bien. Pero mi ayuda no puede servir de mucho a la hora de identificar un automóvil. Soy mujer y las mujeres no solemos fijarnos en esas cosas. No entiendo de cuestiones mecánicas ni automovilísticas.

—¿Qué llevaba usted en el bolso? —inquirió Mason.

—Unos ciento veinticinco dólares en efectivo.

—¿Y qué más?

—Aparte del dinero, llevaba en el bolso lo que solemos llevar todas las mujeres: llaves, lápiz de labios, un portamonedas, una caja de polvos, una agenda y alguna que otra cosa en la que ahora no caigo.

—Usted ha identificado este bolso como el suyo —dijo Mason, mostrándole el que figuraba como prueba.

—Ciertamente.

—¿El bolso que llevaba consigo aquella noche?

—Exactamente, señor Mason.

—¿Cuándo volvió usted a ver el bolso después?

—Cuando la policía me lo enseñó.

—¿Y cuándo fue eso?

—Después de haber identificado al acusado entre otros rostros.

—¿Le enseñaron a usted este bolso, encontrándose el mismo en el estado actual?

—Sí. Observará que el bolso tiene una solapa que se pliega hacia abajo, por delante, la cual contiene un espejo, de manera que al abrir el bolso queda al descubierto aquél, para un retoque de urgencia.

—¿Proyectó usted ese bolso?

—No, yo no lo proyecté. Fue fabricado de acuerdo con mis indicaciones.

—¿Son todos sus bolsos por el estilo?

—Pues sí.

—¿Cuántos tiene?

—Tengo varios de distintas formas. Hay uno de piel de ternera negro; otro, rojo, de piel de cocodrilo; un tercero de cuero, brillante...

—¿Son todos esos bolsos especialmente fabricados para usted?

—¿Puede tener alguna influencia eso en lo demás?

—Yo intento, simplemente, ayudarle a fijar su identificación.

—Yo no creo que usted intente ayudarme en nada, señor Mason —dijo la mujer, sonriendo fríamente—. Lo que sí me imagino es que quiere confundirme.

—Intento llegar a los hechos —insistió Mason.

—Estoy absolutamente segura de que se trata de mi bolso, señor Mason. De ser necesario, puedo decirle dónde lo compré.

—Usted se quedó sin él cuando el atraco y ya no volvió a verlo hasta que se lo mostró la policía, ¿verdad?

—Así es.

—¿Recobró alguno de los objetos que contenía el bolso?

—No.

—El espejo de la solapa frontal es muy grueso, ¿eh?

—En efecto. Soy un tanto supersticiosa. Todo el mundo dice que traen mala suerte los espejos rotos. Pedí, por consiguiente, a mi fabricante que en todos mis bolsos pusiera un espejo fuerte, grueso. Además, se hallan respaldados por una fina chapa de acero.

—¿Como el espejo de este bolso?

—Sí. Lo mismo ocurre con el espejo del bolso que ahora llevo.

—¿Contenía el bolso de la noche del atraco las mismas cosas que el que usted lleva ahora?

—En general, sí.

Martha Lavina soltó el cierre del bolso, abriendo éste. Luego, estudió su interior. Con toda naturalidad, a continuación, lo cerró.

—¿Usted fuma, señora Lavina?

—Sí.

—¿Hay una marca particular de cigarrillos por la cual sienta especial predilección?

—Prefiero el «Lucky».

—¿Usted sabe si el señor Archer fuma?

—Ciertamente.

—¿Fuma el señor Archer?

—Sí.

—¿Conoce usted la marca de cigarrillos por él preferida?

—Pues... no tengo seguridad en cuanto a eso...

Mason repuso:

—No deseo sacar ventajas susceptibles de ser calificadas de desleales, señora Lavina, pero he de comunicarle que habiendo

hecho al señor Archer una pregunta similar me respondió que a usted le gustaba el «Lucky», pero que él prefería el «Chesterfield». ¿Calificaría usted la declaración de correcta?

—No tengo seguridad en lo que se refiere a la marca de cigarrillos preferida por el señor Archer. Si él dijo que se inclina por el «Chesterfield», lo creo. ¿Quién mejor que el señor Archer puede saberlo?

—¿Fumó usted en el transcurso de la noche en que estuvo con el señor Archer?

—Naturalmente.

—¿Fumó usted un cigarrillo antes de la cena?

—Sí.

—¿Y otro durante la cena?

—Sí.

—¿Y otro después de la cena?

—Sí.

—¿Estaba usted fumando en el momento de perpetrarse el atraco?

—Yo... No puedo recordarlo... Me parece que no.

—Sin embargo, ¿había fumado usted después de la cena?

—Sí.

—¿Hallándose dentro del automóvil?

—Creo que sí, sí.

—Y como usted prefiere el tabaco «Lucky», utilizó sus cigarrillos exclusivamente, ¿no?

—En efecto.

—¿Puedo verlos?

Fritch terció en el interrogatorio:

—Señoría: en mi opinión se está ampliando exageradamente el campo de esta testificación. Es más, yo creo que se está perdiendo el hilo de este interrogatorio.

—¿Se opone usted a la pregunta? —inquirió el juez Egan.

—Me opongo a ella basándome en que el interrogatorio no discurre por unos cauces lógicos, estimándolo incompetente, carente de importancia, no ajustado a la realidad.

—Creo, señoría, que dentro de unos momentos seré capaz de relacionar esta cuestión con otras cosas del caso —repuso Mason.

—Se desestima la objeción —declaró el juez Egan.

—¿Lleva usted cigarrillos en su bolso ahora?

—Sí, por supuesto.

—¿Puedo verlos?

Ella vaciló un momento. Después, considerablemente irritada, abrió el bolso, escudriñando en el interior del mismo.

Mason se acercó a la silla de la testigo. Ésta, bruscamente, giró, dando la espalda al abogado. Un instante después, sacaba del bolso una pitillera de plata, que entregó a su interrogador.

Mason describió el objeto:

—Esta pitillera es de plata; lleva un encendedor incorporado y contiene cigarrillos «Lucky Strike». En la tapa de la pitillera se ven las iniciales «M. L.» entrelazadas y encerradas en un óvalo.

Mason mostró la pitillera a los miembros del jurado, procediendo luego a devolvérsela a su dueña.

—Hace ya tiempo, sin duda, que posee esta pitillera, ¿no es así? Está bastante usada, al parecer. He observado que parte de los trazos correspondientes a las iniciales se hallan borrados a causa del roce, seguramente.

—La poseo muchos años ya. Se trata de un objeto que tengo en mucha estima. Me la regaló un amigo.

—¿La lleva consigo constantemente?

—Sí.

—¿Puede usted explicar entonces al jurado —dijo Mason con toda naturalidad— cómo ha llegado esa misma pitillera hoy a su bolso, teniendo en cuenta que se hallaba en el que llevaba la noche del atraco, el cual le fue quitado, no habiendo recobrado nunca las cosas que contenía, según sus propias declaraciones?

Y Mason se apartó de la testigo para dirigirse a la mesa de la defensa, sentándose.

Martha Lavina, en el estrado, se quedó inmóvil, con la pitillera en la mano. Su rostro se encontraba intensamente pálido.

Hubo una pausa que el propio Mason rompió:

—Bien. ¿Puede usted contestar a esa pregunta?

—La noche del atraco no llevaba conmigo la pitillera. Yo no he dicho que la llevara, señor Mason.

—Usted dijo que su bolso contenía objetos diversos, cigarrillos y...

—Exactamente —repuso la mujer con aire de triunfo—. No me

había acordado de poner mi pitillera en el bolso. Me acuerdo de eso ahora. La eché de menos nada más abandonar mi apartamento. Entonces, compré un paquete de cigarrillos «Lucky Strike» y una caja de cerillas. Llevaba ambas cosas en mi bolso aquella noche. El bolso no contenía en cambio mi pitillera.

—Así, pues, ¿ha incurrido en un error el señor Archer al declarar que había sacado cigarrillos de su pitillera de plata con el encendedor incorporado?

La señora Lavina tenía en aquel momento el aire de un animal cogido en una trampa.

—¿Incurrió en un error el señor Archer? —preguntó Mason.

—Señoría —medió Fritch—: me opongo a esa pregunta, que estimo argumentativa.

—Se admite la objeción —dijo el juez Egan.

—¿Está usted completamente segura de que no llevaba consigo la pitillera aquella noche?

—Segura.

—¿Y también está segura de que tenía un paquete de cigarrillos «Lucky Strike» que no se encontraban en la pitillera? ¿Y, asimismo, está segura de haber encendido esos cigarrillos con cerillas de papel procedentes de un estuche plegable?

Hubo nuevamente una larga pausa.

—¿Puede usted responder a esas preguntas? —insistió Mason.

—Sí... Es que estoy intentando recordar determinados detalles.

—Hace unos minutos se ha mostrado usted muy insegura en su respuesta —señaló Mason—. ¿Es una causa de su vacilación, señora Lavina, la idea de que el señor Archer ha formulado declaraciones con respecto a esa pitillera del encendedor incorporado?

—No —repuso ella, secamente.

—Usted ha declarado positivamente que se acordaba de haber adquirido un paquete de cigarrillos «Lucky Strike», que encendió con cerillas de papel procedentes de un estuche plegable. ¿Es ésta una interpretación correcta de sus palabras o no?

—Yo... Creo que sí... Sí.

—¿Lo sabe?

—Sí.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Completamente segura?

—Sí.

—¿Tan segura como puede estarlo de cualquier otro testimonio aportado?

—Sí.

—¿Tan segura como que fue el acusado quien perpetró el atraco?

—Sí.

—Así, pues, si luego resultara que usted se hallaba confundida con respecto a la cuestión de los cigarrillos, cabría también la posibilidad de que se equivocase al proceder a la identificación del acusado, ¿no?

—Esa pregunta es de tipo argumentativo —objetó Fritch.

—Me limito a probar la efectividad de los recuerdos de la testigo. Ella nos puede facilitar la norma media que nos ayudará a determinar su precisión.

—Se desestima la objeción —indicó el juez—. La testigo habrá de responder a esa pregunta.

—¡Sí! —contestó ella.

—Bueno, no existe la posibilidad de un error en esto —dijo Mason—. De existir un testimonio por el que se afirmara que usted llevaba encima una pitillera de plata, ese testimonio sería erróneo. ¿No es así?

—Bueno, señor Mason, desde luego, usted estaba hablando de una pitillera determinada...

—Usted ha podido pensar así, pero ahora estoy hablando de una pitillera cualquiera. ¿Verdad que si en este caso se presentara cualquier testimonio por el cual se asegurara que usted era portadora aquella noche de cualquier pitillera de plata el testimonio sería necesariamente erróneo?

—Yo... estoy intentando reflexionar.

—¿Se acuerda de haber comprado los cigarrillos «Lucky Strike» en un paquete?

—Sí, señor.

—¿Habría dejado los cigarrillos en su paquete de haber tenido en el bolso otra pitillera de plata?

—A veces he pedido a una de las chicas una pitillera.

—¿Por qué?

—Por si yo... Bien... No ha sido con frecuencia. Lo he hecho en una ocasión.

—¿Ha pedido usted una pitillera prestada?

—¡Oh! Ocasionalmente...

—Déme el nombre de una de las chicas, como usted las llama, de la que recibió alguna vez, prestada, una pitillera.

—Inez Kaylor.

—¿Es Inez Kaylor la joven que usted colocó por la época del atraco?

—Sí.

—¿Y sigue trabajando para usted?

—Sí.

—¿Dónde se encuentra ahora? ¿Usted lo sabe?

—Sí que lo sé.

—¿Dónde está?

—Se halla bajo la atención de un médico. La acosaron tanto con motivo de este asunto que...

El juez Egan interrumpió a la testigo.

—Usted límitese a decir dónde se encuentra esta testigo.

—En una clínica particular.

—¿Usted sabe si posee un apartamento en Las Vegas?

—Tengo entendido que pasa temporadas en Las Vegas.

—Pero ha sido continuamente empleada suya, ¿no?

—Sí y no.

—¿Qué quiere dar a entender con eso?

—No siempre trabaja para mi todas las noches consecutivas... Desaparece cuando se le antoja. Mis chicas no trabajan..., es decir, no tienen que hacer funcionar ningún reloj de control horario. Pueden irse de mi lado cuando les plazca, si lo desean.

—Y la señorita Kaylor deseaba disfrutar de tiempo de sobra, para poder permanecer en Las Vegas todos los días que quisiese... ¿Es así?

—Le gustaba el juego.

—¿No hay dos chicas que responden al apellido Kaylor?

—¿Trabajando para mí?

—Trabajando para usted ahora o que trabajaban antes.

—Señor Mason: nunca podré decirle, desde luego, cuántas muchachas hay dentro de Estados Unidos apellidadas Kaylor.

—¿Usted cuántas conoce?

—Una.

—¿Nada más que una?

—Sí.

—¿No tuvo ocasión de conocer a ninguna más?

—No.

—¿Tiene Inez Kaylor una hermana?

—No.

—¿Es Inez Kaylor la misma persona conocida con el nombre de Petty Kaylor?

—Petty es su nombre profesional.

—¿No hay dos chicas apellidadas Kaylor en sus negocios?

—Señor Mason: no sé de dónde puede usted haber sacado tal idea.

—¿Las hay?

—No.

—¿Las ha habido?

—Bueno, ahora... intento recordar... Desde luego, a algunas de las jóvenes que trabajan para mí las conozco mejor que a otras.

—¿Ha tenido usted en sus locales dos chicas apellidadas Kaylor?

—Tendría... tendría que mirar mis libros.

—Aparte de la Inez Kaylor a que usted se ha referido, ¿ha trabajado para usted alguna otra muchacha con ese apellido?

—Bueno, señor Mason... No es fácil responder a esa pregunta. Las chicas que contratamos para nuestros locales utilizan nombres de *guerra* por así decirlo. Pocas veces usan sus apellidos reales, los familiares. Proceden así por razones que son bien evidentes para todos.

—Estoy preguntándole si recuerda a cualquier otra chica a quien alguna vez diera empleo y que se apellidara Kaylor.

—No.

—¿No recuerda a ninguna otra chica que respondiera al apellido Kaylor?

—Bueno, ahora, desde luego que... Me parece... Recuerdo que... A veces se dan cosas así. Es corriente que una muchacha adopte el nombre de otra, particularmente si desea asemejársele. Por tal procedimiento, una chica puede conquistar la buena voluntad de un cliente, recurriendo a un apellido que fue popular...

—En otras palabras: se va una joven y llega otra que se parece a la anterior, conduciéndose de una manera similar.

—Bueno, no es exactamente así... Puede pasar, por supuesto, que se marche una chica y que venga otra que la imite en lo posible, por no pasar del todo como una extraña. Nadie quiere pasar por «nueva» si puede evitarlo y la suplantación la favorece. Ser conocida, para ellas, ya es una ventaja. Hay quien entra en un local y cita un nombre...

Martha Lavina no mostraba ya tanto aplomo como antes.

—Usted lo que quiere decir es que es habitual que una muchacha semejante a otra adopte el nombre de la anterior.

La vacilación de la testigo evidenciaba que se hallaba en un aprieto.

Harry Fritch se puso en pie de pronto, acudiendo en ayuda de Martha Lavina.

—Señoría —dijo—: Me opongo a esto. Pacientemente, me he abstenido de formular reparos mientras las preguntas de la defensa se han centrado en la joven que había cogido en su coche a la señora Lavina en el lugar del atraco. Veo natural que la defensa formule todas las preguntas que quiera acerca de la señorita Kaylor y de la posible existencia de un doble... Me opongo, en cambio, a que ahonde en las vidas privadas de dieciocho camareras más. Nos vamos a pasar aquí seis meses si el interrogatorio se amplía hasta ese punto.

—Se admite la objeción —dijo el juez Egan—. La defensa limitará sus preguntas al tema de la identidad de la persona mencionada por la testigo, aquella que la llevó en su coche desde el sitio en que fue perpetrado el atraco.

—A quien la testigo pidió una pitillera prestada —contestó Mason.

—La sala se hace cargo —manifestó Egan.

—Yo considero el detalle del préstamo de esa pitillera importante, señoría, y...

—No existe limitación en lo tocante a las preguntas concernientes a la señorita Kaylor, señor Mason. Prosiga con su interrogatorio de la testigo.

—¿Pidió usted prestada una pitillera a la señora Kaylor, señora Lavina, la noche del atraco?

—No... no puedo estar totalmente segura.

—En otras palabras: ¿llevaba, quizá, en su bolso una pitillera vacía cuando adquirió el paquete de cigarrillos «Lucky Strike»?

—Pues... Si no hubiese estado vacía yo no habría comprado el paquete, ¿verdad?

—Soy yo quien pregunta.

—Creo... creo que sí.

—¿Afirma concretamente que sí?

—Yo diría que era probable.

—Pero si usted llevaba en su bolso la pitillera vacía, habría podido llenarla en seguida con los cigarrillos del paquete de «Lucky Strike», ¿no es así?

—Sí.

—Y si usted llevaba encima una pitillera aquella noche es porque se la pidió prestada a Inez Kaylor.

—Sí, señor.

—¿Y no puede decirnos si se la pidió o no?

—Bien. Yo no creo que hiciera eso aquella noche concretamente... No sé...

—Dígame ahora: ¿se halla en buenas relaciones con las chicas que trabajan para usted?

—Intento llevarme bien con ellas, sí.

—¿Es usted justa en sus relaciones con ellas?

—Intento serlo.

—¿Les paga bien? ¿Satisface sus honorarios con puntualidad?

—La compensación que obtienen no puede recibir el nombre de honorarios, señor Mason.

—¿Les abona puntualmente todo lo que debe abonarles?

—Sí.

—¿Debe usted algún dinero en estos momentos a la señorita Kaylor?

—No.

—¿Ha recibido ella todo lo que tenía que recibir por lo que a usted concierne?

—Sí.

—¿No se da entre ustedes la relación deudor-acreedor?

—No.

—¿No le debe usted ni un centavo siquiera?

—No.

—¿Le abonó dinero alguna vez por una pitillera?

—¿Por una pitillera?

—Sí.

—No.

—Pero si su pitillera, la que usted le pidió prestada, hubiese estado en su bolso la noche del atraco, no habría podido devolvérsela. Por consiguiente, usted habría tenido que compensarla económicamente, por la pérdida, ¿no?

—Yo... Bien... Sí, desde luego.

—¿Sí o no?

—Sí, supongo que sí.

—¿Y usted no abonó nada para indemnizarla por la pérdida de su pitillera?

—Yo... No.

—¿Y no le debe usted una cantidad equivalente al valor de la pitillera?

—No.

—Por lo tanto, su pitillera no pudo encontrarse en el bolso que usted llevaba la noche del atraco.

—No. Supongo que no podía...

—Muy bien —dijo Mason—. Creo que he formulado todas mis preguntas ya sobre la pitillera. ¿Desea volver a ponerla en su bolso, señora Lavina?

Ella giró en su silla, de manera que, una vez más, su cuerpo se interpuso entre el bolso y el abogado. Abrió entonces aquél, guardando la pitillera del encendedor incorporado. Después de cerrar el bolso se enfrentó nuevamente con Mason.

—Después del fin de semana —señaló Mason—, usted ha recordado muchos detalles que fue incapaz de evocar el viernes por la tarde, hallándose también en este estrado.

—Bueno, muchos detalles no, algunos.

—¿Y usted no se ha puesto en comunicación con el señor Archer para tratar de esos detalles?

—No he hablado con el señor Archer, señor Mason. Quiero dejar esto bien sentado de una vez. No he hablado con el señor Archer desde las primeras horas del viernes...

Mason se quedó pensativo un momento. Luego miró al juez

Egan.

—Con la venia de la sala... Es solamente un momento —dijo.

Mason se apartó de la testigo, acercándose a la barandilla de separación entre la parte preferente de la sala y el espacio ocupado por el público. Captó la mirada de Paul Drake, a quien hizo una seña.

Drake se le aproximó. Los espectadores observaban la escena con curiosidad. Harry Fritch había cerrado los ojos, entregándose a diversas especulaciones. Martha Lavina, por vez primera, se veía muy nerviosa. Su nerviosismo se acentuó al descubrir a la persona con quien ahora Mason conversaba en voz baja.

El juez Egan, irritado, miró el reloj, frunciendo el ceño al posar al vista en Mason.

Drake susurró:

—¿Qué pasa, Perry?

—No lo sé —repuso Mason—. Me limito a poner obstáculos...

—Vas a salir malparado —le advirtió Drake—. El viejo Egan está muy inquieto.

—Me consta. Bueno, Drake, yo quería decirte algo... Martha Lavina tiene algo especial en su bolso, algo de lo que se ha acordado al llegar aquí, algo que se le había olvidado. No se acordaba de que esa *cosa* estaba en su bolso, dándose cuenta de ello al abrir el mismo para sacar ese encendedor. Vi algo amarillo dentro...

—¿Qué es?

—A mí me parece que es un trozo de papel que ha sido arrancado de uno de esos blocs amarillos que se colocan aquí sobre las mesas de la defensa y del fiscal para que los abogados los utilicen, de hacerles falta. Ese papel pudo haber ido a parar a sus manos, proveniente de las de Harry Fritch. También es posible que se lo enviara Rodney Archer. Recuerda que siempre que le he preguntado si ha estado en comunicación con su amigo me ha respondido muy indignada: «Yo no he hablado con Rodney Archer desde el comienzo de la vista».

»Puesto a imaginar, he pensado que lo más probable, cuando salga de aquí, es que procure desembarazarse cuanto antes de lo que lleva en el bolso. Puede que se dirija a la sala de descanso femenina y también existe la posibilidad de que rompa el papel y lo

arroje, en finos trozos, a cualquier cesta de los pasillos. Quiero que sea vigilada nada más abandonar este lugar. No podemos perderla de vista ni un solo minuto. Si se introduce en la habitación de las señoras, arréglatelas para que entre allí una de tus colaboradoras. Desde luego, si arroja los trozos a un lavabo poco podremos hacer, pero yo lo que quiero es que sea evitado eso. Bueno, tendrás que recurrir a tu imaginación...

El juez Egan abatió su mazo.

—La sala no tiene inconveniente en acceder a la petición de la defensa, pero no podemos alargar innecesariamente este juicio. Voy a pedir a la defensa que prosiga con su interrogatorio.

—Muy bien, señoría.

Mason se volvió hacia el juez. A continuación, giró en redondo para hacer otra pregunta a Paul.

—¿Qué hay acerca de la Aphrodite Model Agency, Paul?

—Tenemos formuladas dos solicitudes femeninas... Mary Brogan anda en eso también. Suponemos que el interesado se presentará esta mañana a recoger las cartas contestando a su anuncio...

El juez Egan golpeó repetidas veces la mesa con su mazo.

—He indicado a la defensa que debía continuar ocupándose del caso. Esta sala no tolerará más dilaciones.

—Sí, señoría —contestó Mason, quien, volviéndose, añadió—: No tengo más preguntas que formular a la testigo, señoría.

—Llame a su primer testigo para la defensa, señor Mason —ordenó el juez Egan.

—Inez Kaylor —contestó el abogado—. ¿Quiere hacer el favor el alguacil de llamar a Inez Kaylor?

Martha Lavina, que se había separado del estrado de los testigos, se acercó a Harry Fritch, susurrándole algo al oído.

Fritch se puso en pie.

—Señoría —dijo—: Me creo más familiarizado, probablemente, con este aspecto de la situación que ninguna otra persona. Yo tengo tanto interés como el señor Mason en que esta testigo comparezca. No obstante, he de declarar que debido a determinadas circunstancias, que podría explicar más libremente hallándose el jurado ausente, es imposible la comparecencia de dicha testigo en este momento.

—Imposible, ¿por qué? —inquirió el juez Egan.

—Eso es algo que preferiría explicar hallándose el jurado ausente, para la buena marcha del caso.

El juez Egan contestó:

—No podemos hacer entrar y salir de la sala al jurado a cada paso. Los jurados son personas ocupadas, que sacrifican su tiempo en favor de la administración de la justicia.

—¿Desea la sala que haga esta declaración en presencia del jurado? —inquirió Fritch con un centelleo perverso en sus ojos.

—No, no —repuso el juez—. La sala accede a la petición del delegado del señor fiscal. Hay que señalar la conveniencia, sin embargo, de que sea aprovechado este paréntesis para plantear todas aquellas cuestiones que pueden exigir la salida de los miembros del jurado.

El juez Egan esperó a que aquéllos salieran de la sala, diciendo luego a Fritch:

—Prosiga.

—Lo que me dispongo a declarar es una cuestión que me hallo en condiciones de probar.

—Adelante —dijo el juez Egan—. Veamos de qué se trata.

—Inez Kaylor se ha visto asediada en el presente caso. Primeramente, por los detectives empleados por la defensa y luego por el propio Perry Mason, quien, sin darse a conocer, se hizo pasar por un cliente más en el club, procurándose la compañía de la señorita Kaylor, que allí trabajaba.

—¿Y hay algo que oponer a eso? —medió Mason—. El club nocturno es un establecimiento abierto al público.

Habló el juez Egan:

—Deje que el señor Fritch complete su declaración. Luego, podrá hablar, señor Mason.

—Insisto en que la joven se ha visto asediada —explicó Fritch—. El sábado por la tarde recibió una orden de comparecencia. Ésta le fue entregada en unas circunstancias tales que la enervaron. Inmediatamente después, una pariente del acusado intentó penetrar en el apartamento de la señorita Kaylor. Ésta intentó suicidarse ingiriendo un buen número de pastillas somníferas. Ahora, se halla en plena convalecencia. Su médico opina que no se halla en estos instantes en condiciones de darnos a conocer su testimonio.

—¿Por qué?

—Está demasiado nerviosa.

—¿Posee usted un certificado del doctor?

—Sí, señor. Atiende a la enferma el doctor Doyle.

—La estaba atendiendo el doctor Hanover —objetó Mason.

—Sí. Hasta que se presentaron sus familiares —explicó Fritch—. Los familiares, después, requirieron los servicios de su médico, el doctor Herkimer L. Doyle.

—¿Habíala tratado antes el doctor Doyle? —preguntó Perry Mason.

—No lo sé —repuso Fritch, irritado—. Yo no acostumbro a pasarme las noches con las empleadas de ciertos clubs. Tengo otras cosas que hacer.

—Eso parece —comentó Mason.

—No quiero que haya intercambio de carácter personal entre ustedes —dijo a los abogados severamente el juez Egan—. ¿Qué es lo que hay acerca del doctor Hanover? ¿Qué papel representa en este asunto?

—El doctor Hanover fue llamado por alguien a quien él no ha querido o no ha podido identificar. Prestó los primeros auxilios y trasladó a la paciente al hospital, con objeto de que fuese sometida a un tratamiento de urgencia. La paciente no había visto al doctor Hanover en su vida. Como es natural, prefería los servicios de un médico de su elección.

—¿Había visto al doctor Doyle antes? —inquirió Mason.

—He de decirle que no lo sé —replicó Fritch.

—Bueno, usted está enterado de que ella no había visto nunca antes al doctor Hanover —dijo Mason—. ¿Y cómo es que no sabe a qué atenerse con respecto al doctor Doyle?

—Estoy convencido de que una vez despedido el doctor Hanover, fue llevado allí el doctor Doyle, con el único propósito de que extendiera un certificado asegurando que la testigo no podía subir al estrado.

—Estoy seguro de que no hubo nada de eso —afirmó Fritch, muy digno.

—¿Contrató la señora Lavina los servicios del doctor Doyle? —inquirió Mason.

—Yo no sé quién le paga al doctor Doyle, con seguridad. Todo lo que sé es que poseo un certificado expedido por él, declarando que

esa persona no debe comparecer en esta sala hoy. Hablé con el médico por teléfono.

El juez Egan declaró:

—No quiero someter a esa joven a un esfuerzo nervioso. Pero me parece que debe comparecer para prestar declaración. Si todos los testigos se liberasen del estrado declarando simplemente que se ponían nerviosos y que aquél les suponía una dura prueba, dispondríamos de escasísimos testimonios en nuestros procesos. La sala no tiene inconveniente en reconocer que, frecuentemente, el hecho de prestar declaración como testigo supone para algunas personas una desagradable experiencia. Sin embargo, esta joven ingirió un puñado de píldoras somníferas el sábado y... ¿cuándo recobró el conocimiento, señor Fritch?

—Lo ignoro.

—¿Cuándo despidió al doctor Hanover para quedar bajo los cuidados profesionales del doctor Doyle?

—No lo sé.

—¿El sábado?

—No puedo decírselo, señoría.

—A mí me parece que vemos muchos huecos que habrá que llenar. Se hace evidente que no disponemos del concurso de la testigo, a pesar de que, por lo visto, se le había entregado una orden de comparecencia. La paciencia de la sala es cada vez menor con motivo de tan repetidos aplazamientos. Voy a continuar con este asunto hasta las dos de esta tarde. Entretanto, la defensa puede proseguir su labor con cualquiera de sus otros testigos.

—La defensa no dispone de otros testigos —dijo Mason—, aparte del acusado, y la defensa desea interrogar a la testigo Kaylor antes de hacer subir al estrado al acusado. La defensa opina que debe ser autorizada para valerse del acusado como último testigo antes de que sea encomendada la solución del caso al jurado.

El juez Egan frunció el ceño.

—Esto resulta terriblemente enojoso —manifestó—. Nos quejamos a cada paso porque nuestras salas de justicia se hallan congestionadas. Jurados, testigos y litigantes se lamentan por los retrasos producidos y aquí nos vemos, en cambio, en una situación especial, pensando en aplazamiento sólo por mediar un certificado médico. Se suspende la vista de la causa durante diez minutos. Este

tiempo será aprovechado por la sala para ponerse en contacto con el doctor Doyle, por teléfono. La sala rechaza su certificado. Habrá de comparecer el doctor Doyle o la testigo, a menos que sean aclarados ciertos extremos. ¿Supone usted, señor Mason, que Martha Lavina es quien paga los servicios profesionales del doctor Doyle?

—Lo que yo supongo, señoría, es que el doctor Doyle fue requerido simplemente para impedir que la joven se presentase en esta sala hoy. Me imagino que la sala sabrá ver que este médico es tan extraño para la paciente como pudiese serlo el doctor Hanover.

—No quisiera aventurarme mucho en mis afirmaciones —replicó Fritch—, pero creo que el doctor Hanover fue escogido por el señor Mason. Sé que fue cliente suyo.

—Bien. Intentaremos poner las cosas en orden, de una manera u otra, durante los próximos diez minutos —indicó el juez Egan—. La sala, naturalmente, se siente impaciente ante una situación de este tipo. Comprendo el deseo de la defensa de hacer subir al estrado al acusado antes de que el caso pase al jurado, pero hay que considerar otras cosas aparte de los deseos del acusado. Si resulta que no se va a contar con la señorita Kaylor, la sala insistirá en que la defensa continúe con el caso, llevando a otros testigos al estrado. No podemos aceptar un aplazamiento tras otro. Queda suspendida la vista de la causa durante diez minutos.

El juez Egan echó su sillón hacia atrás y se puso en pie, saliendo de la sala.

Mason, de pie ya, miró a su alrededor, descubriendo a Drake en la puerta. Éste levantó un dedo, asintiendo.

Mason le hizo una seña.

Dirigiéndose a Mason, Fritch dijo:

—No sé por qué se muestra usted tan obstinado con respecto a Inez Kaylor. No va a aportar nada favorable para ustedes.

—Quiero interrogarla.

—Sí, claro —respondió Fritch, sarcásticamente—. Apostaría lo que fuese ahora a que no se atreve a llevarla al estrado como testigo de la defensa. Todo es una maniobra.

—Si lo cree así, póngame en evidencia.

—Es lo que me propongo.

—Pues entretanto, perdóneme.

Se fue a un lado. Drake se le acercó.

—¿Y bien? —inquirió Mason.

—No te equivocaste, Perry.

—¿Qué era?

—Un papel amarillo, plegado.

—¿Dónde está?

—Lo tengo aquí en mi puño. Ponte de lado y lo deslizaré en tu bolsillo.

—¿Sabe ella que lo tienes?

—¡Santo Dios! No.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Le tomé la delantera... Coloqué en una de las puertas de las estancias destinadas a las mujeres un rótulo: *En reparación, temporalmente*. Ella se encaminó hacia allí, vio al rótulo y se detuvo... Parecía enojada. Finalmente, arrojó el papel a uno de los depósitos cubiertos del corredor. Vi que bajaba la mano, que la tapa del depósito elegido se movía... Luego se fue.

—¿Qué hiciste tú entonces?

—Abrí el depósito y escruté en el interior con una lámpara de bolsillo. Descubrí encima este papel amarillo doblado. No me quedó tiempo más que para cogerlo y quitar el rótulo empleado... Diez minutos dan poco de sí.

—¿Sabe que está atrapada? ¿Te vio acaso quitar ese rótulo?

—Creo que no.

—Bien. Muchas gracias. Creo que están saliendo las cosas a la perfección. Hay algo ahora, Paul, que deseo averiguar. Cuando se le hizo la autopsia al cadáver de Daphne Howell, ¿no se encontró en el mismo en alguna parte, una señal en forma de media luna que...?

—Sí, sí. La señal estaba en la pierna izquierda, entre la rodilla y la cadera, por la parte exterior de la pierna.

—¿Tendría el tamaño de una moneda de veinticinco centavos?

—Era una pequeña media luna —explicó Drake—. El forense no acertaba a explicarse eso, aventurando después...

Apareció el secretario del juez Egan en la puerta de la cámara de éste, diciendo:

—Señor Mason... Señor Fritch... El juez Egan quiere verles en seguida, por favor.

—Perfectamente —dijo Mason a Drake—. Todo saldrá bien,

Paul. No te alejes mucho de aquí. Pudiera ser que te llamase para que declarases con respecto al papel.

Mason se unió a Fritch y los dos entraron en la cámara del juez Egan.

El juez Egan tenía el microauricular del teléfono en la mano.

—He estado hablando con el doctor Doyle, caballeros. El doctor Doyle dice que la señorita Kaylor podría encontrarse en la sala hacia las dos de la tarde. Pero pide acompañarla en todo momento, solicitando el privilegio de retirarla del estrado si se pone demasiado nerviosa o agitada.

—Me agradaría hablar con el doctor Doyle —contestó Mason.

El juez Egan dijo:

—Un momento, doctor. Va a hablarle el señor Perry Mason, abogado de la defensa, quien cursó la orden de comparecencia para la testigo.

Mason se puso al teléfono.

—Buenos días, doctor.

—Buenos días —respondió el doctor Doyle—. Creo que usted se hará cargo de la situación, señor Mason. Esta joven ha sufrido un fuerte shock. He encontrado en ella, efectivamente, síntomas de una incipiente maníaco-depresiva, que ahora, desde luego, me esfuerzo por combatir; hay los correspondientes períodos de exaltación y abatimiento, las tendencias suicidas y...

—Le preguntaré por esas cosas más adelante —replicó Mason—. Lo que yo quisiera ahora es preguntarle qué sabe acerca del pasado de su paciente.

—Bastante. Yo...

—¿Se procuró la información tras hacerse cargo del caso?

—Sí.

—¿Cuándo fue usted llamado?

—El sábado por la tarde, alrededor de las siete.

—¿Quién le llamó?

—Una amiga de la señorita Kaylor.

—¿Había asistido usted antes a la señorita Kaylor?

—No.

—Pero usted había asistido a esa amiga, ¿verdad?

—¿Podría... podría preguntarle con qué fin me pregunta eso, señor Mason?

—¿Era aquella amiga Martha Lavina?

—Creo que no estoy obligado a contestar a esa pregunta.

—Hable entonces con el juez de estas cuestiones —repuso Mason, alargando el teléfono al juez Egan.

—¿Es eso cierto? —inquirió el juez Egan—. ¿Es usted el médico de Martha Lavina?

El juez guardó silencio unos segundos, arrugó el entrecejo y dijo:

—Creo hallarme autorizado para obtener una respuesta mejor que ésta, doctor... Muy bien, doctor. Usted tenga a su paciente aquí a las dos de la tarde y quédese con ella. Pienso hacerle unas cuantas preguntas, pero no por teléfono sino en la sala... Bien. Pronto se hallará usted entre nosotros. Así podrá vigilar a su paciente y contestar a esas preguntas. Adiós, doctor.

El juez Egan colgó de un brusco golpe el teléfono, volviéndose hacia los abogados, para añadir, irritado:

—No sé qué está ocurriendo aquí. No me gusta esto. De momento, voy a ordenar el regreso del jurado a la sala, para reanudar la vista de la causa. Usted puede llevar al estrado a otros testigos, señor Mason. A las dos de la tarde se encontrará aquí la señorita Kaylor, para prestar declaración. También tendremos a mano al doctor Doyle. Ahora, caballeros, volveremos a la sala para proceder en el orden debido.

Fritch manifestó:

—He de declarar con toda franqueza, juez, que no creo que el señor Mason abrigue la más leve intención de hacer subir a Inez Kaylor al estrado de los testigos. Creo que en ningún instante abrigó tal propósito. A mi juicio, la señorita Kaylor es una testigo hostil. Pienso que su testimonio será opuesto a la hipótesis de la defensa.

El juez Egan arrugó el entrecejo antes de responder:

—Si eso resultara ser así, yo me inclinaría a efectuar una indagación sobre ese extremo. Se sabe que esa joven ingirió una dosis exagerada de píldoras somníferas a causa de la orden de comparecencia que le pasaron. La defensa ha de comprender que supone un abuso valerse de tal procedimiento con una testigo a la que no piensa llamar, sólo con el afán de enojarla o intimidarla.

—La defensa comprende eso perfectamente —repuso Mason—. El señor Fritch ha querido formular una apuesta, sosteniendo que yo no pondría a Inez Kaylor en el estrado. Me agradaría que me

repite su ofrecimiento. Aceptaría la apuesta.

El juez Egan manifestó ahora:

—Ustedes pueden saldar sus diferencias como más les agrade. La sala no va a tomar parte en ninguna apuesta ni controversia. Pero he de decirles, caballeros, que de aquí en adelante habrán de seguir una línea muy recta. Los dos. Y la sala, desde luego, espera ver con mucho interés si hace usted subir o no al estrado de los testigos a la señorita Inez Kaylor, señor Mason. Eso es todo, señores.

Mason y Fritch salieron de allí. Este último dijo a su compañero, en voz baja:

—No quisiera estar en su piel a las dos de la tarde.

Mason esbozó una sonrisa.

—Su propia piel se le va a quedar estrecha antes de esa hora, Fritch.

—¿Usted cree?

—Espere a ver.

—Estoy a la expectativa.

Los abogados entraron en la sala. Unos segundos después, se presentaba el juez Egan.

—Prosigue la vista de la causa —anunció—. El Ministerio Público *versus* Brogan.

Mason dijo:

—Señoría: parece ser que la testigo que he convocado no podrá subir al estrado hasta las dos de la tarde. Como ya he declarado, preferiría que lo hiciera mi defendido antes de que el caso pase al jurado.

—Bien. Sus preferencias serían en circunstancias ordinarias tomadas en consideración —manifestó el juez Egan—, por la facultad que le asiste de controlar el orden de las pruebas, requiriendo la presencia de sus testigos a medida que los necesite. Pero ahora este asunto escapa a su control. Prosiga con el caso.

—Muy bien, señoría —replicó Mason—, pero en vista de las circunstancias presentes, quisiera interrogar a Martha Lavina una vez más. Desearía hacerle dos o tres preguntas más.

—Señoría —manifestó Fritch—: la acusación se opone a eso. El señor Mason se propone ganar tiempo hasta llegar al fin de la sesión, a las doce. Él...

El juez Egan abatió su mazo.

—No haga comentarios sobre la parte contraria. ¿Se opone usted?

—Sí.

—La sala aprueba la objeción. Se deniega la autorización para proceder a un nuevo interrogatorio de Martha Lavina.

—Quisiera entonces que se me concediera el privilegio de interrogar de nuevo al señor Rodney Archer.

—Me opongo —dijo Fritch.

—Se admite la objeción.

—Pues entonces —dijo Mason—, quisiera llamar a mi primera testigo para la defensa, Martha Lavina.

—¿Cómo *su* testigo? —inquirió Fritch.

—Como mi testigo. Si no puedo hacer subir al estrado a Martha Lavina de un modo, me valdré de otro.

—Que comparezca Martha Lavina —ordenó el juez al alguacil.

Unos momentos después, entró en la sala Martha Lavina, sonriente, muy segura de sí misma.

—Ya ha prestado usted juramento —le dijo el juez Egan—. Suba al estrado. La señora Lavina es convocada ahora como testigo de la defensa. Supongo que usted, señor Mason, se da cuenta de la posición en que lo coloca tal circunstancia.

—Creo que sí, señoría.

—Está bien. Prosiga.

Mason dijo:

—Señora Lavina: aquí tengo un papel.

—Sí, señor Mason.

Mason sacó el papel amarillo doblado de uno de sus bolsillos.

—Ha sido escrito algo en él —manifestó—. Voy a mostrarle el papel para que me diga si se trata de su letra.

Martha Lavina fijó la vista en el papel y, de repente, se aferró a su bolso, bajó los ojos, miró hacia arriba de nuevo, se mordió el labio inferior y paseó una mirada por toda la sala.

—¿Es ésta su letra? —inquirió Mason.

—No, señor.

—¿Sabe usted de quién es esa letra?

—Yo... yo... yo...

—Un momento —medió Fritch—. Señoría: me opongo... Hay aquí, por parte de la defensa, un intento evidente de interrogar a su

propio testigo.

—Se desestima la objeción —declaró el juez Egan—. Conteste a la pregunta.

—Creo que se trata de la letra de Rodney Archer.

—¿Puede usted decir cuándo llegó este papel a su poder, señora Lavina?

—Un momento, un momento —chilló Fritch—. Me opongo, señoría. Nada induce a pensar que el papel estuviera en su poder. No se sabe que el papel constituya una prueba competente en este caso. Carece de importancia y hay aquí un intento por parte de la defensa de interrogar a su propio testigo.

—Se desestima la objeción. Conteste a la pregunta —ordenó el juez Egan.

—¿Puede usted contestar a la pregunta? ¿Cuándo llegó a su poder este papel?

—Yo... El sábado por la mañana.

—¿Quién le dio el papel?

—El señor Archer.

—¿Dónde?

—En el despacho del señor Fritch.

—Señoría —dijo Fritch—: se ve bien a las claras que hay aquí un intento de intimidación y de interrogatorio de la testigo. Respetuosamente, señalo que el momento de ese interrogatorio ha quedado atrás.

—Es posible que haya algo atinado en su objeción, aunque todavía es demasiado pronto para determinar ese asunto. Declararé que cuando fue presentada primeramente la moción con objeto de requerir la presencia de esta testigo para un nuevo interrogatorio, pensé, con la acusación, que existía un intento de ganar tiempo. Ahora aprecio que existe algo más. Voy a preguntarle a usted, señor Mason, lo siguiente: ¿tenía usted en su poder ese papel antes de que se produjera el último aplazamiento?

—No, señoría.

—¿No estaba en su poder cuando la acusación cerró su caso?

—No, señoría.

El juez Egan dijo:

—Voy a sugerirle que, una vez más renueve su moción, señor Mason, llamando a esta testigo para un interrogatorio.

—Me opongo —gritó Fritch—. Éste es un proceder contrario a todo lo establecido en materia legal. La acusación ha cerrado el caso. El señor Mason ha dispuesto de todas las oportunidades necesarias para interrogar a la testigo. Llevó a cabo un interrogatorio exhaustivo, sobre todos los extremos. Y ahora, el señor Mason formula esta moción que se halla evidentemente fuera de lugar en cuanto al tiempo y orden establecido.

—Lo que yo recuerdo de la ley —dijo el juez Egan—, me permite asegurar que éste es un asunto que se puede someter a la discreción de la sala, muy tolerante siempre en todo lo que afecta a los interrogatorios de los testigos. La sala va a conceder esta moción. La sala ha de declarar también, señor Fritch, que si usted desea aportar una prueba adicional después de que esta fase del examen sea completada, se le permitirá que reabra su caso. Ahora, pues, señor Mason, usted está interrogando a esa persona no como su testigo sino como testigo hostil a la defensa. Adelante.

Mason dijo:

—La letra de este papel es del señor Rodney Archer. El papel le fue entregado el sábado por la mañana, por el señor Archer, en el despacho del señor Fritch. ¿Es eso cierto?

La mujer vaciló un momento, respondiendo después:

—Sí.

—¿Ha leído usted este papel?

—Sí.

—Quiero atraer su atención sobre las palabras escritas en este papel.

—Señoría: me opongo. Me opongo a que ese papel sea presentado como prueba o leído delante del jurado —dijo Fritch—. No constituye una prueba adecuada al caso.

Mason vio que el juez Egan vacilaba.

—Creo que debo leer ese papel —dijo el juez Egan.

Mason se lo entregó al juez. Éste lo leyó. La expresión de su rostro era ahora muy severa.

—Apruebo la objeción a la pregunta en su forma presente, pero la defensa se halla en completa libertad si desea interrogar a la testigo. Creo que debe haber una nueva identificación antes de que el papel figure como prueba. Ciertamente, sin embargo, puede ser utilizado como base para un interrogatorio, para recusar la

declaración de este testigo. Prosiga, señor Mason.

—Señora Lavina: en repetidas ocasiones, usted ha declarado que no se había puesto en comunicación con el señor Archer después del aplazamiento en la tarde del viernes. ¿Es eso cierto?

—Yo declararé que no había *hablado* con el señor Archer.

—¿Estuvo usted entonces en comunicación con él?

—Bueno... Depende de lo que entienda por estar en comunicación.

—¿Ha estado él en comunicación con usted?

—El me dio ese papel.

—Ahora voy a preguntarle qué es lo que cenó la noche del atraco.

—Cené con el señor Archer. Pedí unos camarones fritos a la francesa. Compartimos una botella de vino chileno.

—¿Y cuál fue el itinerario que siguieron para trasladarse al lugar que fue escenario del atraco?

—Bajamos por el bulevar Harvey hasta Murray Road; de Murray Road pasamos al bulevar Crestwell. Siguiendo por Crestwell, llegamos al escenario del atraco.

—El sábado por la mañana recibió del señor Archer un memorándum, el cual rezaba en parte:

Cenamos en el Golden Lion. Durante la cena, pedí un filete medio asado. Bebimos vino chileno. Usted no recuerda la marea exacta, pero sabe que era de Chile. Usted tomó camarones fritos a la francesa. Desde el restaurante seguimos por el bulevar Harvey hasta Murray Road; de Murray Road pasamos al bulevar Crestwell; seguimos por el bulevar Crestwell hasta el escenario del atraco. Me hallaba a punto de encender un cigarrillo cuando fue perpetrado aquél, y el encendedor se me cayó de las manos, sobre el asiento del automóvil...

»La declaración contiene más palabras, señora Lavina, pero de momento yo le pregunto si la nota le fue entregada a usted y si la leyó.

La mujer miró a Fritch, desesperada.

Medió Fritch:

—Señoría: me opongo a que el interrogatorio tome esta forma.

Me opongo a que se haga uso de este método para acusar a la testigo. Ese papel debería ser identificado.

—Desestimada la objeción —repuso secamente el juez Egan—. Conteste a la pregunta.

—Sí —repuso la señora Lavina.

—Y usted leyó este papel con el fin de utilizarlo como base de su testimonio esta mañana, ¿verdad?

—Yo...

—Señoría —dijo Fritch—: no me gusta formular objeciones, pero insisto en que no existe ningún fundamento para hacer esa pregunta. El interrogatorio no es adecuado. El hecho de que el señor Archer escribiera algo en un papel que pusiera luego en manos de la testigo no indica que ésta no formulase una declaración completamente espontánea. Supongamos, por ejemplo, que el señor Archer hubiese escrito simplemente en el papel: «El acusado es el autor del atraco». Ciertamente que resultaría impropio sugerir que se podía recusar toda la declaración de la testigo por el simple hecho de haber leído una opinión de ese tipo escrita por otro testigo.

—Desestimada la objeción —contestó el juez Egan secamente.

Habló Martha Lavina:

—Bien. Yo había leído eso antes de declarar, pero, desde luego, no basé mi testimonio en esas palabras. Basé mi testimonio en mis personales recuerdos.

—Ahora que la acusación ha puesto en sus labios las palabras, vacila usted mucho al recitarlas.

—¡Protesto, señoría! —chilló Fritch—. ¡Eso es un insulto para el ministerio fiscal y para la sala!

—La sala no formula ningún comentario —manifestó el juez Egan, muy grave—. Prosiga con el interrogatorio, señor Mason.

—No pudo recordar esas cosas el viernes, ¿verdad?

—No.

—¿Las recordó esta mañana?

—Sí.

—¿A causa de que su memoria había sido refrescada por este memorándum, que le entregara el señor Archer?

—Existen ciertos detalles, desde luego, que veo con más claridad ahora que el viernes.

—¿A causa del memorándum?

—No. Por el hecho de haber tenido ocasión de pensar más detenidamente en determinadas cosas. Sus preguntas del viernes me cogieron por sorpresa. No había vuelto a pensar en ellas e intenté recordarlas. Es lo que hice a partir del viernes.

—¿Ayudada por este memorándum?

—El memorándum, señor Mason, no tenía en realidad ninguna significación. Yo conocía todos los datos que en él figuran.

—¿Los recordaba?

—Los recordé.

—¿Se acordaba usted del vino de Chile?

—Muy concretamente.

—¿De qué manera era?

—No puedo recordarla.

—¿Tomó usted café?

—Sí, tomé café.

—¿Tomó café el señor Archer?

—No... No puedo recordarlo.

—Quizá usted pueda acordarse de eso mañana por la mañana.

—Quizá.

—¿Cómo fue este episodio de la entrega a usted del memorándum por el señor Archer?

—El señor Fritch nos pidió a los dos que nos personásemos en su despacho. Nos interrogó, uno tras otro, explicando que no quería que discutiésemos entre nosotros los términos de las declaraciones respectivas, pero que existían determinados extremos que él necesitaba conocer.

—¿Y qué pasó?

—El señor Archer fue el primero en entrar en el despacho del señor Fritch. El señor Archer estuvo hablando con él quince o veinte minutos y salió. Se limitó a sonreír al verme, haciendo una leve inclinación de cabeza, tras lo cual desapareció.

—Pero antes dejó caer este papel sobre su regazo —sugirió Mason.

—Bueno, no fue así...

—¿Qué hizo?

—Se detuvo un momento para estrecharme la mano, deslizándose en una de ellas ese papel.

—¿Y usted lo aceptó?

—Sí.

—¿Y lo leyó?

—Sí.

—¿Antes de entrar en el despacho del señor Fritch?

—El señor Fritch se hallaba de pie, en la puerta del despacho.

—¿Usted leyó el papel antes de entrar en el despacho del señor Fritch?

—No: después.

—¿Mucho después?

—Poco antes de entrar yo... extendí el papel sobre mi falda, bajo la mesa, leyéndolo. Quería ver cuál era su contenido.

—¿Y le hizo el señor Fritch algunas preguntas?

—Sí.

—¿Le habló usted de la cena?

—Sí.

—¿Le habló del vino de Chile?

—Sí.

—¿Le dijo que no lograba acordarse de la marca?

—Sí.

—Pero usted sí se acordaba de que era vino de Chile.

—Sí.

—¿No se acordó de eso el viernes por la tarde, hallándose en el estrado de los testigos?

—No.

—Pero lo tenía presente el sábado por la mañana, encontrándose en el despacho del señor Fritch, ¿eh?

—Sí.

—¿Lo tenía presente después de haber recibido este memorándum del señor Archer?

—Me ayudó...

—¿Le ayudó mucho?

—Algo.

—¿Le ayudó a recordar?

—Sí.

—Realmente, con anterioridad a eso, ¿no se acordaba usted de nada?

—Ciertamente que me acordaba de algunas cosas.

—Entonces, ¿se acordaba usted el sábado por la mañana de que el señor Archer había pedido vino chileno para cenar?

—Me acordé de ello el viernes por la noche. De pronto, se me vino a la memoria con toda claridad.

—Muchas gracias —dijo Mason—. Creo que eso es todo, señora Lavina. Con la venia de la sala: desearía formular unas preguntas más al señor Archer.

—Muy bien —contestó el juez Egan—. Que comparezca el señor Archer.

Se hizo un profundo silencio en la sala cuando la señora Lavina abandonó el estrado. Unos momentos después, ocupaba el mismo Rodney Archer.

—Señor Archer —empezó diciendo Mason—: ¿ha estado usted en comunicación con la señora Lavina desde el aplazamiento de la vista el viernes por la tarde?

—Le dije «buenos días» esta mañana.

—¿Estuvo en comunicación con ella respecto a este caso?

—Ciertamente que no.

—Un momento ahora, señoría —medió Fritch—. Creo que para obrar lealmente con este testigo, la defensa debe notificarle...

—¡Siéntese! —le ordenó el juez Egan—. La sala se halla muy interesada en esta fase del caso. Voy a pedir a las dos partes que guarden silencio, permitiendo a la sala dos o tres preguntas. Señor Archer: ¿tiene usted la bondad de mirar hacia aquí?

—Sí, señoría.

—¿Ha estado usted en comunicación con la señora Lavina, sobre este caso, a partir del viernes por la tarde?

—¡Cómo! No, señoría. Entiendo muy bien que no se nos permitía tal comunicación.

—¿Sobre ninguna fase de su testimonio?

—No, señoría.

—¿Tampoco sobre detalles de lo ocurrido la noche del atraco?

Archer guardó silencio, mirando a Fritch, mirando a su alrededor, mirando al jurado. De repente, se dio cuenta de la gran tensión existente en torno a él, que dominaba a todos los espectadores.

—Señoría: no sé qué es lo que usted quiere significar con esa pregunta.

El juez Egan inquirió:

—¿Estuvo usted en comunicación, por un medio u otro, con la señora Lavina, refiriéndose a algo de lo sucedido la noche del atraco?

—Pues..., sí.

—¡Ah! ¿Sí?

—Con referencia a detalles de escasa importancia, quizá.

—¿Habló con ella de los mismos?

—Yo... No, exactamente.

—¿Se ocupó con ella, quizá, de lo que habían cenado la noche del atraco?

—Con la venia de la sala... —dijo Fritch.

—Quiero que la acusación se mantenga aparte de esto —dijo el juez Egan.

—No obstante —insistió Fritch—, la acusación tiene derecho a formular objeciones ante determinadas preguntas.

—Bien. ¿Qué se puede objetar a mi pregunta?

—Creo que el testigo debiera saber si en la pregunta se alude a una comunicación escrita.

El juez Egan se recostó en su sillón, lanzando una exclamación de disgusto, tras lo cual dijo:

—Es lo que la sala deseaba saber, señor Fritch. Ciertamente, usted tenía derecho a formular su objeción, pero la forma en que ha expuesto la misma indica... Bien. Indica, creo, un hecho significativo. Prosiga con su interrogatorio, señor Mason.

—¿Puede usted contestar a la pregunta de la sala, señor Archer?

—El sábado por la mañana estuve conversando con el señor Fritch en su despacho. El señor Fritch me hizo varias preguntas que en modo alguno se referían al atraco... Fueron formuladas con el propósito de probar mi memoria en lo tocante a lo sucedido en la noche del crimen. Puesto que aquellas cosas no guardaban relación con el caso, no vi ninguna razón que me impidiera redactar un resumen del tipo de información en que el señor Fritch se hallaba interesado para pasárselo a la señora Lavina, que es lo que hice.

—¿Diciéndole a la señora Lavina la clase de vino que habían pedido para cenar, lo que ella y usted habían pedido y otros datos por el estilo? —inquirió Mason.

—Sí.

—¿Es éste el memorándum? —preguntó Mason, mostrando al testigo el papel amarillo.

—Sí —repuso Archer.

—¿Es ésta su letra?

—Efectivamente.

—¿Y usted preparó ese memorándum para que la señora Lavina pudiese familiarizarse con las cosas que usted había referido al señor Fritch, de suerte que lo que ella dijera no se hallase en contradicción con sus palabras? ¿Fue así?

—¡Oh! Desde luego que no, señor Mason —replicó Archer—. Pensé que la señora Lavina debía de estar algo preocupada por haber sido llamada al despacho del fiscal del distrito. Me pareció que podía sentirse alarmada si se llevaba a cabo algún intento de sondearla en lo referente a otras cuestiones especiales... Bueno, ya sabe usted que es una mujer de negocios. Explota una cadena de clubs nocturnos... Redacté este memorándum para indicarle el tipo de preguntas que se le iba a hacer. Consideraba que así se sentiría aliviada en sus preocupaciones. Eso fue todo.

—Entonces, ¿por qué no sé limitó a escribir en el papel lo siguiente, por ejemplo: «El señor Fritch se halla interesado en averiguar solamente qué sucedió aquella noche y no siente, en cambio, el menor interés por los locales que explota»?

—¡Santo Dios! —exclamó Archer—. No se me ocurrió, señor Mason. Desde luego, ése habría sido un modo de solventar la cuestión fácilmente, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó Mason, sarcástico—. ¿Y no se le pasó por la cabeza tal proceder?

—Contestándole con toda sinceridad, señor Mason, le diré que no. Ciertamente que no.

El abogado inquirió de pronto:

—¿No es un hecho que usted no cenó la noche del crimen con la señora Lavina, que cenó con otra mujer?

—No hay tal hecho.

—¿No es un hecho que Martha Lavina no se encontraba con usted en el automóvil en el momento del atraco y que en cambio le acompañaba otra mujer?

—No hay tal hecho.

—¿No es un hecho que cuando llegó usted al establecimiento

después del atraco antes de llamar a la policía hizo otra llamada?

—No hay tal hecho.

El testigo había vacilado antes de responder.

—¿No hay tal hecho?

—Puede ser que hiciese otra llamada. En este momento, no acierto a acordarme de ella.

—¿No llamó usted a La Villa Lavina Número Dos?

—No..., no me acuerdo.

—¿Existe la posibilidad de que llamara allí?

—Pues... Me encontraba muy nervioso, señor Mason. No puedo acordarme de todos los detalles.

—¿Estaba usted inquieto?

—Naturalmente. Mis nervios no son de acero precisamente. En el momento del atraco me sentí... me sentí terriblemente atemorizado. Me di cuenta de que mi vida estaba en peligro.

—¿Qué fue lo del atraco que le puso más nervioso?

—Pues... todo, todo.

—¿Qué fue lo más aterrador?

—Me causó una tremenda impresión el arma, que avanzó hacia mi rostro una vez quedó abierta, de súbito, la portezuela.

—Y estaba tan inquieto, tan confuso, que ahora no logra recordar si llamó por teléfono a La Villa Lavina Número Dos...

—Es verdad. De momento, no acierto a recordar eso.

—¿Hasta tal punto se hallaba confuso?

—Hasta ese punto.

—¿Ya se hallaba inquieto, nervioso, confuso, al ver que el cañón de un arma de fuego le apuntaba?

—Ésa fue la principal causa de mi confusión.

—Y a pesar de hallarse tan confuso, tanto que no puede recordar si llamó por teléfono a La Villa Lavina Número Dos, ¿quiere que este jurado crea que fue capaz de identificar al acusado con sólo ver su rostro durante un segundo?

—Tuve ocasión de verlo perfectamente.

—¿En un período de tiempo que no pasaría del segundo, a base del clásico vistazo?

—Sólo puedo decir que el acusado es el hombre que yo vi en tal ocasión.

—Y usted, dentro de aquel establecimiento, ¿telefoneó a La Villa

Lavina Número Dos antes de llamar a la policía?

—Es posible. En aquellos instantes estaba desconcertado, aturdido.

—Y cuando atendieron su llamada en el club nocturno, ¿pidió usted hablar con la señora Lavina?

—Probablemente... Un momento. No.

—Ha dicho *probablemente*, en primer lugar.

—Me he confundido.

—¿Tan confundido como para admitir la posibilidad de haber preguntado por Martha Lavina a pesar de suponerse que ésta se encontraba sentada en su coche, que viajaba con usted?

—Quiero decir que me confundí cuando contesté a esa pregunta por vez primera. No. La respuesta definitiva es que no pregunté por Martha Lavina.

—Entonces, ¿por qué llamó usted a La Villa Lavina?

—No sé qué es lo que hice.

—¿No sabe si hizo eso o no?

—No. Si existe algún registro en la cabina telefónica y por él se comprueba que llamé a Villa Lavina, admitiré que procedí así.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—¿Alguna pregunta más? —inquirió el juez Egan.

—Por lo que yo aprecio —dijo Fritch—, usted no sabe en estos momentos si llamó o no a Villa Lavina. Después de todo, ha transcurrido algún tiempo y usted, simplemente, adopta la postura del que no puede recordar. ¿Es ésa su postura?

—Ésa es exactamente.

—Gracias. Eso es todo —dijo Fritch.

—Un momento —medió Mason—. Una pregunta última. Usted puede recordar otros acontecimientos que se dieron aquella noche con sorprendente claridad, ¿verdad, señor Archer?

—Sí.

—¿Recuerda que pidieron vino de Chile para cenar?

—Sí, señor.

—¿Era un vino rojo?

—Sí, señor.

—¿Recuerda eso perfectamente?

—Sí.

—¿Recuerda haber pedido un bistec?

—Sí, señor.

—¿Recuerda cómo lo pidió?

—Sí, señor. Asado a medias.

—¿Recuerda haberlo exigido así?

—Sí, señor.

—Pero, en cambio, no puede usted recordar si antes de llamar a la policía telefoneó a Villa Lavina, ¿verdad?

—No, señor.

—Gracias. Eso es todo.

—Eso es todo —repitió Fritch con aire fatigado.

El juez Egan dijo:

—Ahora habrá un aplazamiento hasta las dos de la tarde. Se recuerda a los miembros del jurado la prohibición de discutir el caso entre ellos. Tampoco habrán de permitir que se hable del mismo en su presencia, ni leerán informaciones periodísticas a él relativas. Se aplaza la vista de la causa hasta las dos.

Archer abandonó el estrado de los testigos.

Drake se abrió paso hasta llegar junto a Mason, cuya mano se apresuró a estrechar.

—¡Dios mío, Perry! Ha sido maravilloso. No hay una sola persona en la sala ahora que no piense que Martha Lavina y Rodney Archer han estado mintiendo.

Drake añadió:

—Han estado ocurriendo cosas, Perry. Localizamos la agencia de modelos. Hay aquí algo especial... La agencia se encuentra en Windmore Arms. La rige un individuo llamado James Darwin, quien ocupa el apartamento 409.

—¿Cómo se ha sabido la dirección?

—Della Street formuló una solicitud estampando su nombre y citando un número de teléfono. Él llamó, concertando con la muchacha una entrevista.

—¿A qué hora?

Drake consultó su reloj, respondiendo:

—Ahora mismo... Habrá llegado en estos instantes al lugar. Hubiéramos debido tener más informes. Todo esto es muy raro, Perry.

—Bueno. Voy a regresar a mi despacho. ¿Tendrás algunos hombres vigilando ese apartamento, no?

—Pues no, Perry. Ya no más...

—Aposta algunos por allí entonces. ¡Maldita sea! No quiero que Della ande por allí sin...

—Se trata, sin duda, de algún negocio sucio, Perry. Della no corre peligro.

—Bien. Asegurémonos de que efectivamente es así.

Capítulo 15

Perry Mason entró en su oficina, preguntando a Gertie:

—¿Qué noticias hay acerca de Della?

—Ninguna. Salió hace cosa de una hora y...

Gertie hizo repetidos movimientos de cabeza, en dirección al rincón.

—Di lo que tengas que decir —ordenó Mason, impaciente.

—Está aquí el teniente Tragg.

El teniente Tragg, de la Brigada de Investigación Criminal, se levantó de la silla que había estado ocupando, tendiéndole al abogado una mano.

—Hola, Mason. ¿Cómo está usted?

—Hola, teniente. ¿Qué diablos está usted haciendo aquí?

—Buscaba algo que pudiera pasar por mi molino.

Mason vaciló un instante, respondiendo después:

—Conforme. Entre. Tengo que decirle una cosa.

Mason y Tragg entraron en el despacho del primero.

Mason se enfrentó con el policía.

—Tragg: usted es un hombre abierto. Usted no es como el sargento Holcomb. Usted es un agente que se mantiene alerta, que posee una inteligencia clara, un profesional moderno. Holcomb constituye un exponente de la vieja escuela, con un trozo de manguera de goma, los pesados nudillos metálicos, etcétera.

—Bueno, no interprete equivocadamente a Holcomb —le interrumpió Tragg, riendo—. No se le puede reprochar nada. Es un hombre de métodos más directos, eso es todo.

Mason le preguntó:

—¿Qué sabe usted acerca del caso Albert Brogan?

—Ni una palabra. Se sale de lo mío. Lo único que sé es que Albert Brogan ha sido identificado como uno de los asesinos en el

caso Daphne Howell. Aquí ya piso terreno propio.

—Bien. Siéntese. Hallado el cadáver de Daphne Howell, se vio que había muerto estrangulada, ¿no?

—Exactamente.

—La víctima había sido atacada por la espalda. El criminal le pasó por el cuello un alambre fino, ¿no es así?

—En efecto.

—En su pierna izquierda se descubrió una pequeña media luna del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, ¿verdad?

—Sí. Puede ser que eso carezca de importancia, pero, naturalmente, en un caso así es preciso fijar la atención en los menores detalles...

—Le explicaré lo que era eso —manifestó Mason—. Se trataba de una marca causada por un encendedor sacado del salpicadero de un automóvil.

Tragg se quedó pensativo. De pronto miró a su interlocutor.

—Es posible que esté usted en lo cierto.

—Estoy en lo cierto.

—La hipótesis es interesante. Podría proporcionar una pista. Tal vez pueda usted ser ahora más explícito, dándonos a conocer el nombre del individuo que cometió el crimen.

—Puedo dárselo a conocer. El nombre de ese individuo es Rodney Archer. Ella estaba en su automóvil cuando fue perpetrado el atraco. Por entonces, ya planeaba su muerte. Simplemente: no quería que lo vieran con ella en modo alguno. Intentaba presentar las cosas de forma que no pudiese ser probado que estaban relacionadas con él.

»En consecuencia, al perpetrarse el atraco, Archer fue colocado en un terrible apuro. Tenía que sacar a Daphne Howell del coche antes de que llegara la policía.

»Archer jura que Martha Lavina se encontraba en el automóvil con él. Todo, sin embargo, apunta a este hecho: a Rodney Archer le acompañaba otra mujer. Hizo que se desvaneciera ésta del cuadro y Martha Lavina ocupó su puesto.

»Eso me intrigó. Intenté dar con el por qué. No podía hacerme con la respuesta. Rodney Archer era un viudo con dinero. Podía frecuentar las amistades femeninas que quisiera. Desde luego, su acompañante podía ser una mujer casada, a la que intentara

proteger. Por lo que pude averiguar, la figura de Archer no se acomodaba a tal planteamiento. Su nombre no fue relacionado nunca con ninguna mujer desde la muerte de su esposa, ocurrida dos años atrás.

—Siga, siga —dijo Tragg—. Le escucho. Me limito, eso sí, a escucharle exclusivamente. No doy por bueno lo que afirma.

—Será mejor que lo acepte como artículo de fe, Tragg. De lo contrario, se expone a quedar en ridículo.

—Ya he oído eso antes de ahora.

—Me consta —dijo Mason—. Pero, en fin, siga escuchando. Acabará por aceptarlo todo de buen grado.

—Continúe hablando, Mason.

—Archer anda mezclado con Martha Lavina en algún asunto y Daphne Howell no era ajena al juego. Daphne Howell tenía que ser eliminada de la escena. La policía intentó reconstruir el pasado de Daphne Howell y llegó a un pasaje en blanco. Se sabía que había hecho un viaje a Méjico y otro a Guatemala. Al parecer, había viajado sola. No se pudo dar con parientes ni...

—No es necesario que me cuente todo eso —advirtió Tragg—. Me lo sé de memoria. Es uno de los casos más desconcertantes con que me he enfrentado. No podemos dar con nadie que nos refiera algo referente a esos dos últimos años...

—Antes de que quede cerrado nuestro caso de ahora poseeremos una dilatada información.

—Espero que no se equivoque —manifestó Tragg—. Hasta ahora veo que ha formulado algunas hipótesis. Ya se puede usted imaginar qué sería de mí de presentarme en la Brigada con una hipótesis elaborada por usted. En un plazo no mayor de cuarenta y ocho horas, me vería pateando aceras por ahí.

»Necesito hechos y no descansaré hasta procurármelos. ¿Qué puede usted decirme acerca del encendedor a que se ha referido?

—Ella se hallaba en el coche de Rodney Archer. Él estaba encendiendo un cigarrillo. Un tipo abrió la portezuela del lado izquierdo del vehículo, apuntándole con una pistola a la cara y ordenándole que levantara las manos. Es lo que hizo.

»El encendedor, al rojo vivo, cayó sobre el asiento. El atracador se apoderó del bolso de Daphne Howell. La joven se volvió de lado ligeramente. Su pierna desnuda tocó el borde del encendedor, que

produjo una leve marca.

»Cuando la policía requirió el coche de Archer, a fin de inspeccionarlo detenidamente, en busca de pruebas, se descubrió el orificio de un quemado en la tapicería del asiento delantero. Nadie dio ninguna significación al orificio, pero fueron tomadas fotografías de la parte delantera del coche y en las fotografías apareció el redondo quemado de la tapicería. No se pensó mucho en esa cuestión, hasta que empecé a formular preguntas en un interrogatorio, ganando tiempo para ver si se me ocurría alguna idea que me permitiese sorprender una variación, una divergencia, entre los testimonios de Martha Lavina y Rodney Archer. Comprendí que el quemado tenía que haber sido hecho, en un momento u otro, por la resistencia al rojo de un encendedor de salpicadero oprimido contra la tapicería. Formulé un par de preguntas más y entonces me di cuenta de que acababa de dar con algo... El interés de todos se concentró en ese punto del coche, con preferencia, dejándose un poco de lado las otras fases del caso.

—Una bonita hipótesis —comentó Tragg, secamente—. No la doy por buena, pero sí pienso efectuar algunas indagaciones.

—El bolso que Daphne Howell llevaba consigo fue robado en el momento del atraco. Más tarde, después de la muerte de Daphne Howell, Martha Lavina juraba que ella era la mujer que estaba en el automóvil. Naturalmente, tuvo que jurar que el bolso robado era el suyo. No era así, ya que no se perdió su pitillera, que llevaba un encendedor incorporado. No se acordó de cubrir ese detalle.

»No obstante, el bolso en cuestión era la réplica exacta de otro usado por Martha Lavina. Fue construido con arreglo a unas especificaciones. Hay una fábrica aquí que elabora esas cosas. No quisieron decirme cuántos adquiere Martha Lavina porque carezco de autorización para obligarles a darme la información, pero tengo la idea de que esos bolsos se fabrican en cantidad.

—¿Y qué? —inquirió Tragg—. Es posible que Martha Lavina los regale a sus clientes femeninos. En ciertos clubs nocturnos se procede de esa manera...

—Martha Lavina no hace eso. Sintióse inclinada a dar esa respuesta ocupando el estrado de los testigos, pero entonces comprendió que yo iba a interesarme por los nombres de las personas obsequiadas. No pudiendo darme un solo nombre,

desistió... Desde luego, Tragg, los bolsos en cuestión tienen un determinado fin. Observe ahora que el recobrado por la policía y proveniente del atraco fue acuchillado, siendo separado el forro de la piel.

—Adelante, Mason. Sigo escuchándole. No sé por qué. Es una historia fantástica la suya. ¿Qué me dice del «Chevrolet» que su cliente conducía?

—¿Es que no lo ve? No lo conducía...

—¡Diablos! Lo vieron dos personas al volante del automóvil — repitió Tragg, disgustado.

—¿Y qué? Esas dos personas eran Rodney Archer y Martha Lavina. ¿No comprende? El «Chevrolet» había sido robado. Fue robado para su utilización en relación con el asesinato de Daphne Howell. Luego, Archer y Martha Lavina decidieron encajarlo en la escena del atraco. El hombre que realmente perpetró el atraco no conducía tal coche, ni ninguno parecido.

—Acaba usted de salirse del terreno de la probabilidad, pasando al de la fantasía. No sólo no acepto sus afirmaciones sino que no me explico por qué estoy perdiendo el tiempo considerando sus especulaciones...

Sonó el teléfono, sobre la mesa de trabajo de Mason.

—Será Della Street —anunció el abogado.

Llevóse el micro al oído, diciendo después:

—Mason al habla, ¿quién es?

Mason no percibió ningún sonido...

—Diga... ¡Diga!

Sólo el zumbido eléctrico característico. Bruscamente el micro, en el otro extremo de la línea, pareció ser colgado, quedando la comunicación cortada.

Mason se quedó unos segundos inmóvil, contemplando pensativamente el teléfono. De pronto, se dirigió a Tragg:

—Vámonos, Tragg... De prisa. Póngase en movimiento.

—¿Qué ocurre?

Mason cogió su sombrero, que se hallaba sobre la mesa. Abrió la puerta del despacho, repitiendo:

—¡Vámonos!

Seguidamente, echó a correr por el pasillo.

Tragg vaciló unos segundos y después se lanzó detrás de Mason,

apretando el paso.

El abogado estuvo a punto de arrancar la puerta de sus goznes al entrar en la oficina de Paul Drake.

—¿Se encuentra Drake aquí? —preguntó a una sorprendida empleada. Ella asintió.

Mason se encaminó al despacho del detective. Paul Drake experimentó un sobresalto al verlo aparecer.

—¿Me has llamado por teléfono? —le preguntó Mason.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No.

Mason dio la vuelta, retrocediendo. Al proceder así, tropezó con Tragg.

—¡Eh! —dijo Tragg—. ¿Qué idea se le ha ocurrido ahora?

—¿Habrá algún coche de la policía abajo? —inquirió Mason, avanzando por el corredor, en busca de los ascensores.

—Sí —respondió Tragg, caminando más lentamente.

—¿Con su sirena? —preguntó Mason, oprimiendo el botón de «bajada».

—Sí.

—Hemos de trasladarnos a los apartamentos de Windmore Arms. Se trata de un edificio situado delante del Hotel Keynote. Le daré las indicaciones precisas cuando nos dirijamos allí. ¡De prisa, Tragg! Es una cuestión de vida o muerte. Allí se encuentran las soluciones correspondientes al problema del asesinato de Daphne Howell y al caso del atraco de Rodney Archer.

Tragg parecía vacilar.

—¡Oh, Tragg! Váyase al diablo, hombre. Yo me haré hoy con una bonita colección de multas por infracciones diversas de las leyes del tráfico y de otro agente que resuelva el caso Howell.

El ascensor se había detenido. Mason abrió las puertas y se precipitó en el mismo. Los titubeos de Tragg no duraron ya más que una imperceptible fracción de segundo.

Mason ordenó al encargado del ascensor:

—¡Déjenos en la planta baja! ¡Se trata de un caso de urgencia! ¡Rápido!

El hombre se quedó perplejo, respondiendo luego:

—Sí, señor Mason.

Ya abajo, Mason echó a correr hacia la entrada del edificio, seguido por Tragg.

—Supongo que su coche se hallará estacionado ahí, junto a la toma del servicio de contraincendios...

—Sí.

Mason subió al automóvil. Tragg se acomodó tras el volante. Se le había contagiado el nerviosismo y la prisa del abogado.

Tragg puso en marcha el motor, apartándose de la acera y poniendo en marcha la sirena. Poco a poco fue ganando velocidad, saltándose nada más iniciar aquella carrera dos luces rojas, correspondientes a otros tantos cruces.

La sirena exigía paso. La luz roja intermitente del techo deslumbraba a los conductores que avanzaban en dirección contraria.

—Vamos, vamos, vamos —apremiaba Mason—. ¡Más de prisa!

Tragg adelantó a un vehículo aprovechando el primer hueco que vio delante, esquivó un gran camión que surgió de pronto en un cruce y se saltó otra luz roja.

—¡Más de prisa, hombre! —aulló Mason—. ¡Santo Dios! Pero, ¿qué es lo que espera usted?

Tragg no se molestó en contestarle. Estaba concentrado en su labor. Resultaba extraordinariamente peligroso conducir a aquella velocidad por las calles de la población, incluso ejerciendo un derecho.

—¿Seguimos en esta dirección? —inquirió en cierto momento.

—Seguiremos en el mismo sentido durante un kilómetro más, aproximadamente —contestó Mason—. Ya le diré dónde hemos de doblar. Es en ese bulevar... Espere un momento... Ya estamos llegando. Por ahí, hacia la señal de tráfico... Gire ahora hacia la derecha.

Chirriaron los neumáticos.

—En la siguiente señal de tráfico, gire a la izquierda —ordenó Mason—. Será mejor prescindir ya de la sirena, Tragg. No hay que alarmar a esa gente.

—Si todo esto que hacemos arranca de la llamada telefónica, Mason, debiera usted explicarme qué es lo que oyó.

—Nada, Tragg. Ahí está la cosa. Sólo dos personas en el mundo conocen mi número, que no figura en la guía oficial: Della Street y

Paul Drake. Y éste no fue el autor de la llamada.

—¡Dios mío! —exclamó Tragg disgustado—. Se ha precipitado usted, Mason. Alguien marcó un número equivocado... Al oír su voz, el comunicante desconocido se daría cuenta de su error y colgó... Y por eso solamente me ha embarcado en esta loca carrera.

—El comunicante no llegó a oír mi voz —insistió Mason—. Colgó en seguida. El micro colgaba del hilo, ya que hubo unos golpes alternados. Estaba dando contra la pata de una mesa, quizá. Della Street no pudo hablarme. Se limitó a marcar el número de teléfono ante la imposibilidad de explicarme nada.

—Nos hemos estado jugando la piel únicamente porque a usted se le figuró que...

—Siga, siga. Estamos llegando ya.

Tragg había aminorado todavía más la marcha.

—Estacione el coche lejos de la casa por apartamentos, no se detenga enfrente de ella. Allí hay un buen sitio... Así...

—Bueno, Mason. Le diré ahora que yo...

Mason abrió la portezuela del automóvil de pronto, saltando a la acera. Se hallaba ya en medio de la calzada cuando el policía había entreabierto apenas la portezuela correspondiente al conductor.

Ya en el edificio de Windmore Arms, Mason comenzó a oprimir los botones de diversos apartamentos, poniendo buen cuidado en ignorar el número de James Darwin. Finalmente, se oyó el zumbido y la puerta de la entrada se abrió.

Mason empujó aquélla, echando a correr por el pasillo y entrando en el ascensor. Cerró las puertas apresuradamente tan pronto fue alcanzado por Tragg. Por último, apretó el botón del cuarto piso.

—Escúcheme —dijo Tragg—. Quiero prevenirle, Mason... No estoy respaldando su juego. No sé qué puede pasar arriba. Usted no se ha provisto de ninguna orden de registro. Tampoco...

—Está bien. Usted manténgase aparte. Pero abra bien los ojos, escuche con atención...

Frente al apartamento que buscaba, correspondiente a la fachada principal del edificio, Mason se detuvo, jadeante, llamando a la puerta.

—Un momento —respondió una voz de hombre.

Mason oyó un ruido metálico dentro y la puerta se abrió.

El individuo que se plantó en el umbral fijó la vista en el rostro de Mason, perplejo.

—Muy bien, señor Gibbs —dijo el abogado—. Parece ser que ha habido un error de interpretación en lo tocante a las señas que figuraban en su permiso de conducir.

El sobresaltado Gibbs no se atrevió a impedir el paso a Mason.

Tragg siguió al abogado.

—He de decirles que están en un apartamento que me pertenece. Yo no les he invitado a entrar. Salgan de aquí, si no quieren que llame a la policía.

—Hemos de saber a qué atenernos. ¿Se llama usted Thomas Gibbs o James Darwin?

—Yo no tengo por qué prestar atención a sus preguntas.

Mason miró a su alrededor. Echando a Gibbs a un lado, abrió una puerta. Conducía a la cocina.

—Salga usted de ahí. No toque esa puerta.

El hombre se aferró al brazo de Mason. El puño derecho de éste se abatió contra la mandíbula de Gibbs, que retrocedió unos pasos, tambaleándose.

Mason entró en un dormitorio.

Sobre el lecho, Della Street, amordazada y atada, producía inarticulados sonidos.

Gibbs avanzó hacia Mason. Luego, se detuvo, de pronto. Dio media vuelta disponiéndose entonces a salir. El abogado cogió a Gibbs por la americana.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó Tragg.

—Eche un vistazo —le invitó Mason.

Tragg vio entonces a Della Street sobre la cama.

—Quítense de en medio —dijo Gibbs, intentando abrirse paso hacia la habitación contigua.

Tragg agarró al hombre por la corbata, obligándole a arrimarse a una pared.

—Tómeselo con calma, amigo. Está hablando con un representante de la ley.

Mason estaba soltando las cuerdas con que había sido amarrada Della Street.

—No saldrán con bien de esto —amenazó Gibbs todavía—. Les demandaré por...

—¡Cállese de una vez! —ordenó Tragg.

Della Street se esforzaba por hablar.

—No te pongas nerviosa, Della —dijo Mason—. ¿Estás herida? ¿Tienes algo?

Ella movió la cabeza, denegando.

—Bien. Explícate. ¿Qué ha sucedido?

—Me reconoció nada más entrar yo aquí, dándose cuenta de que se trataba de una trampa. Fingió, sin embargo, no haberme identificado... Aprovechando un momento de descuido, me propinó un golpe en la cabeza. Al recobrar el conocimiento, me encontré tendida en la cama, tal como me viste. Hay un teléfono en este cuarto y otro en el contiguo. Creo que se trata de líneas distintas. Llamó alguien, en solicitud de instrucciones, me parece. Me las arreglé para acercarme al teléfono y con las manos atadas a la espalda logré marcar tu número... Como es natural, no pude pronunciar una palabra. Pero esperaba que tú comprendieras... El micro se quedó colgando. Oscilaba como un péndulo y él oyó los golpes alternados contra el lecho, entrando para ver qué pasaba. Colgó, muy furioso. Seguramente, no creyó que yo hubiese sido capaz de completar mi llamada.

Gibbs alegó:

—Todo eso es mentira. Esta mujer entró aquí con el propósito de hacerme víctima de un chantaje. Ella...

—¡Cállese! —le ordenó Tragg, sentando en una silla a Gibbs, de un empujón.

—Echemos un vistazo por el apartamento —propuso Mason.

—No puede usted proceder a un registro si no dispone de un permiso oficial —objetó Gibbs.

Tragg miró a Mason, dudoso.

—Usted no puede, pero yo sí —decidió el abogado.

Abrió una puerta, la de un armario lleno de prendas de vestir. Tiró de las perchas, amontonando las ropas sobre el suelo.

—¡Oh! Aquí hay algo, Tragg.

—Un momento —repuso el teniente—. Voy a colocarle unos brazaletes a este chico para que no pueda huir.

Gibbs contestó:

—Usted no me va a esposar. Yo no tengo por qué huir. Ustedes son los que intentarán hacer tal cosa... Voy a telefonar a mi

abogado inmediatamente. Yo...

—¡Cállese! —dijo Tragg—. ¿Qué ha encontrado ahí, Mason?
Mason le mostró media docena de espejos cuadrados.

—¿Qué es eso? —inquirió Tragg.

—Son espejos del tipo de los aplicados a los bolsos que encarga Martha Lavina. Hay todo un pequeño almacén de ellos ahí dentro.

—¿Cómo está unido el respaldo de acero con el cristal?

—Debe de haber unos tornillitos, o algún dispositivo. No dispongo de mucho tiempo para averiguarlo. Veamos... Esto dicen que trae mala suerte, pero en fin...

Mason abatió el espejo contra la mesita de noche, en uno de sus ángulos. El vidrio se rompió. Luego, apoyó la lámina de acero en su rodilla, doblándola al ejercer un poco de presión.

—¡Oh! ¿Qué es esto, Tragg?

Tragg avanzó hacia él, apoyando el dedo índice en una abertura de la parte posterior de la lámina, una grieta. Tocó entonces un polvillo blanco...

—¡Diablos! Esto es heroína.

Gibbs saltó de su silla. Tragg lo asió por el cuello de la americana, lanzándolo contra la pared.

—Está bien, Mason. Sobre esto habrá más cosas. Adelante con ellas. Sus hipótesis se me antojan ya menos inverosímiles —manifestó el teniente, sonriendo.

—Pasar drogas no es imposible, si se dispone de elementos irreprochables, aunque sólo sea en apariencia. Gibbs se encargaba de tal detalle, aunque parezca mentira. Contrata a las modelos que han de actuar en ciertos países extranjeros. Las chicas han estado yendo de acá para allá con su cargamento personal de heroína, sin saberlo, claro.

»Este asunto tiene puntos de contacto con Rodney Archer y Martha Lavina. Algunas de las modelos, en ciertos instantes, trabajan en los clubs nocturnos de aquélla.

—La cosa parece complicada —declaró Tragg, pensativo—. Por lo que a este pájaro respecta no hay dudas, pero tendremos que dar muchas vueltas y revueltas antes de ir a parar a Archer y Lavina.

—En cuanto localice a Inez Kaylor, la joven que ocupaba el apartamento de Las Vegas, tendrá en su poder la prueba que necesita.

—¿Dónde para Inez Kaylor?

Mason señaló a Gibbs.

—Éste es el único que puede decírnoslo. Si no lo hace dentro de los próximos diez minutos, lo más seguro es que la vida de la joven corra un serio peligro. Recuerde lo que dijo Della: que había telefonado a alguien inmediatamente después de haberla amordazado y atado.

Gibbs dijo, burlón:

—Está bien. A ver, hágame hablar.

Tragg se quitó la americana y después de doblarla cuidadosamente la colocó a los pies de la cama. A continuación, dijo:

—Della: será mejor que se traslade a otra habitación. Mason hay momentos en que los métodos del sargento Holcomb no pueden ser perfeccionados. De pie, tú... Dime ahora dónde se encuentra la Kaylor.

Gibbs movió la cabeza a un lado y a otro.

La mano abierta de Tragg alcanzó al hombre en la mandíbula. El golpe le hizo vacilar. Tragg lo cogió después por las solapas, haciéndole girar en redondo para darle en el lado opuesto. Finalmente, le propinó un tremendo puñetazo en la barbilla.

—Si quieres que sea por las malas, por las malas será.

En los ojos de Gibbs apareció un destello de pánico.

—¿Dónde se encuentra la joven? —preguntó Tragg, descargando un fuerte puñetazo sobre su estómago.

Gibbs se dobló. Tragg le obligó a erguirse.

—Esto no es nada comparado con el vapuleo que te van a dar los chicos de la jefatura si a esa chica le sucede algo. Lo que te acabo de hacer no sirve ni de ejemplo...

Gibbs abrió la boca, angustiado, como si no hubiera podido respirar.

—Está bien... Hablaré... Les llevaré allí...

—¿Ves? Eso ya está mejor —dijo Tragg—. En marcha. Y no hagas tonterías, ¿eh?

»Bien, Mason. Usted y Della Street tomarán un taxi, trasladándose a su despacho. Yo telefonearé, solicitando refuerzos. Es mejor que no haya extraños en esto. ¿Me entiende?

—Le entiendo —repuso Mason—. Ahora, Tragg, permítame

aleccionarle del todo. Hay en este asunto dos chicas muy semejantes físicamente. Cuando Inez Kaylor se fue a Las Vegas, otra muchacha ocupó su lugar como señorita acompañante del club nocturno, utilizando su mismo nombre.

»De no haber sido por el atraco, nada hubiéramos descubierto. Pero nosotros hicimos regresar aquí a Inez Kaylor. Se aspiraba a eliminarla. Aquella a la que llamaremos Petty se dejó ver tomando unas píldoras somníferas... ¡dejando luego, a la Inez real aquí, muriéndose!

»La salvamos. Después, ellos se presentaron con unos supuestos parientes. Despidieron a nuestro médico y colocaron a otro en su lugar. Inez fue trasladada a otro sitio... El médico nuevo puede estar en el asunto o no.

»Necesitamos localizar a la Inez real.

El teniente Tragg contestó seguro de sí:

—La encontraremos, Mason.

Dio un empujón a Gibbs.

—Adelante, granuja. Vas a decirnos dónde está Inez Kaylor y cuanto antes.

Capítulo 16

Mason, Della Street, Paul Drake, Mary Brogan y Albert Brogan se encontraban reunidos en el despacho del primero.

Paul Drake dijo:

—Así pues, Inez Kaylor viene hacia aquí ahora...

—En efecto. Después de formular una declaración completa, Tragg la acompañará. Ella quiere hablar conmigo y yo, naturalmente, abrigo un gran deseo de charlar con ella.

Unos minutos más tarde, llamaron a la puerta del despacho. Abrió la misma el propio Mason.

—Hola, Tragg. Adelante.

Tragg dijo:

—Les presento a Inez Kaylor, la auténtica Inez Kaylor, por una vez.

Al ver a Paul Drake, la chica dijo sonriendo:

—Conozco a Paul Drake. Pasamos alguna hora que otra juntos.

—Siéntese, Inez, y cuéntenos su historia.

La joven miró a Tragg, expresándose tras una breve pausa en los términos siguientes:

—Procedo del este. Estaba casada, pero mi matrimonio no salió bien y decidí venirme para acá. Un día, leí el anuncio de la Aphrodite Model Agency. Fui a ver a aquella gente. Me hicieron todo género de preguntas personales, me midieron, tomaron fotografías... Luego, me dijeron que esperara, que ya me avisarían.

»Estuve sin tener noticias de ellos durante todo un mes, casi. Luego, me comunicaron que se me deparaba una oportunidad: tenía que trasladarme a Méjico. Posaría para una compañía de aviación.

»Volé a Méjico. Me facilitaron un equipo de viaje, maletas, maletín auxiliar y bolso. Insistieron que esas cosas se consideraban propiedad de la agencia y que tenía que responder de ellas. Me

notificaron, por si lo perdía, que el valor del bolso ascendía a un centenar de dólares. Me dije que era una valoración absurda aquélla, pero, en fin, como iba a poner buen cuidado en no perderlo...

»Volé a Méjico, sí. Había allí un avión. Me hicieron varias fotografías, dentro, subiendo, bajando del mismo. Francamente: empecé a sospechar que detrás de aquello se escondía algo raro. Pero me daba igual. Me pagaban por lo que hacía. Pensé que allí hubieran podido hacerse muy bien con el tipo de chica que habían necesitado, reduciendo entonces todos sus gastos a una décima parte de los ocasionados con mi colaboración.

»Diez días más tarde, aproximadamente, me obligaron a regresar. Se había acabado mi trabajo. Devolví el bolso y las restantes cosas que me dieran. Se mantuvieron en contacto conmigo. Tres días después me preguntaron si me interesaba ir a La Habana. Me trasladé a Cuba. Allí pasó lo mismo que en Méjico. Regresé. Me dijeron que transcurriría un mes antes de que me pudiesen ofrecer otra cosa, añadiendo que, entretanto, si no tenía muchos prejuicios, podían emplearme en el club de Martha Lavina.

»No tenía yo muchos prejuicios, desde luego. Estuve allí un mes y después aprecié que había muchas cosas no muy agradables, por lo cual decidí irme. Martha Lavina se mostraba muy cautelosa conmigo. Me imaginé que deseaba desembarazarse de mí. Me trasladé a Las Vegas. Creo que había llegado a formular demasiadas preguntas acerca de las posibles conexiones entre Martha Lavina y las agencias de modelos, y también consideraciones sobre lo que hacíamos.

—¿Qué hay acerca de la mujer que actuó como su doble? — inquirió Mason.

—Al parecer, después de mi marcha, Martha Lavina situó a esa chica en Villa Lavina, Número Tres, obligándola a utilizar mi nombre.

»Cuando llegaban clientes preguntando por mí, se les informaba que yo estaba en ese club.

»Fueron algunos los engañados de esta manera. A mí me daba igual. Estaba en Las Vegas y sé lo que cuesta iniciar un trabajo como señorita acompañante careciendo de contactos.

Mason dijo a Inez Kaylor ahora:

—Me interesa saber qué sucedió en la tarde del viernes dentro de la biblioteca.

—El señor Drake me indicó que debía esperar allí hasta que usted me llamase. Se presentó luego un hombre de buen ver, quien me preguntó si yo era Inez Kaylor. Contesté afirmativamente y entonces él me dijo que era uno de los colaboradores del señor Mason, quien deseaba que me presentara en su despacho para cubrir un trámite que guardaba relación con el caso.

»Supongo que en aquellos instantes yo me encontraba un tanto embotada. Tomamos un ascensor y nos acomodamos en un automóvil en el que se hallaba una mujer. Me la presentó como Della Street, la secretaria del señor Mason. De pronto, sentí un pinchazo en la espalda y en el momento en que la joven formulaba unas excusas empecé a perder el conocimiento. Cuando lo recobré, vi que me hallaba en el dormitorio de un apartamento.

Tragg manifestó:

—Quizá pueda seguir hablando yo a partir de este instante... Esa gente se llevó a Inez a Windmore Arms, donde vivía Petty. Todos pensaban que usted cursaría una orden de comparecencia para esta última. Ellos habrían hecho subir al estrado a Petty, para que incurriera en el delito de perjurio. Ahora bien, Paul Drake había visto a Inez y se encontraban atemorizados.

»Se arregló todo, en consecuencia, para que Petty ingiriera una buena ración de simples píldoras azucaradas delante del que tenía que entregarle la orden de comparecencia, haciéndolas pasar por píldoras somníferas. Lo malo fue que el penúltimo visitante no aguardó el tiempo suficiente para presenciar la escena. Luego, se dejó ver Mary Brogan y la muchacha representó la comedia.

»Habían apostado en un punto conveniente una ambulancia privada, que aguardaba una señal. Captada ésta, la ambulancia se dirigió a la casa, llevándose a Petty. La policía se enteró de que la ambulancia se había presentado allí y no se molestó en investigar más.

»Inez estaba en el armario. La habían estado inyectando... Alguien llamó al doctor Hanover. Éste se puso en contacto con la policía. Inez fue llevada a un hospital. Apareció su amigo Gibbs con unos papeles que habían robado en el apartamento de Las Vegas, diciendo ser su esposo. Se procuró una mujer que asumió el papel

de madre de la chica.

»El doctor Hanover fue despedido y entró en escena el médico de Martha Lavina. Fue arreglado todo para el traslado de Inez a un sanatorio particular. Utilizaron la ambulancia... su propia ambulancia de nuevo... Petty ocupó el lugar de Inez.

—¿Y qué puede usted explicarme acerca del asesinato de Daphne Howell? —preguntó Mason.

Tragg respondió:

—Daphne Howell había trabajado como modelo. Descubrió algo raro. Regresaba de Cuba cuando decidió llegar hasta el fondo de la cuestión. Descubrió la forma de separar del espejo el respaldo metálico y comprobó que llevaba unos veinte mil dólares de heroína pura. Daphne Howell quiso negociar.

»Rodney Archer la llevaba a La Villa Lavina Número Dos, donde había de celebrarse una conferencia, cuando fue perpetrado el atraco. Archer pensó que sería un mal asunto que se supiera que había estado con Daphne Howell, especialmente si no podían llegar a un acuerdo satisfactorio con ella. Entonces, llamó a Martha Lavina. Martha salió a toda prisa, sacó a Daphne del coche y se la llevó a Villa Lavina, Número Dos.

»Cuando Gibbs efectuaba entregas de droga, solía robar un coche. Usted ya sabe que se había provisto de un permiso de conducir falso. Así de verse sorprendido alguna vez, si le pasaba algo, nadie podría relacionarlo con James Darwin y la Aphrodite Model Agency. Aquella noche había sustraído un «Chevrolet» que tenía un guardabarros abollado. Archer lo sabía. La policía llamó a Archer para que describiese el coche en que huyera el autor del atraco. Entonces, él habló del «Chevrolet» citado. Quería evitar a toda costa que fuese detenido el autor del atraco. Éste se llevó el dinero de Archer, pero también se apoderó del bolso de Daphne Howell. Formuló, además una observación en el momento del hecho: manifestó que iba a hacer uso de la droga, que no pensaba vender.

»Bien. Daphne Howell representaba un escollo serio. Sabía demasiado y aspiraba a una tajada excesivamente gorda. Gibbs era una pieza clave en el asunto de la droga. Archer y Martha Lavina querían que Gibbs pagara a Daphne Howell y que les desembarazara de ella. Gibbs pretendió que iba a proceder así. Se

llevó a Daphne Howell en el «Chevrolet» robado, haciéndole pensar que iba a darle la compensación pedida. Pero en lugar de eso, se aseguró su permanente silencio con la ayuda de un trozo de alambre.

»Archer y Lavina se quedaron muy impresionados al tener noticias de lo ocurrido. Pero no podían hacer otra cosa que callar. Luego, sucedió lo peor. La policía dio con Brogan, acusándole de haber cometido el atraco.

»Por supuesto Archer y Lavina sabían que Brogan no era el autor del atraco, pero ellos necesitaban que este enigma quedara despejado para que la policía abandonara sus investigaciones. En consecuencia, se lanzaron sobre él. Luego, se presentó una peculiar coincidencia. En general, el aspecto de Brogan es muy similar al de Tom Gibbs. Cuando el sargento Holcomb leyó en los periódicos la noticia del «Chevrolet» del guardabarros abollado utilizado en el atraco, relacionó repentinamente unas cosas con otras. Colocó a Brogan en aquel automóvil y la testigo del abandono del cadáver, Janice Clubb, llevó a cabo una identificación positiva.

—¿Cómo se ha hecho usted de toda esa información? —le preguntó Mason al teniente.

Tragg respondió, sonriente:

—Convenientemente ablandado, su amigo Gibbs comenzó a cantar como un canario de concurso. Intentaba salvar su sucio cuello; quiere ahorrar trabajo al verdugo. Naturalmente, intenta echar la culpa de lo sucedido a los otros dos. Ellos, a su vez, intentan agravar la situación de Gibbs. La cosa no puede estar mejor planteada.

Tragg se volvió hacia Brogan, añadiendo:

—No sé si usted se ha dado cuenta de que es verdaderamente un hombre afortunado. Tal como se presentó todo en este caso, se le ofrecían muy pocas posibilidades de salir con bien del mismo. Pudiera usted haber sido declarado culpable del atraco en primer lugar y posteriormente del asesinato. Ha recibido usted asistencia y apoyo legales por valor de un millón de dólares... sin pagar un centavo. Conozco muchos y buenos abogados que habrían optado por arrojar la toalla y retirarse. Perry Mason, en cambio, luchó con tesón y sus esfuerzos se vieron plenamente recompensados.

—Me hago cargo perfectamente de todo lo que ha hecho por mí

—respondió Brogan—. Y mi único deseo sería ofrecerle la compensación que por todos conceptos se merece.

—Bien hablado —aprobó Mary Brogan—. Y aquí me tienen ustedes a mí, convencida de que no tenía más que presentarme con mis trescientos ochenta y cinco dólares para que un abogado se ocupara de la defensa de mi tío. A veces, las chicas pensamos cosas absurdas. En nuestra familia no disponemos entre todos ni siquiera del dinero preciso para hacer frente a los gastos del señor Mason.

Éste sonrió.

—Me parece que está usted pasando por alto una cosa.

—¿Cuál?

—En su familia hay mucho más dinero del que usted puede imaginar.

—¿Cómo es eso?

Mason replicó:

—Rodney Archer y Martha Lavina hicieron todo lo que estuvo en sus manos para que su tío fuese condenado. Por suerte, Archer es un hombre muy rico.

—Y Martha Lavina tiene también lo suyo, que no se olvide eso —apuntó Paul Drake.

El rostro de Mary Brogan se iluminó.

—¿Quiere usted decir que vamos a demandarlos? —inquirió.

Mason asintió.

—¿Y usted se ocuparía del pleito a base de un porcentaje sobre la indemnización conseguida?

—Creo que me gustaría interrogar a Rodney Archer y a Martha Lavina una vez más, ahora ya en circunstancias un poco más favorables.

Mary Brogan anunció:

—Valdrá la pena presenciar la escena.

Refrenó un impulso... Luego, se lo pensó mejor, pasando sus brazos, afectuosamente, en torno al cuello de su tío Albert.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Tú sabes lo que eso significa, tío Albert? ¡Somos ricos! Ricos, ricos... ¿Me oyes? Cuando el señor Mason haya acabado con esa pareja, ésta podrá considerarse completamente desplumada.

—Y entonces —agregó el teniente Tragg—, el Estado entrará en escena para chamuscar los pocos cañones de plumas que hayan

quedado en sus cuerpos.

Notas

[1] En el original *bostess*, que se aplica en términos generales a las jóvenes señoritas que en lugares de diversión como los citados, se reúnen con los clientes solitarios masculinos para entretenerlos, bebiendo y bailando en su compañía. < <